

historia y sociedad 15



VILAR: LA ECONOMIA CAMPESINA

**TORRES-RIVAS: LA CAIDA DE ARBENZ Y LOS
CONTRATIEMPOS DE LA REVOLUCION BURGUESA**

**FORTUNY: OBSERVACIONES AL TRABAJO DE EDELBERTO
TORRES-RIVAS**

FLORESCANO: EL INDIGENA EN LA HISTORIA DE MEXICO

**LEAL Y HUACUJA: UNA HACIENDA PORFIRISTA EN EL
SIGLO XX: SAN ANTONIO XALA**

PAJETTA: SERENI: VIDA DE UN COMUNISTA



Historia y Sociedad

*revista latinoamericana
de pensamiento
marxista*

Consejo editorial: Gilberto Argüello, René Avilés Fabila, José Luis Balcárcel, Roger Bartra, Víctor M. Bernal Sahagún, Edith Calcáneo, Juan Castaign, Susy Castor, Sergio Corichi, Agustín Cueva, Theotónio Dos Santos, Bolívar Echeverría, Hernán Escalante, Enrique Florescano, Pablo González Casanova, Tomás González de Luna, Enrique González Rojo, Raúl González Soriano, Javier Guerrero, Alberto Híjar, Arturo Huerta, Julio Labastida, Juan Felipe Leal, Pedro López Díaz, Raúl Olmedo, Luisa Paré, Sergio de la Peña, Carlos Pereira Gerard Pierre-Charles, Ricardo Pozas, Carlos Quijano, Fernando Rello, Wenceslao Roces, Octavio Rodríguez Araujo, Boris Rosen, Eduardo Ruiz, Américo Saldívar, Adolfo Sánchez Vázquez, Enrique Semo, Masae Sugawara, Mishikó Tanaka, Alfredo Tecla, Raquel Tibol, Alfonso Vélez Pliego, René Zavaleta M.

Dirección colectiva: René Avilés Fabila, Raúl Olmedo, Sergio de la Peña.

Redacción: Raúl González Soriano.

Administración y edición: María Jimeno, Guillermina Krause.

Corresponsales: Manfred Kossok (RDA), Jean Piel, Pierre Vilar y Roger Bartra (Francia), Enrique Ramírez (Cuba), Arturo Azuela (Inglaterra).

15

historia
y
sociedad

REVISTA LATINOAMERICANA
DE PENSAMIENTO MARXISTA
FUNDADA EN 1965

SEGUNDA EPOCA

Número 15, M 1977.

INDICE

- Pierre Vilar: *La economía campesina* / 5
- Edelberto Torres-Rivas: *La caída de Arbenz y los contratiempos de la revolución burguesa* / 32
- José Manuel Fortuny: *Observaciones al trabajo de Edelberto Torres-Rivas* / 55
- Enrique Florescano: *El indígena en la historia de México* / 70
- Juan Felipe Leal y
Mario Huacuja Rountree: *Una hacienda porfirista en el siglo XX: San Antonio Xala* / 90
- Gian Carlo Pajetta: *Sereni: vida de un comunista* / 106
- COMUNICACIONES / 112
- NOVEDADES BIBLIOGRAFICAS / 120
- REGISTRO BIBLIOGRAFICO / 125

• FONDO •
RICARDO
MELGAR BAO



Corredores de la Cultura Moche, Perú

BIBLIOTECA CENTRAL
UACJ

Revista Trimestral

Apartado postal 21-123, México 21, D. F.

Nicolás San Juan 1442, México 12, D. F. Tel. 559-38-81

Precio del ejemplar: \$ 30.00

Suscripción anual:

Por correo ordinario, México	\$	100.00
Centroamérica, EE.UU. y Canadá	Dls.	13.00
Sudamérica	Dls.	15.00
Europa	Dls.	18.00

Cualquier aclaración sobre suscripciones dirijase, por favor, a nuestro apartado postal.

Ilustraciones y portada: dibujos de Kulisiewicz, seleccionados por Raquel Tibol.

Revista autorizada por la SEP según oficio 23 CC PRI/68 del 22 de febrero de 1968.

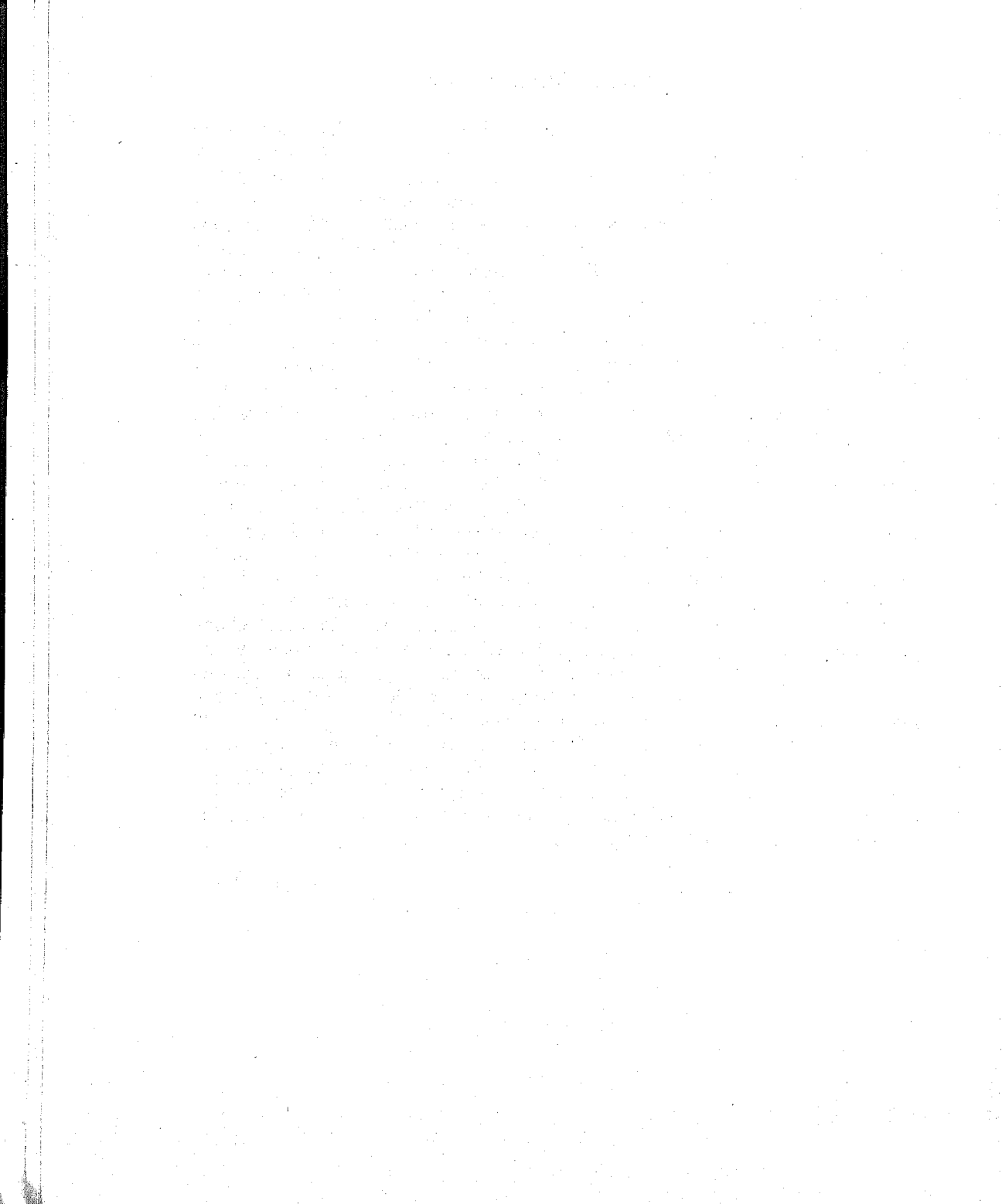
Imprenta de Juan Pablos, S.A., Mexicali 39, México 11, D. F. 5,000 ejemplares.

TADEUSZ KULISIEWICZ

Fue en 1957 cuando el artista polaco Tadeusz Kulisiewicz (1899) vino por primera vez a México. Traía los ya para entonces sus famosos ciclos o series desarrollados dentro de su labor gráfica. En el Palacio de Bellas Artes se pudieron ver sus grabados sobre Szlembark, aldea montañesa situada en los Montes Cárpatos, realizados entre 1930 y 1936, y dibujos hechos en el mismo sitio entre 1948 y 1954. Con su insistencia en captar ese sector del pueblo polaco, Kulisiewicz demostraba que su camino en el realismo era una larga indagación humanista. Si en Szlembark había obtenido constancias no exentas de interés antropológico y social, a la aldea regresó para recoger el proceso de rescate de una comunidad después de la tragedia en que la había sumido —junto con todo el pueblo polaco— el invasor nazi. Otra serie de dibujos correspondían a Varsovia en 1945: la ciudad destruida con barbarie. Con austero dolor constata la visión apocalíptica de calles y plazas destrozadas por las bombas. El amor por lo que en ellas había existido les dio a los polacos las energías para la reconstrucción. De sus giras por estos mundos, Kulisiewicz trajo los ciclos de Francia (dibujo de 1949), de China (dibujo de 1952-1953) y de la India (dibujos de 1956), mientras que 56 dibujos sobre “El círculo de tiza del Cáucaso” daban cuenta de un proceso de aprehensión de los personajes brechtianos y seguramente una identificación con el realismo crítico y transformador practicado ininterrumpidamente por Bertolt Brecht.

Durante su estancia de varios meses aquí Kulisiewicz recorrió Chiapas, Michoacán, Oaxaca, Campeche, Yucatán, Morelos, Guerrero, Veracruz, el farragoso Distrito Federal... Taquigrafió dibujísticamente sus impresiones y en actitud de simpatía y lealtad regresó dos años después para mostrarnos las síntesis lineales de su experiencia entre los mexicanos: 29 dibujos a tinta china y 41 más coloreados que constituían una especie de códice, el cual no respondía a otra codificación que un sentido personal y solidario de reestructurar formas vivientes o testimoniales. Es ese México del artista polaco, que conocimos en 1959, el que rescatamos ahora en las páginas de *Historia y Sociedad*.

Raquel Tíbol



La economía campesina*

Pierre Vilar

Quisiera participarles, con perfecta conciencia de las dificultades que presenta este tema, algunas de las dudas, preocupaciones y hasta irritaciones que me ha suscitado durante estos últimos años la superabundante literatura en torno a "cuestiones agrarias", "economía del campo", "transformaciones agrícolas", "papel histórico del campesinado"...

La colaboración entre economistas, sociólogos, políticos e historiadores es deseable, necesaria. Corre dos riesgos: de un lado el confusionismo, del otro la simplificación.

Quiero que conste enseguida, y sin ninguna reserva, que el coloquio que acabamos de celebrar aquí mismo no cae de ningún modo bajo esta crítica: todo lo contrario, me encantó la seriedad, el rigor, la voluntad de profundizar los análisis y de entender las complejidades, que revelaron en las comunicaciones y discusiones mis amigos geógrafos e historiadores españoles, y particularmente los jóvenes.

No ignoro tampoco que el tema campesino ha dado lugar a obras maestras. Ni que el campesinado, el *movimiento campesino*, ha obtenido en el mundo trans-

* Ponencia en un coloquio sobre problemas agrarios, Madrid, 1977.

formaciones tan fundamentales como las de China o las de Cuba.

Lo que me preocupa es el empleo de la palabra *campesino* sin calificativo, como si existiera un campesino-concepto, un campesinado *en sí*, pues la figura, la imagen del *campesino*, tan pronto como aparece una civilización urbana, es objeto de una doble mistificación: de un lado el desprecio al *rústico*, del otro el culto al *labrador* (¡o al pastor!), la *alabanza de aldea*. Y también hemos visto con nuestros propios ojos la confrontación de dos visiones —y sin duda dos verdades— del campesinado como factor *político*: un campesinado asiento de todos los conservadurismos, de todas las reacciones, y un campesinado fuente de todas las esperanzas revolucionarias (las de un Che Guevara o de un Franz Fanon). Contradicciones que bastan para inspirarnos alguna desconfianza hacia el empleo de la palabra *campesino*, aisladamente empleada, sin más distinciones ni análisis.

Ahora bien, desde hace algunos años ha aparecido una tendencia a utilizar, en el vocabulario histórico-sociológico, la noción de *economía campesina* para caracterizar ciertos tipos de sociedades muy extensas, tanto del pasado como de la actualidad. Fue mi malogrado colega y

amigo Daniel Thorner, eminente especialista de la India contemporánea, quien explícitamente inspirado por el vocabulario del ruso Chaianov, agrónomo y economista de los años 1910-1930, propuso el concepto de *economía campesina* en 1962 en la Conferencia de historiadores-economistas de Aix-en-Provence, y después en un artículo de la revista *Annales* en 1964. Más tarde, en 1973, poco antes de su defunción, Thorner me dio a conocer durante una reunión interna de la Escuela de Altos Estudios, un artículo que ha permanecido inédito, donde refiriéndose a Chaianov y al concepto de *economía campesina*, denunciaba como inútil y ya rebasado el concepto marxista de *modo de producción*, incapaz, según él, de aclarar los rasgos fundamentales de países como la Rusia de los zares, la India, Indonesia, China, Japón hasta 1914, o México hasta el año 1930.

Confieso que reaccioné con cierta viveza. La suerte desgraciadamente no permitió que el artículo de Thorner fuese objeto de la discusión pública. Lo que le opuse en 1973, en breves momentos de conversación, fue aproximadamente lo siguiente: es posible que inmensas sociedades como las citadas presenten una dominante económica campesina aplastante, que ya no pertenezcan estrictamente al modo de producción feudal, sin pertenecer todavía plenamente al modo de producción capitalista, pero ¿cómo podemos creer que vamos a aclarar sus rasgos específicos con llamarlos *campesinos* a secas?

El concepto instrumental de *modo de producción* tiene sus defectos si se entiende superficialmente. Es posible que haya incitado, en distintas ocasiones, al *esquematismo*. Pero no es esquemático por su propia naturaleza, ya que se trata de un concepto *global*, que hace de las contradicciones *internas* de todo sistema el principio mismo de su dinamismo, el origen

de su transformación. Debe, pues (y puede), transmitir los mismos caracteres a los modelos que ha de inspirar, cuando, siguiendo el camino contrario, los modelos de *economía pura* —mercado, concurrencia perfecta, teorías del *equilibrio*— expresan lo económico fuera de lo social y ocultan las contradicciones creadoras. Y el concepto de *economía campesina*, por su mismo vocabulario, revela que se está buscando un modelo *económico*, y solamente económico. Tal modelo puede ayudar a la descripción, a la explicación tal vez, de mecanismos parciales, pero es muy dudoso que pueda aclarar los *orígenes*, las *crisis* y el *destino* de una sociedad. En síntesis, no nos parece un instrumento adecuado para el *análisis histórico* global. Tendremos que volver, en conclusión, a este tipo de consideraciones.

No es que sea anormal, de parte de los observadores de la India o de China, delante de campesinados tan enormes y con tantos siglos de inmovilidad aparente, haber intentado traducir en términos teóricos semejante originalidad. Y, por mi parte, mis ignorancias en cuanto a los problemas asiáticos me aconsejan la prudencia.

Pero he aquí que para regiones más cercanas a nosotros, y evoluciones relativamente recientes, las *cuestiones campesinas*, los *problemas agrarios* inspiran tendencias parecidas a las que acabo de señalar. Se intenta aislar los problemas del campo. ¡Cuántos libros, sea históricos, sea orientados por la actualidad, llevan títulos adornados con las palabras “rural”, “agrícola”, “campo”, “campesino”, “campesinado”!

Démonos cuenta de que eso también es bastante natural. Basta retroceder unos doscientos años —no más— en el pasado para encontrar un mundo donde el campesinado representaba el 60, 70, 80% de la sociedad. Pero ¿vamos a concluir que

campesinado es igual a sociedad?, ¿y se trata de una coherencia el mismo campesinado?

Estamos ahora ante el momento en que el campesinado deja de ocupar, numéricamente, el sitio privilegiado que ocupaba antes en sociedades poco evolucionadas. Se manifiestan entonces dos tendencias entre los observadores de la sociedad: una consiste en menospreciar, en los grupos que evolucionan rápidamente, el peso (que persiste en realidad) de la masa campesina, y hay que ocuparse entonces del gran comercio, del nacimiento de la industrialización, del capitalismo incipiente. Tengo en mente ciertos ensayos que intentan definir los *tiempos modernos* a partir del *capitalismo mercantil*, olvidando que antes de 1760-1780, en ningún país, las estructuras sociales fundamentales han dejado de ser las del campo, un campo cuya permeabilidad a la penetración de la economía monetaria era muy desigual.

Pero existe una tendencia opuesta, la que consiste en subrayar, en las épocas de transición, si no la extensión, al menos la *originalidad* del mundo campesino. Aquí ciertos marxistas han sugerido, por el empleo (en mi opinión erróneo) de su propio vocabulario, un aislamiento, una especificidad del campo en la sociedad global, al hablar de "modo de producción parcelario", de "modo de producción mercantil simple". Tales expresiones, sacadas de unas frases aisladas de Marx, me parecen más emparentadas con los conceptos de Chaianov o Thorner que con el pensamiento *global* de Marx.

Finalmente, si nos situamos en tiempos más recientes y en países próximos —España y Francia, por ejemplo— nos encontramos ante una evolución de una rapidez sorprendente, que hace pasar en pocos años la proporción de la población activa campesina en relación con la población activa total del 50 ó 60% al 20,

15 y hasta el 10%. Y las reacciones, otra vez, son múltiples y variadas: unos economistas aplauden tal transformación como *racional*, y se proponen acelerarla. Sociólogos o políticos, a niveles muy distintos de sinceridad y análisis, salen a defender la *propiedad familiar*, y al *pequeño campesinado*. Otros, por nostalgia sentimental o por curiosidad intelectual, se hacen antropólogos o etnólogos, y se ponen a estudiar nuestras últimas aldeas a la manera de Frobenius o Lévi-Strauss.

Ante tantas posiciones diferentes (y todas, en cierto modo, justificadas), ¿cómo vamos a escoger nuestros instrumentos científicos? ¿Será uno de ellos la noción de *economía campesina*? Ese es el problema que yo quisiera someter a su consideración.

Descubrir a Chaianov —actitud cada vez más de moda en Occidente—, ¿será una actitud científica o será una ilusión ideológica, una reacción instintiva, existencial, clasista?

Es muy comprensible la embriaguez que pueda tener uno al volver a descubrir, en varios dominios, la riqueza de pensamientos, de ensayos, de esperanzas, mostrada por la *intelligentzia* rusa antes e inmediatamente después de 1917. El telón cerrado, más tarde, sobre tal riqueza, explica perfectamente las admiraciones de hoy. Pero importa precaverse de las ilusiones, de los espejismos que los prejuicios ideológicos pueden suscitar acerca de los valores *reales* revelados por el pluralismo y la libertad en el alba de la gran Revolución.

Agronomía, economía rural: son dominios particularmente ricos en la reflexión rusa de 1880 a 1913, de 1917 a 1930. Entre la emancipación de los siervos y las leyes de Stolypin el campesinado ruso sufre una mutación rápida, si bien conserva sus rasgos aparentes, tanto de sus valores como de sus miserias. Plantea, ya en esos

años, los tres problemas que Daniel Thorner en su prefacio a la edición inglesa de Chaianov, define así (para aplicarlos a todo el Tercer Mundo): 1) ¿Cómo podrá salir una sociedad tradicional de la miseria, de la suciedad, del analfabetismo? 2) ¿Cómo se modernizarán sus técnicas? 3) ¿Cómo se integrará tal sociedad a la armonía de una economía global, nacional, más adelantada?

Ante tales problemas, compárese con Alemania (entonces a la cabeza de la transformación científica de la agricultura) o con el caso mucho más parecido de España (la del Instituto de Reforma Agraria y de Joaquín Costa), la Rusia de 1900 aparece, por sus publicaciones y actividades, con una fecundidad sorprendente: las encuestas agrarias y estadísticas de los *zemsos* llenan 70 volúmenes; los agrónomos al servicio de las mismas instituciones pasan de 124 en 1895 a 2,701 en 1912; los estudiantes de institutos agronómicos superiores de 75 suben a 3,922. No nos hagamos ilusiones: el mismo Chaianov, cuya juventud coincide con este periodo, critica la utilidad de unos cuestionarios que tenían ¡677 rúbricas! Pero cuando emprende, por su parte, una encuesta simplificada, de 7,000 campesinos interrogados, sólo contestan 300, y entre ellos únicamente 164 de manera aprovechable. Este divorcio entre el *saber deseado* y el *saber posible* mide la distancia entre práctica y teoría. La idea de que no se puede reformar sin conocer a fondo, ha comprometido más de una reforma agraria. Los anarquistas españoles, en 1932, calificaron los debates alrededor de la reforma agraria como "obra maestra de pedantería". Era con mala intención, pero no del todo injustificada. Lenin había reflexionado mucho sobre los problemas agrarios. Llegado al poder, no necesitó un nuevo periodo de información. Su famoso decreto sobre la tierra salió un

mes después de la revolución política. No tenía la ilusión de resolverlo todo. Pero ligaba decisivamente la suerte del campesino pobre a la de la revolución. La vuelta hacia Chaianov ¿no significará más o menos la nostalgia por las viejas pedanterías?

La verdad es que Chaianov era una personalidad excepcional. No única, pues no es sino el espíritu más brillante de una escuela. Pero lo tenía todo para ser admirado en nuestro tiempo. Temperamento literario, inventa la política-ficción y practica el teatro. Como matemático y formalista propone una *paleontología* del saber económico, y una planificación que sería *arte de animación* más bien que ciencia. Su vocabulario, pues, se adelanta en cincuenta años al nuestro (a no ser que el nuestro esté atrasado esos cincuenta años).

Nacido en 1888, Chaianov en 1913 había publicado ya 13 estudios originales. En 1919, después de la revolución, está a la cabeza del célebre seminario de estudios agronómicos de Moscú, con 18 docentes, 30 investigadores, una biblioteca de 140 mil volúmenes y un instituto de coyuntura regido por Kondratiev. Eso, hasta 1930. Así, hasta la colectivización en su fase decisiva Chaianov no es un disidente sino un responsable. Innovador y ávido de cambios, fiel a sus primeras ideas *organizativas*, cree en la especificidad del grupo ruso, pero tiene los ojos puestos en las realizaciones extranjeras. Le discuten duramente desde fuera, y también desde adentro, en su propio instituto. Lo respetan hasta que se produce el viraje de la colectivización que determina su desgracia, su exilio. Está en Alma-Ata en 1932. Después no se sabe nada de él.

Medir y criticar la obra de Chaianov a partir de las solas obras publicadas en inglés, alemán o español, es, sea bien entendido, imposible, y está fuera de mis

intenciones. Lo que quisiera caracterizar es el *espíritu* de una *escuela*, de una *tendencia*, de una *herencia*. Lo que se reivindica ahora de él no es otra cosa.

Cuando Chaianov, entre 1908 y 1913, empieza a escribir y publicar, las dos crisis que inspiraban la literatura agraria rusa hasta 1900 estaban ya un tanto olvidadas: quiero decir, la crisis universal de sobreproducción agrícola de los años 80 (crisis de larga duración), y la terrible hambre de 1891, de la cual resultaron millones de muertos.

Los jóvenes agrónomos rusos ya no estaban, como estuvieron antes estos profesionales, al servicio de los grandes señores terratenientes. Hacían las encuestas para los *zemtsvos*, inspiraban las sociedades de agricultura y se consideraban al servicio del pueblo por su profesión técnica y agronómica. Se llamaban ellos mismos organizativos, o se daban el eslogan de *Organización y Producción*. Diríamos hoy: tecnocratismo y productivismo. Las viejas controversias entre populismo y marxismo sobre el "paso al socialismo" les parecían superadas. Y pensaban demostrarlo teóricamente, aislando su dominio —la *economía campesina*— de las categorías que ellos creían comunes (sin haber profundizado las diferencias) a la economía clásica o marginalista y a la economía marxista, es decir, a los conceptos fundamentales de ésta.

La expresión típica de esta visión de las cosas se encuentra en las *Cuestiones agrarias* de Kosinski, publicadas en Odessa en 1906. Abarca ya lo que Chaianov no hará sino generalizar y profundizar:

"No puede propiamente hablarse de *renta* ni de *beneficio* en la economía campesina, pues el campesino, representando a la vez la tierra, el capital y el trabajo, no divide los valores creados en el proceso de la producción en costos

necesarios y plusvalía. Todo el valor creado le corresponde para ser utilizado de manera indivisible, y es igual a la plusvalía capitalista más el salario, ambos reunidos. Por eso la idea de plusvalía, así como la de interés del capital, le es extraña. Considera el ingreso neto obtenido gracias a sus recursos naturales, que le pertenecen en propiedad, como el producto de su trabajo."

Estas frases, que los comentaristas consideran generalmente como típicas junto con las *nociones esenciales* que reiterarían después, con ciertos matices, Kablukov, Chelínchev, Bruckus, Makarov y por fin Chaianov, son en realidad un descubrimiento bastante pueril.

Se deduce de la idea —implícita, por cierto, en muchas de las clases de primer año de economía política— que todo agente económico toma sus decisiones en términos de costo y utilidad, y que no compramos un panecillo sin haber calculado su utilidad marginal. En realidad, todo enunciado de una ley económica debiera ir precedido de la advertencia: "todo pasa como si...", en lugar de sugerir la imagen absurda de un cálculo *consciente* a cada nivel. Basta investigar un poco en la historia de las empresas para saber que "gestión", "rentabilidad", "eficacia marginal del capital", "desutilidad del trabajo", etcétera, no han sido, sino hasta tiempos muy recientes y en círculos muy restringidos, realidades operacionales de la práctica cotidiana. Muchísimos empresarios capitalistas han creído (muchos creen todavía), como el campesino de Kosinski, que el ingreso neto que sacan de recursos propios, calculado *grosso modo* al fin del ejercicio, es el producto de su *trabajo*. Hizo falta el genio de Quesnay para descubrir el *producto neto* y el genio de Marx para descubrir la *plusvalía*. Y estaban descubriendo, hacia 1900, que tales no-

ciones eran extrañas a la mente del mujik mediano. ¡Qué infantilismo!

Pero tampoco se trata de observaciones huera de significado. Subrayan solamente hechos ante los cuales nuestros estadísticos modernos quedan a menudo embrollados.

¿Cómo se puede, por ejemplo, equiparar el trabajo realizado por la familia campesina tradicional con el trabajo *cronometrado* de un obrero de fábrica?

Cuando la estadística francesa decidió (si recuerdo bien, en 1956) considerar que la esposa del agricultor no realizaba un trabajo de tiempo completo, sino solamente de medio tiempo (¡otra aproximación!), la cifra de la población activa campesina (en equivalente-trabajo) bajó en un millón de personas. Y es claro que la productividad tuvo que subir correlativamente. ¡Vaya usted a confiar en la continuidad estadística!

Es verdad que el campesino propietario —o simplemente jefe de explotación— organiza su trabajo libremente, sin ajustarse a un tiempo determinado, haciéndolo variar de cero a dieciséis o dieciocho horas por día según las estaciones. Verdad también que lo que llamamos en Francia “*aides familiaux*” (auxiliares familiares) —mujeres, hijos, yernos, viejos, y mozos criados y alimentados en la unidad de producción— son menos libres que el padre de familia. Le obedecen. Hay, pues, matices en lo que Chaianov llamara “*autoexplotación*”. Es, en muchos casos, explotación más o menos dura del núcleo familiar.

Del tiempo en que se utiliza la fuerza de trabajo pasemos ahora a su remuneración. Sabemos muy bien que corresponde, en lo esencial, al *autoconsumo* familiar del producto de la granja. Pero, para comparaciones estadísticas, ¿cómo vamos a cifrar el equivalente-subsistencia

ofrecido a cada unidad de trabajo suministrada?

Chaianov en este punto se niega a cifrar la remuneración por el salario monetario medio pagado, en la región observada, al obrero asalariado, estimando que el nivel de consumo interno en la familia campesina varía mucho tanto en el espacio como en el tiempo. Afirmación discutible: en la Francia y en la España del siglo XVIII, según investigaciones serias, los hábitos de consumo familiar eran muy estables en una región, y, si existían distintos niveles, serían entre ricos y pobres, entre dueños y mozos. Por eso, en la España de 1750, los promotores del *Catastro de La Ensenada* no dudaron en afectar a cada jefe de explotación campesina, y a sus auxiliares, con un primer tributo correspondiente al salario agrícola vigente en la región (con su jerarquía interna). Después, el propietario-explotador está tasado otra vez, según el ingreso global de la explotación ya rebajado el conjunto de los salarios contabilizados. Chaianov hubiera dicho, tal vez, que los consejeros de La Ensenada estaban equivocados. Pero lo cierto es que no podían sufrir la influencia del cálculo marginal, ni tampoco la del concepto marxista de plusvalía.

Queda pues que el campesino propietario, en la medida en que confunde en sí fuerza de trabajo y propiedad de los medios de producción, no responde al modelo capitalista.

Pero nos quedamos también con la dificultad de imaginar una economía entera compuesta de un conjunto de células familiares, que se contentarían con reducir o aumentar su consumo según las variaciones de las cosechas. La *economía natural* de las primeras escuelas históricas alemanas no ha existido nunca; es un punto perfectamente comprobado hoy. Recuerdo que en mi niñez (que correspon-

de, poco más o menos, a los años de máxima actividad de Chaianov), conocí a un amable socialista utópico que me describía la sociedad ideal como un conjunto de *granjas autónomas* yuxtapuestas en la naturaleza. Y conocí también, un poco más tarde, a un excelente profesor de latín que soñaba con arar la tierra leyendo a Virgilio. Veremos que Chaianov, hacia los mismos años, cultivó también semejantes utopías. Uno puede preguntarse si éstas no llegaban a reflejarse en sus visiones teóricas, pues ocurría a menudo que sus experiencias de observador, de técnico, de hombre de acción, contradecían tanto sus afirmaciones teóricas como sus sueños utópicos.

La *granja autónoma*, si admitimos por un momento la hipótesis de su viabilidad, tendría que asegurar, en principio, las tres operaciones económicas fundamentales: 1) *subvenir* a la existencia y a la reproducción de la fuerza de trabajo; 2) *amortizar* el capital, reparando los instrumentos ("cheptel mort" en francés) y alimentando al ganado ("cheptel vif" en francés); 3) *invertir*, pues sembrar, plantar árboles, criar un ganado creciente, es invertir productivamente (¿y quién no lo hace?).

El problema consiste en saber si estas tres operaciones —no a plazo determinado, sino cada año— estarán cubiertas por el producto de la explotación. Podemos imaginar una sucesión de déficits y de excedentes que se compensarían a plazo medio. Parece que es esa la hipótesis de Chaianov.

Pero todo déficit *continuo* o todo déficit momentáneo *demasiado fuerte* (caso frecuente en las viejas economías agrícolas) hace correr el riesgo de *eliminación* de la unidad de producción y de trabajo. Por el contrario, todo excedente *sensible* o *continuo* conducirá a la granja al crecimiento a expensas de los vecinos, o a

comercializar el producto fuera de la *economía campesina*. Esta, para mantenerse como tal, exigiría un *equilibrio* constante o por lo menos bastante regular.

En Francia, desde que existe el impuesto sobre la renta, el campesino en cierto sentido ha aceptado el juego del equilibrio imaginado por Chaianov. Ha llamado "renta" (en francés "revenu") no como lo hacen las otras categorías sociales a lo que sirve para vivir, sino a lo que resta *después de haber vivido e invertido*, a lo que queda a fin de año en manos del jefe de la explotación. Así, el campesino francés, ya declarando cada año que ha tenido un déficit, o que tuvo un equilibrio precario, ya manifestando que su excedente es omisible, ha sido, hasta hace poco, un *muerto fiscal*. Esta particularidad figura entre las condiciones que han combatido la tendencia espontánea a la eliminación del campesino medio por concurrencia y concentración. A pesar de que la concurrencia, la eliminación y la concentración antes dichas están triunfando ahora. Las explotaciones *marginales* han sido defendidas por razones electorales, políticas o sociales. Pero al intensificarse el proceso de desarrollo capitalista la *economía campesina* muere irremediablemente. Se nos objetará que esa no es la situación de la India actual, ni la de Rusia en los comienzos de nuestro siglo. Pero en cuanto a esta última se puede oponer Chaianov a Chaianov, quiero decir, Chaianov como observador y técnico al Chaianov teórico *organizativo* de una economía puramente *campesina*.

I. SOBRE PROPIEDAD, EXPLOTACION, RENTA DE LA TIERRA

El concepto de *economía campesina* supone una confusión entre propiedad, explotación y trabajo. Y es evidente que el campesino no va a calcular, año con año,

qué parte de su producto es "imputable" (como dicen los economistas) al trabajo, a la tierra o al capital. Pero si quiere, un día u otro, por comodidad o necesidad, *alquilar* o *vender* su tierra, aparecerá necesariamente la noción de *precio de alquiler*. El *alquiler del suelo* no lo niega Chaianov. Lo tiene en cuenta muy a menudo. Tendríamos que saber primero, pues, cuál fue en Rusia hacia 1900, la proporción de las tierras *alquiladas*. Propiedad-explotación-parcelación: nuestras discusiones del coloquio han demostrado hasta qué punto es preciso no confundir nunca tales nociones. Si hay *alquiler* hay *renta del suelo*. Y en cuanto a la *renta del suelo* Chaianov, como vamos a verlo, no es muy claro, pues dice:

"La renta, como categoría objetiva del ingreso económico, y obtenida deduciendo del producto bruto el costo material de la producción, los salarios y el interés usual del capital, no puede existir en la unidad económica familiar, pues los otros factores tampoco están presentes. Sin embargo, los factores usuales de formación de la renta, como son *la mayor fertilidad del suelo* o un *valor superior de alquiler en el mercado*, existen también en las unidades familiares de trabajo que son *productoras de mercancías*. Esos factores tendrán como efecto incrementar el ingreso, y por consiguiente, la remuneración de la unidad de trabajo."

En este texto se reintroducen las *categorías objetivas* de la producción capitalista, por lo menos para las unidades que trabajan para el mercado. Pero ¿cuántas unidades trabajan para el mercado, y cuántas son verdaderas *granjas autónomas* (suponiendo que éstas puedan existir)? Parece evidente que si la unidad familiar está *fuera del mercado*, no puede haber

renta de ninguna categoría. Si la unidad está en el *círculo del mercado*, se le han de aplicar las leyes de la "imputación", y no tiene originalidad alguna. De todos modos, si la renta existe ¿con qué derecho se supone que repercute únicamente sobre el nivel de consumo del trabajador? Si la renta es pagada desde fuera (*alquiler*) ¿cómo la consumiría el trabajador? Si es parte integrante del ingreso global de la unidad ¿quién impide al jefe de explotación el ahorrar y el invertir?

Observemos también cómo, en el texto de Chaianov, el *beneficio de empresa* eventual se confunde con el *interés usual del capital*, posición típica de un tiempo en que desapareció del horizonte de la teoría capitalista la categoría *beneficio*. Y finalmente, en cuanto a la *renta del suelo*, la misma no puede ser sino *diferencial*, puramente ricardiana.

Es el momento de recordar, sobre este último punto, las lecciones recientes que los más jóvenes intérpretes del pensamiento agrario de Marx —Le Floch, Postel-Vinay (Gilles), Rey (Pierre-Philippe)— han obtenido de la noción de "articulación de los modos de producción", particularmente de la articulación de las categorías feudales con las categorías capitalistas. La propiedad feudal daba derechos —por cierto limitados— sobre la *tierra*, así como sobre la *persona* del campesino, y al mismo tiempo sobre su *producto*. Cuando, en el pasaje hacia el capitalismo, la dominación sobre la persona y la exacción consuetudinaria sobre el producto desaparecen, lo que aparece es la *propiedad absoluta sobre la tierra*, es decir el monopolio de su disposición. En tal caso, quien no tiene tierra y necesita cultivar un trozo de campo debe pagar un *alquiler* al propietario, y no podrá obtenerlo sino del producto como en el sistema feudal. Si es pobre, y en año malo, estará expuesto a deudas, a persecu-

ciones judiciales, más o menos aligeradas si algo queda de un paternalismo tradicional. Todo eso es herencia feudal. La renta expresa, en este caso, una *relación de producción*. En cambio, si se introduce entre el dueño de la tierra y el producto de la misma, un *empresario* con medios importantes de producción, la *renta* que dicho empresario pagará al propietario, así como el *interés* que pagaría eventualmente a un capitalista, por dinero o bienes adelantados, representarían una *relación de distribución* (distribución de la plusvalía entre el capital y la empresa). La noción de *renta diferencial* puede intervenir en esta distribución. Pero basta con la disposición absoluta de la tierra para crear la posibilidad de una *renta absoluta*.

Estos instrumentos de análisis han bastado a Gilles Postel-Vinay para aclarar muchos de los fenómenos alrededor de la *renta del suelo* en Francia desde el siglo XVII, cuando Gabriel Désert y Maurice Lévi-Leboyer, perfectamente informados sobre los problemas de Normandía, han llegado, por falta de teoría adecuada, a conclusiones contradictorias y controversias estériles. La noción de *economía campesina* no basta, en ningún sitio, en ningún país, para caracterizar relaciones sociales alrededor de la tierra. Por eso no podía integrar una clara definición de los distintos tipos de *renta del suelo*.

II. SOBRE LA FAMILIA COMO UNIDAD DE MANO DE OBRA

He subrayado en cierta ocasión, a propósito del *Catastro de La Ensenada*, que los españoles del siglo XVIII daban una particular importancia al contraste entre la condición del jornalero agrícola, estacionalmente parado y errante, y la condición del mozo agrícola criado y alimentado en la misma explotación rural. Al primero lo consideraban como un peligro

social permanente; no podían adivinar todavía su papel futuro de proletario industrial; los criados parecían dar, por el contrario, una garantía de estabilidad social. Problemas clásicos, tradicionales: Marx ha hecho de la proletarización, de la expulsión, de la *expropiación* de la "yeomanry" inglesa el fondo de su capítulo sobre la acumulación primitiva de capital; Lenin hizo del mismo proceso el tema mayor de su *Desarrollo del capitalismo en Rusia*. La escuela de Chaianov, al insistir sobre el equilibrio de la célula campesina, parece que está volviendo a las esperanzas e inquietudes del siglo XVIII.

Es claro que no podía ignorar que el supuesto *equilibrio* de la sociedad campesina estaba amenazado, ante sus propios ojos, por el caso de un crecimiento demográfico un tanto acentuado. Intenta entonces persuadirse de que una ley equilibrante adapta las dimensiones de la explotación campesina al número de trabajadores de que pueda disponer. Y expresa la esperanza de que, como ha pasado en Francia, un ascenso progresivo del nivel de vida tendría por efecto espontáneo una limitación voluntaria de la familia campesina. Se ve, pues, cuál es el modelo preferido de Chaianov: una revolución campesina a la manera francesa: maltusianismo en los dos sentidos de la palabra, conservadurismo social. Pero, al nivel de los campesinados de Rusia o de Asia ¿será valedero el modelo de tipo francés? Chaianov debía plantearse las cuestiones que René Dumont (cuando se contentaba con ser buen observador) aplicaba a las grandes poblaciones asiáticas, y, hacia 1950, a las huertas de Murcia: si la familia rural crece sin abandonar el suelo de la explotación todo conduce al paro forzoso encubierto, al subempleo real. Ya no hay *autoexplotación* del grupo familiar, sino al contrario, costo excesivo

del consumo común en relación con el trabajo ofrecido. ¿Será tal situación viable a largo plazo? Chaianov propone la fórmula siguiente:

“Los rendimientos decrecientes en la economía campesina no detienen el trabajo en tanto el equilibrio entre las necesidades y las dificultades del esfuerzo no se haya alcanzado.”

Es el reconocimiento del límite impuesto por la *desutilidad del trabajo*. Alfred Sauvy ha demostrado que por debajo de cierto nivel de sobrerremuneración del trabajo pleno, la preferencia va al subconsumo en la ociosidad. Subconsumo y subempleo ¿no es ésta la definición del *subdesarrollo*? Espontáneamente se producen entonces: 1) la migración lejana hacia el extranjero, momentáneamente favorable, pero con pérdida de sustancia para la economía nacional; 2) la migración hacia el subempleo industrial urbano, de los suburbios sobrepoblados (*bidonvilles*, favelas, barriadas, etcétera); 3) por fin —y este aspecto es sobradamente tratado por Chaianov— la aceptación de un trabajo asalariado exterior por algunos miembros de la familia campesina. Pero este último punto constata la insuficiencia en el ingreso del grupo familiar *autónomo*; significa en realidad el fin de la *autonomía* del grupo. Y supone, al mismo tiempo, la existencia de un *sector asalariado* (sea agrícola, sea industrial) alrededor de la *economía campesina*, el cual constituye una amenaza para la existencia de la misma.

Todos estos aspectos del pasaje del feudalismo al capitalismo han sido intensamente estudiados en la Europa occidental por nuestros mejores historiadores-economistas, hayan teorizado o no sus conclusiones (pienso, por ejemplo, en Jean Meuvret). Los mismos problemas han si-

do igualmente planteados para el mundo del *subdesarrollo* del siglo XX (y por desgracia raramente resueltos). En Rusia constituyeron el eje de las discusiones después de las decisiones revolucionarias, ante los ojos del mismo Chaianov y de sus amigos, íntimamente involucrados en las controversias y en la acción. ¿Es lícito decir entonces que el concepto de *economía campesina*, en tantos casos como acabamos de ver, haya probado su utilidad?

III. SOBRE LA ECONOMÍA CAMPESINA EN RELACIÓN CON EL INTERCAMBIO EXTERIOR

Hemos puesto en duda la posibilidad de una *economía natural*, de una *autonomía* real, micro o macroeconómica, del hecho *campesino*. La actuación práctica de Chaianov nos justifica: antes de 1917 se ocupó particularmente de la economía del *lino*, sector muy importante de la agricultura rusa. Pero *el lino no se come*. Hay, pues, que *venderlo*. Y hasta *exportarlo*. En 1916, Chaianov fue encargado de asegurar, a pesar de la guerra, la exportación de lino por el norte. Tuvo que enfrentarse con las dificultades del transporte, pesadilla de los intercambios rusos. El 75% del producto exportado llegó inservible a su destino. Chaianov crea entonces una gran cooperativa de colecta y venta, cuyo sostén era otro producto muy importante (la mantequilla de Siberia) y finalmente se apoyó en una gran firma comercial internacional. Estamos lejos de la economía *no productora de mercancías* y hasta de la *producción mercantil simple*.

Es verdad que Chaianov atribuye a la *gran elasticidad* de los costos de producción de la economía familiar la capacidad de resistencia de la exportación rusa del lino en la crisis mundial de sobreproducción de los años 1880-1895. Pero sabe-

mos también que el Brasil y el Japón han resistido asimismo mejor que otros países contra varias crisis comerciales, vendiendo sus productos *por debajo de su valor*, es decir, sin tener en cuenta el tiempo de trabajo suministrado por una mano de obra superexplotada. Es otra característica del *subdesarrollo*. ¿Cómo vamos a creer que tales operaciones se expresan exclusivamente en términos de autoconsumo familiar más o menos restringido? ¿Adónde irán los beneficios acumulados de la exportación? Nadie nos lo dice.

Pensemos en una comparación internacional, valedera para los mismos años anteriores a 1914. En 1907 —cuando Chaianov empieza a escribir y Kosinski formula las particularidades de la *economía campesina*—, la viticultura de mi país, el Languedoc, atraviesa una terrible crisis de *mévente* (baja de los precios del vino en sus mercados muy por debajo de los gastos de producción lo que no deja al pequeño viticultor medios de subsistencia familiar). Es una crisis típicamente capitalista. Y sin embargo, la inmensa mayoría de las explotaciones vitivinícolas interesadas (el *modo estadístico* de ellas) está constituida por unidades *familiares* de producción. Se nos dirá que es el caso perfecto: opuesto al caso ruso, pues *no hay autoconsumo* dentro de la explotación; el campesino vende su vino y compra todo lo demás. Pero eso mismo parece significar que la existencia de una *célula familiar de mano de obra* no implica la necesidad teórica descrita por los agrónomos rusos de los primeros años de nuestro siglo. Lo que han observado será una organización agrícola de alcance *modal* en su país (como lo fue la pequeña viticultura en el mío). No significa que tal organización tenga valor de *modelo* (y menos de *modo de producción*).

IV. SOBRE SUFICIENCIA E INSUFICIENCIA COMO NOCIONES-CLAVE DE LA ECONOMÍA CAMPESINA

En los análisis chaianovianos surge a menudo la idea de que una economía campesina puede juzgarse, al fin y al cabo, por las nociones de *suficiencia* e *insuficiencia*, experimentadas y traducidas por los mismos sujetos económicos. Yo creo en la indicación muy interesante para el entendimiento de lo que los historiadores franceses se han acostumbrado a llamar “economías de antiguo régimen” o “de tipo antiguo” (es decir anteriores a las revoluciones técnico-sociales de los siglos XVIII y XIX en la Europa occidental). Pero hemos de concretar muy precisamente los puntos de aplicación de las nociones *suficiencia* e *insuficiencia*. Tienen algo contradictorio con otra noción: la de *elasticidad* del consumo familiar campesino a través de las vicisitudes coyunturales. ¿Dónde acaba la *elasticidad*? ¿dónde empieza la *insuficiencia*? Si se trata de una insuficiencia absoluta, por debajo del mínimo fisiológico, sabemos que no puede ser *ni global*, *ni continua*. Los hombres desaparecerían. Lo interesante es que *suficiencia* e *insuficiencia* se manifiestan: 1) *en el tiempo*, por la *desigualdad de las cosechas*; es el problema de las hambres periódicas; 2) *en el espacio social*, por la *desigualdad de las condiciones* en el seno del mismo *campesinado*.

a) La desigualdad de las cosechas

No quiero insistir sobre este punto. Lo he tratado ampliamente en un artículo lógicamente redactado en homenaje a mi maestro Ernest Labrousse, inventor de la noción fundamental de “crisis del tipo antiguo”, quiero decir del análisis *histórico* de las consecuencias *sociales* (no puramente económicas) de las caídas periódicas

de la producción alimenticia en las economías masivamente agrícolas de antaño.

Yo observaba, en este artículo, que lo más característico del retraso agrícola ruso entre 1900 y 1913, si bien consistía, a primera vista, en las diferencias de los rendimientos medios entre los cultivos rusos y los europeos (el trigo, 6.5 quintales por hectárea en Rusia, 13.5 en Francia, 20 en Alemania), residía todavía más en realidad en la brutalidad de las caídas observadas de un año para otro en los rendimientos rusos; en efecto, cuando, después de 1902, ningún rendimiento anual del trigo en Alemania cae más del 4% en relación con la cosecha anterior, el rendimiento triguero ruso sufre bajas de 8.9% entre 1909 y 1910, y de 34.8% entre 1910 y 1911. Chaiánov observaba que el campesino ruso ignoraba el concepto de *productividad* (pues suministraba más o menos cada año el mismo trabajo), pero estaba muy atento al *rendimiento*, a lo que entrega la tierra en relación con lo que se le da. Me parece que la razón de tal atención, de parte del campesino ruso, está precisamente en el peligro que representaba para él la desigualdad anual de las cosechas. Ya sabemos que el fenómeno persiste. El hambre de 1891 había llamado particularmente la atención de los agrónomos. El de 1921 suscitará las investigaciones coyunturales de Tschetverikov.

Pero —y tal vez sea esa una de las razones de sus recientes éxitos en ciertos medios intelectuales— Chaiánov y su escuela se sentían menos interesados en la dinámica coyuntural, de tiempo corto, que en los modelos estructurales estáticos. Sin embargo, si su *economía campesina* reaccionaba fundamentalmente (como decía) ante el contraste *suficiencia-insuficiencia*, no podía ser sino, ante todo, por la experiencia periódica de la sucesión entre años malos y años buenos.

Si pensamos en las consecuencias, registradas por la historia de la revolución rusa, de las crisis alimenticias de 1921 y 1932, nos podemos preguntar si los instrumentos de análisis forjados por la escuela de Labrousse alrededor de las “crisis del tipo antiguo” no serían más útiles para el estudio de esta revolución que esa extensión del concepto de *economía campesina* al estudio de los problemas del Tercer Mundo.

b) *El análisis social diferencial del campesinado*

Quedo también admirado, al evocar los problemas del campesinado, por el parentesco entre los análisis históricos tales como Labrousse nos enseñó a practicarlos, y las *notas* de Lenin de 1893, o sus capítulos sobre la evolución del mundo rural en *El desarrollo del capitalismo en Rusia*. No existe un campesinado, un problema campesino. Lo que existe es una sociedad rural con campesinos socialmente diferenciados, los cuales, en la transición del feudalismo al capitalismo, ya no conservan la unidad original de su clase —pues ésta se derivaba de la sumisión y de los derechos que todo campesino debía al señor. La economía mercantil, cuando penetra en la economía campesina en sus distintos niveles, determina en el seno del campesinado una jerarquía significativa, subrayada periódicamente por las crisis alimentarias. No olvidemos cómo en España tal jerarquía había sido perfectamente apuntada por Zabala en 1732 y por Craywinckel en 1764. Los contrastes se sitúan entre el campesino relativamente rico, *siempre vendedor* de una parte de su producto, y el campesino pobre, que no se basta a sí mismo y es *siempre comprador* de una parte de su subsistencia, y finalmente hay un campesino intermedio entre los dos grupos, el cual tiene algo que

vender en los años buenos (pero a precios bajos de abundancia) y mucho que comprar en los años malos (a precios muy altos por la escasez de los granos). Otra característica, señalada por Jean Meuvret en la Francia del siglo XVII, así como Lenin en la Rusia de fines del XIX: las *necesidades monetarias* no afectan tanto a las capas superiores del campesinado como a las más bajas, periódicamente puestas en dificultades por la usura, el impuesto, la compra de las semillas.

Al nivel del campesinado *pobre*, la *célula* campesina estalla en la microeconomía, con ocasión de cualquier incidente individual (enfermedades, muerte del jefe de familia, etcétera). Y el accidente colectivo —la mala cosecha que se traduce en hambre para todo comprador pobre de granos— destruye la estabilidad no por cierto de *toda* la *sociedad campesina*, sino de una gran parte de su capa inferior. El pasaje del feudalismo al capitalismo, si no reproduce automáticamente el esquema inglés ya dibujado por Marx, establece de todos modos, en cada país, la diferenciación entre el campesino rico, propietario o arrendatario capitalista (en Rusia, el *kulak*), y el campesino caminante, errante (*dépointé*, dicen los viejos textos franceses), el *mujik* ruso prometido en el mejor de los casos al proletariado obrero, y en el peor a la ociosidad de los suburbios. ¿Donde se situaría, pues, la *unidad* de la *sociedad campesina, familiar*, palabras con resonancias simpáticas más o menos conscientemente sugeridas por las preferencias ideológicas?

Por eso mismo es que se entiende perfectamente que Stalin, sólidamente apoyado en los textos de Lenin, haya podido asimilar la escuela de Chaianov al *desvencionismo de derecha*. Es evidente que se aplican a ella las frases que dirigió, en 1929, contra Bujarin:

“no entiende ni admite esta cosa, sin embargo, tan sencilla: existen en los pueblos grupos distintos; a sus ojos se desvanecen como humo los kulaks y los campesinos pobres; no queda sino una masa uniforme de campesinos medios.” (Abril de 1929, *Contra el desvencionismo de derecha*.)

Es cierto que el espíritu y la obra de Chaianov son demasiado complejos —sobre muchos puntos, su flexibilidad, su adaptación a las circunstancias, sus descubrimientos tanto en la práctica como en la teoría, parecen geniales— para que una condenación simplificadora no resulte profundamente injusta. Pero es evidente que, en la medida en que su actuación práctica fue muy dispersa y sus teorías siempre formales, Chaianov había caído en muchas contradicciones:

1o.) Cuando insistía —como hizo a menudo— sobre la enorme diversidad de los suelos, de los climas y de las condiciones sociales del inmenso imperio ruso, destrufa en realidad la hermosa construcción unitaria de una *economía campesina* capaz de ofrecer un modelo, sea para conservar, sea para construir.

2o.) Cuando proclamaba (*On the theory of Non Capitalist Economic Systems*, ed. inglesa, p. 24) que la teoría económica capitalista “no puede aplicarse a cualesquiera formas de organización económica”, enunciaba una verdad que yo quisiera en lo personal, como marxista y como historiador, ver sistemáticamente admitida. Pero por ello Chaianov no dejaba de razonar, en cada ocasión, como formalista marginalista, en términos de economía individualista y subjetiva hasta tal punto que ciertos comentaristas han podido señalarlo como el precursor de la “economía generalizada”, valedera para cualquier sistema historicosocial.

3o.) Cuando el *comunismo de guerra* in-

citó a Chaianov a inventar el *cálculo económico no monetario* —instrumento de gran porvenir lo hizo con referencia al “Estado aislado” de Von Thünen— otra tentación formalista y estructuralista, la cual, si anuncia ciertas concepciones recientes de la geografía, da la espalda, una vez más, a la visión *histórica* de la economía y del mundo.

4o.) Así llegó Chaianov a plantear en términos puramente espaciales el problema de las dimensiones óptimas de las grandes unidades agrícolas, de los futuros *sovjoses* gigantes. El ejemplo de las explotaciones norteamericanas lo condujo a abandonar, hacia 1928, muchas de sus primeras afirmaciones sobre la *lógica* de las *economías campesinas*. Como lo hace hoy un René Dumont, Chaianov acaba oscilando entre las esperanzas del productivismo capitalista y la nostalgia sentimental hacia “este mundo que hemos perdido”, que nos describió Laslett.

Esta duda se hace más claramente explícita cuando en 1920 Chaianov, asustado sin duda por la brutalidad de las colectas del *comunismo de guerra*, redacta una novela de *política-ficción*, que las autoridades soviéticas aceptan publicar (con un prefacio prudente), pero que constituirá más tarde, según toda probabilidad, el argumento mayor para la condena del agrónomo. Publicado bajo el seudónimo de Ivan Kremnev el *Viaje de mi hermano Alexis al país de la utopía campesina*, se sitúa en el Moscú de 1984. El poder bolchevique ha sido derribado en 1934 por una *revolución campesina*; Moscú no tiene más de 100,000 habitantes; ninguna ciudad pasa de los 10,000 en los territorios agrícolas; el agro lo forma un tablero de campos cultivados por familias campesinas; se agrupan en cooperativas, pero se han conservado los alicientes individuales, precios y salarios; ya no hay “fábricas de pan” (ni de carne), sino pueblecitos tradicionales,

con sus canciones, bailes, objetos artesanales, ferias, trajes populares. Un poco apartado, en Arkanqelsk, visitada por Kremnev, existe una “comunidad ideal” del tipo soñado por Kropotkin. En el extranjero, el comunismo internacional ha estallado bajo la acción de fuerzas centrifugas; la Alemania de 1984 es el único Estado que conserva el *comunismo de fábricas* de los años 20, herencia normal de la gran empresa capitalista. Pero el mismo sistema ha fracasado en Rusia por haber querido imponerse a una *nación campesina*. Así se juntan, en la ficción de Chaianov, todos los temas del revisionismo, del populismo, del comunitarismo anarquizante, y hasta teosófico. Se comprueba así, cómo el agrónomo de buena voluntad, por haberse encerrado en el mundo campesino, oscila entre dos polos contradictorios muy poco realistas y muy poco revolucionarios. De un lado la teoría pura. Del otro la utopía.

Pero nuestra tarea no consiste aquí en situar a Chaianov en la historia de la revolución socialista. Consiste en preguntarnos si para abordar los problemas *históricos* del mundo pasado y los problemas *actuales* de las masas campesinas en vías de cambio, en la encrucijada de los vestigios precapitalistas, del capitalismo imperialista y de los experimentos socialistas, es útil o no adoptar los conceptos teóricos de Chaianov tales como Thorner nos proponía aplicarlos, pensando que ofrecían un instrumento mejor de análisis que el concepto marxista de *modo de producción* (y yo me permito añadir: y que los instrumentos forjados por la *historia coyuntural*, que Thorner parecía, si no condenar, al menos olvidar, en el estudio de su *economía campesina*).

Examinemos ahora el cuadro propuesto por Chaianov para caracterizar, frente al capitalismo, todo lo que no obedece a sus leyes.

Las palabras “modo de producción” no figuran en el cuadro. Pero los sistemas económicos incluyen el *feudalismo*, la *esclavitud* y el *comunismo*, y en las categorías presentadas como *económicas* existe un apartado “regulación por coacción no-económica necesaria para mantener el régimen”; no se trata, pues, de economía *pura* y es posible que nos encontremos delante de modelos más próximos al concepto global de *modo de producción* (conjunto económico-jurídico-político-ideológico) que lo que imaginaba Thorner. Desgraciadamente, desde este punto de vista, el cuadro no es homogéneo.

Es interesante ver como Chaianov intenta hacer el análisis económico de la esclavitud. ¿Pero de qué tipo de esclavitud nos está hablando? ¿Del antiguo? ¿Del colonial? ¿Del de los Estados Unidos antes de la Guerra de Secesión? Probablemente de este último, pues, fuera del precio de los esclavos, nada parece distinguir en el cuadro a la economía esclavista de la economía capitalista. ¿Cómo no vamos a pensar en las controversias recientes entre Fogel (y la “New Economic History”) y Genovese? Pero efectuar esta comparación nos llevaría muy lejos de nuestro tema.

Más importante, para precisar una ideología, es la oposición entre los dos extremos del cuadro: *capitalismo* y *comunismo* como *sistemas*. El capitalismo está presentado tal como acostumbraba presentarse a sí mismo en los primeros años de nuestro siglo: toda coacción extraeconómica ha desaparecido, la plusvalía se reduce al modesto interés pagado a los rentistas, y la *renta diferencial* debida a la variedad de fertilidad de las tierras; el beneficio de empresa no figura en el cuadro; la “producción y reproducción de los medios de producción” (es decir la acumulación del capital) queda descrita como un proceso *técnico*, y no se precisa el

origen ni la apropiación del capital así acumulado; la garantía dada por el aparato estatal a la propiedad privada en todos sus niveles no se define como *coacción*. A la inversa, el comunismo, presentado como falto de todo elemento mercantil, no puede ser sino un comunismo imaginado en su último estadio de evolución. Sólo queda, en tal estadio, la “producción y reproducción de los medios de producción” aseguradas según las normas del plan estatal. Pero tal comunismo —Stalin insistió particularmente sobre este punto en su último folleto— supondría la total eliminación de los procesos mercantiles, tanto en la agricultura como en la industria, y la total racionalización del cálculo económico en una sociedad sin clases, donde la administración de las cosas hubiera sustituido *realmente* al gobierno de los hombres. En este caso, la “coacción extraeconómica” dejaría de caracterizarlo. Al confundir *socialismo* y *comunismo*, fase de transición y modelo lejano, Chaianov no deja subsistir, bajo la palabra “comunismo”, más que “plan” y “coacción”. La oposición capitalismo-comunismo, así presentada, demuestra sin ambigüedad la pertenencia ideológica de Chaianov. Es la que pudiera encontrarse en cualquier discurso político de los hombres de Estado del occidente.

Por, otra parte, entre *capitalismo* y *comunismo*, y eliminando el problema poco actual de la esclavitud no encontramos en el cuadro de Chaianov ninguna indicación que nos recuerde que han existido (y aún existen) formas primitivas de sociedad, realidades tribales, estancamientos jerárquicos de *castas*, vestigios de comunidades pastorales o campesinas. No, todo se reduce a distinciones sutiles entre formas varias de *economía familiar* y del *sistema feudal*. El mismo *sistema feudal* se descompone entre “economía señorial” y “economía campesina”,

como si la realidad del *sistema feudal* no fuese precisamente la *combinación orgánica* entre tenencia del suelo y señorío eminente sobre el mismo. Se destaca, además, de la *economía feudal* una “economía de servidumbre reducida a exacciones sobre el producto” (cf. en el cuadro “economía de exacciones serviles”). Es cierto que una *servidumbre* de este tipo (Chaianov pensaba en el *obrok* ruso) señala el declive final del sistema feudal. La única diferencia entre este sistema y la economía familiar es que la *renta* parece impuesta al hombre y no a la tierra. Se trata, en realidad, del pasaje de la *renta feudal* (que pesaba *al mismo tiempo* sobre el hombre y sobre la tierra) a la *renta absoluta* capitalista, que se deriva de la total disposición de la tierra en manos del *propietario* (el *señor* tenía “dominio eminente”, no total disposición). El cuadro por *sí y no* (más o menos), de tipo estructuralista y no dialéctico, se revela incapaz de caracterizar la naturaleza de lo que está cambiando, evolucionando.

Si nos situamos, en efecto, en *casos concretos* de transición, observamos siempre un feudalismo que el capitalismo está destruyendo mientras lo penetra, o un capitalismo (hasta bastante evolucionado) que no se ha despojado aún de toda huella de feudalismo (o de primitivismos, o de esclavismo). Llamar “economía campesina a un sistema intermediario autónomo y estable no me parece útil, sino más bien peligroso. Lo que importa es la *combinación de relaciones* entre *hombres y bienes* (propiedad absoluta o limitada, disposición pagada o no de los medios de producción), con las *relaciones entre hombres y hombres* (amos y esclavos, señores y siervos, patronos y obreros, etcétera). El intento de imaginar, entre feudalismo y capitalismo, un campesinado capaz de escapar tanto a las coacciones feudales como a la ley del mercado (selección, concentración,

expropiación de los débiles) —cuando en realidad la transición hace pesar contra el campesinado pobre las dos amenazas juntas— resulta, en mi opinión, del choque, en la mente del agrónomo, entre sus deseos organizativos y técnicos de un lado, y su simpatía hacia el *modo de vivir* campesino del otro. El feudalismo se acabó; el capitalismo prepara el *desarrollo*, pero muy lentamente y mediante unas selecciones despiadadas; la revolución decepciona o asusta; queda la *utopía campesina* (o *ecologista*, no faltan los parentescos).

V. TENTACIONES CHAIANOVIANAS EN HISTORIA, SOCIOLOGÍA Y POLÍTICA

Después del rápido esbozo que acabamos de dibujar, yo llamaré *tentaciones chaianovianas* a los vaivenes de muchos historiadores o sociólogos entre la preferencia otorgada al hecho campesino en la descripción y explicación de las sociedades pretéritas, y la reducción excesiva o el excesivo aislamiento reservados al mismo *hecho campesino* en las sociedades actuales. La referencia a Chaianov era, hace poco, excepcional. Se está haciendo cada día más frecuente. Lo característico es la convergencia de interpretaciones.

1. *Las proposiciones de Daniel Thorner*

Únicamente Daniel Thorner, editor y presentador de las *Obras escogidas* de Chaianov en inglés, ha recogido *conscientemente* la herencia de la escuela rusa. Y lo hizo en nombre de los historiadores y dirigiéndose a ellos. Sus propuestas de 1962-1964 tuvieron un eco momentáneo importante (F. Braudel reprodujo en la selección italiana de artículos de los *Annales* el de Thorner: “Economía campesina, concepto para la historia económica”). El autor no tuvo tiempo para prose-

guir su ofensiva en contra del concepto marxista de *modo de producción*. Confieso que, a pesar del respeto que guardo para su memoria, las propuestas de Thorner no llegaron a convencerme.

1o.) Su primer criterio para caracterizar la *economía campesina* era el criterio *mayoritario* de la población rural, de la población agrícola activa y del producto agrícola en la renta nacional. Pero *mayoritario* significaba para Thorner, como en los escrutinios electorales o en los paquetes de acciones de las sociedades anónimas, *más del 50%*. Eso es una *regla de juego*, no un límite significativo en el campo socioeconómico. Me parece que las sociedades modernas no se vuelcan hacia el modelo industrial desarrollado hasta que la población agrícola haya descendido hasta menos del 20% de la población activa global. Entonces sí que el sector agrícola se puede tratar como cualquier otro sector económico. Pero antes (entre 50 y 20%), las sociedades francesa, española, rusa, etcétera, tienen que tener en cuenta de una manera particular las especificidades del sector agrícola, sin que se pueda decir que son por eso *sociedades campesinas*. La ruptura por el 50% (y población rural, población agrícola activa y producto agrícola son tres cosas muy distintas) es un criterio mecánico evidentemente poco meditado.

2o.) El segundo criterio de Thorner es el referente a la existencia de ciudades conteniendo al menos 5% de la población global. Otro criterio mecánico. ¿Qué puede significar, en una *economía campesina*, la presencia de la ciudad? ¿La clásica oposición entre dos tipos de hombres, entre dos tipos de vida? Probablemente en la visión propuesta por Thorner, pues se refiere al admirable artículo de Julio Caro Baroja en *Mediterranean Countrymen*. Pero se trata, en este artículo, de un estudio temático sobre el reflejo psicológico

y literario nacido del contraste campo-ciudad, de la continuidad de los clisés transmitidos (como en el caso, igualmente estudiado por Caro Baroja de los "estereotipos nacionales"). Un tema de esta naturaleza me parece pertenecer más bien al nivel *ideológico*, superestructural, de un modo de producción, antiguo o feudal. Pero, para una *historia económica*, la coexistencia del campo y de la ciudad tiene un significado más concreto: la ciudad no puede vivir sin el campo y lo transforma a su servicio por vías complejas. Barcelona pide trigo a Sicilia, mientras el campo de Tarragona exporta el suyo. Conocemos bastante la historia de los *tiempos modernos* para descartar una *teorización* que sustituiría las complejidades de los hechos por una definición simplificadora del sector mayoritario de las sociedades *de transición*.

3o.) El criterio del Estado. Thorner quisiera eliminar de la categoría *sociedad campesina* a las sociedades primitivas, segmentales, tribales, y hasta el primer feudalismo disociador de los poderes políticos. Yo me pregunto si las únicas *sociedades campesinas* no serían precisamente aquellas donde todas las clases sociales y los mismos poderes políticos tenían como denominador común el ambiente rural. La parte más sólida en las concepciones de Chaianov sería, de todos modos, el intento de descubrir una originalidad en la realidad social situada entre feudalismo y capitalismo; pero no sé si podríamos definir de la misma manera todos los casos enumerados por Thorner bajo el nombre de *economías campesinas*: el Japón (sin tener en cuenta la obra de Takahashi), la Indonesia poscolonial (¿qué ha pasado con las "plantaciones especializadas?"), el México pre y postrevolucionario, una China donde se reconoce que ciertos arrendamientos de tierras representaban entre 50 y 60% del producto

bruto (¿cómo podría hablarse, en este caso, de la *autonomía* de la explotación?).

Queda la India, especialmente estudiada por D. Thorner. Pero, desde la fecha de sus estudios ¿cuál ha sido la experiencia de la India? Escuchemos al norteamericano Cliefton Wharton, en su artículo "¿La revolución verde, cuerno de la abundancia o caja de Pandora?":

"Con la nueva tecnología, extendida con ritmos distintos, los agricultores ya ricos se harán más ricos de lo que eran. No es imposible que los explotadores agrícolas más ilustrados se puedan asegurar los mercados alimenticios que antes servían los pequeños productores viviendo en economía de semisubsistencia. En la India, en 1967-1968, solamente el 20% de los cultivos fue sembrado con el nuevo trigo enano, pero su cosecha representó el 30% de la producción global. Tal evolución podría llevar a una reducción de los ingresos de los productores menos importantes, más pobres y menos emprendedores, lo cual plantea problemas de bienestar y justicia. Si sólo una pequeña proporción de la población rural puede servir al progreso de nuestros siglos, mientras la gran masa se queda atrás, y tal vez retrocede, la situación será en alto grado explosiva."

Pues, coyunturalmente, es eso mismo lo que pasó con la crisis *de tipo antiguo* (rareza alimenticia) de los años 70.

Admito perfectamente con Daniel Thorner que expresiones como "economía de media subsistencia" o "sociedad semi-feudal" son conceptos bastardos. Pero observar la *articulación* de dos modos sucesivos de producción, sobre todo cuando se revela en ocasión de las crisis, es sin duda más *operativo* que la sencilla adopción de los términos *economía campesina*.

La distinción entre campesinos *ricos*, *pobres* y *medios* fue fundamental en la táctica así como en la estrategia de Mao. Es probable que para la observación *histórica* necesitemos términos un poco más complicados. En la encrucijada de dos modos de producción, cuando se instalan al mismo tiempo técnicas nuevas y condiciones sociales nuevas, hay que preguntarse ¿quién se hace cargo de dichas técnicas nuevas? ¿Quién se enriquece? ¿Quién se empobrece? El capitalismo se revela entonces con su propia naturaleza: llamará al campesino rico, dotado ya de medios de producción y preparado para apoderarse de los nuevos que surjan, hombre "ilustrado", "emprendedor" (si no "empresario"). Pero el resultado será la eliminación, la pauperización, la proletarización de la masa. Pues para apoderarse de una técnica hacen falta *medios previos*. Chaianov había planteado este problema a propósito de los riegos. No he podido acceder a dichos estudios particulares, y lo siento, pues he soñado mucho con un gran trabajo, individual o colectivo, regional o mundial, que se llamaría "Riegos y modos de producción" y que se extendería desde las economías asiáticas e incaicas hasta la comunidad hidráulica valenciana, las grandes obras públicas o privadas capitalistas y coloniales, y a las realizaciones socialistas. Tema fundamental que serviría por cierto para el estudio de las *economías campesinas*, sin que la noción de *economía campesina* en general pueda servir mucho para aclararlo.

2. Sobre Francia. Historiadores y sociólogos ante Francia, "nación campesina"

El caso de Francia atrae y desconcierta a los teóricos de la *economía campesina*. No hay país más clásico de la familia campesina que trabaja la tierra y a menudo la

posee. Y no hay país tampoco que haya realizado más claramente su *revolución burguesa* y haya seguido, con más prontitud a Inglaterra por la vía capitalista. Sin embargo, la Francia oficial no ha dejado, durante todo el siglo XIX y buena parte del XX, de cantar las glorias de la *nación campesina* por excelencia, y eso tanto en el vocabulario de los *agrarios* conservadores como en el de los radicales reformadores. Es natural también que capas tan numerosas de trabajadores del campo autosuficientes y de propietarios *ni ricos ni pobres* hayan excitado el malhumor del proletariado revolucionario y los sarcasmos del mismo Marx. Este denunció, como se sabe, al campesinado francés como responsable de los éxitos de Luis Napoleón, y ni siquiera veía en él a una verdadera *clase social*, sino "patatas en un saco". Más cerca de nosotros, la misma irritación ante el campesinado francés se ha manifestado —lo cual es lógico— al otro extremo del abanico ideológico: los admiradores del crecimiento capitalista rápido, como Maurice Lévy-Leboyer, acusaron a la Revolución francesa de haber creado en el campesinado una masa de propietarios o empresarios modestos y satisfechos, conocedores de la realidad del mercado, pero incapaces de ahorros e inversiones en gran escala, además, demográficamente malthusianos por el deseo de evitar a sus hijos la proletarianización: de lo cual resultaría el atraso de la economía capitalista francesa desde la segunda mitad del siglo XIX. Entre el modelo inglés, precoz, y el modelo prusiano, tardío pero potente, Francia, en la necesaria liquidación del campesinado en provecho de las revoluciones industriales, sería, pues, un modelo económicamente deficiente pero socialmente estable. Más de un país sueña con la misma estabilidad (lo hemos visto en el caso de Chaianov).

Todo eso, conocido y poco discutible, ha

sugerido, por la originalidad del caso, tentaciones teóricas e históricas no por cierto idénticas pero sí emparentadas con las posiciones de Chaianov y Thorner.

Este sector de la sociedad francesa —si no toda la sociedad francesa— jurídicamente librado de las trabas feudales en 1789, pero mediocrementemente implicado en la vía capitalista, no es raro que resista a su propio espíritu, ¿hace falta nombrarlo? Es curioso constatar que algunos marxistas (no digo "el marxismo"), imprudentemente apoyados en fragmentos de *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, han adelantado expresiones como *modo de producción parcelario* para calificar a la Francia del siglo XIX. Me parece que tal empleo de *modo de producción* se aparta peligrosamente del concepto fundamental así denominado por Marx en la madurez de su obra. *Modo de producción* no es sólo *manera de producir* (y menos *manera de intercambiar*). Es, al mismo tiempo, un *complejo técnico* de un nivel determinado, un *sistema de relaciones jurídicas y sociales* ligado al tipo de exigencias de esta técnica, y un *conjunto de instituciones y convicciones ideológicas* que aseguran el funcionamiento del sistema general.

La presencia masiva del fenómeno campesino en la Revolución del 89 no debe ocultar el fondo del hecho, que fue la liquidación jurídica e institucional del modo de producción feudal, ya muy alterado, antes de 1789, por la revolución económica subyacente y por la construcción, también jurídica e institucional, necesarias para la maduración del orden burgués. El papel eminente del campesinado —campesinado *rico* orientado hacia la *libertad de vender* (tanto los productos como la tierra), y campesinado *pobre*, sublevado por la falta de subsistencias de todos los días— impuso a la *revolución burguesa* realizada desde arriba un mínimo de concesiones a estas dos clases de

campesinos, a pesar de que la primera iba en la misma dirección que la burguesía y la segunda en la dirección contraria. Por eso las interpretaciones han podido variar según las opciones personales de los historiadores.

Dominados por su propia historia, historiadores soviéticos como Porchnev y Abo, dicen que no se ha subrayado bastante el carácter *campesino* de la Revolución francesa, que llaman la "más importante *revolución campesina* de la historia".

Pero Ernest Labrousse, estudiando los orígenes de esta revolución, había, con más sentido histórico, distinguido tres niveles de aspiraciones: la gran burguesía quiere el poder; las clases medias (con el campesinado acomodado) más libertad; la clase pobre pan, protección para sí misma y conservación de las antiguas garantías consuetudinarias. Hay muchas contradicciones en el seno mismo de la Revolución.

Georges Lefebvre había insistido al mismo tiempo en el carácter de *casi-propiedad* de buena parte de la tenencia de la tierra antes de 1789, pero también en las miserias de la masa campesina. Un erudito como Gustave Festy, alto funcionario y propietario agrónomo, estudiando (excelentemente) la agricultura en la época de la Revolución, se indignaba al ver a campesinos pobres mandar a la guillotina a una marquesa entusiasta de la agronomía *ilustrada*. Otra vez la contradicción entre los intereses del progreso técnico y el deseo de igualdad social.

Antoine Pelletier, debido a que empezó estudiando a Babeuf, ha profundizado el análisis histórico de la noción antigua de *bien común*, muy extendida entre los campesinos pobres del antiguo régimen. Le hubiera gustado convertir la *comunidad campesina* anterior a la sociedad individualista en otro *modo de producción*. Albert Soboul, en su reciente recolección de artículos sobre los aspectos campesi-

nos de la Revolución francesa, se pronuncia contra este abuso de vocabulario. Creo que con razón. La verdad es que la noción de *bien común* ha de ser sistemáticamente reintegrada al complejo coherente del *modo de producción feudal* (y muy probablemente de otros modos de producción precapitalistas). El capitalismo destruye por primera vez el sentido de la comunidad, para dejar al individuo como responsable único en medio de la concurrencia económica. Ya sabemos que los populistas rusos querían mantener (o resucitar) las realidades campesinas comunitarias. Y se ha subrayado a menudo, en el caso de las revoluciones asiáticas, hasta qué punto el paso al socialismo puede ser facilitado en el campo si el campesino ha ignorado el estadio de la propiedad individual y del intercambio monetario.

Después de la Revolución francesa y del éxito de las ventas de *bienes nacionales* (es decir, de la *desamortización*) ¿existe en realidad una *Francia campesina*? No. Lo que existe son *Francias campesinas*. Del País Vasco a la Bretaña, con la aparcería como base social y la presión religiosa en la cumbre, el oeste francés no ha dejado enteramente de ser *feudal* en espíritu. En el norte de Francia, o en la cuenca de París, el arrendatario capitalista es un verdadero empresario, y Normandía se especializa en la producción ganadera con miras al mercado de la capital.

He dicho ya algunas palabras sobre el caso de la viticultura del Languedoc. Es una verdadera *industria agrícola*, de gran producción enteramente comercializada, y, a pesar de todo, mayoritariamente constituida por explotaciones *familiares*, unidades de trabajo sin ayuda exterior. Rémy Pech ha concluido, en un estudio reciente de este caso ambivalente, que el pequeño viticultor, propietario productor, *se explota a sí mismo* (y a sus familiares) en el

sentido de que, en la mayor parte de los casos y de los años, su ingreso global es inferior a los salarios medios que hubiera debido pagar si hubiera empleado una mano de obra asalariada, sin dejar sitio, naturalmente, para una *renta del suelo* o un *beneficio de empresa*. Estamos volviendo a Chaianov, pero subrayando las diferencias (no hay autoconsumo en la explotación). Además, la situación descrita no es continua. La viticultura obedece a las leyes del mercado. El precio puede estar momentáneamente muy por debajo del valor producido. Son las *crisis de sobreproducción* típicamente capitalistas. Pero la situación contraria ha existido también. El viticultor del Languedoc ha conocido años de superbeneficios (particularmente durante las guerras).

Francia *parcelaria*, Francia *país de la pequeña propiedad*, son de todos modos fórmulas que expresan un *modo social* de explotación del suelo (entendemos un tipo de explotación numéricamente mayoritario), pero de ninguna manera un *promedio económico*, pues la gran propiedad, y hasta la muy gran propiedad (en el caso de la viticultura particularmente), producen la parte más importante de las cosechas ofrecidas al mercado. Por consiguiente existe también en Francia un proletariado (muchas veces inmigrado) al servicio de la agricultura y que constituye la capa más baja, peor pagada, en la escala de las rentas individuales francesas.

He gustado citar, en varias ocasiones, un discurso ingenuo, pronunciado en 1903, en Beziers, al fundarse un sindicato de obreros agrícolas, como testimonio de una *toma de conciencia*, en la misma *articulación* (aunque tardía) de dos *modos de producción*.

“...No estaría mal, según me parece, ocuparse un poco de la suerte de este pobre mártir que llaman ‘cultivador’

u ‘obrero de la tierra’, pues como yo, camaradas, hace tiempo que regáis con vuestro sudor esta tierra que alimenta a esos capitalistas que nos tratan como esclavos, así como antes, en tiempos de los señores, pues actualmente no son únicamente los nobles los que quieren mantener al pobre, pobre, pues vemos también, con gran disgusto, me atrevo a decir, a republicanos y hasta socialistas, que están en el poder, y siguen sin vergüenza ninguna al enemigo del pobre obrero de la tierra, cuando les convendría a ellos que nos predicen la fraternidad y la igualdad, demostrar ellos mismos cómo tales palabras se tendrían que practicar, y dar ejemplo a los enemigos del trabajador, pues me parece que cuando un propietario que tiene opiniones radical-socialistas deja a sus obreros con dos francos al día y les niega el vino desde el primero de agosto, como hacen los nobles y oportunistas del país, entonces merecen ser tratados como capitalistas, y enemigos de la patria rural, y eso se ve entre todos los republicanos ricos sin excepción...”

Así, en un país donde la escuela pública de la Tercera República enseñaba como verdades evidentes que la Revolución francesa había extendido la propiedad e instalado la igualdad, el obrero agrícola analizaba, en un lenguaje ingenuo, la substitución de la explotación feudal por la explotación capitalista. Existen todavía *señores*. Existen *nobles* con la nostalgia del antiguo régimen. Pero, con otro vocabulario político, se distinguen muy poco de los *ricos*, de los *capitalistas*, aunque sean *republicanos*, pues éstos no son menos ásperos, como *propietarios*, frente a los asalariados. Observemos que la palabra *burgués* no aparece, y que la expresión *patria rural* (“*patrie terrienne*”) señala en el orador un sentimentalismo

más campesino que obrero. Existe, en efecto, un *modo de vida* campesino, que abarca tanto al *gentleman farmer* como al obrero agrícola. Pero, como instrumento de análisis social, no existe un *modo de producción campesino* (ni una *economía campesina*) donde desaparecerían las distinciones y luchas de clases propias del capitalismo, del feudalismo (o de sus combinaciones durante la *transición*).

No diré nada, ni siquiera a título comparativo, del caso de España, tratado en el coloquio y que todos conoceis mejor que yo. Preciso solamente cuán inoperante sería hablar de una "cuestión agraria" española, cuando existe un latifundio andaluz y un minifundio gallego, una huerta valenciana y una viticultura catalana, una cultura cerealista castellana y un caserío vasco policultural. Admito que se hable de un *campesino español*. Es una figura. No de una *economía campesina* española. No he querido aclarar, en toda esta conferencia, sino un punto: guardémonos de los conceptos que simplifican, cuando la historia es complejidad.

3. Campesinados latinoamericanos. Una ojeada sobre estudios mexicanos recientes

He tenido, en estos últimos años, muchos contactos con investigadores latinoamericanos, o americanistas de varios países. Sobre cuestiones agrarias, campesinas, los coloquios y congresos se han multiplicado, y se ha ido acumulando una brillante documentación. Pero resulta algo difícil utilizarla por razones obvias. Hasta cierto punto hay *unidad* en el tema: campesinados masivamente mayoritarios, industrialización apenas incipiente, secuelas de estructuras precoloniales y feudales, limitaciones de la evolución por los imperialismos extranjeros, flujo de los excedentes de población campesina hacia

monstruosos suburbios. Pero la *diversidad* del campo latinoamericano no es menos evidente: los Andes no son las pampas, la selva amazónica no tiene nada que ver con las altiplanicies mexicanas; la *hacienda* no es plantación colonial exportadora, el *ejido* mexicano no se parece a la comunidad pastoral andina. Colonización, independencia, inmigración, reformas y revoluciones agrarias, no han podido tener los mismos resultados en el continente entero.

¿Cómo se puede abordar, pues, el *hecho campesino* latinoamericano en su conjunto? ¿Por monografías? Fue el caso del coloquio de París en 1965; la yuxtaposición de detalles fue abrumadora. ¿Por la especialización en un tema, en una problemática? Eso fue lo que quiso hacer, en el Congreso de Ciencias Históricas de Moscú, en 1970, la "Comisión de movimientos sociales", al estudiar en el mundo entero "los movimientos campesinos" a lo largo de dos siglos. Pero esto significaba estudiar *consecuencias* de unas estructuras no siempre bien conocidas. Las conclusiones no podían ser sino de una vaguedad inquietante. Así la frase final de J. Droz:

"Hasta cuando es duramente explotado el pequeño campesino es capaz de un esfuerzo prolongado, lo que permite dar fundamento sólido a la guerrilla armada, forma esencial de la subversión moderna."

¿Se han modernizado tanto los *furores campesinos* de los siglos XIV o XVII? Yo tengo mis dudas. Escuchemos ahora otro diagnóstico, dado sobre el campesinado mexicano por Jean Meyer, inspirado por su larga convivencia con los *cristeros*, esa desviación mística del movimiento campesino. Encontramos primero, como en Chaianov, una oposición entre la

noción campesina de *suficiencia* y la noción capitalista de *cálculo*:

"Desde hace tres siglos, en México, hay dos *proyectos*: el del campesino, que finalmente *no es económico*, y el del 'empresario agrícola', que es económico."

Lo que las *clases medias* han condenado, en la interpretación de Jean Meyer, en atención al "proyecto económico", no es sino *al campesino como tipo de hombre*, la *condición campesina como modo de vida*:

"La industrialización, la urbanización... deberían resolver el problema campesino como los liberales entendían resolver el problema indígena: *matar al campesino para dejar vivir al hombre*."

De allí a la *utopía campesina* faltan pocos pasos:

"Para que la historia no se repita en vano, *haría falta* que los campesinos colaboraran con aquella gente para quien el desarrollo no pasa únicamente por el molde industrial y occidental, con gente capaz de reconocer a los campesinos una *personalidad y aspiraciones* cuyo testimonio es esta resistencia denodada y desesperada."

Los *movimientos campesinos* serían pues, la defensa de una *manera de vivir* más bien que la protesta contra un *nivel de vida insuficiente*. ¿Y por qué no las dos cosas a la vez?

Último encuentro que quiero recordar aquí: 1974, el Congreso de Americanistas en México. Un simposio estaba previsto sobre "Modos de producción en América Latina", que tuve el honor (bien inmerecido) de presidir. El simposio resultó frecuentado por todos los jóvenes marxistas

del continente. Y alguna tensión sensible entre el simposio y las otras sesiones del congreso reveló bastante bien la naturaleza de los prejuicios ideológicos instintivos opuestos al uso por los historiadores-sociólogos del concepto de *modo de producción*.

Me apresuro a decir que tal uso no basta para resolver las cuestiones planteadas. Y que el simposio no fue un modelo de claridad problemática. Me permitió, al contrario, tomar conciencia de ciertos peligros de confusión incluidos en ciertos vocabularios:

1o.) Si se extiende y se multiplica la noción de *modo de producción*. "Modo de producción colonial", "modo de producción precolombino": hasta empleadas por mis mejores amigos, estas innovaciones no me parecieron de las más felices.

2o.) Si se considera (con todo derecho) que el modo de producción *dominante* es *determinante*, se corre el riesgo de aislar excesivamente un rasgo único de un sistema de transición. Sabemos que A. Gunder Frank considera como *capitalista* a la sociedad colonial española desde 1492, porque las colonias se explotaron desde el principio con vistas a los intereses del gran comercio internacional; y tal afirmación resulta absurda si se quiere analizar históricamente el fenómeno entero de la *Conquista*. Un ensayo más reciente de Marcello Carmagnani, todo lo contrario, intenta dibujar, a la manera de Witold Kula, un modelo económico del *feudalismo latinoamericano*, con sus relaciones sociales internas afectadas por el feudalismo inicial de los españoles, pero cuyo producto excedente está destinado en gran parte a Europa, donde prepara para el capitalismo la necesaria *acumulación previa*. El ensayo es interesantísimo, pero temo que generalice demasiado unos modelos *locales o regionales*, también limitados en el tiempo (siglos XVII y XVIII).

3o.) Nunca me ha gustado tampoco lo que yo llamaría "el vértigo teórico", las extensas páginas únicamente dedicadas a consideraciones abstractas o verbales, o a justificaciones de los textos, no de los hechos. A pesar de que sigo siendo fiel a lo que dije ya hace tiempo frente a los historiadores empíricos y positivistas: el exceso de inquietud teórica es de todos modos preferible a la ausencia de inquietud.

El mejor equilibrio entre preocupaciones teóricas y aplicaciones concretas lo encontré realizado, con mucha admiración, por investigadores como Enrique Semo y Roger Bartra, alrededor de la economía y sociedad mexicanas, en sus trabajos (ya publicados o no) y en su revista *Historia y Sociedad*.

Señalaré, como ejemplo, uno de los últimos estudios de E. Semo sobre la *hacienda* mexicana en su fase de declive del último siglo. Semo lucha, con toda razón, contra ideas recibidas y prejuicios constantes. En particular contra la imagen que el capitalismo liberal por un lado, y la propaganda democrática por otro, dieron durante mucho tiempo de la *hacienda*. La consideraban como una empresa "ilógica", "antieconómica". Semo demuestra que un desequilibrio *social*, una explotación feroz de la fuerza de trabajo, no son necesariamente *ilógicos* no-productivos *para los que sacan el provecho* del sistema. La *hacienda* era un sistema en sí, mantenido por la clase social que lo aprovechaba, con coacciones de todo orden, tanto no-económicas como económicas. No se ha de hablar por eso de *modo de producción*, pues la *hacienda* no está aislada de las realidades capitalistas del siglo XIX. Semo demuestra a la vez el error de Gunder Frank que hace de la *hacienda* un tipo puro de empresa capitalista, y el error de Tannenbaum, para quien la *hacienda* mexicana es una uni-

dad casi autónoma de trabajo y consumo. Semo se esfuerza, por el contrario, en analizar la *hacienda* como tipo de *articulación*, de combinación orgánica. No *dualista*. No *semifeudal*. Sino elemento localizado relativamente estable en un momento de la evolución, combinando la herencia feudal con la atracción capitalista. Justifica, hasta cierto punto, el modelo Carmagnani. Pero demuestra, al mismo tiempo, sus límites en el espacio y sus prolongaciones en el tiempo.

Igualmente orientadoras, para las importantes nociones de *transición*, de *articulación* (añadimos de *mediación* entre realidades económicas y aparatos políticos) son las investigaciones de Roger Bartra.

R. Bartra se instala en la encrucijada de tendencias que yo me he permitido criticar aquí mismo y de vías que me parecen verdaderamente nuevas. Presentó a Chaianov en español. Utiliza los conceptos de *modo de producción mercantil simple*. Y cita a Kula para justificar el planteamiento, en términos de *economía general* de problemas tal vez particulares a un solo modo de producción. He discutido con él sobre esos puntos.

Pero Bartra funda todos sus cálculos cifrados en observaciones directas. Lo hace en términos teóricamente marxistas y no rechaza la posibilidad de calcular él mismo lo que el campesino es, muy naturalmente, incapaz de hacer: la distribución de su producto en categorías valaderas en un conjunto economicosocial ya no *campesino* sino propiamente capitalista. Percibe tan perfectamente el peligro que supone una oscilación entre tecnocratismo y populismo, a la manera de Chaianov, que ha propuesto aplicar el nombre de *populismo tecnocrático* a ciertas tendencias del reformismo mexicano reciente, el mismo que se propone precisamente criticar. Sabe que los defensores

de la reforma agraria mexicana han respondido con argumentos politicosociales y no con argumentos económicos al productivismo aconsejado por René Dumont a esos mismos defensores.

“Entre las funciones de la propiedad de la tierra hace falta contar las funciones de naturaleza política; hay que mantener entre los campesinos la fe y la esperanza para evitar sus explosiones de impaciencia...”

De lo cual saca Bartra una *teoría histórica* (no una defensa) de una *vía mexicana* hacia el capitalismo, distinta de la vía inglesa tanto como de la prusiana. Esta última, esbozada en los tiempos de Porfirio Díaz —era la evolución de la *hacienda* hacia la empresa capitalista— imponía a los campesinos violencias tales que participaron de manera inesperada —*desesperada*— en la revolución de 1910. Sin embargo, fue solamente hasta 1930 cuando los gobiernos, bajo la forma de distribución de los *ejidos* (forma limitada de propiedad parcelaria en realidad) intentaron asociar a las masas campesinas a la *revolución institucionalizada*. “Cesarismo democrático”, dijeron algunos comentaristas. Bartra compara (no *asimila*) este caso de utilización política del campesinado con los casos de cesarismo europeo analizados por Marx y por Gramsci. Esta *mediación* entre el hecho economicosocial y el político será el tema del próximo gran trabajo de Bartra.

Mientras tanto, su pequeño libro sobre las clases sociales en México (estudiadas desde el punto de vista de las estructuras agrarias) realiza una minuciosa clasificación de *todas* las capas de la población campesina. Y, tanto para sus relaciones internas como para sus relaciones con el mundo urbano e industrial, se proponen fórmulas clarificadoras (o que pueden

serlo por las mismas discusiones que suscitarán): acumulación primitiva permanente, pauperización no proletaria, subempleo campesino superior a las necesidades del *ejército de reserva industrial*. Así se intenta una teorización del *subdesarrollo*, el cual no es sino un caso particular del *paso al capitalismo*, pero dificultado por la existencia, y por la presión, de capitalismo exterior dotados de medios técnicos y financieros muy superiores. El papel del campesinado en una *transición* definida de ese modo plantea, es evidente, unos problemas emparentados (no idénticos) con los que preocuparon en su tiempo a Chaianov. Y particularmente los del agrónomo como técnico, como economista, como reformador, como revolucionario (si llega a serlo).

Recuerdo cómo, entre dos viajes al Perú (1968, 1974), pude constatar no sin cierto estupor, el aflujo de millones de indios andinos hacia Lima. Allí también se había intentado una *reforma agraria* a manera de tranquilizante. Grandes haciendas fueron puestas a la disposición de cooperativas campesinas. Me contaron que el responsable de una de ellas, a quien un visitante preguntaba: “¿Qué empresa tan magnífica! ¿Cómo la va usted a manejar?”, contestó: “Y si a usted lo pusiesen en un Apolo 7, ¿como lo manejaría?” Este humorismo, muy campesino, no creo que significara la renuncia de una clase ante las exigencias técnicas del siglo, pero sí una objeción irónica frente al abismo abierto delante de tantas masas campesinas desocupadas y a las ambiciones productivistas de las empresas agrícolas punteras. Los agrónomos de buena voluntad (he conocido algunos en el mismo Perú, verdaderamente admirables) se creen naturalmente designados para preparar el porvenir. Pero hemos visto cómo, en el caso de Chaianov o el de Dumont, llegan pronto a entremezclar sus certidumbres técnicas, los prejuicios

cios de su educación económica clásicamente capitalista y sus inclinaciones sentimentales hacia el modo de vivir y el hombre *campesinos*. Y ¿quién va a conciliar el sueño ecológico o paseista? con el modelo de la granja americana o del *sovjos* gigantesco?

4. *Para nuestros países, en el próximo porvenir: problemas de mercados y ¿fin del campesinado?*

Estaba reflexionando sobre el tema de esta conferencia, cuando dos noticias de actualidad vinieron en mi ayuda. La una fue la de las manifestaciones en las carreteras de León, denunciando una congestión en los mercados posibles de los productos del agro español. Es cierto que inquietudes de este tipo no son de ayer. Pero tampoco hace muchos años que España no dejaba de temer, año tras año, la *insuficiencia* de la cosecha. Ha pasado definitivamente de la inquietud de tipo *antiguo* a la inquietud de tipo *moderno*, pasaje magníficamente expresado por el marxista español Jaime Vera; de la *insuficiencia absoluta* del *producto* al *exceso relativo* de la *mercancía*. No conozco definición más precisa del contraste entre dos *modos de producción*. Cada palabra es significativa.

La otra noticia de actualidad que me interesó se refería a la entrevista de tipo bastante nuevo que el presidente de la república francesa concedió a un *muestreo representativo* de los franceses (60 personas) en el mismo palacio del Eliseo. Un campesino, con conmovedora sinceridad, dijo: "Señor presidente, cultivo unas hectáreas de tierra, a mi hijo le gustaría seguir cultivándolas; son bastante para nuestra familia; ¿por qué se nos niega toda ayuda?" La respuesta fue contundente: "Es imposible hoy en día prever ayudas para las explotaciones no renta-

bles." (¿Y qué es eso de *renta*? hubiera contestado, probablemente, el campesino de Kosinski y Chaianov). Es claro que desde ahora no se sigue *ayudando* a las explotaciones *marginales* peor dotadas de medios de producción, cuya supervivencia exige un nivel de precios muy superior al valor *medio* del producto y no competitivo en el mercado internacional. Durante mucho tiempo, por razones sociales o electorales los gobiernos venían asegurando mediante precios muy altos la supervivencia de tales explotaciones *marginales*. Pero, desde hace algunos años la ayuda se da única y directamente a los campesinos que quieren abandonar el campo. Algunos comentaristas han afirmado que este cambio ha sido aceptado por el mismo campesinado, y las transformaciones técnicas parecen confirmarlo (Sergio Mallet: "Les paysans contre le passé"). He intentado hacer verificar, a través de encuestas concretas (desgraciadamente limitadas), hasta qué punto el campesino individual se ha familiarizado con el cálculo económico, con la *contabilidad*. Es difícil generalizar los resultados, pero parece que el cálculo económico, hasta para las explotaciones muy grandes, está en manos de organismos especializados, peritos financieros; y el campesino pequeño o mediano no participa de las comodidades de tal organización si no está guiado y orientado por asociaciones corporativas, sindicales o cooperativas. Lo más claro es que ha entendido algo que ignoraba hace medio siglo: el secreto del *endeudamiento productivo*; el Crédito Agrícola francés es el organismo de crédito más importante del país. La *economía campesina* es ahora una parte como cualquier otra de la economía global. Pero una parte que además se va reduciendo.

El *campesino* como tal, la *condición campesina* de antaño parecen estar, en nuestras sociedades *desarrolladas*, irreme-

diablenamente condenados a desaparecer con más o menos rapidez. ¿Y la agricultura, el campo, la tierra como medios de producción? Tampoco estamos seguros de su porvenir. El Plan Mansholt, para la Comunidad europea, establece que cuatro millones de hectáreas de cultivos, en el territorio de la Comunidad, tendrían que convertirse en bosques, y un millón en parques de recreo. El *rapport Vedel* sobre la agricultura francesa encuentra *irrisoria* esta previsión del Plan Mansholt. Estudia para el porvenir varios *modelos* de restricción agrícola. El *modelo Bergmann* sacrificaría en Francia 22 millones de hectáreas de superficie agrícola útil de las 33 que hay y 7.5 millones de hectáreas cultivadas de las 18 que existen. El *modelo* MODEF (propuesto por el movimiento de defensa de la agricultura familiar) está calificado de "exacerbadamente conservador", "retrasado", "anticompetitivo", aunque "conforme al sueño de sociedad igualitaria específicamente francés" (el MODEF, con un vocabulario de connotaciones chaianovianas, representa el sector campesino de inspiración comunista). Entre los dos modelos extremos existe, como es natural, un plan intermedio (Malassis). Pero el *rapport Vedel* no desdeña tampoco los *modelos ideales*:

"El modelo de la colectividad rural de mañana podría ser el de una pequeña ciudad de 5,000 hasta 10,000 máximo de habitantes, rodeada de aldeas y

fincas pequeñas esencialmente agrícolas, con una población residencial además dispersa en el campo." (Mendras.)

¿Será realizada por el capitalismo la utopía de Chaianov?

Pero ¿cómo podríamos olvidar, delante de este maltusianismo europeo, impuesto por el concepto de *rentabilidad*, el hambre (subyacente y periódicamente aguda) de la mitad del mundo? Las memorias anuales de la FAO abren siempre para mí un abismo de interrogantes: en los *años malos* anuncian para mañana la decisiva catástrofe alimenticia; en los *años buenos* (cuando Canadá y Estados Unidos tienen reservas de 50 ó 60 millones de toneladas de trigo no vendido), la FAO se pregunta quién va a soportar el peso de la "adecuación de la demanda a la oferta"; vuelven los *años malos* y el *comercio internacional de granos* triplica o cuadruplica la cifra de negocios (con los beneficios correspondientes). La vieja contradicción entre producción y consumo desigualmente localizados, regional en el alba del capitalismo (cuando intentaban luchar en su contra Campomanes y Turgot), es ahora *mundial*. El mundo de la *economía campesina* es el mundo que sufre de hambre. Y el mundo no campesino no sabe qué hacer con los productos de sus campos. Tal vez por eso haya podido decir, al principio de esta conferencia, que la inmensa *literatura agraria* inspira a sus lectores alguna *irritación*.

La caída de Arbenz y los contratiempos de la revolución burguesa

Edelberto Torres-Rivas

I. El acontecimiento

Cuando Jacobo Arbenz anuncia con entrecortada voz su renuncia definitiva a la presidencia de la nación, por la cadena nacional de radiodifusión, la noche del 27 de junio de 1954, causas y efectos de una situación crítica parecieran quedar anudados para revelar, en el dramatismo de la caída, la exacta significación de la conjura. No fue aquél, el acto de renuncia, un acto de denuncia plena llevada a sus últimas consecuencias. En esa medida no fue el acto final en el que el acontecimiento llega al límite y se resuelve por sí mismo, como lo fue el suicidio de Vargas, el 24 de agosto de 1954, o el asesinato de Allende, el 11 de septiembre de 1973. No es que a la caída de Arbenz le hiciera falta su muerte, sino que aquélla pecó propiamente de ambigüedad por el contenido de su mensaje final, que sin duda paralizó las encrespadas energías del apoyo popular. Ambiguo porque solicitó el respaldo de las mayorías, próximas al asalto del poder, para su sucesor militar y al evitar consecuentemente el esperado llamamiento para la resistencia frontal.

Aquella noche estaba teniendo éxito la primera operación que contra sucesivos gobiernos extranjeros organizó y empujó

la Agencia Central de Inteligencia.¹ Fue esa sin duda la primera oportunidad que tuvo el gobierno norteamericano de montar procesos contrarrevolucionarios en América Latina. Puesta a prueba esa capacidad policíaca, diremos que la caída de Arbenz, que es también la derrota local de un movimiento nacionalista, puso en evidencia la incapacidad de la política exterior de aquel país para lidiar con los movimientos progresistas en el periodo de la posguerra.

Los entretelones del complot interno y de la crisis política que se fue gestando desde 1953 para trasladarse en el momento culminante en junio del 54 al interior del ejército, son menos conocidos —peor evaluados— que la crónica de la

¹ En recientes publicaciones de un Comité Especial del Senado Norteamericano (Senate Select Committee of Intelligence), se apunta que la de Arbenz fue la primera —y exitosa— intervención de la CIA en sus actividades en el extranjero. El interés puesto por el gobierno de Eisenhower y, especialmente, por el jefe de la política exterior, John F. Dulles, excedió ciertamente la significación del problema local, la expropiación de la United Fruit Co., para convertirse, en el brutal clima de la guerra fría, en el problema de detener la penetración comunista. Un asunto de nacionalización fue convertido en un problema político-militar con la Unión Soviética.

extensa campaña de descrédito y ablandamiento que en el periodo más álgido de la guerra fría realizó el imperialismo norteamericano.² Hubo aquí un entrevero de factores internos y causas externas, confundidas a medida que la crisis se fue profundizando. Hace falta un análisis detenido y con las ventajas de la distancia transcurrida para establecer la contribución de todas ellas en el acontecimiento. De ahí que la renuncia de Arbenz no pueda ser comprendida solamente ni como resultado de una profunda desmoralización personal ni como producto exclusivo y exitoso de una conspiración extranjera. Es cierto que el acontecimiento por sí mismo marca la coyuntura, pero aquél sólo se entiende en el marco de la lógica histórica de ésta. También es cierto que el hecho crítico, final, se mueve con una lógica propia, la del momento en que, cuando es decisivo, señala las discontinuidades del proceso, y que muestra así la verdadera dimensión de los movimientos históricos. Así, renuncia y complot (o viceversa), o ambos y con ellos el golpe de Estado previsto como resultado de aquellos afanes, pertenecen a un proceso mayor que les presta sentido. Es la historia que se impone sobre la anécdota. O como diría mejor un historiador, la estructura que funda y otorga sentido al movimiento.

² Hay una extensa fuente documental sobre el tema. Pocos trabajos tan aleccionadores por su cinismo indisimulado como la tesis doctoral de R. Chardkof, *Communist toehold in the Americas: a history of official United States involvement in the Guatemala crisis, 1954*, Florida State University, 1967, así como John R. Beal, *John Foster Dulles: a biography*, New York, Harpers & Brothers, 1957; Daniel E. James, *Red design for the Americas: Guatemalan Prelude*, The John Day Co., N. York, 1954; Ronald Schneider, *Communism in Guatemala 1944-54*, Frederick A. Praeger, Nueva York, 1963. De distinta concepción, es importante el trabajo de John Gerassi, *The Great Fear in Latin America*, Collier Books, N. York, 1965.

El telón de fondo lo constituye la experiencia democrática que el país empezó a experimentar en la posguerra, cuando la dictadura terrateniente del general Jorge Ubico se desploma al enfrentar en junio de 1944, una generalizada resistencia civil de la mediana y pequeña burguesía urbana, a las que la política económica conservadora del último gobernante liberal había terminado por sofocar. La derrota de la dictadura en junio de 1944 se completó el 20 de octubre del mismo año, cuando un triunvirato de generales viejos, herederos y representantes del peor estilo oligárquico, fueron violentamente desalojados del poder. Terminó así, casi a la mitad de este siglo, el periodo de la llamada *república cafetalera*, que fue como una maligna prolongación, ya decadente, del ideario liberal. Fue, sin duda, el fin de una época. Y por el curso que inmediatamente después tomaron las cosas, la búsqueda de la diversificación de la estructura económica, la renovación institucional del Estado, la emergencia política de nuevos grupos sociales, etcétera, se llamó a ese punto de arranque y al proceso mismo, la "Revolución de Octubre", imprecisa pero inevitable calificación de una etapa que en su desarrollo pudo haber tenido esa significación global.

La historia de la revolución de octubre (1944-1954) no ha sido hecha todavía, salvo las crónicas que siguieron al momento posterior de su derrota y que constituyen testimonios valiosos pero limitados por la exégesis o por la diatriba, pero marcados siempre por la anécdota.³ Tal vez ese aná-

³ Existe una numerosa bibliografía en inglés y en español, sobre esta historia pero que reproduce casi siempre la misma información. Son importantes, los trabajos de Juan José Arévalo, *Guatemala, La Democracia y El Imperio*, Ed. Marcha, Montevideo, 1954; Manuel Galich, *Por qué lucha Guatemala*, Elmer Editor, Buenos Aires, 1956; Guillermo Toriello,

lisis ha esperado el paso del tiempo para ganar objetividad. Lo cierto es que a diestrá y siniestra ella no ha existido. Los críticos anticomunistas la han juzgado como un proceso anómalo que perdió rápidamente su rumbo. Al extraviarlo, estaba condenada al fracaso como si esa inevitabilidad estuviera dada desde adentro del proceso mismo, predeterminada a través de una necesidad supra histórica. En tales condiciones, la caída de Arbenz y la derrota del movimiento popular son el castigo para el pecado del desorden.⁴ En la perspectiva opuesta, el éxito de la conspiración anticomunista ha sido juzgado como resultado de una imposición desde fuera, exitosa en la medida en que la violencia aplicada a un proceso significa interrupción y ruptura del mismo. Esta visión también utiliza la noción de fatalidad, pero de signo opuesto. En aquélla, el proceso político se derrota a sí mismo

La batalla de Guatemala, Ed. Pueblos de América, Buenos Aires, 1955 (existe una edición chilena, de la Editorial Universitaria y una mexicana, de Cuadernos Americanos); Gregorio Selsler, *El guatemalazo: la primera guerra sucia*, Ed. Iguazú, Buenos Aires, 1961; también del mismo Toriello, *Tras la cortina de banana*, Fondo de Cultura Económica, México, 1976, y el de Raúl Osegueda, *Operación Guatemala \$\$\$\$\$*, Ed. América Nueva, México, 1957. Una información detallada de todo lo publicado sobre el caso, aparece en R. Díaz Castillo, "El caso Guatemala: contribución para una bibliografía", en *Anuario de la Universidad de San Carlos*, II Epoca, No. 5, 1974, págs. 40-62.

⁴ Cito únicamente autores guatemaltecos, aunque el grueso de los análisis críticos fue hecho por extranjeros. Véase, especialmente, los de M. E. Nájera Farfán, *Los estafadores de la democracia*, Ed. Gelm, Buenos Aires, 1956; Mario López Villatoro, *¿Por qué fue derrotado el comunismo en Guatemala?*, Ed. Liberación, Guatemala, 1957; J. Calderón Salazar, *Letras de la Liberación*, Guatemala, Tip. Nac. 1955 y Jorge del Valle Matheu, *Un pueblo que se redime: Guatemala*, Guatemala, Tip. Nac. 1954. Más información en R. Díaz Castillo, op. cit.

y la coyuntura no haría sino explicar ese resultado. En este análisis, al proceso se le quiebra y así, se le derrota. El acontecimiento es entonces, distinto, original y por ello reclama primacía en el análisis. El acontecimiento pretende explicarse por sí mismo, sin remitir a sus causas.

Los problemas para el movimiento democrático de Guatemala, empezaron muy temprano, cuando superó con éxito los problemas de quién y cómo debía sustituirse a la dictadura militar. Si la lucha contra Ubico fuese casi unánime expresión de la voluntad ciudadana, esa unidad empezó a erosionarse con la elección de la Asamblea Constituyente y luego con la elección presidencial. Se diría que las deserciones empezaron cuando no fue electo el candidato conservador Adrián Recinos, embajador en Estados Unidos del gobierno liberal recién caído, sino el Dr. Juan José Arévalo, profesor universitario en Argentina, exilado por aquel gobierno; Arévalo fue electo con una mayoría abrumadora, el 19 de diciembre de 1944, con un 86% del total de los votos depositados. Fue esa la primera elección libre en la historia nacional. El cumplimiento de las prescripciones de la democracia constitucional adquiere un notable sentido en un país atrasado cuya historia está excedida por dictaduras y prácticas autoritarias. Ya cuando la elección de Arbenz, seis años después, la coalición revolucionaria sólo obtuvo el 68% de los votos. En 1951 varios años de gimnasia democrática habían fatigado la escasa tolerancia cívica de la burguesía agraria, terrateniente y rentista y habían empezado a debilitar la voluntad progresista de la pequeña burguesía urbana, asalariada y consumística cuando Arbenz asciende a la presidencia de la nación, el 15 de marzo de 1951. La "unidad de la familia guatemalteca", como todavía acostumbran a recordar con

reproche los ideólogos anticomunistas, se había desbaratado para siempre.

Las causas del encono interno y las que movieron la voluntad intervencionista norteamericana son varias. En otra parte de este trabajo se las resume. No importan cuáles fueron más importantes para concitar el odio de lo más atrasado de la sociedad guatemalteca y de la política exterior norteamericana, si las huelgas de los obreros en las plantaciones de la United Fruit Company, o la emisión del Código de Trabajo en 1947; si la expulsión del embajador norteamericano Patterson por quebrantar sus deberes diplomáticos o las cuotas patronales para el Seguro Social en 1948; o tal vez la Ley de Arrendamientos Forzosos. Pero ya en el periodo de Arbenz el proceso adquirió otro ritmo y entonces, la definición de las fuerzas sociales y de sus intereses enfrentados fueron quedando a la vista. Hubo dos hechos que hoy día, veinticinco años después, no justificarían por sí mismos ninguna intervención extranjera, pero que el clima de la guerra fría y la histeria antisoviética calificaron como provocación: la expropiación de las tierras de la United Fruit Company primero y la compra de pistolas y fusiles checos en Suiza, después. Ambos, ejercicios de soberanía nacional.

Las presiones ejercidas por el gobierno norteamericano a partir de la aplicación de la ley agraria fueron crecientes y brutales. La X Conferencia Interamericana de Caracas, que legitimó la agresión contra Guatemala, fue parte de esa estrategia ofensiva. Así, el conflicto interno adquirió una dimensión internacional y aquél comenzó a expresar abiertamente la oposición burguesa al proceso democrático. La llegada de la nave sueca *Alfhem*, con un cargamento de armas compradas en Europa al puerto guatemalteco, el 15 de mayo de 1954, sirvió para que la conspi-

ración militar que el imperialismo venía tratando de montar se precipitara abiertamente. Hoy día se sabe que el arribo del barco extranjero a Puerto Barrios conteniendo una dotación de armas cortas compradas en Suiza y Checoslovaquia, no fue el resultado de una hábil estrategia guatemalteca que la inteligencia norteamericana no pudo evitar. Por el contrario, conociendo la calidad limitada del armamento, los servicios de seguridad de este país lo dejaron pasar y tuvieron así el último argumento que necesitaban para terminar con las vacilaciones de algunos altos oficiales guatemaltecos.

El día 10. de junio de 1954 se reunió en el local del Estado Mayor del Ejército, el Consejo Superior de la Defensa Nacional —máximo organismo deliberativo de la institución— para conocer problemas relacionados con el armamento recién llegado al país hacía dos semanas. A sugerencia de los coroneles Carlos Enrique Díaz, jefe de las Fuerzas Armadas, y José Angel Sánchez, ministro de la Defensa, se decidió solicitar una entrevista al presidente Arbenz, que se efectuó en el Salón de Sesiones del Palacio Nacional, el lunes 7 de junio de 1954. Según una versión,⁵ el objeto de la entrevista era pedir una explicación por parte del Ejército de “por qué el Partido Comunista actuaba en la cosa pública, cuando lo prohibía terminantemente el artículo 32 de la carta magna de la nación”. Según otra fuente,⁶ “el alto mando del ejército pidió una audiencia al presidente para agradecerle por la carga de armas que había llegado de Checoslovaquia”, la que aprovecharon “para hacerle una serie de preguntas de carácter muy especial sobre el comunismo

⁵ Diario *El Impacto*, Guatemala, 25 de julio de 1954, pág. 3.

⁶ Marta Cehelsky, “Habla Arbenz, su juicio histórico retrospectivo”, en *Alero*, 3a. Época, No. 8, 1975, pág. 122.

y el anticomunismo, del tipo normalmente elaborado por el FBI".⁷ Así, durante más de cuatro horas, Arbenz y los altos jefes militares estuvieron discutiendo de política, de la crisis interna que el país vivía desde hacía meses y en la que el tema del "comunismo" había sido colocado como el problema central.

Según confesión del propio Arbenz, fue él quien solicitó a los integrantes del Consejo Superior de la Defensa que resumieran sus argumentos y juicios críticos en un cuestionario que discutirían conjuntamente con posterioridad. El memorándum presentado por la alta oficialidad del ejército fue el último mecanismo utilizado internamente para desencadenar la conspiración. Así el cuestionario y la extensa discusión que motivó entre Arbenz y unos cien oficiales asistentes a la reunión fue, de hecho, un ultimátum que el ejército presentaba a su jefe, el presidente de la nación. La pregunta 3a., por ejemplo, dice: "¿Hay alguna evidencia de que la política nacional e internacional no rendirían satisfactoriamente los fines que se propone, sin la necesidad del partido comunista?".⁸

⁷ *Op. cit.* pág. 123.

⁸ Véase, también la pregunta 9a., "¿No querría el señor presidente apoyarse únicamente en el Ejército Nacional para seguir libremente la política sincera y nacionalista que se le reconoce, para no depender de los compromisos, si los hubiere, con respecto a los grupos que lo llevaran a la presidencia para la satisfacción de egoístas?" No obstante, era tal el ascendiente que todavía Arbenz tenía sobre sus compañeros de armas, o fue tan sofisticada la perfidia, que el primer párrafo del memo-ultimátum reconocía: "...la totalidad de los jefes y oficiales del Estado Mayor, de la Inspección General y de la Ayudantía General del Ejército desean hacer saber al señor presidente de la república que cualquiera que sea la línea de su política y cualquiera que sean los propósitos de la actividad gubernamental que él dirige como jefe del Ejecutivo, lo apoyan y respaldan íntegramente

Ni Arbenz ni los oficiales arbenzistas lo entendieron así, como el penúltimo paso en el complot que venía caminando, lenta pero inexorablemente desde meses atrás, a pesar de que en síntesis el contenido último de la discusión fue una crítica directa, personalizada, a la política oficial. Además, aquel encuentro adquiriría una significación siniestra porque no se producía como un hecho aislado, como mera indisciplina interior, sino se daba en el cuadro de una abierta ofensiva del imperialismo norteamericano contra el movimiento revolucionario guatemalteco. La campaña internacional en la que participaron senadores y periodistas norteamericanos y especialmente el secretario de Estado John Foster Dulles, cobró un vuelo inusitado. Justamente el día del encuentro militar la cancillería norteamericana anunció llegado el momento de celebrar una Conferencia Interamericana "a fin de considerar la situación de Guatemala de acuerdo con el Tratado de Río de Janeiro y para adoptar una serie de 'medidas prudentes' para hacer frente a la creciente actividad comunista en el país centroamericano".⁹

Los preparativos para la invasión desde Honduras habían dejado de ser maniobras clandestinas. De hecho nunca lo fueron y menos aún cuando en el mes de marzo, la traición del agente de enlace Isaac Delgado, alias "Chaco", permitió al gobierno guatemalteco acceder a importante documentación secreta, reveladora de la trama.¹⁰ Los repetidos llamamientos para pa-

y sin reservas de ninguna clase," *Diario Impacto*, *op. cit.* pág. 4 y *Cehelsky*, *op. cit.* pág. 124.

⁹ Despacho de la AP, junio 7, Washington, citado por Gregorio Selser, *op. cit.* pág. 138.

¹⁰ La naturaleza de este trabajo impide hacer referencia a esta valiosa fuente documental testimonio de la colaboración entre Somoza, de Nicaragua, el gobierno hondureño, los servicios diplomáticos y militares norteamericanos y los

ralizar la actividad económica y a boicotear la producción, que desde hojas volantes se solicitaba, no tuvieron eco, como tampoco los varios intentos de provocar un levantamiento interno. Sin embargo, tales hechos se sumaron a los otros que se describen más adelante, lo que obligó a que el 8 de junio el gobierno suspendiera las garantías constitucionales, como una medida de defensa interna.

El enfrentamiento de clase fue adquiriendo así una formalidad peculiar. No dejó en ningún momento de expresar la virulencia con que las clases propietarias pasaban a la ofensiva, pero por interpósita mano. Movilizada más por temores ideológicos que por agresiones a su poder material, la burguesía planteó una crisis esencialmente política al interior del Estado aún sin haber organizado sus propias fuerzas. Comprendiendo que es a este nivel, el de la política, y sólo aquí, donde se resuelve la contradicción fundamental que es el problema de la lucha por el control/conservación del poder, la crisis se deslizó a la institución armada.

No se desarrolló la lucha política, en el seno de las clases y de sus organizaciones políticas. No hubo, por así decir, presencia ni acción de masas ni tras la conjura reaccionaria ni en el apoyo al gobierno. El Estado quedó aislado por fuera y fracturado por dentro y la crisis se radicó en el seno del ejército. El error de las fuerzas revolucionarias de Guatemala—inútil constatación *post festum*— fue prolongar la ilusión militarista en momentos en que la lucha de clases recru-

dos cabecillas guatemaltecos, el coronel Castillo Armas y el general Ydígoras Fuentes. En virtud de un convenio secreto y gracias a la intermediación del embajador Peurifoy, Castillo Armas sería el jefe del Ejército invasor pero Ydígoras Fuentes sería nominado presidente de Guatemala. Castillo Armas incumplió el contrato por presión de sus partidarios.

dece. Esa confianza sin fundamento racional produjo expectativas y tácticas que giraron siempre en la idea de que aquél era el "Ejército de la Revolución". Pero era, solamente, el ejército de un orden burgués, entrenado técnicamente y penetrado ideológicamente por los cuerpos norteamericanos.

Debe decirse también que los líderes del Frente Democrático Nacional¹¹ no quisieron en el inicio y ya no pudieron después, trasladar enteramente el enfrentamiento político al seno de las masas y de sus organizaciones. Es probable que la agudeza de la crisis hubiera derivado fácilmente en una guerra civil, en la que sin duda alguna la burguesía habría tenido a su lado al ejército. Acerca de lo que pudo suceder este análisis no puede distraerse. La actualidad tiene siempre el sabor de lo accidental y por lo tanto es valorizado por el sentido común, por la conciencia inmediata de las cosas como algo inevitable; en aquel momento, la dirigencia revolucionaria mantuvo obsesivamente el temor a repetir, en pequeño, la experiencia española. Así, se quedaron a la defensiva a pesar de tener de su lado a una parte del gobierno. Las fuerzas reaccionarias intentaron desencadenar la violencia, pero no se jugaron a fondo sabedoras de que no la necesitaban. Confirieron y alentaron la solución del exterior, es decir, la invasión mercenaria y la presión directa de los Estados Unidos. Ambas salidas hicieron jugar al ejército un papel decisivo.

Así, el 10 de junio, el secretario de Estado norteamericano dirigió un publicitado llamamiento a las naciones ame-

¹¹ Alianza política de los partidos democráticos, Partido Acción Revolucionaria, Renovación Nacional, Partido de la Revolución Guatemalteca, más el Partido Guatemalteco del Trabajo (comunista), la Confederación General de Trabajadores y la Confederación Nacional Campesina.

ricanas "para que ayudasen al pueblo de Guatemala a liberarse por sí mismo de la penetración comunista". "Es evidente —dijo— que la intervención extranjera que llevó a la Declaración de Caracas —que condena la intervención comunista en este hemisferio— se ha hecho más pronunciada y la sumisión de uno de los Estados americanos al despotismo extranjero ha aumentado."¹² Siendo totalmente falso el predicamento de Foster Dulles sólo se explica por la naturaleza agresiva y policíaca de la política exterior norteamericana, cuya vocación de imperio se acentuó notablemente en el periodo de la "guerra fría". Calumniosa afirmación por cuanto desconfiada una mera declaración de intenciones, en 1953, el gobierno guatemalteco no tuvo ni siquiera relaciones comerciales con la Unión Soviética. Las relaciones diplomáticas se mantuvieron en el nivel de representación geográfica (el embajador soviético en México fue anunciado por extensión, como ejerciendo funciones en Guatemala). Era inimaginable, además, en esa época, alguna forma de cooperación militar como la que impunemente exhiben hoy día, por ejemplo, una docena de países africanos. Más bien, la revolución guatemalteca resintió un atroz aislamiento diplomático, comercial y cultural en relación a los países socialistas, de quienes no recibió ayuda de ningún tipo. Así, la "sumisión al despotismo extranjero" fue la que aplicó con desembozada energía el embajador Peurifoy, uno de los artífices internos de la conspiración crítica.

El mismo día 10 de junio, fecha de la agresiva declaración norteamericana, en un inútil esfuerzo por detener la invasión desde Honduras, la cancillería guatemal-

¹² Discurso de J.F. Dulles en la reunión anual Rotaria Internacional, difundido por AP desde Seattle. *La Nación*, Buenos Aires, 11 de mayo de 1954. Subrayado nuestro.

teca propuso la firma de un pacto de Amistad y no Agresión a ese país, iniciativa más que retórica, rechazada de inmediato por el gobierno hondureño. Una semana después el país sería invadido desde esa frontera.

No es posible ni necesario detenerse en otros detalles de similar factura. Pero ayudará a comprender la temperatura política en ascenso y por ello el desenlace de la crisis, un par de datos más. Una radiodifusora clandestina, de potente penetración, empezó a funcionar el 13 de mayo en tanto que avionetas particulares distribuían propaganda anticomunista a partir del día 15, fecha en que los servicios de inteligencia norteamericanos permitieron que el armamento checoslovaco, incompleto, desembarcara en el país. Hoy día se sabe que la radio clandestina, exitoso símbolo por lo que tiene de desafío a la autoridad, eficaz instrumento de difusión de consignas, funcionaba en una de las secciones del templo de Esquipulas, en la frontera hondureña. Siendo el Señor de Esquipulas —un Cristo negro de la época de la Colonia— la imagen más venerada del pueblo católico guatemalteco, la impunidad de los anticomunistas, al buscar refugio en territorio prohibido, señala sin reticencias la complicidad de la Iglesia. Un pacto mundano en el que el arzobispo Rossell se pone al servicio de la burguesía reaccionaria, y de los intereses extranjeros.¹³

Aunque el gobierno norteamericano continuó los preparativos para realizar una nueva reunión de cancilleres americanos, al aceptar Uruguay ser la sede, fue obvio que no era por canales diplomáticos que

¹³ Ya con anterioridad, meses atrás, en enero de 1954 se realizó una fervorosa cruzada profesional en defensa de la propiedad privada, la tradición y la familia que recuerda la que diez años después, copia y calco sin imaginación, realizaron los contrarrevolucionarios brasileños.

la conspiración tendría éxito. El mismo día 16 de junio, en que el Uruguay aceptó que se tratara el caso *Guatemala*, altos funcionarios del Departamento de la Marina "confirmaron que naves norteamericanas ayudadas por aviones, han establecido un servicio permanente de vigilancia en torno a Guatemala". El bloqueo, de hecho había empezado semanas atrás. Cuarenta y ocho horas después de esta medida precautoria, pieza menor en la estrategia global por cuanto Guatemala ya no tenía ni tuvo nunca ninguna oportunidad de recibir asistencia soviética, comenzó el bombardeo desde el exterior. El 18 de junio de 1954, Guatemala fue bombardeada en varios sitios al mismo tiempo, por aviones sin identificación con bases en territorio nicaragüense: tales aviones destruyeron los tanques de petróleo en San José (el puerto más importante del Pacífico), otros volaron sobre la ciudad de Guatemala haciendo fuego contra objetivos militares, sin bombardearlos, y otros, finalmente, en la zona de Puerto Barrios, en el Atlántico. Al informar de tales hechos, el canciller Toriello subrayó que con estos actos, empezaba la "batalla de Guatemala". El día anterior cuatro columnas mercenarias compuestas por guatemaltecos, nicaragüenses y dominicanos invadieron el país por cuatro puntos distintos. Tales grupos venían comandados por el coronel Carlos Castillo Armas.¹⁴

¹⁴ De las muchas fuentes que podrían citarse, hemos escogido un párrafo de las *Memorias* del entonces Canciller Británico, Anthony Eden, no porque la información nuestra necesite de citas para probar su veracidad sino por el valor testimonial: "Mientras sir Winston y yo estábamos en alta mar en nuestro viaje a los Estados Unidos, comenzó la lucha en Guatemala. El 17 de junio el país fue invadido desde Honduras por unos 200 voluntarios mandados por Castillo Armas, oficial guatemalteco exiliado. Aunque Honduras protestaba de su inocencia, las armas y la incursión por tierra y aire procedían de aquel país.

Con la invasión mercenaria y los bombardeos ocasionales, la crisis política entró en su fase definitiva. Del lado de las fuerzas revolucionarias desde hacía dos semanas se comenzaron a organizar, casi espontáneamente, comités de defensa de la Revolución, en respuesta a un llamamiento de la Confederación General de Trabajadores. Se sabe que hasta el domingo 27 de junio, día de la renuncia de Arbenz, no menos de 100,000 personas se encontraban nucleadas en estos comités, que fueron germen de una forma de participación paramilitar y política que no llegó a cristalizar. Ellos fueron particularmente importantes en las zonas rurales donde, de hecho, en los últimos días de la crisis, pasaron insensiblemente a desempeñar funciones de vigilancia, orden y control, a veces en colaboración con, y otras tantas al margen de, las operaciones de la Guardia Civil (Policía Nacional). En la región de Santa Rosa y Jutiapa, en el suroriente del país, comités campesinos capturaron saboteadores y bultos con armamentos arrojados desde el aire y con el propósito de crear internamente una insurrección general.

En esta situación crítica la respuesta popular fue siempre superior al ambiente de componenda que se desarrolló en el seno de los partidos democráticos, base de apoyo del régimen, y en la alta dirigencia del Frente Democrático Nacional. Ya el lunes 21 de junio la iniciativa de armarse y organizarse para detener la invasión y salvar al gobierno, había ganado la calle y como consigna colectiva

Se trataba de un asunto modesto, pero como el gobierno guatemalteco no tenía ningún avión, el par de aparatos con que contaban los insurgentes adquiría una importancia formidable. Las simpatías norteamericanas se inclinaban abiertamente a favor del coronel Armas. *Marcha*, "Eden explica la Operación Guatemala", Montevideo, 13 de mayo de 1960, citado por G. Selser, op. cit. pág. 155.

tomó cuerpo en los sindicatos, especialmente en el medio rural y en las organizaciones estudiantiles. La urgencia práctica hizo que el entrenamiento comenzara, días atrás, por ejemplo, con el ingenuo expediente de aprender a marchar en fila. La ciudad fue vigilada, de noche, por comandos civiles, sin armas. Pero la crisis que ya estaba instalada, paralizándolo que son los procesos normales, otorgándole a cualquier acto una significación de ruptura, hizo que tales actos sorprendieran a los propios cuadros dirigentes, y que censuraran todo lo que pudiera ser asumido como una provocación contra el ejército. ¿Qué otra cosa sino eso explica que los comités campesinos de Santa Rosa hayan tenido que entregar al ejército casi una tonelada de armamento capturado por ellos en las haciendas de los terratenientes, y lanzados en paracaídas por los aviones que comandaba el ex segundo jefe de la fuerza aérea, coronel Mendoza, que traidoramente huyó del país un mes antes para ponerse al servicio de la contrarrevolución?

En este género de análisis es imprescindible deslizar una advertencia que rescate, hasta donde se pueda, la verdad histórica, que es siempre una verdad concreta. Así, la invasión mercenaria fue un hecho objetivo, como también lo fueron los descalabros sufridos por las columnas invasoras: en Gualán, Río Hondo y Puerto Barrios, donde fuerzas combinadas de civiles armados y miembros de la Guardia Civil (Policía Nacional) los combatieron y derrotaron. Fueron éstos los únicos actos de guerra de toda la jornada. En la región de Chiquimula, la única resistencia que encontró el grueso de la tropa invasora fue realizada por los comités de defensa, dirigidos por miembros del Partido Guatemalteco del Trabajo. Ahí, en el que pudo haber sido el frente de batalla decisivo, el ejército nacional no peleó.

Arbenz había nombrado al coronel Víctor León como primer jefe de operaciones en la zona de Zacapa-Chiquimula, quien decidió pactar un *cese de fuego* con Castillo Armas. Así, facilitó que en esta última ciudad se instalara un gobierno provisional.¹⁵ No obstante no fue la invasión mercenaria lo que constituye el factor más importante de la ofensiva reaccionaria contra el movimiento democrático de Guatemala. Tuvo ciertamente un decisivo efecto psicológico. Puso a prueba, en un instante muy preciso, la voluntad de lucha del ejército, instante decisivo en que se confronta ineluctablemente la conciencia profesional; la disciplina con la ideología, lo administrativo con lo político. La decisión de los altos jefes militares de no obedecer la orden de pelear, negación intrínseca de su razón de ser, convierte necesariamente su conducta en una conducta partidaria, sesgada, parcial. Tampoco obedecieron la orden de entregar armas a los comités cívicos que ya venían recibiendo entrenamiento en distintas partes de la ciudad capital.¹⁶

En tanto el peligro de una guerra civil

¹⁵ La información acerca de los acontecimientos en "el frente de guerra" le fue traída a Arbenz por el coronel Anselmo Getellá, Tercer Jefe de Operaciones del Ejército en campaña: Getellá le aseguró a Arbenz que el ejército sólo pelearía contra el invasor, si renunciaba de inmediato.

¹⁶ El jefe de las Fuerzas Armadas nombró al coronel Domingo Morales como jefe de los Centros de Entrenamiento Civil, y estableciendo 7 centros de aprovisionamiento popular: en Los Cipresales (coronel Domingo Rosales España); en el Mayan Golf Club (coronel Marco Antonio Soto); en el Campo de Marte (coronel Manuel T. Natareno); en el Campo Elgin (coronel Alfredo Gálvez); en el Hospital Roosevelt (coronel Ignacio Soto); en el Hipódromo del Norte (coronel Guillermo Pereira) y en la Finca Bárcenas, Escuela de Agricultura (coronel Manuel G. Samayoa). La última semana de junio deberían quedar organizados y armados los primeros 5,500 civiles.

empezaba a cobrar forma y la campaña internacional dirigida con personal celo por Foster Dulles continuaba azuzando el peligro soviético en Guatemala, se hizo evidente el verdadero significado del memorándum presentado a Arbenz por el Estado Mayor. Se trataba de forzar una estrategia del "paso atrás" para *salvarlo todo*. El proceso democrático podía continuar si el presidente se desembarazaba del apoyo comunista y procedía a realizar una purga inmediata de los elementos que el ejército consideraba hostiles. La historia posterior, como en tantos otros lugares, comprobó que cuando la lucha de clases alcanza un punto de polarización política, ella no disminuye sino cuando se vence o se capitula. Y toda capitulación empieza con una concesión. No era ni el Partido Comunista primero, ni Arbenz después, como lo exigieron los jefes traidores, el verdadero problema sino el carácter progresista del proceso político desencadenado años atrás.

En esa semana, la crisis que como toda crisis era esencialmente política, reveló en la anécdota su dimensión total. Los militares reaccionarios pedían la ilegalización del Partido Guatemalteco del Trabajo, el encarcelamiento inmediato de todos sus dirigentes, así como la detención y juicio de los cuadros sindicales, campesinos y estudiantiles más importantes, y otras medidas normalizadoras. Arbenz rechazó una y otra vez la imposición de tales medidas, que le fueron primero sugeridas en el ya mencionado memorándum, luego planteadas por los coroneles Parinello (jefe del Estado Mayor del Ejército) y Donis Koestler (secretario del Consejo Superior de la Defensa) y finalmente exigidas, en un brutal abandono de las formalidades diplomáticas, por John E. Peurifoy, embajador norteamericano. La claridad de tales pretensiones hizo tambalear la estructura del Frente Democrá-

tico y reveló sus inconsistencias internas y la naturaleza oportunista de muchos de sus líderes. Pero también recordó básicamente lo que es superior a la anécdota porque pertenece a la substancia del proceso: la inmadurez del movimiento popular, la pequeñez estructural de la clase obrera, la total inexperiencia y el atraso de los campesinos, el fervor impotente de sus organizaciones, en suma, la absoluta debilidad de los factores subjetivos para avanzar. Para convertir la crisis en una etapa superior del desarrollo revolucionario. Y en el meollo de esta carencia, la impotencia en que cayó el Partido Comunista, en parte como inevitable resultado del atraso político del país y también como una previsible consecuencia por su vinculación casi personal con Arbenz.

Probablemente esta última consideración, el déficit subjetivo en las condiciones políticas internas y la otra, la ruptura institucional de los jefes militares, que la moral pública califica como traición, turbaron el ánimo de Arbenz y de toda la dirigencia civil. No todo está claro en este proceder. Pero con tal tesitura colectiva, para paralizar la conspiración interna del ejército y asegurar la derrota de las huestes invasoras, que objetivamente nunca avanzaron más allá de la ciudad de Chiquimula, el coronel Arbenz se dispuso a renunciar. Para salvar la institucionalidad, sin embargo, la quebrantó.

El proceso crítico se desarrollaba a distintos niveles que hasta hoy día la crónica periodística soltó sin poder ordenar. En primer lugar, el drama interno de un proceso vivido conflictivamente y que llevó al presidente Arbenz, fiel a sus convicciones políticas y a su compromiso público, a renunciar antes que ceder a las solicitudes del "paso atrás". Fue una renuncia condicionada sin que hubiese

ninguna posibilidad de garantizar su cumplimiento. Fue ese un acto esencialmente personal, aunque se sabe que en la redacción del mismo participó el ex secretario general del Partido Guatemalteco del Trabajo, José Manuel Fortuny. En segundo lugar, la movilización en el seno de las organizaciones populares, exasperadas por la percepción de su impotencia y cuyo nivel de conciencia de clase se reveló superior a su condición política. Ese ánimo colectivo no fue aprovechado consecuentemente por la dirección política del movimiento revolucionario. Aún más. Las masas fueron sorprendidas con la noticia de la renuncia del presidente y luego abandonadas a su suerte.¹⁷

En tercer lugar, el plano internacional, donde la ofensiva diplomática norteamericana impidió que el reclamo guatemalteco fuese discutido en el seno del Consejo de Seguridad de la ONU. Cuando el gobierno de Arbenz recurrió a las Naciones Unidas, como víctima de una agresión exterior y de acuerdo con la carta de ese organismo, una mayoría precaria alcanzada en el último momento decidió trasladar el "reclamo" al seno de la OEA, el 25 de junio de 1954. En la OEA se decidió, perezosamente, enviar una comisión investigadora que llegó al lugar de los hechos, la frontera bélica, cuando Castillo Armas tomaba posesión del gobierno.

Insistimos en que el problema guatemalteco se planteó y se resolvió como un asunto interno. Pero la dimensión externa que protagonizó Foster Dulles en con-

¹⁷ La defensa casi espontánea en el oriente del país, las funciones de vigilancia y control realizadas por los comités campesinos en la región de Escuintla y San Marcos y hasta la respuesta masiva de los estudiantes secundarios y universitarios quedarán como testimonio de una voluntad frustrada, pero testimonio al fin de la potencialidad coyuntural de un pueblo movilizado, pero sin dirección.

tra de la revolución guatemalteca fue decisiva.¹⁸

Resumamos, Arbenz comunicó su renuncia a la nación el domingo 27 por la noche; un día antes, por la mañana lo hizo en presencia de los miembros de su gabinete y de los jefes militares, cuyo juramento de cumplir con las condiciones de su renuncia quedaron escritas como constancias del compromiso:

- a) que el ejército continuaría la lucha contra los invasores encabezados por Castillo Armas, y
- b) que se respetaría la vida y la integridad de los dirigentes políticos y sindicales.

Depositó el cargo en el jefe de las Fuerzas Armadas, coronel Carlos Enrique Díaz, olvidando en su decisión al Congreso Nacional y a las organizaciones populares. Los coroneles Sánchez, ministro de la Defensa, y Monzón, ministro sin cartera, garantizaron con su firma el cumplimiento de aquel compromiso.¹⁹

La crónica posterior importa, pero de otra manera. El acontecimiento llegó a su límite. El coronel Díaz declaró fuera de la ley al Partido Guatemalteco del Trabajo y proclamó la continuación de la

¹⁸ "El fin de la guerra en Indochina, en la primavera de 1975, señaló también, tanto simbólica como literalmente, el fin de una era en la política exterior estadounidense y despejó el camino para una reconsideración del papel de Estados Unidos en el mundo, libre ya de las preocupaciones del pasado. El embrollo de Vietnam fue el punto crítico de una política que durante dos décadas hizo que los EE.UU. ejercieran una participación activa en varias zonas del mundo a fin de responder a lo que se percibía como una amenaza comunista a la seguridad nacional..." Samuel P. Huntington, "Más allá del aislacionismo", *Fa-cetas*, Vol. 9, 1978, No. 2, pág. 3.

¹⁹ G. Toriello, *Tras la cortina de banano*, op. cit., págs. 225-227.

lucha. Doce horas después fue forzado a renunciar a favor del coronel Monzón al negarse a fusilar a los líderes políticos y sindicales que exigía Peurifoy. A su vez y por nuevas presiones, Monzón renunció a favor de Castillo Armas, el 2 de julio. Las tropas mercenarias hicieron su ingreso a la ciudad capital el 3 de julio de 1954. Así empezó la contrarrevolución en el país. Los pormenores de este deslizamiento final importan menos que los hechos consignados, porque el resultado a cortísimo plazo fue el desmoronamiento de la resistencia civil y el cruento cumplimiento del plan impuesto por el imperialismo norteamericano.

II. *La coyuntura*

Con la salida del presidente Arbenz no sólo tuvo éxito la conspiración internacional que a doble flanco, la diplomacia de Foster Dulles en lo declarativo y la subversión de la CIA en lo subterráneo, movió los hilos del conflicto interno. Aquel éxito se asoció y fue posible por la ofensiva reaccionaria en el seno de la sociedad guatemalteca, por la profundidad del conflicto político y la manera como internamente se desarrollaron las contradicciones sociales.

Las clases propietarias se pusieron en movimiento arrastrando en sus propósitos a otras fuerzas sociales, decididas a terminar con lo que percibieron objetivamente como la mayor amenaza al sistema. No fue la batalla contra un gobierno sino la defensa obstinada y feroz del sistema mismo. Por ello, con la renuncia terminó un importante período de la historia política de Guatemala.

Se ha dicho y con razón que con la salida de Arbenz se frustró un proyecto político, una concepción teórica del desarrollo nacional, aquel que intentó combinar el crecimiento capitalista con la par-

ticipación popular y la democracia política. En el espacio de diez años, pero acusadamente en los últimos de ese período, los resultados de una voluntad modernizadora se enfrentaron con una realidad que demostró finalmente que el nacionalismo burgués es tan inexistente como imposible lo es el capitalismo nacional. El capitalismo dependiente se desarrolla en la órbita del imperialismo y bajo su control o no hay capitalismo. Aunque así no se percibiera en la inmediatez de la derrota y ésta sólo se asumiera como el colapso coyuntural de un gobierno, en junio de 1954 se desacreditó aquel género de concepciones teóricas y políticas que suponen que el camino revolucionario pasa por el florecimiento de la sociedad capitalista y que la independencia nacional basada en ese despertar, puede ser alcanzado en los marcos de una sociedad dependiente. La posterior historia de América Latina no ha hecho sino reforzar —trágicamente en algunos casos— la certitud de ese destino.

La renuncia, obviamente, no explica el fracaso. Es éste el que informa la lógica de la renuncia. La intencionalidad final de las acciones políticas, como ésta de la renuncia, no puede desvincularse del proceso en que se produce. Es en el terreno de las contradicciones de clase que el comportamiento individual se explica y se comprende. Otro problema, no obstante, es el hecho mismo de la retirada presidencial que no fue sino una solución palaciega a la crisis política, cuyo cenit lo marcó la desobediencia militar. Aquel acto de confusión personal fue también la claudicación de una dirigencia, la de los partidos de izquierda y del Frente Democrático. Hubo en la perspectiva que probablemente trazó Arbenz y sus consejeros una sobrestimación de los jefes militares, desleales casi todos en el momento final; paralelamente, hubo también

un olvido de las masas. Y la falta de confianza en ellas fue, propiamente, desconfianza. Pero ya lo hemos dicho. Sería injusto y aún más, equivocado, si el análisis se limitara a lo accidental del acontecimiento y que éste, por sí mismo, calificara la coyuntura. La revolución guatemalteca, en ascenso, venía siendo minada tiempo atrás.

En su momento inicial, en 1944, cuando un extenso frente social unió los ánimos contra la dictadura, el movimiento sólo buscaba establecer un Estado de derecho, una revalorización, en la práctica, de la democracia constitucional que como propósito sin vigencia nunca dejó de enunciar la vieja Constitución liberal de 1876. La legalidad constitucional y la convivencia democrática, en un régimen político en que lo único nuevo fuesen los administradores del poder, fue cuanto estaban dispuestos a tolerar los dueños del país. Pero sin duda que el contenido final de aquel proceso de tan prudentes pretensiones, el destino de la "Revolución de Octubre", no fue trazado solamente por los intereses de la burguesía cafetalera, a veces más rentista que exportadora y acostumbrada siempre a una práctica señorialista y servil. En la polifonía que se entonó en la posguerra también tuvieron voz la fracción burguesa que buscaba nuevas posibilidades de acumulación en un proyecto industrial, en la diversificación y modernización agrícola. Y también los sectores medios de la estructura social (la pequeña burguesía urbana y los profesionales liberales, la burocracia pública y privada y otros grupos sociales intermedios) cuya emergente presencia otorgó prestancia al coro.

Pero el común denominador de 1944 se perdió rápidamente. El tremendo atraso del país, social, económico, cultural, agotó rápidamente el menguado ideario democrático-liberal de la burguesía. Las

medidas reformistas del gobierno de Arévalo, tales como la importante modernización de algunas instituciones públicas, el restablecimiento de la autonomía municipal y el sufragio universal, la legislación laboral y la de seguridad social, las garantías para el ejercicio de los derechos de organización, la libertad de prensa, etcétera, todas ellas fueron medidas mal vistas y luego resistidas por la burguesía terrateniente y sus aliados. El proceso democratizador concitó enemigos muy pronto, sin que en su desarrollo se amenazaran los intereses económicos de las clases propietarias. Ya en esa época el *peligro comunista* empezó a ser la forma ideológica en que se expresaron los contenidos de la oposición de clase.

Para los líderes de la burguesía conservadora la "Revolución de Octubre" extravió su camino prematuramente. Para las clases populares, por el contrario, lo encontró cuando el proceso político fue profundizándose lentamente al definirse en relación a los grandes déficit nacionales: la organización sindical y campesina, la valorización de la cultura popular, la defensa de las riquezas nacionales, la formación de una estructura industrial, la independencia nacional. La reacción se hizo anticomunista siendo simplemente antidemocrática. Pugnaron por restablecer no un Estado fuerte, sino autoritario, capaz de reglamentar las reivindicaciones de las masas, cuya tendencia a independizarse organizativamente era muy fuerte; contra el Código de Trabajo clamaron por la disciplina de la fuerza laboral y nunca entendieron ni participaron en el juego electoral, un entrevero de pasiones propició la anarquía. El régimen del Dr. Arévalo que se proclamaba partidario del "socialismo espiritual" porque había sido formado en las más conservadoras tradiciones del idealismo alemán, tuvo que resistir y derrotar, uno a uno, veintiocho

complots y golpes contra su gobierno, todos ellos con participación militar.

En el proceso político que se desató con el derrumbe de la dictadura, fue inevitable que el liderazgo pasara a manos de una nueva generación ciudadana, de jóvenes profesionales, maestros, estudiantes universitarios y oficiales del ejército. El rechazo casi emocional del pasado facilitó la crítica ideológica de la oligarquía. Y la carga antioligárquica favoreció la plena participación popular en la medida en que el poder oligárquico se aposentó sobre una ciudadanía inerte. Con la democratización del sistema político se crearon por primera vez en el país condiciones favorables para la organización popular. Tal vez habría que formular la observación de manera diversa. El crecimiento de la organización sindical, campesina y estudiantil fue la condición para la paulatina democratización de la vida política del país.

Así, el desplazamiento de los terratenientes del gobierno y la movilización popular en aumento crearon una situación de poder que aunque no autoriza a considerarla como un recambio a fondo del sistema de dominación política, una alteración en las bases mismas del poder, fue de hecho una ampliación de tales bases, y como al fin y al cabo el poder también es percepción subjetiva de su ejercicio, lo visible fue la presencia de la pequeña burguesía (y de los grupos medios) en la estructura administrativa del gobierno, en los cargos de representación popular, en la dirección de los partidos democráticos, en las instancias de creación y difusión de la cultura. Fueron estos grupos a los que genérica e imprecisamente llamamos "clases medias" los que dieron, durante el primer periodo, la tónica general. El *arevalismo* es, ni más ni menos, su expresión política e ideológica. El Frente Popular Libertador, prime-

ro, y el Partido Acción Revolucionaria y el Partido de la Revolución Guatemalteca (PRG), después, fueron los receptáculos de aquellas inquietudes e intereses.

El proceso revolucionario guatemalteco, con caídas y hasta antes de llegar a su gólgota, fue definiendo su rumbo. Para unos, se radicalizó peligrosamente, a juicio de otros, profundizó su cometido y esclareció sus metas. Por eso concitó el odio de clase, afuera y adentro. Esa definición de propósitos, como se indica, estuvo llena de ambigüedades y contradicciones. Primero, fue de manera casi espontánea que lo hizo, bajo el impulso de una genérica repulsa contra ese pasado signado por el inmovilismo político, el trabajo forzado en la hacienda cafetalera, el poder despótico de base agraria, la sofocación cultural, etcétera. Después, cuando intentó ser expresión de una voluntad nacional, modernizadora, progresista, liberadora. Y en relación a tales tareas las diversas clases sociales fueron desarrollando antagonismos y conflictos cuyo final ya vimos en el momento de la crisis que derribó a Arbenz del poder.

A pesar de una fuerte dosis de ingenuidad ideológica inicial y la igualmente prematura tendencia a la corrupción burocrática y al oportunismo, fueron los cuadros y líderes de la pequeña y mediana burguesía los que inspiraron y dirigieron la política renovadora del decenio. O por las limitaciones políticas producto de su vocación al compromiso, en el caso de los grupos medios, o por percibir como amenaza real a lo que solamente era un ajuste superestructural de cuentas con el pasado, con los otros, lo cierto es que en ellos se fue revelando paulatinamente el carácter vacilante de su apoyo político. Pero no fue sino en el periodo final, con Arbenz, que se manifestó la naturaleza contradictoria de tales grupos sociales, producto sin duda de las

disímiles condiciones sociales de su existencial material.

Así, pronto se puso a prueba no sólo la consistencia pequeñoburguesa de la crítica antioligárquica sino su misma vocación democratizadora, la vitalidad de aquella alianza con los sectores populares en la que el timón y la brújula quedaron en manos de los grupos medios. El ejercicio y disfrute del poder político hizo que en los grupos de la pequeña burguesía aflorara su condición futura. En perspectiva hoy día podemos decir que esa metamorfosis es algo más que una mera opción ideológica, una cierta y real oportunidad estructural: viene a ser connatural que la burguesía pequeña aspire a ser grande, burguesía a secas, y que la sustituya primero, representándola políticamente y luego, confundándose económicamente con ella. Gracias a la "Revolución de Octubre" a la que combatieron, estos sectores sociales hicieron el tránsito desde el poder hacia el mercado. Suelen escucharse críticas, desde posiciones moralistas, acerca de la *traición* de estos demócratas jacobinos que a la vuelta de los años se volvieron empresarios. Pero éstos son también juicios pequeñoburgueses que olvidan justamente que hoy día una revolución demoburguesa ya no puede hacerla la burguesía. Lo antioligárquico es proburgués en la conciencia de estas fuerzas sociales y, por ello, su inspiración modernizadora es débil y de corto plazo. Se agotó en esta experiencia aun antes de que Arbenz y el Frente Democrático plantearan su estrategia agraria y nacionalista.

La expresión de este destino, si así pudiera hablarse, la dio el Frente Popular Libertador, el gran partido arealista y popular del primer momento, cuyo vaciamiento social sucesivo terminó por liquidarlo. El Frente Popular Libertador, la conducta política más pequeñoburguesa

de aquel periodo —el estilo posible del profesional ambicioso, del pequeño propietario y del tecnócrata oportunista— puede ser puesto como el mejor ejemplo local de una bien conocida experiencia latinoamericana, vale decir, la naturaleza estrictamente burguesa de la alternativa política que abren, a veces con lenguaje socializante, los grupos medios y luego, de su incapacidad para formular y aplicar un proyecto autónomo de clase.

Así, la "Revolución de Octubre" posibilitó la integración política de los sectores medios a través o con ocasión de la movilización popular. Y ese también fue el inicio de su fortalecimiento económico social e ideologicocultural. En ese decurso, se escindieron como consecuencia de esa clásica oscilación entre la burguesía, clase cuyos intereses anticipan los de la pequeña burguesía, y el proletariado y los sectores populares, a los que necesitan transitoriamente como aliados políticos. En el capitalismo dependiente, los grupos medios han sido siempre tránsugas o enemigos de la revolución. La sabiduría de una estrategia política proletaria no podría ni siquiera buscar su neutralidad. Antes que eso, como lo demostró la experiencia guatemalteca, es sólo un sector, minoritario, entre jacobino y marxista, el que se afilia a las posiciones más radicales del espectro ideológico.

La política económica de la "Revolución de Octubre" quedó plenamente definida con ocasión de la campaña electoral que llevó al coronel Jacobo Arbenz al gobierno. Todos sus discursos rebosaron claridad acerca de objetivos muy precisos. Casi, diríamos, reflejando una obsesión por alcanzar, aquí y ahora, el desarrollo capitalista independiente. Al tomar posesión el 15 de marzo de 1951, manifestó: "...ya di a conocer los lineamientos generales del Programa del Gobierno que me propongo realizar con la

colaboración de todos los sectores democráticos, especialmente por lo que se refiere a la política económica. En ese documento dejé sentado que íbamos a promover el desarrollo económico de Guatemala de acuerdo con tres objetivos fundamentales:

"Primero: convertir a nuestro país de una *nación dependiente* y de economía semicolonial, en un *país económicamente independiente*.

"Segundo: transformar a nuestra nación, de un país atrasado y de *economía predominantemente feudal*, en un *país capitalista moderno*.

"Tercero: hacer que esta transformación se lleve a cabo de tal manera que traiga consigo la mayor elevación posible del nivel de vida de las grandes masas del pueblo."²⁰

Como declaración de intenciones lo citado no tendría mayor importancia, si sólo se tratara de un programa electoral más. En lo declarativo, aquél era un propósito explícito de buscar el desarrollo capitalista como un acto consciente de voluntad política. Lo que otorga al programa una significación diversa fue su inmediata aplicación; los hechos posteriores fueron prueba de que intenciones y ejecuciones quedaron soldadas en una política burguesa de desarrollo nacional. Probablemente esa intención política explique la naturaleza social de la alianza de clase que Arbenz buscó siempre como apoyo electoral primero y como piso firme para su gestión como gobernante.

En efecto, el "Bloque de la Victoria", como se llamó a aquella alianza electoral, estuvo compuesto por grupos partidarios que parecían reproducir coyunturalmente las recetas del mejor manual de teoría marxista. Estuvo el Partido Integración

Nacional —PIN— que agrupó a industriales, comerciantes y agricultores del occidente del país, una fracción de burguesía regional, nacionalista y modernizadora. En el extremo opuesto, el Partido Guatemalteco del Trabajo (comunista) que asumía la representación del proletariado y los sectores más radicales de los grupos medios. En el medio de este abanico pero no por ello constituyendo el centro ideológico del espectro, y con la mayor presencia electoral, los partidos de la clase media: el Partido Acción Revolucionaria, el Partido de la Revolución Guatemalteca y el Partido Renovación Nacional. El programa arbencista fue, como cuerpo doctrinario, más coherente y avanzado que los de los partidos burgueses que le dieron apoyo. Los trascendió además por el vigor con que se inició su ejecución práctica. Estuvo por ello más cerca del PGT que del PIN y, en tal medida, aunque continuación del periodo precedente, el arbencismo prolonga y niega a Arévalo. Apoyado en aquella experiencia el accionar del arbencismo fue más profundo al definir no solamente una política de reformas institucionales, sino un plan económico de desarrollo capitalista bajo control del Estado.

En efecto, a partir de 1951 la actividad del Estado está colmada por una vigorosa voluntad ejecutora. Voluntarismo que revela sobre todo una cierta urgencia por poner en marcha los mecanismos del desarrollo capitalista. No había tiempo para madurar proyectos, pues bien conocidas eran las causas y los efectos de la miseria y el atraso. El presidente Arbenz creyó hasta el final que la batalla se daría en el terreno económico, un poco a la manera socialdemócrata de que en la economía están todos los gérmenes —esbozados o no— como problema de la crisis política. Además tomar la iniciativa en la economía le permitiría ganar tiempo en lo

²⁰ J. Arbenz, "Exposición sobre su Programa de Gobierno", Guatemala, Tip. Nac., 1961, pág. 3.

político, lugar donde residían finalmente las debilidades de su proyecto.

Sin duda que la concepción arbenquista —si pudiera calificarse así la suma de un empeño personal más las directrices programáticas del periodo— estaba llena de contradicciones y vacíos, pero tenía pese a esta incoherencia, más valor político que la que exhibían los partidos de la pequeña burguesía radical. Arbenz no era un oportunista y estaba más cerca del marxismo que aquéllos. Por ello se dedicó intensamente a trabajar y dirigir la política económica. Fue esa su dedicación personal, aún antes de ser electo, especialmente en el diseño primero y la aplicación posterior de la reforma agraria, así como de las medidas que, sin expropiar el control norteamericano de los servicios públicos básicos, pudieran debilitar o romper la dependencia impuesta por el capital extranjero. Como resultado de ese antimperialismo sin nacionalizaciones, el Estado inició la construcción de servicios paralelos en el transporte terrestre, la electricidad, puertos y muelles, etcétera, para derrotar al monopolio extranjero en el limpio terreno de la competencia de mercado.

Dada la estructura básica del país y su atraso político y cultural, la aplicación de aquellas medidas nacionalistas y especialmente la política agraria definieron como núcleo de las contradicciones del momento el problema de la tierra. Que es como problema final, el problema de la propiedad. La discusión del proyecto de ley durante todo el primer semestre de 1952 no dejó dudas acerca de la naturaleza de las reformas. La ley fue aprobada el 17 de junio de 1952 y sin retrasos se aplicó puntualmente. Arbenz esperaba expropiar y entregar toda la tierra afectable al terminar su periodo en 1957. Fue justamente la característica de la política agraria y el vigor de su aplicación lo

que califican en última instancia el proceso. Y lo que le da a esta revolución, como proyecto, rasgos particulares.

En primer lugar, como revolución burguesa impulsada *desde arriba*, la situación de poder, con Arbenz, expresa y se apoya necesariamente en una alianza multiclassista, dirigida por la pequeña y mediana burguesías. La clase obrera, primero y los campesinos, más tarde, surgen a la vida política en el plano de la política burguesa y condicionados por ella. La política social que benefició a las clases explotadas fue menos resultado de luchas reivindicativas que de concesiones populistas realizadas desde el Estado. La propia organización obrerocampesina sólo se amplió cuando desde arriba surgieron condiciones que la favorecieron directamente. Por eso el itinerario recorrido por la clase obrera (y los otros sectores populares) tiene que ser recalificado para no prolongar las mistificaciones de la época. El movimiento crece y se unifica en la sólida Confederación General de Trabajadores —CGTG—, en octubre de 1951; en 1952, se funda la Confederación General Campesina.²¹

Sin duda, se trata de dos logros notables del movimiento popular. Pero la clase obrera guatemalteca era entonces doblemente débil, por su origen social (artesanal y campesino) y por su posición política (base social de los partidos demoburgueses). El PGT no se funda sino en 1949 y su nacimiento forma parte de las bondades de la democratización burguesa. Cuando se legaliza, en 1951, actúa como si constituyera el ala izquierda del *establishment*. Ciertamente, las clases dominadas maduran en un corto periodo si

²¹ La CGTG llegó a tener más de 110,000 afiliados en 400 sindicatos (de fábrica) y la CNC agrupó a 200,000 campesinos. Cf.: J. A. Cardoza, "Remembranzas obreras a treinta años de la Revolución de Octubre", *Alero*, 3a. Época. Sep.-Oct. 1974, No. 8, págs. 92-93.

a su nivel de organización se suman oportunidades de liderazgo propio y estrategia acertada. Se estaba en ese trance cuando se produjo la intervención extranjera. Así, entre la experiencia populista, con Arévalo, en la que actúan como *masa de maniobra* y su actuación semi-autónoma, con Arbenz, en el seno del Frente Democrático Nacional, había transcurrido muy poco tiempo.

¿Cuál fue el papel jugado por la burguesía guatemalteca en el marco de una revolución conscientemente calificada de democrático-burguesa por el arbencismo? Hablamos de "burguesía" por la comodidad de su síntesis conceptual. Pero conviene distinguir, como ya se apuntaba páginas atrás, que la fracción agrariaterreniente se movió casi desde el inicio de la experiencia democrática, con Arévalo, en una oposición cerril. Los "señores de la tierra", conformados por la gran propiedad latifundiaria y las prácticas precapitalistas del colonato, el peonaje forzado y la mediería, fueron el enemigo principal de la revolución burguesa. Por eso, con una lucidez sorprendente, el Artículo 1o. de la Ley de Reforma Agraria establece que ésta: "...tiene por objeto liquidar la propiedad feudal en el campo y las relaciones de producción que la origina, para desarrollar la forma de explotación y métodos capitalistas de producción en la agricultura y preparar el camino para la industrialización de Guatemala." Inmediatamente después, el Artículo 2o. clava un puñal en el corazón de la oligarquía al abolir "todas las formas de servidumbre y esclavitud y por consiguiente, prohibidas las prestaciones personales gratuitas de los campesinos, mozos colonos y trabajadores agrícolas, el pago en trabajo del arrendamiento de la tierra cualquiera que sea la forma en que subsistan".²²

²² Decreto No. 900, Ley de Reforma Agraria,

Las condiciones surgidas en la posguerra en el ámbito internacional y la propia política de la "Revolución de Octubre" favorecieron el crecimiento industrial, y así, una cierta diferenciación social al interior de la burguesía. La fracción burguesa comercial-industrial mantuvo una posición ambigua por cuanto sus vínculos sociales familiares y económicos y su situación genérica de clase, tironeaban de sus intereses en sentido contradictorio. La política arbencista los asustaba políticamente pero las nuevas orientaciones económicas expandieron objetivamente las oportunidades de ganancia. Aunque bajo control del Estado se intentaron crear nuevas oportunidades para la acumulación de capital de esa fracción burguesa. No hubo, es cierto, tiempo ni condiciones para fortalecer los circuitos internos de acumulación capitalista a través del desarrollo industrial, pero se intentaron diversas medidas a través de las bien conocidas leyes de fomento y protección a la industria local, el crédito bancario liberal, la infraestructura de servicios, la ampliación de la demanda interna, etcétera. El embate contra la estructura agraria terrateniente y las relaciones sociales en que se apoyaba tradicionalmente formaron parte de ese repertorio de iniciativas industrializantes. Recostado en la teoría pura, el arbencismo creyó que el mercado interior sólo se forma —o lo hace de manera casi automática— *desclasando* a la formación social precapitalista. Derrotar al feudalismo para que se abra paso al crecimiento de nuevas fuerzas productivas.

Siendo el problema de la tierra —y no el de los salarios campesinos— el central, se suponía un proceso histórico social de transición al capitalismo, que se apresuraba con la reforma agraria. Pero en la situación guatemalteca no era ni es posible aún hoy día hacer la distinción po-

Guatemala, Tip. Nac., 1952, pág. 5.

ética de carácter estructural entre terratenientes "feudales" y burgueses. Ni establecer al interior de estos últimos una fracción "nacional". Manejando esta típica ilusión intelectual de izquierda, no se advirtió el comportamiento real de la burguesía como clase. Individualmente afectados unos y estimulados otros, apoyaron parcial e inicialmente al gobierno. Coincidencia táctica en el caso del PIN y oposición al proyecto de largo plazo como en el caso de la AGA (Asociación General de Agricultores), lo cierto es que no se produjo el apoyo burgués, ni como clase ni como partido. No obstante, Arbenz contó siempre con la colaboración y apoyo de destacados empresarios burgueses que figuraron hasta el final en su gabinete.²³

No hubo, ciertamente, ninguna medida que directamente desfavoreciera los intereses de la fracción industrial-burguesa en formación. Pero no puede olvidarse ni la unidad estructural de la clase, por un lado, ni la carga ideológica y la práctica diaria de las fuerzas sociales que se pusieron en movimiento. Aún antes de las expropiaciones de tierras la burguesía reaccionó airada —temerosa primero y violenta después— contra la organización sindical, las huelgas y el voto independiente. Ni la clase en su conjunto ni la eventual fracción industrial vieron en todo aquel proceso una afirmación burguesa del desarrollo nacional. La burguesía ya no pudo identificarse con la revolución burguesa porque no la reconoce como tal. Era sólo un movimiento que en parte podían dirigir y aprovechar, pero que frente a la pequeña burguesía jacobina y aún más, enfrentando a los sectores populares

²³ El hacendado Nicolás Brol ocupó la cartera de Agricultura; el industrial Roberto Fanjul, la de Economía y el Dr. Julio Roberto Herrera, la de Salud Pública. El último canciller Guillermo Toriello, pertenece a una de las familias económicamente más poderosas del país, etcétera.

que pugnaban por avanzar, se les escapaba irremediabilmente de las manos.²⁴

Pero una revolución que se plantea tareas burguesas en el seno de una sociedad atrasada requiere, primero que nada, de actores y métodos que no sean burgueses. La relación entre clase y revolución dejó de ser una unidad que mueve la historia. Hay una cierta *asincronía* de corto plazo entre el contenido de clase de un movimiento revolucionario y la naturaleza de las fuerzas políticas que lo impulsan y dirigen. Sucede que los tiempos de la actuación de las clases se acortan o desaparecen; y cuando una clase social ha resuelto a su favor las tareas históricas, su experiencia nacional facilita la de sus congéneres en otras partes.

Arbenz y los grupos dirigentes del FDN creyeron firmemente en el desarrollo nacional, pero dirigido por el Estado para poder asegurar la independencia de la nación frente a los intereses norteamericanos y para poder enfrentar a los terratenientes, en lo interno. Para realizar esta tarea bifronte, Arbenz particularmente creía poder convencer o interesar a la burguesía, creándole condiciones para su desarrollo como clase a través del Estado, y al proletariado (y los sectores popula-

²⁴ Un último dirigente del PGT de la época arbenzista, asesinado en las calles de la ciudad de Guatemala en diciembre de 1974, escribió: "...el carácter de la 'Revolución de Octubre' fue democrático-burgués, por cuanto intentó resolver la contradicción entre los remanentes precapitalistas y el crecimiento del capitalismo. Pero como el proceso se dio en la época del imperialismo, al profundizarse y acentuarse la dirección política del sector más avanzado de la pequeña burguesía y elevarse el papel de la clase obrera y de los campesinos pobres y medios, tenía que profundizarse junto a las tareas antifeudales, las tareas antimperialistas, por lo que el carácter de la revolución octubrista en su etapa más progresiva tendió a ser democrático-nacional". Huberto Alvarado Arellano, *Alero*, op. cit. pág. 73.

res) por intermedio de la elevación de su nivel material de vida, de su organización gremial y de su integración política. Ninguno de los documentos hasta ahora conocidos permite suponer que se hubiera trazado una estrategia que fuese más allá del cumplimiento de estos objetivos. El programa nacionalburgués no contuvo tareas socialistas. Los partidos democráticos de la pequeña burguesía radical eran en última instancia, inestables y burgueses. De haberse planteado un desborde de objetivos se habrían transformado casi todos de socialdemócratas en demócratas constitucionales, como los cadetes de 1917. Ni aún el programa y los documentos del PGT planteaban el socialismo sino como tarea de larguísimo plazo, responsabilidad para otra generación. "Nosotros los comunistas —afirmaba José Manuel Fortuny, Secretario General del PGT— reconocemos que en razón de sus condiciones especiales, el desarrollo de Guatemala deberá realizarse por algún tiempo por la vía capitalista."²⁵

Esa concepción de la revolución (democrático) burguesa descansa en un conjunto de supuestos teóricos y homologaciones históricas que conducen a una percepción defectuosa de la singularidad del proceso histórico latinoamericano. No afirmamos que una mala caracterización del proceso fue la raíz de la derrota. Pero contribuyó a la confusión de los objetivos y de las alianzas. Una vez más los conceptos privaron sobre los hechos. La deformación de la óptica política radica en el reflejo magnificado de otras experiencias, de otros momentos.

Por tratarse de una *revolución desde arriba* las llamadas tareas democráticas

²⁵ Informe sobre las actividades del Comité Central al II Congreso del Partido Guatemalteco del Trabajo, diciembre de 1952. La declaración de principios de los Estatutos del Partido, indican también lo mismo.

estaban resueltas.²⁶ Estaban pendientes, sin embargo, las tareas *burguesas*, que no es otra cosa que el desarrollo nacional de las fuerzas productivas, la modernización de la economía, para lo cual el sistema político tiene que facilitar y no entabrar tal desarrollo. Pero la existencia de sobrevivencias serviles y precapitalistas en el agro frenan ese desarrollo. De ahí la necesidad de resolver, en un acto de voluntad política, la contradicción con las clases agrarias. Al desbrozar de malezas feudales el campo, florecería, cargado de potencialidades de demanda, el mercado interior, surgiendo así nuevos y más altos niveles de acumulación de capital. Pero el desarrollo así concebido entra en contradicción hoy día con los intereses imperialistas, por cuanto el control del mercado interno es condición *sine qua non* para la consolidación nacional de la burguesía nacional. Así las tareas burguesas tenían un contenido antiterrateniente y antimperialista.

El programa agrario de la revolución guatemalteca fue, sin duda, una reforma burguesa de la estructura agraria, pero realizada con métodos no reformistas. No debe olvidarse que uno de los propósitos de la reforma era movilizar, organizar y hacer participar en la vida política de la nación a las masas campesinas. Así, la racionalidad del reformismo queda rebasado por todos lados, pues el acto parcial se percibe como, y se convierte en un desafío global y los objetivos limitados se satisfacen a través de métodos imprudenciales.

²⁶ Las tareas democráticas de la Revolución rusa, a cambio, eran decisivas. Derribar el absolutismo zarista y romper la estructura burocrática y militar para que funcionara la democracia burguesa estaban en el interés del proletariado. Esa era una *revolución desde abajo*, como por lo demás lo han sido hasta hoy las grandes revoluciones de la historia.

tes, la movilización de las masas.²⁷ La experiencia peruana, años después, sería un ejemplo opuesto de reformas burguesas con represión popular.

No puede perderse de vista que en el ánimo de la burguesía guatemalteca en su conjunto, la expropiación de la tierra, por legal que ella fuese, constituyó un acto ofensivo a su conciencia de clase propietaria. Si se piensa que hasta junio de 1954 se habían repartido 1,002 haciendas con una extensión de 1.9 millones de hectáreas y que sólo en el mes de febrero de ese año habían sido expropiadas 100,000 hectáreas, el temor a que se desencadenara un proceso anticapitalista era un peligro real para tales clases.²⁸

²⁷ La dirigencia revolucionaria se dividió más de una vez acerca de la naturaleza administrativa de la aplicación de la reforma agraria. Se crearon más de mil comités agrarios locales que debían denunciar tierras y participar en el trámite burocrático; pero en la base y en algunos casos, no se respetaron los plazos legales y muchas tierras fueron tomadas de hecho, invadidas, produciéndose incluso conflictos cruentos entre campesinos. Uno de los principales instigadores de estos métodos provocadores lo realizó repetidas veces el líder obrero Carlos Manuel Pellecer, del Comité Central del PGT. Años después, con las denuncias de Philip Agee, se sabe que Pellecer era "agente de penetración" de la CIA en el movimiento revolucionario guatemalteco. Hoy día, Pellecer es miembro del servicio diplomático del gobierno militar de Guatemala.

²⁸ Cf.: *Tenencia de la tierra y desarrollo socioeconómico del sector agrícola de Guatemala*, Comité Interamericano de Desarrollo Agrícola, Unión Panamericana, 1955. Vale la pena consignar que se trata del total de haciendas afectadas, a las que se les expropió sólo una parte, la tierra inculca. Así y todo, a la caída de Arbenz, más del 60 por ciento de las tierras privadas habían sido, de una u otra manera, o expropiadas o sometidas a juicio expropiatorio. Generalmente los análisis dan el dato de tierra "entregada" que no cubriría sino el 7 por ciento de la tierra útil del país. En todo caso, para esas fechas, se habían beneficiado a más de 100,000 campesinos, de los que 30,000 recibieron propiedades del Estado.

Las provisiones programáticas no contabilizaron lo que el censo de 1950 sacó a flote, que el más grande y desprecupado terrateniente, símbolo de la geografía más absoluta, era precisamente un propietario extranjero. La United Fruit Co., apareció ocupando el primer lugar en el *ranking* terrateniente, al monopolizar tanta tierra como la que, en el extremo opuesto, tenían 153,000 campesinos guatemaltecos. Así, el objetivo antiterrateniente se fundió con el antimperialista al serle expropiada a la United Fruit Co., 392,950 acres.²⁹ El gobierno norteamericano, veintiún días después de la primera expropiación, reclamó "con preocupación por la manera en que la Ley de Reforma Agraria ha sido aplicada a las propiedades de la United Fruit Co., en Guatemala".³⁰ Con ello, los reclamos norteamericanos vigorizaron la perturbada conciencia burguesa.

Esa conciencia además había sido permeada profundamente por el anticomunismo, que fue desde mucho antes —y eso revela su naturaleza antidemocrática— la bandera ideológica de los que combatieron el Código de Trabajo, la seguridad social y el voto a los analfabetos.³¹

Debe decirse para comprender la calidad de la lucha social de ese momento

²⁹ En marzo de 1953 se expropiaron 219,159 acres en la región de Tuquisate y en febrero de 1954, 173,790 acres en la región de Izabal. Por ambas, el gobierno pagó 1.1 millones de dólares, de conformidad con el valor fiscal declarado de las tierras.

³⁰ Texto citado parcialmente por G. Toriello, *Tras la cortina de banano*, op. cit., pág. 79.

³¹ Sólo el tremendo atraso del país podría explicar el anecdotario de esta oposición primitiva. Una gremial de médicos se opuso al seguro social, en 1947, por creer que era la socialización de la medicina; un grupo de Damas Grises, dedicadas a las obras de caridad, denunció la campaña de alfabetización emprendida por el Dr. Arévalo, como campaña destinada a fomentar la lucha de clases, etcétera.

que la prédica anticomunista ganó no solamente el ánimo de las clases propietarias sino que alcanzó a confundir a importantes sectores populares. La "Revolución de Octubre" perdió su primera batalla en el terreno ideológico; se mantuvo a la defensiva al aceptar la pelea en terreno enemigo. La virtud de la prédica anticomunista —por los componentes irracionales que maneja— es que desequilibra políticamente la correlación de fuerzas sociales a favor de una visión maniquea de la sociedad. Impide cualquier posibilidad de desarrollo de conciencia de clase y con ello divide a las clases verticalmente; ese corte resulta fatal para la orientación revolucionaria porque la divisoria del campo ideológico político se corre con un amplio margen hacia la derecha.⁸²

El anticomunismo nacional perturbó aún la conciencia de las filas revolucionarias. Cuando la crisis definió los campos de la revolución-contrarrevolución a la manera anticomunista, la política del "paso atrás" sumó así adeptos a la causa. Fue esta la táctica que utilizó la ofensiva reaccionaria, contando para ello con las vacilaciones en el seno de los partidos revolucionarios y con la permanente disposición de los

⁸² La campaña anticomunista es expresión directa de la lucha de clases; la reacción guatemalteca logró movilizar a algunos sectores populares urbanos, algunos de ellos, próximos al lumpen. Citemos, como ejemplo, la extensa movilización del 12 de julio de 1951 para impedir que en un centro asistencial se contrataran enfermeras graduadas en vez del cuerpo de Hermanas de San Vicente de Paul, que tradicionalmente lo atendían. Esta subversión políticoreligiosa fue encabezada por las pequeñas propietarias de los mercados de la ciudad. El 23 de marzo de 1952, más de 50,000 personas desfilaron protestando contra la inscripción electoral del PGT y por la creación de la Central Única de Trabajadores. Cf.: Comisión Permanente del 1er. Congreso Anticomunista Latinoamericano, *El libro negro del comunismo en Guatemala*, México, 1955, pág. 65 y sigs.

jefes militares para modificar el proceso. Fue ese el sentido del ultimátum del 7 de junio, presentado como cuestionario por la oficialidad del Ejército y finalmente esa fue la tónica que empleó Peurifoy para doblegar la voluntad del presidente Arbenz. El presidente resistió a todo y no cedió a las tentaciones del "paso atrás" y del improbable futuro. Prefirió renunciar.

Hemos dicho que la lucha se dio, primero, en el terreno político e ideológico. De hecho, la contradicción mayor se radicó ahí para ratificar lo que ya es bien sabido, que toda crisis es siempre política; el último análisis se expresa políticamente, por más que las determinaciones fundamentales radiquen en lo económico. El de Guatemala, es un nuevo ejemplo. Las contradicciones que el proceso fue generando se hicieron determinantes cuando el poder que intenta ser un poder popular se propone alcanzar objetivos para los que no tiene fuerza. O el poder popular es lo suficientemente fuerte y entonces al reprimir a la burguesía hubiese desatado una ofensiva anticapitalista para defenderse, o el poder popular no es lo suficientemente sólido y entonces lo que se desencadena es una contrarrevolución, el fascismo. Las revoluciones *desde arriba* parecen olvidar que el éxito de cualquier revolución popular, como lo deduce tempranamente Marx, teniendo a la vista la experiencia de la Comuna de París, es la derrota o la desarticulación del viejo Estado que se va a sustituir.

La virtud de la coyuntura es la transparencia de los procesos que la conforman. Es así como las clases en conflicto se desnudarán para exhibir, con crudeza, sus apetencias materiales. En la medida que se trata de una ruptura, el voluntarismo se retira para que actúe la fuerza de las contradicciones sociales. La salida de Arbenz en esta perspectiva, resulta

ahora un hecho menor. Y en ese momento tales fuerzas sociales actúan sobre-determinadas, además, por el nivel del desarrollo político alcanzado, por la experiencia organizativa, la tradición de luchas sociales, el peso de la cultura do-

minante y, muy especialmente, por la forma que adoptan las contradicciones en el exterior. La situación internacional y el papel particular del imperialismo norteamericano contribuyeron a definir el resultado de la crisis.

Observaciones al trabajo de Edelberto Torres-Rivas

La caída de Arbenz y los contratiempos de la
revolución burguesa

José Manuel Fortuny

Los contratiempos

A veintitrés años de la caída de Jacobo Arbenz el sociólogo guatemalteco Edelberto Torres-Rivas nos ofrece un importante trabajo en que la tesis central podría resumirse con el título mismo: los contratiempos de una revolución burguesa en la época del imperialismo fueron en definitiva las causas que determinaron la caída de aquel régimen y la derrota de la Revolución guatemalteca.

Se trata, evidentemente, de un examen lúcido de casi todos los elementos —aunque presentados sin una metodología rigurosa— que conformaron las contradicciones engendradas por la propia revolución y que al agravar su antagonismo pusieron en marcha una crisis que facilitó la intervención del imperialismo, la cual fue el factor determinante de la derrota. Este trabajo tiene, además, el mérito de abrir camino hacia la explicación racionalmente histórica del fracaso de una revolución que pretendía realizar un proyecto de desarrollo capitalista independiente, con tintes originales, lo que contribuirá sin duda a impulsar la investigación que requiere la perspectiva materialista-histórica de todo aquel periodo llamado la Revolución de Octubre.

Sin embargo, se hace sentir la falta de no sistematizar las categorías de esos contratiempos específicos que, por otra parte, parecen no ser las verdaderas complicaciones en que se enredó la revolución. Si Torres-Rivas hubiese analizado más profundamente las vicisitudes del proceso revolucionario que se inicia con la caída de la dictadura de Ubico y el desfase que se registra entre el periodo de Arévalo y el de Arbenz, habría encontrado los verdaderos contratiempos que sirven de título a su trabajo.

Asimismo, salta a la vista que hay una contradicción entre la afirmación del papel inexorable que juegan esos contratiempos determinando la caída, y la apreciación —implícita o explícita— de que las masas populares estaban en capacidad de hacer frente a la situación y hasta de asaltar el poder, lo cual fue frustrado, según el autor, por la ambigüedad del discurso final de Arbenz. Deplorables son también sus apreciaciones acerca del PGT y de las centrales sindicales de la época. Aquí habría sido de desear, para mayor mérito de su trabajo, que Torres-Rivas no hubiera tratado el tema en forma tan impersonal, sino situándose él mismo como partícipe de alguna manera en los acontecimientos, toda vez que era para enton-

ces uno de los jóvenes más destacados en la dirigencia de la juventud democrática y comunista de Guatemala.

Estando de acuerdo con las tesis centrales y con la mayoría de los criterios que sustenta Torres-Rivas, trataré de llenar las deficiencias señaladas, añadiendo detalles más precisos acerca de la situación real que presentaba la movilización de las masas en los días críticos de junio de 1954, acerca de los motivos esenciales que tuvo Arbenz para renunciar y sobre el papel del PGT en el periodo correspondiente y en el curso de la crisis final.

Intentaré resumir, para comenzar, las insuficiencias y fallas que se enumeran desperdigadas a lo largo del trabajo y que parecen constituir los elementos de la contrariedad que determinan el proceso crítico final y la quiebra de la revolución. Tales elementos son: la actitud defensiva desde el periodo de Arévalo de las dirigencias revolucionarias ante la ofensiva ideológica del anticomunismo; el debilitamiento de la voluntad progresista y el carácter vacilante del apoyo político de la pequeña burguesía urbana; la debilidad intrínseca de una revolución desde arriba que no tuvo la ocurrencia de desarticular al viejo Estado; las contradicciones y vacíos de la concepción arbencista acerca del desarrollo capitalista independiente, que no tomó en cuenta que ese desarrollo tenía que entrar en contradicción con los intereses imperialistas al disputarle el control del mercado interno, y el comportamiento político de la burguesía que no vio "en todo aquel proceso una afirmación burguesa del desarrollo nacional". Y en la fase álgida anterior al derrumbe del régimen: la falta de desarrollo de la lucha política en el seno de las clases y de las organizaciones políticas; la ausencia de la acción de las masas tanto tras la conjura reaccionaria como en el apoyo al gobierno; la ilusión militarista, es de-

cir, la confianza depositada en la fidelidad de un ejército que no era sino el ejército del orden burgués; el no haberse trasladado el enfrentamiento político al seno de las masas y de las organizaciones. Todo ello enmarcado en un programa nacionalburgués que no contuvo tareas socialistas y en el programa de un partido comunista (Partido Guatemalteco del Trabajo) que no planteó el socialismo sino a "larguísimo plazo".

Tratando de sistematizar los mismos elementos y otros de mucha importancia que no consideró Torres-Rivas, presentaré el cuadro de las complicaciones de la revolución, con el análisis que está a mi alcance, de la siguiente manera:

a) El primer contratiempo de la revolución se derivó de la calidad misma de los actores principales que realizaron las operaciones militares del 20 de octubre de 1944. La dictadura continuista de Ponce Vaides, apoyada en el ejército ubicuista, fue derribada por la tercera parte aproximadamente de las fuerzas militares acantonadas en la ciudad de Guatemala, con la ayuda complementaria de elementos civiles y populares armados. Esa fracción del ejército que resultó victoriosa estaba formada por oficiales jóvenes en su mayoría, de una jerarquía de coroneles para abajo, entre los cuales había tanto oficiales con instrucción académica (graduados en la Escuela Politécnica) como oficiales de línea (hechos en el servicio, sin graduación académica) y estos últimos no se diferenciaban mucho, en cuanto a concepciones, de los viejos generales que fueron barridos por la revolución. La cortísima duración de la lucha armada impidió, por otra parte, una participación de mayor número y de mayor relevancia de los elementos populares armados, de modo que los militares triunfantes aparecieron con un nimbo de héroes a quienes se comenzó a glorificar. Al constituirse la

junta revolucionaria de gobierno con el mayor Francisco Javier Arana, el capitán Jacobo Arbenz y el "ciudadano" Jorge Torriello —título que traía reminiscencias de la Revolución francesa— casi instintivamente los militares de línea consideraron como su jefe natural al mayor Arana, mientras que los politécnicos se agruparon alrededor de Arbenz.

Los militares victoriosos exigieron casi de inmediato la reorganización y la modernización del ejército, confinado en fuertes y guarniciones departamentales y locales, todo lo cual fue abolido y substituido por las zonas militares. El nuevo ejército así surgido era efectivamente el "Ejército de la Revolución", como se le llamó, de una revolución institucionalista, formalmente democrática, que no se planteaba ninguna transformación estructural de la sociedad.

Cuando el populismo de Arévalo inspiró el Código del Trabajo y el Seguro Social, que afectaban primordialmente a la burguesía y a la pequeña burguesía industrial y en alguna medida a los grandes finqueros cafetaleros y azucareros, aquel ejército comenzó a cuartearse, siendo visible que Francisco Javier Arana, que ya era coronel y jefe de las Fuerzas Armadas, era quien exigía o quien ordenaba acciones represivas contra dirigentes sindicales y contra los comunistas conocidos.

La cuarteadura se transformó en división abierta cuando llegó la hora de integrar al nuevo Consejo Superior de la Defensa, organismo autónomo creado por el estatuto que la Constitución de 1945 le concedió al ejército. Este organismo determinaba la sucesión del jefe de las Fuerzas Armadas mediante la terna de candidatos que proponía al Congreso que lo elegía en definitiva. El coronel Arana pretendía entonces no sólo ser nominado candidato presidencial para suceder a Arévalo, sino que se eligiera a un militar

adicto suyo como jefe de las Fuerzas Armadas. La oposición creciente que encontraba Arana entre los oficiales politécnicos llegó a desesperarlo de tal modo que amenazó al mismo Arévalo con derrocarlo. La muerte incidental —que no accidental ni premeditada— de Arana precipitó la rebelión militar. La rebelión fue aplastada por el sector del ejército adicto a Arbenz, a la sazón ministro de la Defensa, con la ayuda, esta vez, de trabajadores armados. Con la victoria se depuró el ejército de los elementos más retrógrados, y siguió siendo el "Ejército de la Revolución", de aquella revolución que se profundizaba pero que no definía su carácter ni sus metas. Se comprenderá así, que este ejército no podía ser eliminado ni substituido, no sólo porque era el sustento militar del régimen sino porque al prestigio del 20 de octubre se le sumaba el nuevo prestigio de la reciente victoria. Se había fundido con las vicisitudes de la revolución. Este es el vicio y el contratiempo de origen. Este ejército, naturalmente, no podía ser el ejército de una revolución que después con Arbenz definió su carácter democráticoagrario y antimperialista con el concurso programático de los comunistas.

b) El segundo contratiempo fue la tempranísima institucionalización de la revolución, que se dio una Constitución apenas cinco meses después del 20 de octubre. Al darse una Constitución la revolución se limitaba a sí misma. La nueva carta constitucional le concedió al ejército un estatuto —independencia, apoliticismo— que lo convirtió en un cuarto poder, en el poder más poder del Estado, estatuto que fue exigido como condición *sine qua non* para la toma de posesión de Arévalo que ya había sido electo. Esta misma Constitución fue esgrimida para pedir la supresión del Partido Comunista, para afirmar que los campesinos eran objeto

de un engaño al no dárseles la propiedad plena de la tierra sino el usufructo vitalicio y para clamar por la intocabilidad de la sacrosanta propiedad privada. Al amparo de la Carta Magna, abusando de las libertades democráticas, los partidos anticomunistas, la prensa de oposición, la Iglesia, las agencias internacionales de noticias, se dieron a la tarea de martillar cada día contra el comunismo y contra el régimen, deformando aquél y socavando a éste. Los mismos jueces, bajo la sombra de la Constitución, ponían en libertad a los tres días o al día siguiente a los conspiradores que habían sido detenidos. Y lo curioso es que tras haberse roto la institucionalidad por los militares que se negaron a defenderla; tras haberse socavado esa misma institucionalidad por parte de la prensa, los partidos anticomunistas, los complotos, la Iglesia y los mismos jueces, se le reprocha a Arbenz al final el haber quebrantado la institucionalidad al depositar el mando en el jefe de las Fuerzas Armadas y no ante el Congreso cuando el golpe de Estado estaba a sólo unas horas. Este reproche frívolo es como la lamentación del que está herido de muerte que se duele de que se le está manchando la blancura de la camisa.

c) La tercera complicación está imbricada con el populismo y la concepción particular de la democracia del mismo Arévalo, una democracia en la que no cabía la existencia de un partido comunista, proporcionándole así a la oposición el argumento y la bandera principal de su lucha contra el gobierno y la revolución. El anticomunismo *civilizado* de Arévalo, nacido de su convicción neokantiana de un "socialismo espiritual", ético, ideal, que jamás llegaría a realizarse, le echaba una mano ideológica de primer orden a ese *antikomunismo* visceral, cerrero, con *k*, como lo describió Arévalo mismo, que le hacía una oposición feroz a su gobierno.

Y ese populismo, como ya vimos, al dictar un Código de Trabajo y un Seguro Social que, por otra parte, propiciaban la dispersión del movimiento sindical —el primero establecía que bastaban 20 trabajadores para formar un sindicato— y hacían pagar a los trabajadores un tercio de los costos de sus accidentes de trabajo —el segundo determinaba la contribución tripartita de patronos, trabajadores y Estado para *todas* sus prestaciones—, desencadenó prematuramente el encono de la burguesía industrial, cuyos intereses fueron afectados *antes* de que se intentara debilitar el poder económico de la oligarquía cafetalera y de los grandes terratenientes. El Código de Trabajo y el Seguro Social eran, sin duda, necesarios y representaban una conquista social de los trabajadores, pero económica y políticamente debieron estar precedidos por la reforma agraria. El gobierno de Arbenz, al desprenderse del espontaneísmo populista y tratar de emparejar el proceso, por eso mismo, apareció desfasado al poner en el orden del día las tareas burguesas de la revolución. Las tareas democráticas habían sido cumplidas por el gobierno de Arévalo en lo esencial. El populismo tiene ese carácter, el espontaneísmo economista y la satisfacción de necesidades populares sin orden ni concierto con la naturaleza del proceso político mismo.

d) La cuarta complicación tiene que ver con la política exterior que se enredó en una contradicción inevitable durante el periodo de Arévalo. Por una parte se apega a las directrices fundamentales de la política exterior de Washington. En este renglón se inscribieron la firma del Tratado de Río de Janeiro —que es en realidad un pacto militar dirigido contra la Unión Soviética— y la carta de la OEA, organización que vino a ser una especie de agencia neocolonial de los Estados Unidos. Ambos instrumentos necesariamente

solidificaban los intereses oligárquicos de los países latinoamericanos con los intereses imperialistas de los Estados Unidos. Se suscribía así también una solidaridad subsidiaria entre todos los Estados latinoamericanos. Por otro lado, se rompía esa mancomunidad con la otra fase de la política exterior de Arévalo, paralela al democratismo formal interior y exterior de Acción Democrática de Venezuela, que se empeñó en no reconocer y suspender las relaciones diplomáticas con los gobiernos latinoamericanos surgidos de un golpe militar, sin contar con que la misma política favorecía cierta exportación de la revolución como, por ejemplo, al ayudar directamente al derrocamiento de Teodoro Picado en Costa Rica como paso preliminar para derribar después a la dictadura de Somoza en Nicaragua, y como la expedición que se preparó en Guatemala para poner fin a la dictadura de Trujillo. Era justo, naturalmente, repudiar a las dictaduras reaccionarias y sanguinarias, pero esto debía hacerse a nivel popular, de masas, cuya solidaridad activa a la larga es más efectiva que la ruptura de relaciones diplomáticas a nivel de Estado. Como política de Estado sólo se propiciaba el aislamiento internacional del país.

El gobierno de Arbenz tuvo que rectificar aquella política a fin de romper el aislamiento, pero al mismo tiempo se enredó a su vez con las complicaciones de la ODECA (Organización de Estados Centroamericanos), que al perfilar después una política anticomunista a nivel centroamericano trataba de coger entre sus mallas a Guatemala, conminando al gobierno de Arbenz a modificar su orientación democrática. De todas maneras, se quedaron vivos los enconos de las dictaduras de Somoza, de Trujillo, de Pérez Jiménez y de otros dictadores latinoamericanos contra el régimen de Guatemala.

e) El quinto contratempo es de orden

estrictamente subjetivo. Los partidos Acción Revolucionaria, Renovación Nacional y de la Revolución Guatemalteca, al evolucionar hacia posiciones revolucionarias más definidas, por su misma composición de clase, durante el periodo de Arbenz, sufrían al mismo tiempo una continua erosión de sus filas tanto a nivel de afiliados como a nivel de simpatizantes. La constante de este fenómeno era la inestabilidad en la composición de sus dirigencias, que se dividían o se depuraban al empeñarse en pugnas determinadas no sólo por la opción a los cargos de elección popular, sino por el rumbo cada vez más nítido de la revolución. La depuración iba dejando al frente de los partidos a los dirigentes más consecuentes, algunos muy capaces. Justo es consignar aquí que algunos de ellos fueron consecuentes hasta el final y hasta el día de hoy. La prensa de oposición, que era *casi toda* la que existía en el país, anticomunista y reaccionaria sin excepción, aprovechaba aquellas luchas internas y las pugnas entre sí de los tres partidos, para desprestigiar a sus dirigentes presentándolos como ambiciosos politiqueros o como políticos improvisados y pueriles, incapaces por ello de dirigir los destinos de la nación. Esto no correspondía a la realidad, pero el resultado era deplorable, el debilitamiento del ánimo revolucionario de muchos afiliados o el abandono por algunos dirigentes de la lucha activa. Todo ello enmarcado en la aspiración burguesa y en los ideales burgueses de la pequeña burguesía, que a la larga eran propicios para la corrupción, la desconfianza y finalmente la claudicación ante la magnitud del enemigo imperialista. Además, la mayoría de los dirigentes desempeñaban funciones o cargos públicos, impidiéndoles dedicarse por entero a las tareas estrictamente partidarias, lo que debilitaba la capacidad de movilización de sus organizaciones.

f) Finalmente el sexto contratiempo, también de carácter subjetivo. El pueblo en general era víctima todavía de la herencia que nos dejó la prolongada dictadura de Ubico, que no permitió ninguna posibilidad de acrecentar la ilustración y la cultura, ya no digamos del pueblo en su inmensa mayoría analfabeta, sino incluso de la parte ilustrada de las capas medias y de las élites estudiantiles e intelectuales. El retraso en el conocimiento de las doctrinas sociales modernas era enorme, no obstante que se abrió alguna rendija hacia el mundo exterior durante la Segunda Guerra Mundial. Todo eso explica la ingenuidad de la mayoría de quienes fuimos diputados constituyentes o las confusiones ideológicas tan evidentes en las primeras etapas de la revolución. Explica además, a nivel de la cultura de los trabajadores, la aparición tardía del Partido Comunista, cinco años después del estallido de la revolución.

Aunque se registraron progresos considerables en el área de la educación pública y de la ilustración popular, lo que se reflejaba en el aumento del tiraje de los periódicos y de la importación de libros, las masas populares sufrían aun aquel retraso. Grandes sectores populares o aquellos que no contaban con más material de lectura que los periódicos reaccionarios, sufrían cada día el influjo de sus ideas y de los prejuicios políticos contra el socialismo y el comunismo inculcados durante muchísimos años.

Además, los comunistas que fundamos el Partido surgimos ya influidos por el estancamiento ideológico de la época estalinista, repitiendo esquemas inoperantes, fórmulas que no correspondían a la realidad, que se habían generalizado en toda la América Latina, fenómeno que acusaba la falta de elaboración teórica, que con excepción del peruano Mariátegui, fue casi nula en esta región del mundo.

Torres-Rivas parece creer que el desarrollo político, que la lucha política, pueden magnificarse espontáneamente con sólo deseárselo o determinarlo. El desarrollo político no es espontáneo, es fruto del desarrollo de la conciencia política y ésta a su vez depende de la cultura política.

La reforma agraria y la imposibilidad del desarrollo independiente

Antes de entrar al nudo de la contradicción fundamental, irresoluble en el marco de la dependencia imperialista y en el cuadro de un desarrollo burgués, dirigido a la manera pequeñoburguesa y defendido por un ejército sometido a la mentalidad de la oligarquía y del imperialismo, nudo que hizo imposible el proyecto de un capitalismo independiente y donde se entrelazaron las realidades, las posibilidades y los supuestos del proceso revolucionario en el periodo de Arbenz, es indispensable examinar ciertas particularidades de la reforma agraria guatemalteca que no fueron tomadas en cuenta en el trabajo de Torres-Rivas.

El programa de Jacobo Arbenz se componía de dos tareas fundamentales: la reforma agraria y un proyecto de contenido antimperialista integrado por obras básicas que, una vez realizadas, pretendían derrotar y llevar a la quiebra a los monopolios imperialistas que dominaban buena parte de la economía nacional. La carretera al Atlántico, el puerto de Santo Tomás, la hidroeléctrica de Jurún-Marinalá y una refinería de petróleo que no llegó a mencionarse, pero que iba a proyectarse en la segunda mitad del periodo presidencial, formaron parte de un programa concebido exclusivamente por Arbenz. La reforma agraria, en cambio, fue una consigna de la CTG en la época de Arévalo y parte del programa del Partido Comunista después, el cual trazó las di-

rectivas fundamentales de la misma. El programa presidencial estaba inspirado, pues, por el Partido Comunista y por las concepciones nacionalistas de Arbenz, concepciones que no correspondían en aquella época a la actitud de la reducida burguesía industrial, más ligada ideológicamente a la oligarquía agraria que al interés nacional.

La medida principal de la reforma agraria era la expropiación de las tierras ociosas que mantenían como reserva y como control de la mano de obra, las grandes fincas cafetaleras, azucareras y ganaderas, así como otros latifundios menos productivos. Al pasar la propiedad de esas tierras a manos de mozos colonos y de campesinos pobres, empezó a producirse una escasez sensible de la mano de obra, fenómeno que tenía que presionar el alza de los salarios en el campo. Esto no fue concebido como algo que automática o necesariamente tenía que suceder. Antes, el gobierno presionó con otra medida. Estableció un salario mínimo en las Fincas Nacionales (integradas por las fincas cafetaleras expropiadas a los alemanes durante la Segunda Guerra Mundial), fijado en 80 centavos de quetzal. Era un aumento considerable en relación con los salarios que se pagaban entonces en las fincas cafetaleras de 10 a 15 centavos en el Quiché y la Alta Verapaz, y de 20 a 40 centavos en las fincas de la vertiente del Pacífico. Además, el gobierno de Arbenz aplicó una política favorable al aumento de los salarios en el área industrial y en el ámbito de las construcciones y servicios del Estado, el cual era presionado desde abajo por los propios trabajadores a través de la Confederación General de Trabajadores de Guatemala (CGTG), central única que confederó a las centrales que antes existían. Esta unificación se realizó, en gran parte, mediante los esfuerzos del Partido Comunista, por su tenacidad y

flexibilidad.

De ahí que no corresponda a la realidad el afirmar, como lo hace Torres-Rivas, que "el arbencismo creyó que el mercado interior sólo se forma —o lo hace de manera casi automática— 'desclasando, a la formación social precapitalista'". Para Arbenz, que no para el arbencismo, era claro que el papel principal para la ampliación del mercado interno lo jugarían el incremento de los salarios y la capacidad de compra de los campesinos dotados con tierras, a quienes no sólo se les adjudicó la tierra sino también aperos de labranza, ganado, créditos y semillas, hasta donde fue posible.

Veamos otros aspectos de la reforma agraria. La ley concedía a los trabajadores de Fincas Nacionales —que cubrían una parte considerable de la producción cafetalera— la opción de repartirse en parcelas las plantaciones —lo que comportaba la entrega del medio de producción y del capital— o mantener la unidad económica mediante la formación de cooperativas de producción. Al no optarse por ninguna de las dos alternativas, las fincas no adjudicadas podían convertirse en empresas capitalistas mixtas, con capital del Estado (51%) y capital privado (49%). Estos modelos de entidades productivas no tuvieron tiempo de comprobar su viabilidad y su éxito por la derrota de la revolución, aunque algunas cooperativas en Escuintla y Chicacao registraron ingresos iniciales considerables, a tal punto que los trabajadores empezaron a comprar artículos que nunca estuvieron a su alcance: bicicletas, planchas eléctricas, ropa de mejor calidad, jabones de tocador, lociones, etcétera. En todo caso, las cooperativas venían a ser un punto de partida para una perspectiva socialista, y todo el diseño concebido para las Fincas Nacionales, al menos como experiencia positiva o negativa, aún puede servir, de exten-

derse a todas las áreas productivas del actual campo guatemalteco, para cualquier proyecto socialista del porvenir.

La reforma agraria a medida que se aplicaba elevaba el nivel y la intensidad de la lucha de clases a alturas sin precedentes en la historia del país. Arbenz hizo constatar este fenómeno en uno de sus informes anuales al Congreso, al afirmar que se trazaba una raya en la arena crucial de la política del país. La movilización de los campesinos y de los mozos colonos por integrar los comités agrarios populares para denunciar las tierras afectables y promover la aplicación de la reforma agraria, alcanzó un auge considerable. Era el inicio de una revolución *desde abajo* que podía desbordar a la revolución *desde arriba*.

Todo lo apuntado debe inscribirse en las posibilidades de un rebasamiento de la revolución que podía desbordarse más allá del capitalismo, eventualidad que si contemplamos los comunistas, pese a nuestras deficiencias, como perspectiva para un socialismo no tan lejano como piensa Torres-Rivas. La más elemental táctica de flexibilidad nos aconsejaba, sin embargo, no plantear en los documentos públicos del Partido esta perspectiva para el futuro inmediato.

Ciertos críticos implacables del gobierno de Arbenz han pretendido minimizar la reforma agraria aplicándole los calificativos de "modesta", "moderada", "tibia" y otros por el estilo, y algunos en actitud aberrante hasta le dan todavía un "carácter conservador". Intentos pueriles de querer tapar el sol con un dedo. Por su encono han olvidado que uno de los primeros actos de la revolución guatemalteca fue abolir el *trabajo forzoso*, que fuera base de la economía feudal-colonial-mercantilista de los siglos coloniales y de la economía agroexportadora posterior a la

reforma de Barrios. No ven tampoco que la reforma agraria al hacer irreversible aquel acto tipificaba por sí misma a la revolución en su carácter democrático-agrario. La reforma agraria de Arbenz, al repartir las tierras de reserva de las fincas latifundiarias y al abolir toda clase de servidumbre, al abolir las prestaciones personales gratuitas de los campesinos y al abolir también el pago en trabajo de los arrendamientos y las formas disfrazadas de repartimiento de indígenas que aún subsistían, materializaba el paso más revolucionario de todo el recorrido histórico de Guatemala y que, junto al programa nacionalista, pretendía abrir la vía a un desarrollo capitalista independiente, sin que su costo fuese pagado con la miseria de los trabajadores y de las masas campesinas desposeídas.

Asunto muy distinto es que las causas internas y los motivos invocados por el gobierno norteamericano para intervenir en Guatemala, hayan determinado la caída de Arbenz y la derrota de la revolución, dando validez a los criterios contemporáneos de Torres-Rivas en cuanto a que el desarrollo de un capitalismo independiente es imposible en el marco de un sistema de capitalismo dependientes controlado por el imperialismo.

Era éste sin duda el escollo colosal insalvable de la revolución guatemalteca. Pero Torres-Rivas nos lo ofrece sólo a medias, quizá porque la sociología no es una filosofía de la praxis, diciéndonos que la derrota de la revolución en 1954 evidenció el descrédito de las concepciones "que suponen que el camino revolucionario pasa por el florecimiento de la sociedad capitalista y que la independencia nacional basada en ese despertar, puede ser alcanzado en los marcos de una sociedad dependiente", aunque no se percibiera así en la inmediatez de la derrota. Debería ser más claro y agregar que esto

se hizo visible, concretamente, con el triunfo de la Revolución cubana, que en su primera etapa planteaba un desarrollo bastante parecido al programa democrático-agrario e independentista de Arbenz. Y el planteamiento completo exigiría añadir que la revolución democráticoagraria y antimperialista debe transformarse en revolución socialista, en desarrollo de la revolución socialista para salir del *subdesarrollo* y del capitalismo dependiente. Y aquí es donde necesariamente se insertan las particularidades diferenciales que caracterizaron a la Revolución cubana y que no reunió la Revolución guatemalteca, desde la estrategia y fuerzas materiales de origen hasta la correlación de fuerzas en la arena mundial.

Ciertamente, a la Revolución guatemalteca la derrotaron sus propios contratiempos, que podían haberse superado por el desarrollo político y social y por la movilización de masas si éstas hubieran contado con armas en el momento más oportuno. Lo que no podía superar era la correlación mundial de fuerzas desfavorables para su causa, la política de guerra fría del imperialismo, que fue el factor decisivo, determinante de la derrota.

Es interesante observar cómo ha sido percibido esto mismo por la lucidez incomparable de Fidel Castro. Refiriéndose a las posibilidades de triunfo del asalto al Cuartel Moncada, en su informe al Primer Congreso del Partido Comunista de Cuba, Fidel hizo esta observación: "...la victoria en 1953 habría sido tal vez demasiado temprana para contrarrestar las desventajas de la correlación mundial de fuerzas en aquel instante." Y fue más explícito aún al consignar que entre el asalto al Moncada y el triunfo de la Revolución el primero de enero de 1959 había transcurrido "un lapso en que la correlación mundial de fuerzas también había cambiado lo suficiente como para que la Re-

volución cubana pudiera sobrevivir".

Dos hechos reveladores

En julio de 1951, a sólo tres meses de haber tomado posesión de la presidencia de la República, Arbenz afrontó la primera embestida de la oposición anticomunista. La remoción de unas religiosas del Hospicio de Huérfanos vino a coincidir con las manifestaciones reaccionarias que se montaban en el aniversario de la muerte de Francisco Javier Arana. Ese año las manifestaciones fueron más nutridas y más violentas, dando muestras de que podrían degenerar en un asalto tumultuario al Palacio Nacional. En aquella ocasión los jefes militares le expresaron a Arbenz que no contara con tropas para sofocar a los manifestantes porque el ejército era *neutral*, invocando para ello el estatuto de apoliticismo que les había otorgado la Constitución de 1945. En tal oportunidad también el secretario general de uno de los partidos pequeñoburgueses sugirió por primera vez el *paso atrás*, al proponer que los comunistas debían apartarse por el momento del acontecer político nacional.

Aquel acontecimiento reveló que contenía en germen los elementos principales de la trama que culminó con la caída de Arbenz, tres años después. Los dirigentes del PC no extrajimos de estas advertencias las conclusiones teóricas y prácticas que la situación requería. Debió haber sido entonces, en julio de 1951 y no cuando ya era tarde en junio de 1954, que debimos haber repasado que si la revolución no cuenta con su propia fuerza armada, surgida del pueblo en armas, está condenada a la derrota.

Otro signo revelador fue lo tratado en la entrevista privada que le solicitó al presidente Arbenz el nuevo embajador de los Estados Unidos, John E. Peurifoy, pocos días después de haber presentado sus cartas credenciales. Peurifoy le propuso a Ar-

benz una conversación "off the record", confidencial, fuera de las consideraciones diplomáticas. En el curso de ella le dijo que la expropiación de la United Fruit Company no tenía mayor importancia para el Departamento de Estado, el cual podía conseguir que la compañía retirara sus demandas a ser indemnizada con una suma tan elevada como la que pretendía, a cambio de que Arbenz removiera a los comunistas de la CGTG y los apartara del gobierno. Era de nuevo la proposición del *paso atrás*, pero esta vez provenía del gobierno imperialista de los Estados Unidos con todo lo que implicaba de amenazas en caso de una negativa. Y Arbenz sencillamente se negó a satisfacer las demandas de Peurifoy.

Para entonces los planes de la CIA ya estaban caminando. Las redes de la conjura se extendían desde Panamá y la República Dominicana hasta la ciudad de México, donde fue enganchado Castillo Armas como jefe de la expedición de mercenarios que serían reclutados en Nicaragua y Honduras. El plan quizá se puso en marcha cuando se expropiaron las tierras de reserva de la UFCO, o tal vez después de la combativa huelga de los trabajadores bananeros de la costa norte de Honduras donde la misma UFCO poseía inmensas plantaciones. Aquella huelga había propiciado la fundación del Partido Comunista en Honduras. Quizá Washington decidió proceder sin más demoras para evitar otras *contaminaciones* revolucionarias en Centroamérica.

Se ha especulado con la cuestión de que si Arbenz no hubiese expropiado a la UFCO en la fecha en que lo hizo, sino hasta las postrimerías de su periodo, quizá la maquinación no hubiera tenido tiempo de armarse y de ponerse a funcionar. Puede ser, pero es evidente por la proposición de Peurifoy que la expropiación de la UFCO sólo sirvió de coyuntura y no de motivo

para la intervención norteamericana. En efecto, fue la UFCO la que financió toda la operación de los mercenarios —de 800 a 900, entre los cuales fueron insertados algunas decenas de anticomunistas guatemaltecos, entre ellos los jefes de la expedición— desde los emolumentos hasta la compra de las metralletas dominicanas con que fueron armados, facilitada por Trujillo. Con todo, ya lo dijimos, fue lo peor de la guerra fría, cuando Foster Dulles se arriesgaba a caminar en el filo de la navaja, al borde mismo de la guerra mundial, que traducida a Guatemala significaba para Washington una supuesta *amenaza* a la seguridad del Canal de Panamá y a la propia seguridad de los Estados Unidos, el factor determinante de una intervención que contemplaba varias alternativas.

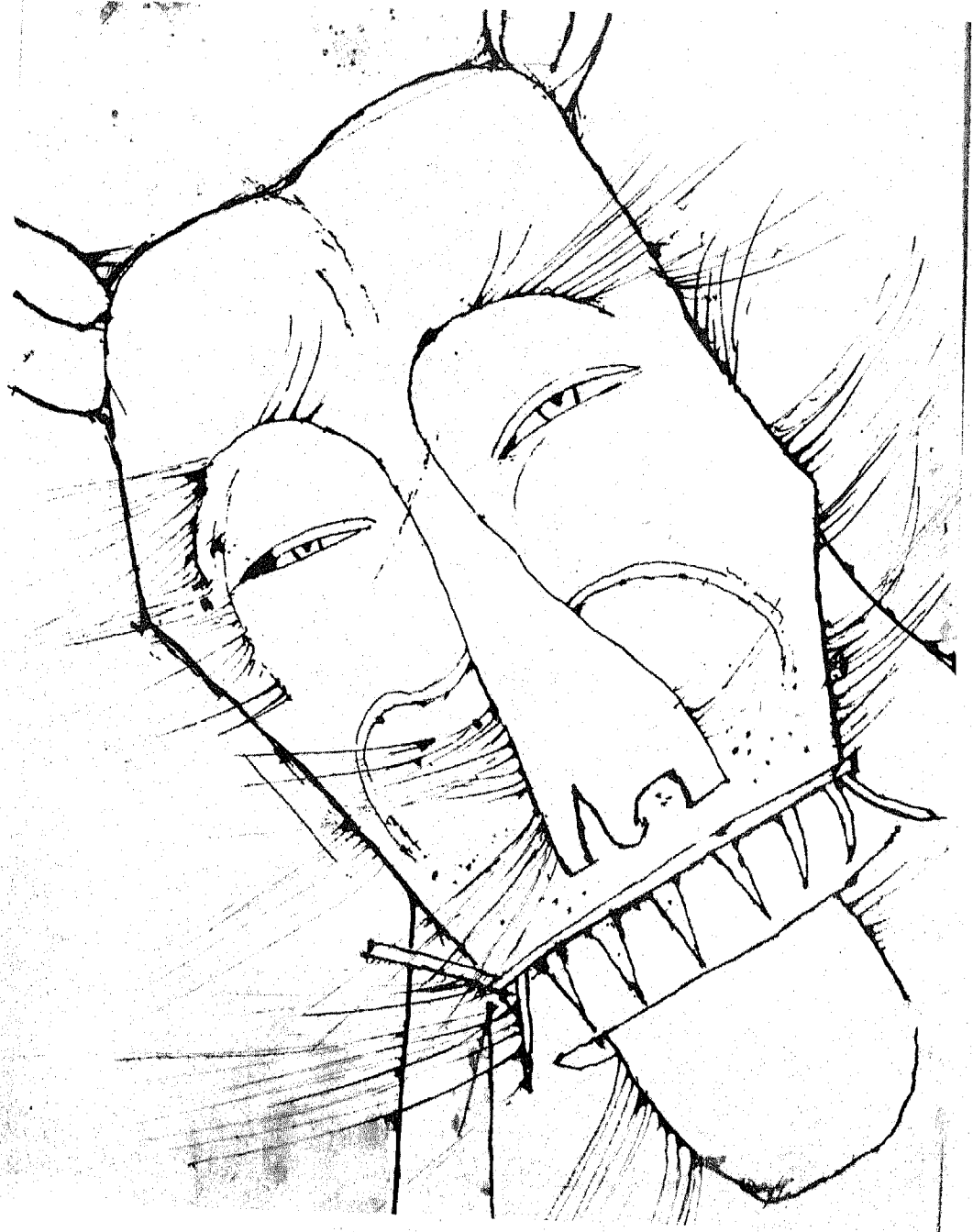
Los días finales

Como lo señala Torres-Rivas el cuestionario-últimátum que le presentaron los militares a Jacobo Arbenz, fue el penúltimo paso del complot que seguía su marcha inexorable, sin que el presidente, ni las dirigencias de los partidos arbencistas, ni nosotros advirtiéramos que podía formar parte de la conjura exterior, quizá por lo pérfido de la adhesión final.

Arbenz estaba convencido de que en el curso de su mandato podría producirse una batalla decisiva en el terreno militar, convicción avalada por la experiencia de los años pasados. Y quizá creía que el enfrentamiento podía darse en parecidos términos a los del 20 de octubre de 1944 y a la experiencia de 1949, cuando como estratega y táctico de las operaciones militares fue propicio a que se armara a los trabajadores como *ayuda auxiliar* a la parte del ejército comprometida en la lucha. Quizá no le asignaba otro carácter a la acción de los civiles armados. No es



Máscara. Grabado en color.



Máscara. Grabado en tinta china.

que fuera opuesto a la concepción de que la revolución debe contar con su propio ejército revolucionario surgido del pueblo armado, sino que tal concepción no formaba parte entonces de su haber ideológico. En todo caso, aquella combinación de experiencias fue determinante para la compra del armamento que vino en el *Alfhem* y para el destino que se le pensaba dar a una parte de esas armas.

Hacia tiempo que el gobierno de Estados Unidos había suspendido la venta de armas y municiones a Guatemala. Lo mismo ocurría con los proveedores de Europa occidental. Fue así como se hizo la compra a Checoslovaquia de un lote de armas que comprendía no sólo fusiles y cartuchos, sino también granadas, morteros, algunos cañones, obuses y hasta minas contra tanques. Eran armas de fabricación alemana, las más modernas con que el ejército alemán pudo contar a finales de la Segunda Guerra Mundial. Arbenz estaba de acuerdo, con la anuencia única del coronel Carlos Enrique Díaz, jefe de las Fuerzas Armadas, en que una parte de aquellas armas fuera destinada a la contingencia de tener que armar a los trabajadores. Esta separación debería hacerse desde el momento mismo de su desembarque en puerto. Desgraciadamente el gobierno nunca fue alertado de la probable fecha de llegada del *Alfhem*. Cuando la nave/tocó el muelle el jefe de las Fuerzas Armadas se encontraba ausente del país, estaba en Santiago de Chile. Los jefes militares que recibieron las armas, ignorando lo convenido entre Arbenz y el coronel Díaz, enviaron el cargamento completo a los almacenes del ejército. Nada se pudo hacer para separar las armas destinadas a los contingentes populares. Ni entonces ni después. Era una de aquellas casualidades que la fatalidad pone en los recodos de la historia.

Arbenz, además, tenía la convicción de

que contaría al menos con una parte del ejército que le sería fiel en cualquier circunstancia. Esto explica la confiada seguridad que expresó en su primer discurso de que los mercenarios serían derrotados, cuando ocurrió la invasión. Lo que más temía, en realidad, era que la invasión pudiera dar lugar a un conflicto armado con Honduras y Nicaragua. Por ello es que se dispuso que los mercenarios no fueran hostilizados en los lugares fronterizos para evitar cualquier pretexto que pudiera invocarse por el gobierno de Honduras para justificar una declaratoria de guerra. Y a esto se debe el pacto de no agresión propuesto anticipadamente al gobierno de Gálvez, previéndose que sería rechazado, pero se propuso para contar con el antecedente y citarlo, llegado el caso, ante los organismos internacionales para señalar la presunción del agresor. La intervención norteamericana también contemplaba la variante de una guerra con Honduras, puesto que el gobierno de Washington estuvo remitiendo grandes cantidades de armas al gobierno hondureño.

Al ocurrir los primeros ataques aéreos de los aviones procedentes de Nicaragua, el PGT propuso la realización de una gran manifestación de masas para expresar la indignación popular contra la intervención imperialista. Arbenz estuvo de acuerdo al principio con la iniciativa, pero después cambió de parecer a causa de que los jefes militares se oponían, aduciendo que la manifestación podía ser ametrallada con otro ataque aéreo provocando el pánico entre la población.

El alto mando militar no proporcionaba informes precisos acerca de las operaciones en el frente, dando lugar así a rumores callejeros que venían a empeorar la inquietud pública. El jefe de las Fuerzas Armadas quiso llenar aquel vacío proporcionando un informe a los dirigentes del

Frente Democrático. En esa ocasión se le pidió al coronel Díaz su parecer en cuanto a la necesidad de armar al pueblo. El interpelado respondió que él no se oponía a tal eventualidad, pero que la solicitud sería incómoda para el ejército, puesto que si la institución armada se mantenía ociosa en tiempos de paz y sólo justificaba su existencia durante una emergencia de guerra como la que estaba ocurriendo, armar a los civiles significaría poner en evidencia la inutilidad de los militares al no poder cumplir con su obligación patriótica. Los acontecimientos, sin embargo, tomaron otro giro al día siguiente, al recibirse informes más fidedignos del frente de operaciones.

El PGT había enviado a Chiquimula a Octavio Reyes, miembro de su CC, con la misión de asistir políticamente a un destacamento de campesinos que, unido al ejército, iba a combatir contra los mercenarios. Sorpresivamente, el 24 de junio, el compañero Reyes se apareció en la capital con informes muy alarmantes. En síntesis, su informe era el siguiente: los fusiles entregados a los campesinos eran muy anticuados y los cartuchos en su gran mayoría no funcionaban. Un atardecer, ante la inminencia de un combate, las unidades militares fueron desplegadas en un frente, situándose a los campesinos en uno de los extremos. Entró y transcurrió la noche sin novedad. A la mañana siguiente Reyes envió un enlace al Estado mayor. El enlace volvió alelado. No encontró a nadie, el ejército se había retirado sin prevenir a los campesinos, dejándolos solos, pésimamente pertrechados, a merced del ataque enemigo. Reyes se trasladó a Zacapa, a donde se habían retirado las fuerzas en cuestión, para indagar el motivo de la retirada. No sólo no le dieron ninguna explicación, sino que lo arrestaron. Por fortuna había logrado escapar y trasladarse a la capital.

Al mismo tiempo llegaban otros informes contradictorios. Mientras en Gualán las secciones de una compañía desbarataban a las fuerzas mercenarias, derrotándolas, haciendo prisioneros y poniendo en fuga al mismo Castillo Armas, que huyó en un helicóptero, en Puerto Barrios el ejército se había abstenido de combatir a un grupo de mercenarios que logró desembarcar. Este grupo tuvo que ser aniquilado por unos cuantos guardias civiles y trabajadores armados.

Al día siguiente Arbenz decidió enviar a Zacapa al coronel Anselmo Getellá, uno de sus hombres de confianza, para que le trajera un informe más coherente acerca de la disposición de los jefes del ejército de operaciones. Aquel mismo día el coronel Díaz consintió en que se armara a los contingentes populares que podían aportar las organizaciones de masas y los partidos políticos. La decisión era muy tardía y además resultó una burla. Al anochecer sabíamos, estupefactos, que los encargados de hacer cumplir las órdenes eran militares de la reserva, que en vez de entregar las armas y enseñar a manejarlas, habían dispuesto *entrenar* a los voluntarios poniéndolos a hacer *sentadillas*. Y para irrisión final, hubo un sitio de *entrenamiento* donde en vez de entregar fusiles dieron *palotines* (imitación de fusiles de madera que usaban los niños de primaria en otros tiempos). Aquel día no se había entregado ni un solo fusil. El número de voluntarios que ofrecieron en conjunto las organizaciones de masas y los partidos hacían un total de 5,000 hombres, pero a la hora de la verdad los que se presentaron en los lugares señalados apenas llegaban al 20% de aquella cifra. Los voluntarios del sindicato de maestros, por ejemplo, eran tan pocos que no conseguían integrar una sección de 25 hombres.

Torres-Rivas menciona la tonelada de

armamentos que se dejó caer en Santa Rosa, requisada por los campesinos. No vi tal armamento, pero en cambio fui testigo presencial en la dirección de la Guardia Civil de la apertura de unos bultos de armas que se arrojaron en jurisdicción de Chicacao. Se trataba de unos 40 fusiles y de una ametralladora manual de tambor. Eran largos fusiles con una marca; el escudo estampado de la Unión Soviética. Las armas fueron dejadas caer sin la dotación de cartuchos correspondiente. ¿De dónde provenían tales armas, casi obsoletas? Conjeturamos que podían provenir de España y que los falangistas las habían capturado durante la guerra civil. Su presencia en Guatemala no podía tener otro objeto que el de *probar*, llegado el caso, que había ayuda soviética a nuestro país, quizá para justificar una intervención más directa de los Estados Unidos. De ser correcta esta conjetura, el complot de la CIA, pues, había involucrado también a la España franquista.

Es verdad, como lo consigna Torres-Rivas, que se habían constituido Comités de Defensa al llamado de la CGTG, pero los mismos no llegaron a contar ni aproximadamente con la mitad de la cifra señalada. La misma CGTG apenas rebasaba los 100 mil afiliados. Aun así, aun admitiendo los 100 mil adherentes a los comités, hay que considerar que no contarían con armas, que nunca habían manejado un fusil, que estaban desperdigados por todo el país, que no había cuadros suficientes con capacidad organizativa, y en fin que las condiciones específicas de Guatemala y de la época eran muy otras a las de España durante la guerra civil.

La apreciación de Torres-Rivas, implícita en una serie de consideraciones —y explícita en una o dos afirmaciones— acerca del ánimo y la potencialidad de las masas, tiende a demostrarnos, sin fundamento real, que de haberse trasladado el

enfrentamiento político al seno de las masas y de sus organizaciones, aquéllas podían haber salvado la situación, lo que se frustró por el contenido del mensaje final de Arbenz que “paralizó las encrespadas energías del apoyo popular”. Es una apreciación errónea, quizá como fruto de un subjetivismo justificable por el entusiasmo de los grupos juveniles revolucionarios —muy activos pero poco numerosos— que miraban con optimismo la situación en aquella época. O quizá porque es el resultado también de una especulación fuera del contexto real de la correlación de fuerzas en el ámbito de cada clase, especulación que tampoco tomó en cuenta la subjetividad real de una concientización todavía muy insuficiente de las masas.

Aun cuando Arbenz, en su discurso de renuncia, en vez de pedir apoyo para su sucesor, hubiese denunciado el golpe de Estado armado por Peurifoy y hubiese llamado a la resistencia total, las masas, indefensas y dispersas, traumatizadas por el hecho en sí de la separación de Arbenz del poder, no hubieran podido forzar la situación. Se puede “forzar la marcha de los acontecimientos” dijo en cierta ocasión Ernesto Che Guevara, pero él mismo agregó que sólo se puede forzarlos “dentro de lo que objetivamente es posible”.

A su regreso de Zacapa, Getellá le informó a Arbenz que todos los jefes y oficiales del frente de operaciones le negaban su apoyo y le pedían renunciar. Arbenz, con larga experiencia militar, comprendió entonces que no tardarían en defezionar también los jefes militares en la capital y tras ellos los jefes de las demás zonas militares. Esa misma tarde decidió renunciar.

Al enterarse de aquella decisión, la comisión política del PGT le solicitó una entrevista inmediata al coronel Arbenz. Mis compañeros abundaron en razones para hacerlo desistir, entre otras que aún se

contaba con fuerzas militares leales, incluyendo la Guardia Civil, y que si se armaba al pueblo como se había decidido se podía enfrentar la situación que era muy grave, pero no desesperada. Nos comprometimos a emprender una movilización de masas que paralizara los efectos de los militares de Zacapa, y Arbenz a su vez prometió no renunciar y poner todo su empeño en que se armara a los contingentes de trabajadores.

¿Transcendió lo tratado en esa entrevista? Es posible, porque al día siguiente el embajador norteamericano convocó a su despacho al jefe de las Fuerzas Armadas, al ministro de la Defensa, al jefe del Estado Mayor y a los principales jefes con mando en la capital. Peurifoy, tras anunciarles que la capital sería bombardeada por aviones que vendrían desde Panamá sin disfraces de ninguna clase, pues "esta es una guerra con Estados Unidos" según sus palabras textuales, los conminó a dar un golpe de Estado fulminante para derribar a Arbenz. Los militares aceptaron y designaron a Díaz para comandar el golpe armado.

Cuando el presidente Arbenz se enteró de la conjura armada por Peurifoy reiteró irrevocablemente su decisión de renunciar y de no esperar a que se consumara el golpe de Estado con un ataque armado a la casa presidencial. Arbenz decidió confiar el mando a Carlos Enrique Díaz, no sólo por las últimas pruebas de lealtad que éste había dado —fue Díaz quien le comunicó lo tratado con Peurifoy, agregando que no estaba dispuesto a encabezar el golpe de Estado—, sino porque estimaba que Díaz aún gozaba de la confianza del ejército, lo que le permitiría derrotar la invasión mercenaria y al mismo tiempo evitar una masacre de los dirigentes sindicales y campesinos, y de los líderes revolucionarios. Aquella misma tarde, el coronel Díaz había ordenado que

se liberara inmediatamente a Víctor Manuel Gutiérrez, secretario general de la CGTG, que ya había sido detenido por una patrulla militar. Arbenz consideraba, además, que un régimen presidido por Díaz aún podía mantener al menos, no obstante los pasos atrás a que lo obligaba la situación, las conquistas principales de la revolución.

Como lo consigna Torres-Rivas, el acto de renuncia de Arbenz fue estrictamente personal, aunque quien hace estas observaciones haya participado en la redacción del discurso final. Yo le había reiterado dos veces a Arbenz mi opinión contraria a la *renuncia*, pero no podía negarme a prestarle esa colaboración en aquellos momentos fatales y precipitados. Y subrayo la palabra *renuncia* porque en realidad era un acto ya puramente formal. El hecho real era el golpe de Estado inmediato.

Quien observe detenidamente el curso de los acontecimientos podrá comprobar que la renuncia de Arbenz fue motivada por la defección de casi todos los jefes militares. Había sido abandonado hasta por los jefes del destacamento de la guardia presidencial. El otro motivo esencial de preferir la humillación de la renuncia al heroísmo de la última resistencia contra el golpe de Estado, fue el evitar la masacre que necesariamente desencadenaría la violencia del ataque armado final. Al menos eso sí consiguió el acto de renuncia, aunque Díaz haya sido depuesto veinticuatro horas después y el curso de la historia haya tomado el camino que la contrarrevolución le marcó.

Pongo punto final a estas observaciones, deplorando que Torres-Rivas haya estimado que el nacimiento del PGT (PC) formó parte "de las bondades de la democratización burguesa" y de que haya actuado "como si constituyera el ala izquierda del

"*establishment*". Olvida entonces que un partido comunista, por deficiente que pueda ser su filosofía de la praxis, nace como resultado de las necesidades históricas de la lucha de clases, y olvida asimismo que el Partido Comunista de Guatemala se fundó a pesar del cierre de la Escuela Claridad, a pesar de las persecuciones y encarcelamientos de comunistas instigados por Arana, a pesar del decreto de suspensión de garantías de 1947 que invocó entre sus considerandos la inminente fundación de un partido comunista y a pesar de la clausura de *Octubre* ordenada por el anticomunista Monzón, ministro de Gobernación del gobierno de Arévalo. Quien recuerde aún las páginas de *Tri-*

buna Popular y la actuación de los comunistas en el periodo de Arbenz, comprobará que no fuimos el ala izquierda de un *establishment*, que por otra parte, nunca tuvo la connotación peyorativa que se le da en otras circunstancias. Las denuncias de *Tribuna Popular* contra los funcionarios corruptos e inconsecuentes, las demandas populares que levantamos, a veces sin tomar en cuenta la incapacidad del Estado para satisfacerlas, están ahí para comprobarlo. Otra cosa es que hayamos apoyado al gobierno de Arbenz, decididamente, desde que se trazó el nuevo rumbo de la revolución y se dictaron las medidas revolucionarias que eran de apoyarse.

El indígena en la historia de México*

Enrique Florescano

Por época prehispánica se entiende aquí el largo tramo temporal que va de la aparición de los primeros grupos sedentarios organizados (1500 a. de C.), al florecimiento y desaparición de las grandes culturas mesoamericanas (1521). Apenas a principios de este siglo, y sistemáticamente a partir de 1940, arqueólogos e historiadores comenzaron a dividir esta época dilatada en cortes u horizontes culturales (*Preclásico*, 1500 a. de C. — 300 d. de C.; *Clásico*, 300-900 d. de C.; *Postclásico*, 900-1520 d. de C.), precisando con mayor rigor sus límites cronológicos y las características distintivas de cada fase.¹ En 1943 un breve estudio de Paul Kirchhoff demarcó el área geográfica en que se desarrollaron las civilizaciones prehispánicas y definió a éstas por sus características étnicas y rasgos culturales comunes. Denominó *Mesoamérica*² a esta área de fron-

teras precisas y habitada por diversos grupos étnicos que participaban de rasgos culturales comunes.

Como es sabido, la recuperación e interpretación de esta época se inician en el momento mismo de la conquista española. Desde entonces el periodo más antiguo de la historia mexicana ha atraído a un número creciente de investigadores nacionales y extranjeros que han definido el perfil histórico que hoy tenemos de esa época. El hecho quizá más destacado en este prolongado esfuerzo por recuperar las raíces históricas del país es el notorio desinterés por los factores socioeconómicos y la correlativa sobrevaloración de los llamados "culturales" o "espirituales". Es decir, como todo proceso de recuperación histórica, el efectuado sobre la época prehispánica ha sido selectivo y discriminatorio; ha privilegiado ciertos aspectos y ocultado otros. Lo interesante es que los aspectos discriminados en el estudio del pasado prehispánico hayan sido precisamente los socioeconómicos. Esta deformación en los objetivos de la investigación parece especialmente chocante porque la mayoría de quienes se han acercado a esta época reconocen que en ella nacieron y composición étnica y caracteres culturales", *Acta Americana*. México, 1943, vol. 2, núm. 1.

* Este ensayo forma parte de un estudio más amplio, que se publicará en la obra colectiva *El desarrollo económico de México, 1500-1975. Bibliografía, historia de su estudio y principales corrientes interpretativas*, que editará el INAH.

¹ Véase la excelente síntesis que sobre estos aspectos presenta Wigberto Jiménez Moreno: "Mesoamérica", *Enciclopedia de México*. México, 1975, vol. VIII, págs. 471-482.

² "Mesoamérica: sus límites geográficos,

se consolidaron estructuras económicas, sociales y mentales que hasta muy avanzado el siglo actual constituían el substrato y el legado cultural más importante de la mayoría de la población: los campesinos. En esta época remota nació un modo de producción fundado en las relaciones con la tierra, sobre el cual se asentaron relaciones familiares y sociales que, a su vez, le dieron forma a una mentalidad campesina que todavía hoy sobrevive en vastos sectores de la población. Sin embargo, en los 450 años transcurridos desde la caída de México-Tenochtitlan muy poco se ha hecho por conocer y explicar estas constantes de la historia mexicana. Al contrario, en lugar de estimularse el interés por conocer estos aspectos básicos y dominantes en la formación del ser histórico nacional, lo que se observa es una tendencia a su ocultamiento y a su deformación.

La explicación más socorrida de la falta de análisis socioeconómicos sobre este período es la carencia de fuentes que permitan elaborar estudios sólidos y profundos, como se dice que se pueden hacer en el área de la historia política o de la *cultura*. Este argumento es falaz e inconsistente. Lo destruye el hecho de que sobre otras civilizaciones, más antiguas y con iguales o peores deficiencias en la falta de testimonios directos, se han producido espléndidos estudios económicos y sociales que además arrojan luz clara sobre las instituciones políticas y las formas de vida de esos pueblos. Este y otros argumentos semejantes se vuelven sospechosos cuando se identifica a quienes han elaborado lo que hoy conocemos como historia prehispánica, y se descubre cuál ha sido el interés que los movió a escribir sus obras.

Reconozcamos un hecho evidente: la interpretación y el conocimiento articulado que tenemos del pasado más remoto de

México ha sido obra casi exclusiva de los vencedores materiales e intelectuales del mundo indígena y campesino. Todo lo que sabemos de la historia antigua proviene de la interpretación que de ella nos ha transmitido el vencedor, quien tuvo contacto, conoció y valoró la situación de los derrotados desde una perspectiva cultural opuesta a ellos, y a partir de una posición definida por sus propios intereses. Esta constatación de Perogrullo se opone sin embargo a una práctica tan antigua y natural, que puede decirse que casi nadie ha analizado sus implicaciones en la comprensión de nuestro pasado, y menos se ha intentado una revisión de él desde la óptica de los vencidos. En el largo proceso de recuperar y hacer la historia del país, pocos estudiosos han destacado las distorsiones más obvias que la interpretación prejuiciada y hostil de los vencedores ha formulado del pasado prehispánico y de sus sobrevivientes: los indígenas y campesinos.

En este ensayo se intenta ver cuáles fueron los intereses que dirigieron el rescate del pasado, qué influencia tuvieron en la selección y valorización de los hechos históricos, y las consecuencias que esto produjo en el conocimiento de las bases sociales y económicas y de las civilizaciones prehispánicas.

El proceso de negación, desvalorización y mistificación de los indígenas americanos se inicia con su descubrimiento y conquista por los europeos. La conquista y dominación del indígena se despliegan, como todos los procesos de conquista pasados y recientes, sobre la base de desvalorizar al hombre y la cultura nativos, poniendo en juego procedimientos que van desde la negación de la condición humana del vencido, hasta su valorización negativa: "pueblos bárbaros", "primitivos", "inferiores" ("subdesarrollados" es el equivalente con-

temporáneo). De esta manera el vencedor justifica su acción conquistadora (está ahí para realizar una obra de "civilización", de "salvación" o de "progreso" y "modernización", como se diría más tarde), a la vez que logra que el vencido interiorice y acepte su condición de pueblo inferior y dominado. Así consigue que los valores y fines del grupo vencedor se impongan como los únicos deseables para el conjunto social, y que las formas de vida de los dominados sean consideradas como "bárbaras", "retrógradas" o "primitivas". La imposición de estos *principios de conquista* es lo que permite al vencedor dedicarse con impunidad a desarrollar el proyecto sociopolítico que ha definido y a destruir sistemáticamente las bases materiales, la organización social y los valores que sustentan a la parte dominada.

Consumada la conquista militar, los españoles iniciaron la destrucción progresiva de las bases materiales que permitían la reproducción de las condiciones de vida de la comunidad indígena, y paralelamente llevaron a cabo una ejemplar tarea de indagación sobre la historia, las lenguas y costumbres de los nativos. Los resultados producidos por ambos procesos están en el origen de la ignorancia y deformación que hoy se tiene de los fundamentos económicos y de las relaciones que articulaban las formas de organización social de los indígenas. La destrucción progresiva del sistema económico indígena adquirió fuerza implacable por la doble necesidad del conquistador de plantar, por una parte, los enclaves económicos que aseguraran el establecimiento de la empresa colonizadora, y por otra, de evitar la continuidad y restauración del modo de producción nativo. De ahí que, por principio, la acción de los colonizadores nunca se detuviera en la contemplación de la racionalidad económica de la organización nativa, o en el análisis de los supuestos

y fines que la alimentaban; por el contrario, se concentró en el esfuerzo de aniquilarla y someterla a las necesidades de la colonización. Nada tiene pues de extraño que los pocos documentos que el conquistador recogió de la economía se refieran a los tributos, a la fuerza de trabajo y a los recursos naturales, y no se encuentre información sobre el por qué y el cómo de la organización económica.

El mismo desinterés por los fundamentos y mecanismos de la economía indígena se expresa en la gran obra de los creadores de la antropología moderna: los frailes y misioneros que acompañaron al soldado y pusieron las bases para la *conquista espiritual* del indio. Los padres fundadores de la antropología social mesoamericana (Toribio de Benavente, Bernardino de Sahagún, Andrés de Olmos, Diego Durán, Juan de Tovar, José de Acosta, Diego de Landa, Jerónimo de Mendieta, Juan de Torquemada, etcétera), elaboraron admirables y minuciosos vocabularios lingüísticos, crearon métodos sistemáticos para recolectar y analizar la información, y sobre estas bases compusieron obras extraordinarias acerca de la religión (dioses, ritos, ceremonias, calendario religioso), costumbres, formas de vida e historia antigua de la población aborígen. El objetivo declarado de esta prolija indagación era producir conocimientos útiles para el mejor adoctrinamiento y conversión de los naturales.³ De ahí que estas obras, aun

³ Sahagún inició su gigantesca tarea teniendo en mente tres objetivos esenciales; a) componer una enciclopedia "de las cosas de Nueva España" que sirviera para el entrenamiento y preparación de los misioneros; b) elaborar una selección de textos sagrados, homilias y sermones que había de traducirse al náhuatl y servir de ayuda a los predicadores; c) componer una serie de libros con canciones y oraciones que ayudara a la educación de los conversos; véase Luis Nicolau D'Olivera y H.F. Cline, "Sahagun and His Works", Robert Wauchoppe (General Editor). *Handbook*

cuando más ricas y profundas que las de los soldados-conquistadores, también sean parcas en datos sobre la organización económica e interpreten la historia indígena a través de una lente que deforma el objeto analizado, o, en última instancia, que no estaba hecha para iluminar el sentido propio de las creaciones indígenas, ni para reconocer los nexos íntimos que éstas tenían con su cultura material, la organización social y la concepción de la naturaleza y el cosmos que regía la mentalidad indígena. Prueba de esta aproximación prejuiciada es el contraste abismal entre el gigantesco esfuerzo dirigido a acumular datos sobre los dioses, mitos, ceremonias, costumbres y cronologías históricas, y la casi ninguna atención prestada a los hechos y relaciones económicas, a la reciprocidad social que, corriendo en dos sentidos, unía al individuo con la familia, a ésta con el *calpulli*, y a éste con la constelación más amplia de tribus, confederaciones de tribus y primeras formas de Estado.

Es explicable que ni los conquistadores ni los evangelizadores le prestaran atención a los mecanismos e instituciones económicas que sostenían a la comunidad indígena. Dentro de su escala de valores, eran formas rudimentarias o primitivas de organización económica cuya cancelación había que apresurar; reconocerlas y valorarlas hubiera sido tanto como poner un obstáculo a su desaparición o subordinación a los fines de la economía de los vencedores. En cambio, el estudio de la religión, los ritos, costumbres y antigüedades nativas resultó imprescindible para el proceso de *conquista espiritual* o aculturación que dirigió la Iglesia. Este rescate parcial e intencionado permitía hacer

también una defensa sutil y fragmentaria del indígena y de ciertos aspectos de sus creaciones, mientras que de hecho se destruían las bases que lo mantenían como indígena y lo identificaban con su cultura original.

Los estudios posteriores sobre la organización económica y social prehispánica siguieron estas dos pautas que marcó la primera aproximación de los vencedores a la historia de los derrotados. En las obras que aparecen en los siglos XVII, XVIII, XIX y primeros decenios del XX, no sólo no se percibe avance en el conocimiento de las bases económicas del mundo prehispánico, sino que se observa una tendencia clara a su ocultamiento y deformación sistemáticos. Las crónicas que por acumulación de hechos se tornaron en historias, las historias generales que ordenaron los acontecimientos en periodos y estancos distanciados uno del otro, y las monografías que se encerraron en temas y áreas estrechamente delimitados, todas estas formas de considerar el pasado se concentraron en los hechos políticos y en las creaciones científicas o artísticas de la antigüedad prehispánica. En la mayoría de ellas la mínima atención que se otorgó a los hechos económicos quedó aplastada por el espacio e importancia que se atribuyó a la historia política y *cultural*. Es decir, no sólo no hubo interés en reconsiderar el papel que jugaron los hechos económicos en el desarrollo histórico, sino que la explicación fundamental acerca de la formación y características de las civilizaciones antiguas se extrajo de su evolución política y cultural, entendiéndose por esto último la religión y el arte —de esta concepción del desarrollo de las civilizaciones proviene la división de los grandes periodos en Preclásico, Clásico y Posclásico.

Para explicar por qué en las obras históricas elaboradas entre el siglo XVII y

of *Middle American Indians. Guide to Ethnohistorical Sources*. Part I. Austin, University of Texas Press, 1973. vol 13, págs. 186-187 y ss.

principios del XX se promueve el reconocimiento del legado prehispánico a través de la exaltación, a veces desmesurada, de los aspectos *culturales*, y en cambio se hace desaparecer o se oscurece la participación de los hechos económicos, hay que volver nuevamente la mirada a los autores que las produjeron y a su circunstancia social. Si los misioneros del siglo XVI habían ya subrayado, en su esfuerzo por defender la racionalidad del indio y convertirlo en objeto de la evangelización, sus virtudes intelectuales y morales, así como la importancia de sus pasadas creaciones artísticas y científicas, los criollos —esos “peregrinos en su patria” como a sí mismos se calificaron— partirán de este primer reconocimiento para hacer una apología de la antigüedad indiana. Esta empresa nace de su necesidad de identificarse con el suelo y el país que viven y de legitimar sus demandas de mayor participación en los asuntos económicos y políticos de la colonia.

La mezcla étnica y cultural entre indios y españoles produjo un grupo social inestable, afectado por graves conflictos de identidad y por políticas restrictivas que limitaban su integración social y su participación en la dirección política de la colonia. Producto de una sociedad hecha de conquistadores y extranjeros y de dominados aborígenes, y nacidos en un suelo que sentían suyo por obra de la conquista paterna pero que no podían adoptar plenamente porque rechazaban adherirse a la situación e intereses de los hijos naturales de él, vivían un conflicto permanente de identidad. Esta inestabilidad se incrementó por la angustia y el resentimiento que produjo en las primeras generaciones de criollos la decisión de la corona española de frenar la constitución de una sociedad señorial, basada en las encomiendas y el poder político de los conquistadores y sus descendientes. La res-

tricción de las encomiendas se unió a la caída catastrófica de la población indígena para esfumar de golpe el sueño de fundar una sociedad señorial, al mismo tiempo que el progresivo desarrollo del comercio y de la minería —a partir de 1560— enriqueció a una nueva ola de inmigrantes. El ascenso económico y social de éstos, y el asentamiento de una burocracia que dependía directamente de la corona y era hostil a los intereses de los conquistadores-encomenderos, infundieron en sus descendientes criollos un profundo sentimiento de insatisfacción y amargura. Este resentimiento se incrementó con el paso de los años al sumarse a la falta de recompensas económicas y de integración social, su marginamiento de los principales puestos de dirección política. Frente a estas circunstancias el conflictivo y débil grupo criollo respondió con una estrategia cuya eficacia la volvió ejemplar para los grupos que más tarde se disputarían el poder en el país. La búsqueda de raíces y de identidad con el suelo físico y cultural que habitaban se trasladó al pasado remoto, eludiendo el reconocimiento del indio vivo que explotaban y repudiaban casi tanto como los execrados gachupines a quienes combatían. Una manifestación temprana de esta forma de recuperación histórica se encuentra en la *Monarquía indiana* del franciscano Juan de Torquemada. En esta obra el pasado prehispánico es ascendido a la categoría de una antigüedad clásica semejante a la romana,⁴ aun cuando Torquemada consi-

⁴ En la *Monarquía indiana* (México, Salvador Chávez Hayhoe, 1943-44, 3 vols. Edición facsimilar de la segunda edición de 1723), dice Torquemada: “Bien quisiera excusar cosas antiguas que en su comparación trato, pero no he podido, por haber sido mi intento comparar estas gentes indianas a otras más antiguas del mundo.” (t. II, p. 122). En otra parte dice que los indios “nada hicieron... que no fuese costumbre y hecho antiguo, y que todo o lo

dera a la religión indígena, al igual que Sahagún y Jerónimo de Mendieta, como un producto perverso del demonio. Pero para Torquemada la esencia pagana del indígena y su cultura fue sin embargo redimida por la conquista y la evangelización: "las cosas (de los indios) duraron hasta que sonó la trompeta de la divina voz que fue venir los cristianos, con ley evangélica y conquista que los nuestros hicieron de estas gentes, que quiso Dios que así estuviésen divisas, para que mejor entraran los que habían de conquistarlos."⁵ Cortés es comparado con Moisés, quien liberó a los hijos de Israel del paganismo; y los misioneros son presentados como los redentores providenciales de la humanidad que había caído en manos del demonio. Los verdaderos fundadores de la Nueva España fueron entonces los frailes que iniciaron su tarea misionera en 1524, no los conquistadores de 1519-1521. Al proponer esta interpretación Torquemada buscaba, por una parte, fortalecer el fundamento moral de la conquista que el padre Las Casas había quebrantado con sus prédicas y escritos, y por otra, colocar a la sociedad colonial bajo la égida de las órdenes mendicantes, que eran los instrumentos de la colonización donde se desarrollaba con más fuerza la acción de los criollos.⁶

En los siglos XVII y XVIII este primer esfuerzo por asimilar el pasado prehispánico y legitimar los derechos del criollo encontrará nuevas bases. Una tradición

más que otras naciones del mundo obraron se verifica y comprueba en esta" (t. II, p. 85). Para más datos véase Alejandra Moreno Toscano, *Fray Juan de Torquemada y su Monarquía indiana*, Xalapa, Universidad Veracruzana, 1963, págs. 46-48, 61-64 y 99.

⁵ *Monarquía indiana*, t. I, pág. 226.

⁶ Para la interpretación que aquí se adopta de la obra de Torquemada, véase la obra citada de Moreno Toscano y el estudio de David A. Brading, *Los orígenes del nacionalismo mexicano*. México, SepSetentas, 1973, págs. 23-26.

indígena de culto a una imagen ubicada en el cerro de Tepeyac se trasmuta, a partir de 1640, en un símbolo religioso ampliamente venerado por criollos, mestizos e indígenas. A fines de este siglo, la devoción a Nuestra Señora Guadalupe de México culmina con la erección de un templo en el Tepeyac y con el reconocimiento oficial —por el papado y la monarquía española— de la Guadalupana como la patrona de Nueva España, "Divina Criolla... Originaria de esta tierra", como la llamó Miguel Sánchez, famoso predicador criollo de la época quien dio a conocer el primer libro impreso sobre Guadalupe, "en alabanza y beneficio de los criollos", movido por "la Patria, los míos, los compañeros, los de este Nuevo Mundo".⁷ Este símbolo, el más generalizado entre los mexicanos, supera la antigua explicación de Torquemada y sus compañeros misioneros sobre el sentido de la conquista, puesto que, como dice Sánchez, "La conquista de esta tierra era porque en ella había de aparecerse María Virgen en su santa imagen de Guadalupe". Y el que hubiera elegido a un indio como testigo de su aparición hacía luminosa a todos su calidad nativa, americana. Este mito, obra total de los criollos, sirvió más que cien obras históricas para inscribir a su patria como un lugar privilegiado en el mundo occidental, y para afirmar sus derechos frente a los españoles.

Pero la aparición Guadalupana, que se data en 1531, no salvaba a los indígenas de su pasado pagano. Por ello una corriente también criolla y religiosa intentará descubrir la existencia en América de apóstoles y predicadores cristianos antes de la llegada de los españoles. Al parecer es un criollo peruano, An-

⁷ Francisco de la Maza, *El guadalupanis-mo mexicano*. México, Porrúa y Obregón, S. A., 1953, pág. 37.

tonio de la Calancha, quien engendra esta idea al publicar en 1639 su *Crónica moralizada del orden de San Agustín en el Perú*, en la que trata de explicar la existencia de ritos y creencias indígenas semejantes a las cristianas gracias a la obra evangelizadora del apóstol Santo Tomás. Esta idea fue recogida en México por el sabio criollo Carlos de Sigüenza y Góngora, quien identificó a Santo Tomás con el legendario Quetzalcóatl, y fue divulgada a fines del siglo XVII y principios del XIX por destacados historiadores: Mariano Veytia, Lorenzo Boturini, Fray Servando Teresa de Mier y Carlos María Bustamante.⁸

Recientemente varios historiadores han señalado con acierto que el siglo XVII es el siglo en el que despunta y se afirma en Nueva España una conciencia patriótica criolla, pero cabe aclarar aquí que este sentimiento patriótico no afectó la interpretación o la conciencia histórica que se tenían del periodo colonial, aunque sí modificó profundamente la interpretación y la conciencia históricas del pasado prehispánico. Los historiadores criollos y mestizos que escriben en este siglo (Carlos de Sigüenza y Góngora, Agustín de Vetancurt, Francisco de San Antón Muñón Chimalpahin, Fernando de Alva Ixtlixóchitl), se concentran en el rescate admirativo de la antigüedad prehispánica con el propósito de crear, para los criollos, una raíz histórica ornada de prestigio que afirme la identidad que les falta y les sirva para defender sus reivindicaciones ante los españoles. De ahí que el rescate patriótico de Sigüenza, Chimalpahin e Ixtlixóchitl se detenga en los umbrales de la conquista, sin tocar la historia de la explotación

⁸ Véase David A. Brading, op. cit., pp. 32-33 y 68 y ss. También Jacques Lafaye, *Quetzalcóatl et Guadalupe. La formation de la conscience nationale au Mexique (1531-1813)*. París, Gallimard, 1974.

del indio durante el virreinato. Omiten narrar las condiciones de vida del indígena y en cambio hacen un elogio exaltado de los recursos naturales, de la belleza, variedad y riqueza de la patria americana. Vetancurt llega a proclamar que el Nuevo Mundo es superior al Viejo en recursos y bellezas naturales. Sigüenza confiesa repetidamente el "amor grande que me ha, debido a mi patria", reúne y estudia pinturas y restos arqueológicos y con celo de propagandista muestra en sus obras que la antigüedad mexicana es tan remota y digna como la europea. Pero la patria con raíces profundas, prestigiosa y opulenta que van construyendo los criollos no admite a las masas indias y mestizas que los rodean. Si en Vetancourt, Sigüenza e Ixtlixóchitl se encuentran referencias ocasionales a la explotación y miseria que viven los indios y llegan hasta condenar la opresión que padecen, su actitud es paternalista y clasista. Sólo ellos se piensan herederos de la antigüedad prehispánica y sólo ellos se creen autorizados a criticar la situación que padecen los indios. Pero cuando éstos por sí mismos toman su defensa o se rebelan, como ocurrió en el tumulto de 1692, entonces Sigüenza, el antiguo defensor de los indios, se convierte en su más terrible denostador: "Los indios —dice en su relato sobre este tumulto—, gente la más ingrata, desconocida, quejumbrosa e inquieta que Dios crió." Y para que no vuelvan a poner en peligro a la ciudad y a la patria que le son tan caras, recomienda al virrey desalojarlos del centro de la ciudad y mantener una separación permanente entre los barrios indígenas y los españoles.⁹

⁹ Véase Agustín de Vetancurt, *Teatro mexicano*. Madrid, José Porrúa Turanza, 1960-61, 4 vols.; Carlos de Sigüenza y Góngora, *Obras*. México, 1918; Fernando de Alva Ixtlixóchitl, *Obras históricas de don Fernando de Alva Ixtlixóchitl*. Publicadas y anotadas por Alfredo Chavero. México, Editora Nacional, 1952. 2

A fines del siglo XVII los criollos habían encontrado en el pasado prehispánico y en la pródiga y variada naturaleza americana, dos elementos distintivos que los separaban de los españoles y afirmaban su identidad con el suelo que los acogía. Estas dos conquistas, construidas a través de sucesivos estudios históricos, primeros rescates arqueológicos y descripciones y exploraciones del territorio, fueron precisamente el punto de ataque de la Ilustración europea del siglo XVIII. El conde de Buffon, el abate Raynal y Cornelius de Pauw, dieron a conocer entre 1749 y 1770 varias obras de gran influencia y difusión que postulaban una inferioridad permanente de la naturaleza y del hombre americanos. Al mismo tiempo que se afirmó que el suelo y el clima de América producían hombres degenerados, el espíritu crítico de la Ilustración negó o puso en duda las interpretaciones anteriores sobre el desarrollo de la civilización en el Nuevo Mundo. Para los nacidos en el siglo de las luces y de la Ilustración, los pueblos de América mostraban un desarrollo cultural primitivo, dominado por las fuerzas hostiles de la naturaleza.¹⁰

Estas afirmaciones acerca de la natu-

vols.; *Relaciones originales de Chalco Amaquemecan*. Por Francisco de San Antón Muñoz Chimalpahin Cuauhtlehuantzin. Paleografía, traducción y glosa de Silvia Rendón, con un prefacio de Angel Ma. Garibay K. México, Fondo de Cultura Económica, 1965. Sobre Sigüenza véase Ramón Iglesia, "La mexicanidad de don Carlos de Sigüenza y Góngora", *El hombre Colón y otros ensayos*. México, El Colegio de México, 1944. págs. 117-143. Benjamín Keen en su excelente estudio, *The Aztec Image in Western Thought*. New Brunswick, N.J. Rutgers University Press, 1971, trata con mayor amplitud las características de la literatura criolla del siglo XVII.

¹⁰ Véase un estudio detallado de las ideas de Buffon, Pauw y Raynal en la obra de Antonello Gerbi, *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica, 1750-1900*. México, Fondo de Cultura Económica, 1960.

raleza hostil y degradada de América y las calificaciones sobre el primitivo desarrollo de los pueblos americanos, lanzados desde las cimas de la Ilustración europea, encontraron en los criollos una respuesta airada y metódica, que contribuyó a fortalecer la conciencia histórica y patriótica de los novohispanos. A quienes desde la lejana Europa afirmaban que América era un "desierto intelectual", Juan José de Eguara y Eguren respondió con su *Bibliotheca Americana* (1755), obra enciclopédica que reseñaba la producción científica y literaria producida en México desde las épocas más antiguas hasta las primeras décadas del siglo XVIII. *Las Tardes Americanas* (1788) del obispo Joseph Joaquín Granados y Gálvez fueron compuestas para desmentir las "calumnias" de los "impíos filósofos" y probar que los antiguos mexicanos poseían todas las virtudes de la raza humana y que sus creaciones políticas, económicas y culturales, rivalizaban con las de griegos y romanos. Las afirmaciones que los filósofos de la Ilustración acumularon acerca de la barbarie, superstición y escaso desarrollo político de los antiguos pueblos de México dieron lugar también a la extraordinaria *Storia Antica del Messico* (1780-71), de Clavijero, y a otros estudios dedicados a probar el gran conocimiento alcanzado por los antiguos mexicanos. Así, en 1791 José Antonio Alzate publicó en su *Gaceta de Literatura* una "Descripción de las antigüedades de Xochicalco", y en 1792 Antonio de León y Gama dio a conocer una *Descripción* en la que presentaba un detallado estudio del calendario azteca y de la Coatlicue. Ambos estudios pueden considerarse como los primeros análisis arqueológicos hechos sobre base científica. Con el mismo propósito de mostrar los adelantos logrados por los antiguos mexicanos en las ciencias y en las artes, el jesuita Pedro José Márquez escribió la

primera obra de arqueología mexicana publicada en Europa: *Due antichi monumenti di architettura messicana* (1804). Y no debe olvidarse que en 1786 Carlos III ordenó realizar una exploración sistemática de las ruinas de Palenque y que entre 1805 y 1808 Guillermo Dupaix y Luciano Castañeda exploraron Xochicalco, Monte Albán, Mitla y Palenque, y dieron a conocer informes detallados de estos sitios, que acompañaron con numerosas ilustraciones.

Apoyado en este creciente interés por los estudios históricos y arqueológicos, fray Benito María de Moxó publica en 1805 sus *Cartas Mejicanas*, en las que asume la defensa del indígena frente a las críticas de De Pauw, Robertson y Raynal y expone sus adelantos en astronomía, matemáticas, artesanías y especialmente en el arte.¹¹

El llamado al pasado para validar las aspiraciones de los criollos tiene uno de sus momentos más altos en la obra magistral del jesuita Francisco Xavier Clavijero.¹² En la *Historia antigua de México* (1780), que Clavijero acompaña de unas *Disertaciones*, culmina el esforzado proceso que iniciaron los misioneros y continuaron los criollos para recuperar el pasado prehispánico y asumirlo como un pasado propio. Desde la dedicatoria, Clavijero habla de "Una historia de México escrita por un mexicano", que ofrece "como un testimonio de mi sincerísimo amor a la patria". La primera obra que recoge los conocimientos dispersos de la historia más remota y los integra en un discurso coherente, en el que se unen los conocimientos científicos más avanzados de su tiempo y una prosa elegante y persuasiva

¹¹ Véase la excelente obra de Benjamín Keen, ya citada, págs. 300-304, 312-316.

¹² *Historia antigua de México*. Edición y prólogo del P. Mariano Cuevas. México, Ed. Porrúa, 1958-59. 4 vols.

tiene como fin principal "la utilidad de mis compatriotas".¹³ En este sentido Clavijero es a la vez el *creador* —como lo afirmó su biógrafo, el Padre Maneiro— de la historia antigua de México, y el autor que fundamenta, históricamente, el sentimiento patriótico que venían alentando los criollos desde el siglo XVII. Muchos autores antes que él habían compuesto obras sobre la antigüedad indígena, y muchos criollos habían buscado en el pasado, en la naturaleza y en la realidad americana, los símbolos de su identidad; pero sólo este hijo de la cultura criolla y de la ilustración europea logró componer una historia antigua de México con un enfoque americano y con una intención profundamente patriótica. Clavijero destruye la interpretación desvalorizadora que del pasado prehispánico había forjado el colonizador y en su lugar presenta a sus compatriotas un pasado digno, elevado al rango de las civilizaciones clásicas de Grecia y Roma. La historia antigua de México no es la historia de la barbarie, sino la historia de pueblos civilizados que sobresalieron en las ciencias y en las artes, en el dominio de la naturaleza y en la creación de organizaciones sociales comparables a las del Viejo Mundo. Bajo este enfoque la conquista y colonización que protagonizan los españoles vienen a ser, no los actos de salvación y civilización de la humanidad nativa, sino más bien la causa de su abatimiento.

Al responder a los infundios que los ilustrados europeos —Buffon, Raynal, Ro-

¹³ Sobre el sentido de la obra de Clavijero véase Luis Villoro, *Los grandes momentos del indigenismo en México*. México, El Colegio de México, 1950. págs. 99-122; Francisco Xavier Clavijero, *Antología*. Estudio introductorio y selección de Gonzalo Aguirre Beltrán. México, SepSetentas, 1976; y José Emilio Pacheco, "La patria perdida (Notas sobre Clavijero y la cultura nacional)", Héctor Aguilar et al, *En torno a la cultura nacional*. México, Instituto Nacional Indigenista, 1976.

bertson y de Pauw— habían propalado sobre la naturaleza y el hombre americano, Clavijero produce, con erudición y manejo maestro de la dialéctica, el primer alegato antiethnocentrista y anticolonial. Frente a la impugnación de los europeos, asume una cultura mexicana, hace el inventario de la naturaleza y reivindica con orgullo el pasado y las tradiciones nativas. Va más allá: hace el reconocimiento y la apología del indígena que tanto desprecian los europeos de uno y otro lado del océano:

“Son los que trabajan la tierra, los aradores, sembradores, escardadores y regadores del trigo, maíz, arroz, haba, frijol y de las otras semillas y legumbres. Del cacao, vainilla, algodón, indaco y de todas las otras plantas útiles al sustento, vestido y comercio de aquellas provincias y sin ellos nada se hace... Pero esto es poco: ellos son los que cortan y acarrear de los bosques toda la madera necesaria; los que cortan, acarrear y labran las piedras, y los que hacen la cal, el yeso y los ladrillos. Ellos son los que fabrican todos los edificios de aquel reino, a excepción de pocos lugares en que ellos no habitan. Ellos son los que abren y componen los caminos, los que hacen los canales y diques y los que limpian las ciudades. Ellos trabajan en muchísimas minas de oro, plata, cobre, etcétera. En una palabra, ellos son los que llevan todo el peso de los trabajos públicos como es notorio en todas las provincias de aquel gran reino. Esto hacen los débiles, poltrones e inútiles americanos, mientras el vigoroso de Pauw y otros infatigables europeos se ocupan en escribir invectivas contra ellos.”¹⁴

José Emilio Pacheco considera a la

¹⁴ *Historia antigua de México*. Quinta disertación, t. IV, págs. 205-206.

Historia de Clavijero como una “declaración de independencia intelectual”, y afirma que “en la prosa de Francisco Xavier Clavijero, el lenguaje de la dominación comenzó a transformarse en el lenguaje de la liberación”.¹⁵ Sólo que esta declaración de independencia intelectual y este proceso de liberación deben entenderse, como lo dice el mismo Pacheco, dentro de su contexto temporal y social. *La Historia antigua de México* es, por su contenido e intención, la obra que declara la independencia científica y cultural de los criollos frente a los españoles americanos. La patria de Clavijero, como la de muchos otros criollos del continente,¹⁶ es la patria del criollo, el mundo que los criollos identifican como suyo y reivindican ante los demás. En este contexto, el rescate del pasado prehispánico que realiza Clavijero se convierte en fundamento cultural, memoria histórica y conciencia de clase del grupo criollo. La patria del criollo tiene un pasado remoto, noble y prestigioso, que los criollos asumen como propio sin vinculación a sus sobrevivientes indígenas. La patria del criollo está asentada en un suelo rico y variado, colmado por todos los bienes de la naturaleza. Quienes tienen conciencia de su pasado y son originarios de esta tierra pródiga son los criollos, que en la obra de Clavijero reconocen orgullosos historia y destino. Así, a lo largo de un proceso sutil y complejo, los criollos se afanaron primero en desbaratar la imagen demoniaca y bárbara que del México antiguo habían creado los primeros frailes; luego trabajaron para elevar ese pasado a la dignidad de una an-

¹⁵ “La patria perdida”, estudio citado en la nota 13.

¹⁶ Véase un excelente análisis del concepto criollo de patria en la obra de Severo Martínez Peláez, *La patria del criollo. Ensayo de interpretación de la realidad colonial guatemalteca*. Guatemala, Editorial Universitaria, 1973.

tigüedad clásica, y una vez dotado de estos atributos prestigiosos, pudieron entonces separarlo de sus herederos naturales (los indígenas) y apropiárselo para sus fines de legitimización histórica ante los españoles.

El prolongado esfuerzo de investigación realizado por misioneros y criollos culmina en un doble golpe maestro: por un lado, en la expropiación de la historia de los vencidos, y por otro, en la liberación de las ataduras que vinculaban a los nacidos en América con España. Ahora disponen los criollos de un pasado digno y prestigioso que pueden esgrimir ante sus críticos españoles y europeos. Y sobre todo, han incorporado a su patrimonio la legitimidad de los vencidos: en adelante serán los miembros de la élite criolla y religiosa quienes reclamen el derecho a gobernar y dirigir el destino del país.

Para los indígenas las consecuencias de estos triunfos de sus vencedores resultaron funestas. No sólo fueron expropiados y cortados de su pasado, sino que éste se volvió en contra de ellos y fue usado para justificar su condición de explotados. Con excepción de Las Casas y Clavijero, todos los autores que exaltan la antigüedad indiana ignoran al indio vivo; si acaso se ocupan de él es para justificar su estado miserable por el castigo divino que correspondía a su infidelidad pasada. El indio vivo no es sujeto de historia. En la mayoría de las crónicas coloniales su ser carece de consistencia propia; sólo cobra vida cuando es reflejo, espejo o testimonio de la acción luminosa de sus conquistadores materiales y espirituales. Yace vencido y carece de palabra verdadera en la historia de los vencedores. No se puede expresar por sí y sus vencedores tienen buen cuidado de acallar, oscurecer y deformar los fundamentos reales de su vida, los pilares que en el pasado y durante el largo periodo colonial —a pesar del de-

rumbe de su organización política—, lo conservaron como la principal fuente de trabajo y de riqueza para sus dominadores. Los fines reales del minucioso escrutinio que llevan a cabo los misioneros y sabios criollos se descubren cuando se observa que en esa vasta inquisición está ausente la preocupación por indagar los fundamentos económicos y las formas de organización social que hacían del indio un ser creativo, transformador de su medio y productor de riqueza social. Las escasas menciones que en los cronistas se encuentran sobre su economía y organización social, cumplen un propósito descriptivo, no de indagación. Por razones obvias, a los vencedores no les interesó dar a conocer las bases y mecanismos económicos de la sociedad que explotaban; simplemente las usaron y aprovecharon en su beneficio.

Este primer acercamiento de los hombres que conocieron la sociedad indígena y trabajaron en su destrucción, dejó como herencia numerosos obstáculos y deformaciones a quienes posteriormente trataron de estudiarla. En primer lugar porque los propósitos que guiaron a conquistadores, evangelizadores y criollos en la recolección y estudio de los materiales prehispánicos determinaron gran parte de los temas que habrían de estudiar las generaciones siguientes: reconstrucción de la historia política, de la cronología y genealogía de los gobernantes, historia de la religión, de las artes y de la *cultura*, etcétera. En segundo, porque estos aspectos fueron deformados al ser artificialmente separados y luego aislados de sus contextos económicos y sociales, los cuales al ocultarse y desvalorizarse, fueron sustraídos de la explicación histórica. Y por último, porque la historia prehispánica, siguiendo la tradición establecida por los criollos, continuó siendo más arma polí-



Campeños de San Cristóbal.



Figuras de Pascua. Grabado en tinta china.

tica e ideológica que objeto de indagación científica.

El hecho trascendente que definió nuevas actitudes ante el pasado prehispánico y el indio vivo fue la rebelión popular que encabezaron Hidalgo y Morelos entre 1810 y 1815. A diferencia de sus semejantes hispanoamericanos, el movimiento independentista mexicano se caracterizó, en primer lugar, por la participación masiva y desbordada de grandes sectores populares (indios sin tierra, peones y jornaleros de las haciendas, trabajadores mineros, castas, "léperos" de las ciudades e "indios vagabundos", desprendidos de sus comunidades). En segundo, por el liderazgo que en él ejercieron los miembros criollos del clero medio y bajo, quienes encendieron el ánimo de sus seguidores invocando no los principios liberales que justificaron la insurgencia en otras partes de América, sino los argumentos patrióticos caros al criollismo: la oposición natural de intereses entre los nacidos en América y los gachupines, el sentimiento religioso de las masas populares (la Guadalupeana como estandarte de las tropas de Hidalgo y Morelos), y la condenación de las crueldades e injusticias cometidas por los españoles en la conquista y a lo largo del virreinato (resurrección de la *Leyenda Negra* difundida por Las Casas en su *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*).¹⁷ Otro rasgo específico de este movimiento fue el encarnizamiento de la lucha en los años iniciales, el desbordamiento salvaje de los resentimientos populares en las personas, vidas y haciendas de los españoles, que infundió en algunos contemporáneos la idea de que la guerra que vivían era una lucha de "pro-

letarios contra propietarios", "un levantamiento de la clase proletaria contra la propiedad y la civilización".¹⁸

La primera irrupción incontrolada, salvaje y decisiva de las masas indígenas en la historia del México moderno es el hecho central que determinará gran parte de la historia del país en el siglo XIX y toda la política de los criollos y mestizos hacia el indígena, las castas y los movimientos populares. Su consecuencia inmediata fue el progresivo acercamiento de los intereses criollos y españoles que culminó con la declaración de Independencia por Iturbide. Sobrecogidos por la acción feroz de esas tropas de indios desesperados que amenazaban con destruir la propiedad y acabar "con la civilización y la prosperidad del país", los criollos y peninsulares —o como bien decía Lucas Alamán: "la parte ilustrada y los propietarios, unidos al gobierno español"— decidieron, al unirse en la declaración de Independencia, excluir cualquier participación política efectiva de las masas indígenas. Para los combatientes criollos y peninsulares la rebelión popular fue como un rayo intensamente luminoso que mostró la coincidencia fundamental de intereses que los unía y la abismal distancia que los separaba de las aspiraciones populares. De esta convicción surgieron sus inocultables críticas a Hidalgo y Morelos, a quienes consideraron como una especie de traidores a su causa, entregados a satisfacer los deseos sanguinarios, vengativos e innobles de los indios. A más largo plazo, la traumática experiencia que produjo la rebelión popular en los grupos dirigentes despertó en ellos una desconfianza instintiva hacia las masas populares que los llevó a excluirlas de sus proyectos políticos y a negarles participación efectiva en la construcción de una nación integrada

¹⁷ Véase David A. Brading, op. cit., págs. 111-118; Luis Villoro, *La revolución de independencia*. México, UNAM, 1953. Cap. III; y Hugh M. Hamill Jr., *The Hidalgo Revolt*. Gainesville, University of Florida Press, 1966. Cap. V.

¹⁸ Lucas Alamán, *Historia de México*, México, Ed. Jus, 1968-69. 5 vols. t. IV, pág. 461.

por todas sus partes. Así, la primera intervención vigorosa de los indígenas y de las clases populares en la historia política del país, determinó su exclusión en la construcción futura de la nación mexicana. El fantasma de la revuelta popular —rebelión indígena, “guerra de castas” o motín de léperos— es la realidad oculta que nutre la actitud negativa hacia el indígena que sostendrán los grupos y clases que se disputarán el poder a lo largo del siglo XIX. Ante la amenaza de un desencadenamiento general e imprevisible de las fuerzas populares, los criollos y mestizos del siglo XIX decidieron construir solos el país que deseaban, a espaldas y en contra de los intereses de la mayoría de la población.

Antes de que ocurriera este rompimiento radical con el indígena y su pasado se manifestó otra corriente historiográfica, enlazada con el patriotismo criollo y alimentada por el movimiento independentista, que buscó en la antigüedad indígena la raíz de la nación que se gestaba. Fray Servando Teresa de Mier y Antonio María de Bustamante fueron los creadores de este proyecto de vida breve y sin repercusiones en su tiempo.

El agitado destino del padre Mier comenzó a vislumbrarse en el año de 1790, cuando se le encomendó pronunciar el sermón anual del 12 de diciembre en honor de la aparición de Nuestra Señora de Guadalupe, que en esos años era ya una gran celebración nacional. Mier inició su sermón con las habituales exaltaciones al patriotismo criollo: “pueblo escogido”, “nación privilegiada”, “tierra prole de María señalada en todo el mundo con la insignia gloriosa de su especial protección”. Pero de pronto se separó de la tradición y propuso una nueva tesis: antes de revelársele a Juan Diego en 1531, la Virgen se hizo presente en América en el siglo I por intermedio de Santo Tomás, “el apóstol

de este reino”, en cuya capa dejó impresa su imagen. Santo Tomás no era otro que el famoso Quetzalcóatl. De ahí deducía que “los indios ya cristianos” habían adorado a la Virgen durante 1750 años en el Tepeyac, donde el apóstol le había hecho construir su iglesia.

El sermón le costó a Mier la expulsión del país y su reclusión en un convento español durante diez años. A pesar de ello, a lo largo de su vida siguió repitiendo obsesivamente la idea de que en su patria había sido predicado el cristianismo antes de la llegada de los españoles, y nada menos que por Santo Tomás. Esta teoría de Mier ha sido calificada de fantástica; para comprenderla hay que inscribirla dentro del gran esfuerzo criollo por despojar a la antigüedad indígena del estigma demoníaco que le habían impuesto los primeros misioneros (Sahagún, Mendieta y Torquemada principalmente). La tesis de una evangelización apostólica anterior a la conquista apuntaba a varios blancos: lavaba de su pecado original a la sociedad indígena, permitía la aceptación de los aztecas como representantes de la antigüedad mexicana, y sobre todo, socavaba el fundamento moral que la monarquía española aducía para justificar la dominación del Nuevo Mundo: su misión de cristianizar a los indios. Es decir, la teoría en apariencia disparatada de Mier era producto de una profunda conciencia política que al mismo tiempo que buscaba darle a su país un fundamento histórico propio, negaba la justicia de la conquista y los derechos de la monarquía sobre la Nueva España.¹⁹

¹⁹ El análisis del contenido político de la obra de Mier, y la revalorización de su vida y aportaciones en general, se deben fundamentalmente a dos investigadores: Edmundo O’Gorman, *Fray Servando Teresa de Mier*. México, Imprenta Universitaria, 1945; y David A. Brading, *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, op. cit. cap. II.

En su *Historia de la Revolución de Nueva España*, publicada en Londres (1813) con el pseudónimo de José Guerra,²⁰ Mier llevó más adelante sus posiciones antiespañolas. En los libros IX a XII de su *Historia* presentó una apasionada visión de la rebelión de 1810, en la que sirviéndose de Las Casas equiparaba la represión española de la insurgencia con los episodios más cruentos de la conquista. Rotos los lazos con España, dedicó gran parte de sus obras a fundamentar los derechos de su patria a la independencia absoluta. Su tesis principal era que los criollos tenían derechos propios y legítimos para autogobernarse: "Hemos nacido en ella y ése es el derecho fundamental de los pueblos." Arguía que ese derecho les venía a los criollos tanto por ser herederos de los primeros misioneros (excluía a los conquistadores), quienes habían defendido a los indios contra la opresión española, como por ser indígena la sangre que corría por sus venas: "Todos los criollos somos mestizos... corre en sus venas la sangre pura de los señores del país." Ambos argumentos descalificaban a España como la madre patria de México, y atribuían esta cualidad a la antigüedad mexicana. Fortaleció estas ideas con una demostración de la oposición de intereses que separaban a España de América y en 1821 resumió así sus argumentos en la *Memoria político-instructiva* que envió a los "Gefes independientes del Anáhuac":

"La América es nuestra porque nuestros padres la ganaron sí para ellos hubo un derecho; porque era de nuestras madres, y porque hemos nacido en ella. Este es el derecho natural de los pueblos en sus respectivas regiones. Dios nos ha separado con un mar inmenso de la Europa, y nuestros intereses son di-

²⁰ De esta obra la Cámara de Diputados hizo una segunda edición en 1922.

versos. España jamás tuvo acá ningún derecho."²¹

Carlos María de Bustamante fue amigo y admirador de Mier y el primer escritor fervorosamente nacionalista que produjo la independencia. Participó desde 1812 en los principales hechos del movimiento rebelde; escribió una extensa y apasionada crónica de la insurgencia; creó todo un panteón de héroes y símbolos nacionales y se arrogó la tarea de ser su principal apologista. Como Mier, fue un ardiente partidario del culto guadalupano y un creyente de la identidad de Quetzalcóatl con el apóstol Santo Tomás. Pero con un sentimiento más intenso y emotivo que el de Mier, Bustamante dedicó su pluma y su exuberante capacidad editorial a revivir el pasado prehispánico y a unirlo con el proceso de emancipación. En su *Cuadro histórico de la Revolución mexicana*²² hace aparecer a los insurgentes como herederos de Cuauhtémoc, luchando por liberar a la nación mexicana de las cadenas que le había impuesto la conquista. Es decir, justificaba el derecho a la independencia en la existencia previa de una nación mexicana que había sido injustamente conquistada por los españoles. En este sentido a él, casi tanto como a Mier, se debe el reavivamiento de la Leyenda Negra y del neoaztecismo que afloró entre muchos insurgentes. Sin embargo, su nacionalismo "compuesto de indigenismo histórico, guadalupanismo y

²¹ Citado por Brading, op. cit., pág. 124. Para una exposición más detallada de las ideas de Mier véase O'Gorman, op. cit., págs. VII-XLVIII; y Brading, págs. 59-148.

²² México, 1823-1832. 6 vols. Para la bibliografía de Bustamante véase Edmundo O'Gorman, *Guía bibliográfica de Carlos María de Bustamante*. Centro de Estudios de Historia de México. Fundación Cultural de Condemex, S.A., 1967.

republicanismo conservador",²³ estaba destinado a perecer con él. En 1848, año en que muere Bustamante después de ver a su país invadido por las tropas norteamericanas, sus ideas fueron sepultadas por la preeminencia de dos proyectos políticos que chocaban, uno con su indigenismo histórico, y el otro con su republicanismo conservador. El talón de Aquiles de los proyectos nacionalistas que abanderaron Mier y Bustamante fue su incapacidad para hacer coherente su inflamada retórica nacionalista con un programa político que respondiera a los intereses de las masas populares, único grupo que podría aceptar su mensaje religioso y su republicanismo conservador. Pero, como el patriotismo de los criollos, su nacionalismo se fundaba en una recuperación *histórica* de la antigüedad indígena sin conexión con el indio vivo.

Mier y Bustamante serán los primeros y los últimos escritores del siglo XIX que pretenderán fundar sus proyectos nacionalistas en el pasado indígena. En adelante ni los conservadores²⁴ ni los liberales verán en la antigüedad indígena la raíz esencial de la nación. El recuerdo de la violencia desatada por Hidalgo y las continuas y salvajes rebeliones indígenas que estallan a lo largo del siglo,²⁵ los con-

²³ Brading, op. cit., pág. 198; el nacionalismo de Bustamante se analiza con amplitud en las págs. 117-121 y 183-199 de esta obra.

²⁴ La única excepción es la política indigenista del Imperio de Maximiliano. Véase el estudio de Luis González, "El indigenismo de Maximiliano", Arturo Arnáiz y Freg y Claude Bataillon, *La intervención francesa y el Imperio de Maximiliano cien años después, 1862-1862*. México, Asociación Mexicana de Historiadores—Instituto Francés de América Latina, 1965, págs. 103-110. Véase también el libro de Powell citado en la nota 26.

²⁵ Una lista de las principales rebeliones, y de las represiones de que fueron objeto, puede verse en Moisés González Navarro, "Instituciones indígenas en el México independiente", Alfonso Caso y otros autores, *La política in-*

ducen a pensar en algo que hoy nos parecería absurdo, o monstruoso: ¡una nación sin indios! Desde los primeros años de la República se unen la palabra y los actos en un solo esfuerzo para desterrar la presencia del indio. En el Congreso y en los documentos oficiales se prohíbe el uso de la palabra indio. Las legislaturas de varios estados inician, desde 1829, un ataque sostenido contra las propiedades comunales de los indios que culmina en las leyes de desamortización.²⁶ Las manifestaciones de rebeldía indígena son cruentamente reprimidas y las deportaciones y movilizaciones de grandes grupos de población indígena se vuelven política oficial. La ley, los gobiernos, el ejército, la prensa, los partidos, y en una palabra, el reducido grupo de criollos y mestizos que se disputa el poder se unifica en el propósito de borrar al indio de la geografía y de la conciencia histórica del país.

digenista en México. México, Instituto Nacional Indigenista, 1973 (2a. Ed.), vols. t. I, págs. 270-305; y Jean A. Meyer, *Problemas campesinos y revueltas agrarias (1821-1910)*. México, SepSetentas, 1973. Véase también Moisés González Navarro, "Raza y tierra". *La guerra de castas y el henequén*. México, El Colegio de México, 1970.

²⁶ Véase Charles A. Hale, *El liberalismo en la época de Mora (1821-1853)*. México, Siglo Veintiuno Editores, 1972, cap. 7, "El liberalismo y el indio"; Donald J. Fraser, "La política de desamortización en las comunidades indígenas", *Historia Mexicana*, vol. XXI, abril-junio, 1972, págs. 615-662; Martin S. Stabb, "Indigenism and Racism in Mexican Thought", *Journal of Inter-American Studies*, vol. I, núm. 4, 1954, págs. 405-423; del mismo autor, *In Quest of Identity. Patterns in the Spanish American Essay of Ideas, 1890-1960*. Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 1967; T. G. Powell, *El liberalismo y el campesinado en el centro de México*. México, SepSetentas, 1974; William D. Raat, "Los intelectuales, el positivismo y la cuestión indígena", *Historia Mexicana*, vol. XX, enero-marzo, 1971, págs. 412-427; Robert James Knowlton, *Church Property and the Mexican Reform, 1856-1910*. Dekalb, Northern Illinois University Press, 1976.

No es por azar que de 1821 a 1879 no se publica una sola obra importante sobre la historia antigua de México, a pesar de ser éste uno de los periodos en el que aparecen algunas de las obras más sobresalientes de la historiografía mexicana. Y es que los historiadores, preocupados por la presencia amenazadora del indio y por darle fundamento histórico a los intereses conservadores o liberales que representan, hacen a un lado cualquier posibilidad de reivindicación indigenista y en su lugar proponen, como guía de los destinos de la nación, unos al pasado colonial y otros al progreso que advendría irremisiblemente si el país adoptaba las banderas del liberalismo. Ambos proyectos negaban el pasado indígena y consideraban al indio vivo como el principal obstáculo para su realización.

Lucas Alamán, la figura central del partido reaccionario de los años de 1840, dedicó su pluma a destruir el nacionalismo histórico y la Leyenda Negra que habían revivido las obras de Mier y Bustamante, y a propagar el proyecto político que él había elaborado para México. Sus dos obras mayores, *Historia de México* y las *Disertaciones*, omiten el estudio de la antigüedad indígena y en cambio reconocen en la colonia el origen y el fundamento verdadero de la sociedad mexicana. Hispanista ferviente y católico devoto, se convirtió en el crítico más terrible de las ideas y proyectos liberales, a quienes inculpó de todos los desastres que vivía el país en los años de 1840. Observando el "trastorno de todos los elementos de la sociedad", afirmaba que la Iglesia era la esencia misma de la unidad nacional y

"el único lazo común que liga a todos los mexicanos, cuando todos los demás han sido rotos, y como lo único capaz de sostener a la raza hispanoamericana

y que puede librarla de todos los grandes peligros a que está expuesta".²⁷

Los pilares de su proyecto político eran la Iglesia y "el conjunto de todas las personas respetables por su fortuna, educación y conocimientos", que oponía a esa combinación de chusma y demagogos que para él eran los liberales: "hombres que no dependen de la sociedad por ningún lado, y que no poseyendo nada, por eso mismo propenden a todo."²⁸

Considerados desde el punto de vista social, étnico y cultural, los liberales estaban más alejados de los indios que de sus opositores conservadores. Abogados y profesionistas de la clase media y alta urbana; rancheros, hacendados y comerciantes de provincia, en su mayoría criollos o mestizos, compartían con la élite conservadora los beneficios de una educación y cultura comunes. Ideológicamente los separaba su rechazo de la Iglesia, no de la religión. El poder económico de aquélla, sus privilegios y fueros y el control que ejercía sobre la educación, eran para los liberales el mayor obstáculo en la construcción de una sociedad moderna. Querían una sociedad secular libre de la influencia clerical, regida por una república federal democrática, a la cabeza de la cual estaría un presidente —no un caudillo ni un monarca cuyo poder estuviera restringido por las cámaras de representantes estatales y por la justicia. Esta república debería constituirse sobre la base de una nación de pequeños propietarios, empresarios y profesionistas, cuyos intereses y aspiraciones no tendrían más límite que el respeto a los demás y a las leyes, puesto que asumían la "doctrina

²⁷ *Historia de México*, México, Ed. Jus, 1968-69, 5 vols., t. V, pág. 568; carta al Gral. Santa Anna, en Francisco de Paul Arrangoiz, *México desde 1808 hasta 1867*. México, Ed. Porrúa, 1968, pág. 422.

²⁸ Citado por Brading, pág. 177.

clásica de la mano invisible que armonizaba los intereses del individuo con los de la sociedad".²⁹ Partidarios furibundos del progreso que veían ejemplificado en Norteamérica, rechazaban con igual decisión la barbarie azteca y el hispanismo de Alamán. Pero aun cuando identificaron a España con el despotismo y el fanatismo religioso, y se sirvieron de la Leyenda Negra para atacar a los gachupines y a la Iglesia, se sentían y eran más hijos de la colonia que de la antigüedad indígena. Para muchos liberales, como para Alamán, la historia de México comenzaba con la conquista. Y para la mayoría liberal era una certidumbre que no admitía duda el que los indígenas constituían uno de los mayores obstáculos para edificar la sociedad moderna, industrial y progresista que deseaban. Su individualismo feroz se concentró en criticar y destruir el paternalismo legal que las *Leyes de Indias* habían creado para proteger al indígena, alegando que esa legislación lo mantenía separado del resto de los ciudadanos, obligándolo a persistir en sus costumbres retrógradas y en el uso de sus dialectos. José María Luis Mora y Lorenzo de Zavala pensaban que este paternalismo había privado a los indios del necesario "contacto con la civilización", dejándolos "en un estado de infancia estacionaria", que los había incapacitado para participar en las "transacciones sociales de la vida". Y lo peor era que bajo este sistema tutelar los indios no habían podido adquirir el sentido de la independencia personal que sólo puede dar el "sentimiento de la propiedad". Para los liberales pronto se volvió claro que la causa directa de la degradación, atraso y falta de integración de los indios a la sociedad nacional era el "duro yugo de la comunidad", "esa especie de comunismo" que fomentaba el

²⁹ Brading, op. cit., págs. 158-159 y ss.

"espíritu de tribu".³⁰ La crítica a las propiedades comunales de los pueblos de indios que se inicia con Abad y Queipo sigue una línea continua y ascendente en los escritos de las Cortes de Cádiz (ley de 1813), José María Jáuregui, Francisco Severo Maldonado, Francisco García, Luis de la Rosa, Lorenzo de Zavala y José María Luis Mora, que concluye en las leyes de desamortización de 1856.³¹

Junto a este ataque mortal a la base que mantenía la existencia social y cultural del indígena, en el periodo que va de 1821 a 1910 puede observarse un cambio radical en la apreciación del indio como parte de la sociedad nacional. Veamos, rápidamente, algunas de las expresiones más destacadas de la actitud que asumieron liberales y conservadores ante el problema que les planteaba la existencia del indio, que en esa época representaba el 50 por ciento, aproximadamente, de la población. En su obra, *México y sus revoluciones* (1836), Mora decía que los indios, "en su estado actual y hasta que no hayan sufrido cambios considerables, no podrán llegar al grado de ilustración, civilización y cultura de los europeos, ni sostenerse bajo el pie de igualdad con ellos en una sociedad de que unos y otros hagan parte". Para él, "estos cortos y envilecidos restos de la antigua población mexicana", aunque "despertasen compasión", no podían considerarse como la base de una sociedad mexicana pro-

³⁰ Véase un tratamiento amplio de las posiciones del liberalismo ante el problema indígena, en las obras de Hale, Powell, Fraser, Raat, Staab y Knowlton, citadas en la nota 26.

³¹ Sobre las ideas de Abad y Queipo véase Enrique Florescano, *Estructuras y problemas agrarios de México (1500-1821)*. México, Setentas, 1971, cap. V; y para las ideas manifestadas en las Cortes y por Jáuregui, Maldonado, García, Rojas, Zavala y Mora, el artículo citado de Donald J. Fraser, "La política de desamortización en las comunidades indígenas, 1856-1872", págs. 615-652.

gresista. Por el contrario, afirmaba que era en la raza blanca "donde se ha de buscar el carácter mexicano". Por ello proponía un programa de colonización europea que, en un siglo, permitiera realizar la fusión completa de los indios y la "total extinción de las castas".³² El 23 de noviembre de 1848, cuando la "guerra de castas" en Yucatán y los levantamientos indígenas de Sierra Gorda amagaban al país, *El Monitor* expresó su temor de "un levantamiento universal de la raza indígena", y llegó a decir que lo único que se podía hacer era "exterminarla o civilizarla y mezclarla con las otras".³³ El 15 de diciembre del mismo año un articulista de *El Universal* afirmaba: "Toda la actividad, casi diríamos toda la inteligencia, reside en la raza española; de suerte que la raza indígena, naturalmente dócil, viene a ser una especie de masa auxiliar cuya importancia es inapreciable si se sabe con acierto dirigirla."³⁴

En 1864 Francisco Pimentel extremó estas apreciaciones. Dijo: "Hay dos pueblos diferentes en el mismo terreno; pero lo que es peor, dos pueblos hasta cierto punto enemigo." Y agregaba: "Mientras los naturales guarden el estado que hoy tienen, México no puede aspirar al rango de nación propiamente dicha".³⁵ Poco más

³² *México y sus revoluciones*. México, Ed. Porrúa, 1965, 3 vols., t. I, págs. 74-81 y 82-92-151. En estas páginas Mora hace un análisis de los grupos étnicos y de las clases y corporaciones que caracterizaban a la población. Véase también Charles A. Hale, op. cit., págs. 229-30.

³³ Véase Hale, op. cit., págs. 244-45. Respecto al exterminio de los indios, un artículo del periódico veracruzano *El Arco de Vera Cruz*, reproducido en *El Universal* de 11 de septiembre de 1848, elogiaba la política adoptada por el gobierno norteamericano, porque al menos aseguraba la supervivencia de los blancos. Hale, op. cit., págs. 244-45.

³⁴ Citado por Hale, op. cit., pág. 250.

³⁵ *Memoria sobre las causas que han originado la situación actual de la raza indígena*

tarde, en 1899, Francisco Bulnes admitía la misma escisión: "Hay entre las dos razas una muralla que nadie ha podido o querido derribar."³⁶ En 1909 Andrés Molina Enríquez continúa esta meditación sobre la división social que aqueja al país, la cual atribuye a la escisión étnica y económica que opone a los grupos y clases sociales. Pero va más allá: ha encontrado al agente que reparará la escisión: "Los mestizos consumarán la absorción de los indígenas y harán la completa fusión de los criollos y de los extranjeros aquí residentes a su propia raza, y a consecuencia de ello, la raza mestiza se desenvolverá con libertad." Más enfático, añadía: "Es absolutamente indispensable... que en el elemento mestizo se refunda toda nuestra población para que se transforme en la verdadera población nacional."³⁷

En resumen, entre 1821 y 1900 el indio es visto como un ser envilecido y degradado que no puede ser la base constitutiva de la nación mexicana; como un grupo enemigo y opuesto a la unidad nacional; y en el mejor de los casos, como una "masa auxiliar" que, bien dirigida por los mestizos, podría desempeñar un papel importante en la construcción de una sociedad mexicana moderna y progresista.

Esta caracterización profundamente negativa del indígena se atemperó poco después de la Guerra de Tres Años (1857-1859) y de la Reforma, cuando los gobiernos de Juárez, Lerdo y Porfirio Díaz intentaron restañar las hondas heridas

de México y medios para remediarla. México, 1864, pág. 217-218; citado por Luis Villoro, *Los grandes momentos del indigenismo en México*, págs. 167-169.

³⁶ *El porvenir de las naciones hispanoamericanas ante las conquistas recientes de Europa y los Estados Unidos*. México, 1899, pág. 71; cit. por Luis Villoro, op. cit., pág. 169.

³⁷ *Los grandes problemas nacionales*. México, 1909, págs. 266 y 328; citado por Luis Villoro, op. cit., págs. 174-175.

creadas por las luchas civiles. Bajo el régimen de Díaz, cuando por fin se da un gobierno fuerte y estable que controla los intereses de clase, se observa un claro intento por reconciliar las grandes divergencias que estallaron en los años anteriores. Las obras más significativas de este periodo: *México a través de los siglos* (1887-1889) y *México. Su evolución social* (1900-1901),³⁸ como lo indican sus títulos, ya no excluyen ni separan al pasado del presente. Todas las épocas tienen cabida en el discurso historiográfico y son vistas como las necesarias etapas de una evolución natural y ascendente que desemboca en el radiante momento porfiriano en el que imperan "el orden, la paz y el progreso". El relato histórico se vuelve instrumento de la deseada unidad nacional y apología del "progreso material y social" alcanzado durante el porfiriato. El tratamiento que se da a la época prehispánica en *México a través de los siglos* muestra la influencia de la obra más importante que se produjo en este tiempo sobre la historia antigua: Manuel Orozco y Berra, *Historia antigua y de la Conquista de México*.³⁹ Alfredo Chavero y Orozco y Berra quieren hacer una historia "objetiva", científica, apartada de las pasiones y de la carga emocional que en las historias anteriores le agregaban las consideraciones personales del autor. Con este ropaje objetivo y un método que hace del desarrollo histórico una sucesión de

³⁸ Vicente Riva Palacio (Dirección general), *México a través de los siglos. Historia general y completa del desenvolvimiento social, religioso, artístico, científico y literario de México, desde la antigüedad más remota hasta la época actual*. México, Marcelo Ballezá y Compañía, Editores, 1888-1889, 5 vols.; y Justo Sierra (Director literario), *México. Su evolución social*. México, J. Ballezá y Compañía, 1900-1901, 2 tomos, 3 vols.

³⁹ México, Tipografía de Gonzalo A. Esteva, 1880, 4 vols.

etapas necesarias hacia la madurez, los historiadores del porfiriato presentaron a los mexicanos la primera historia general de su país, en la cual el risueño y prometedor presente esclarecía y justificaba las épocas anteriores de barbarie, oscuridad y anarquía. La idea de incluir todas las épocas y de tratarlas como si fueran hechos que no involucraban el sentimiento o el interés político del autor, además de su excusa científica —el positivismo— era el mejor modo de extirpar su contenido conflictivo y propiciar la deseada unidad de los mexicanos. Así, un siglo después de que Clavijero publica la primera historia antigua de México, esta época es por fin aceptada sin reticencia en los anales patrios. En adelante, sólo a uno que otro hispanista trasnochado se le ocurrirá amputarla de la historia general del país.

En suma, de la conquista al porfiriato el pasado indígena y el indio vivo son objeto, en las obras de sus dominadores, de un vasto proceso de manipulación y mistificación, que Luis Villoro ha condensado en este excelente resumen:

"Español, criollo y mestizo llaman en sus luchas propias al indígena, pero no esperan su respuesta: lo hacen responder según el tono que cada uno busca. El indio queda plasmado en distintas formas según sea el grupo que solicita su ayuda. Está entregado al otro, a su merced. Lo aderezan desde fuera, desde fuera lo arreglan, lo presentan, lo hacen decir discursos y representar papeles. El indio juega en la historia, sin saberlo..." "Así fue como resultó enemigo del español a la luz de la Providencia, aliado del criollo a la luz de la historia, del mestizo a la luz de la sociología."⁴⁰

⁴⁰ Los grandes momentos del indigenismo en México, pág. 241.

Este complejo proceso de recuperación histórica realizada por y en beneficio de las clases dirigentes, es el principal responsable de la deformación básica que caracteriza a los estudios sobre la época prehispánica y el que frenó el interés por

conocer los fundamentos reales de las antiguas sociedades indígenas. Sólo hasta que otra vez irrumpa salvajemente el indígena en la historia política del país, cambiará la actitud de sus dominadores hacia su historia pasada y presente.

Una hacienda porfirista en el Siglo XX: San Antonio Xala

Juan Felipe Leal y Mario Huacuja Rountree

ADVERTENCIA

Durante muchos años la idea que tenemos del latifundio mexicano anterior a 1910, provenía exclusivamente de sus críticos Andrés Molina Enríquez, Winstavo Orozco, Cabrera y otros autores ligados al movimiento revolucionario de principios de siglo. Ultimamente se han venido haciendo esfuerzos importantes por conocer más profundamente este fenómeno que constituye una de las grandes claves de la historia mexicana. Ha aumentado considerablemente la información que sobre el tema poseemos y comienzan a aparecer los primeros intentos de interpretación.

El ensayo de Juan Felipe Leal y Mario Huacuja que publica Historia y Sociedad en este número, se inscribe dentro de este proceso. Está compuesto de dos partes: una hipótesis sintética acerca del desarrollo del latifundio en nuestro país a lo largo de cuatro siglos y algunas observaciones metodológicas para una investigación sobre la hacienda de San Antonio Xala. Estamos seguros que su publicación será acogida con interés por todos los estudiosos del problema agrario.

Enrique Semo

1. INTRODUCCION

Hasta mediados de la década pasada prevalecían una serie de mitos y simplificaciones sobre el sistema hacendístico mexicano. Que esto se debía al legado que los críticos del porfirismo, los ideólogos de la revolución y la propia insurrección agraria iniciada en 1910 nos entregaron, es una realidad fuera de toda disputa. A la luz de tales interpretaciones —notoriamente ideologizadas—, la hacienda aparecía como una gran extensión territorial, inculta en su mayor parte —como un *latus fundus*—; económicamente ineficiente, en su porción explotada; con bajos niveles de productividad, tecnología rudimentaria —si la había—, y métodos de cría, cultivo y procesamiento tradicionales, que se habían conservado invariados desde la colonia. Asimismo, se presentaba a la hacienda como una empresa mal organizada y peor administrada, en manos de propietarios ausentistas y dispendiosos, que la mantenían en perpetua dificultad económica. A lo anterior se agregaba una visión esquemática y elemental de las relaciones laborales que en la hacienda tenían lugar, para concluir que el sistema hacendario configuraba un agregado de unidades económicas estáti-

cas, que frenaba la extensión de la economía de mercado y constreñía el progreso nacional.

Esta imagen de la hacienda, si bien inspirada por un evidente justicialismo social, jamás logró —o buscó— explicar las determinaciones socioeconómicas que, en su historicidad, hicieron del sistema hacendístico el ensamblaje productivo más importante y significativo del agro mexicano, desde el establecimiento de la economía colonial hasta la reforma agraria cardenista. Con todo, las nociones justicialistas destacaron algunos de los rasgos cruciales del sistema hacendístico, entre ellos: la dominación que los terratenientes ejercían sobre la población y el territorio bajo su influencia —en otras palabras, las funciones públicas que el Estado les delegaba en los hechos—; las pautas patrimoniales y oligárquicas en el ejercicio de la autoridad; los componentes de discriminación étnica y estamental, y, ante todo, el hecho de que los aspectos referidos se entretrejeran en una urdimbre de dependencias personales y económicas.¹ También debe reconocerse el acierto del enfoque justicialista, en cuanto al señalamiento de los efectos que tales fenómenos tenían sobre la estructura de las clases sociales en su conjunto, así como sobre la organización del Estado y las alternativas del desenvolvimiento futuro del país. Realidad que los mismos ideólogos del porfirismo reconocieron, pero que aceptaron y justificaron: había que sacrificar la *evolución política* del pueblo mexicano en aras de su *evolución económica*, para usar los términos de Justo Sierra. Lo cierto es que el patriarcalismo hacendístico no podía dejar de incidir, así fuera indirectamente, en la eficiencia de la

empresa y en el desarrollo de las fuerzas productivas.

Si exceptuamos el estudio de François Chevalier (*La formation des grands domaines au Mexique. Terre et société aux XVIe-XVIIe siècles*, París, 1952), que sin duda rompe la marcha con nuevos campos de investigación e interpretación históricas, observaremos que no es sino hasta mediados de los años sesenta, que resucita el interés por el estudio de las haciendas mexicanas. Entre los especialistas que en la década pasada abordan el tema están: Charles H. Harris (1964), Edith Boorstein Couturier (1965), y Michael P. Costeloe (1967). Entre los estudiosos que en la década que corre se ocupan del tópico se cuentan: Jan Bazant, Ulises Beltrán, Antonio Cárdenas Almagro, James Denson Riley, Enrique Florescano, Silvia González Marín, Moisés González Navarro, Isabel González Sánchez, Herman Konrad, Ricardo Lancaster Jones, Delfina López Sarrelangue, Carlos Javier Maya Ambia, Claude Morin, Michael G. Riley, María Eugenia Romero, Enrique Semo, William P. Taylor, Hermes Tovar Pinzón, Margarita Urias Hermsillo y Roberto Vélez Pliego.²

Como salta a la vista, quienes estudian las haciendas mexicanas en los años sesenta son, primordialmente, investigadores extranjeros, particularmente estadounidenses; en tanto que, quienes lo hacen en la década actual, son predominantemente mexicanos. ¿Por qué? Todo indica que los estudios elaborados por extranjeros en la segunda mitad de la década pasada son, en lo fundamental, un producto —así sea diferido— de las perspectivas, interrogantes y estímulos científicos que abrió la obra de Chevalier. Mientras que

¹ Mario Huacuja Rountree y Juan Felipe Leal, "Los campesinos y el Estado mexicano (1856-1976)", *Estudios Políticos*, núm. 5, México, UNAM, FCPyS, enero-marzo, 1976, págs. 5-11.

² Juan Felipe Leal y Mario Huacuja Rountree, *Fuentes para el estudio de la hacienda en México: 1856-1940*. México, UNAM, FCPyS, 1976, pp. 63-72.

las investigaciones emprendidas por estudiosos mexicanos, ya en los setentas, obedecen, de una parte, a las motivaciones académicas alimentadas por las pesquisas anteriores y, de otra parte, a la situación del campo mexicano contemporáneo: al desgaste de las estructuras productivas resultantes del proceso de reforma agraria de los años treinta. Deterioro que, al aflorar, contribuyó a remover el velo ideológico que encubrió durante su periodo de funcionamiento eficiente a las estructuras, instituciones y relaciones que derivaron de la insurrección agraria y de la destrucción del sistema hacendístico. Quiérase o no, la historia es una presencia, y la interpretación del pasado se hace siempre desde el ahora. Los móviles que explican una inquietud histórica anterior han de buscarse en el presente.

Sea lo que fuere, a últimas fechas han proliferado una serie de investigaciones de tema rural que, aun siendo pioneras, se guían por encuadramientos referenciales y técnicos que se hallan al margen del tratamiento tradicionalmente aplicado —antes y después de la insurrección agraria de 1910— a las cuestiones del campo mexicano.

Ahora bien, ¿qué características generales muestran estos nuevos estudios sobre las haciendas mexicanas? ¿Qué dificultades enfrentan? ¿Qué nuevos conocimientos han arrojado? ¿Cuál es su perfil futuro?

Los más de los trabajos referidos se ocupan del estudio de haciendas particulares, esto es, se trata de estudios de caso. Por lo mismo, independientemente de que recurran a una gama de técnicas novedosas y de que abundan en fuentes frescas e inexploradas —particularmente en los libros de contabilidad de las haciendas—, difícilmente logran rebasar el nivel descriptivo y casuístico. De ahí que la principal dificultad que encuentran, consista

en su limitado universo de generalidad. Con lo anterior no se quiere soslayar, ni mucho menos, el valor que revisten estas exploraciones —esencialmente aquellas que engloban a varias haciendas de una misma región, en una época determinada; o aquellas otras que establecen comparaciones entre diversas haciendas de distintas regiones o, también, las que siguen la huella de una sola hacienda a lo largo de varios siglos, correspondientes a diferentes estadios de la vida nacional—, sino que simplemente se busca fijar los límites de sus alcances para apreciar los aportes que pueden ofrecer y detectar los frutos que no están en condición de brindar.

En la glosa de cuentas de los nuevos conocimientos aportados por los recientes estudios sobre las haciendas mexicanas habría que incluir, entre otros, los siguientes: hoy sabemos —a ciencia y conciencia— que la hacienda nunca fue una institución *estática*, sino que experimentó momentos de expansión y contracción; asimismo, que se mostró, por regla general, susceptible a la oscilación de los precios de los productos agropecuarios en el mercado —regional, nacional y aún internacional—; igualmente, que a lo largo de casi cuatro siglos se ajustó y satisfizo las exigencias de la sociedad nacional y de diversas condiciones internacionales; también, que estuvo ligada a la complejidad del sistema crediticio de distintas épocas y que su rezago tecnológico tuvo en ella un carácter relativo. Por otra parte, tenemos conocimiento fundado de que sus propietarios no fueron de un solo tipo, ni ociosos y ausentistas, por añadidura, sino que integraron éstos un grupo heterogéneo; en el que muchos de ellos se empeñaron por lograr una buena explotación y administración de sus fundos, con el propósito de establecerlos como negocios rentables y que muchos de ellos alcanzaron elevados niveles de moderni-

zación hacia la vuelta del siglo diecinueve. Finalmente, que el trabajo endeudado no era la única relación laboral que tuvo lugar entre la hacienda y sus trabajadores —si bien es cierto que el peonaje por deudas constituyó la relación laboral básica del sistema hacendista—, por lo cual se observaba una gran variedad de formas de contratación de la mano de obra. En efecto, en términos generales, la hacienda combinó el trabajo endeudado con el arrendamiento, la aparcería, el colonato, el precarismo y el trabajo asalariado. La combinación de este tipo de relaciones varió, como es claro, de acuerdo con las necesidades y el grado de evolución de la propia hacienda, así como del momento y del lugar en el que ésta se encontró inmersa.

Lo cierto es que dentro del conjunto de estudios aludidos predominan los trabajos descriptivos y casuísticos, que cada día nos ofrecen menos hallazgos. De suerte que, de continuar por una vía de acumulación cuantitativa de estudios de caso, se caerá, tarde o temprano, en una curva de rendimientos decrecientes.

En una conferencia que dictara John Coatsworth hace ya un par de años en el Departamento de Investigaciones Históricas del I.N.A.H., se mencionó este riesgo. Asimismo, se deslizó la proposición de que, para avanzar en este campo de investigación, era preciso trascender la etapa de estudios descriptivos y de caso, para arribar a planteamientos de conjunto, basados en criterios analíticos y en modelos teóricos que, por supuesto, habría que construir.

A nuestro parecer, un modelo teórico del sistema hacendístico debería responder a las siguientes interrogantes: ¿Cuáles son las pautas que regulan el volumen del excedente económico y las modalidades de su apropiación? ¿Cuáles son las normas que rigen la distribución de las

fuerzas y de los medios de producción, y sobre todo, del excedente mencionado? ¿Cuáles son los patrones que guían la adaptación de la economía de la hacienda a las cambiantes condiciones sociales, o sea, su dinámica a corto plazo? ¿Cuáles son las leyes de la dinámica del sistema a largo plazo, en particular los aspectos internos de desintegración del sistema vigente y de su transformación en otro sistema? Empero, hoy por hoy, no estamos aún en condición de responder a las preguntas anteriores, que constituyen un campo magnífico para futuras exploraciones; aunque, sin duda alguna, este seminario contribuirá a desbrozar el camino para poder avanzar en esa dirección.

2. OBSERVACIONES GENERALES

Desde su surgimiento se encontraron las haciendas mexicanas altamente diferenciadas. En regiones mineras se originaron haciendas orientadas hacia la producción de granos, carne y otros cultivos menores, para abastecer a las minas enclavadas en sus propios contornos. Igualmente, se desarrollaron actividades extractivas y de beneficio de metales, rodeadas de toda una gama de artesanías: carpintería, talabartería, herrería, etcétera. En zonas aledañas a los centros urbanos aparecieron haciendas cerealeras y ganaderas, estrechamente ligadas a los mercados que representaron dichas villas y ciudades. En las áreas distantes y periféricas se instalaron haciendas ganaderas, que además de producir pieles y carnes para mercados lejanos, cultivaron la tierra para autoabastecer a la población en ellas residente; en regiones tropicales se establecieron haciendas-ingenios, y dependiendo del tipo de suelos, del clima y otros determinantes, se erigieron haciendas orientadas hacia la explotación de ciertos cultivos básicos: henequén, en Yucatán; pulque, en México;

nopal, en el desierto potosino, etcétera; en los territorios del lejano Norte se edificaron haciendas-presidios y haciendas-cuarteles para resguardar la frontera de los indios nómadas.

A esta diversidad de orígenes y empeños habría que agregar otros elementos de heterogeneidad: las variaciones en las relaciones de trabajo; en la organización y la administración; en los vínculos con el mercado; en las formas de financiamiento; en la diversidad de sus propietarios; en las relaciones entre éstos y distintos aspectos de la vida social y política; en las acciones, revueltas y movimientos agrarios que las involucran; en las disimulas historias regionales; en sus nexos con las instituciones políticas nacionales, etcétera.

Destaca, así, la dificultad que encierra el uso del término *hacienda mexicana*, para designar a las variadas unidades productivas referidas. A decir verdad, lo que se observa es una enorme heterogeneidad de haciendas; cada una de ellas con organización, administración, producción y relieve diferentes.

No obstante, a un determinado nivel de abstracción —y ya en el terreno analítico— podemos hablar de la *hacienda mexicana*, como una unidad productiva que mantiene una matriz característica y constante, que la diferencia de los ranchos, las comunidades agrarias y demás minifundios. Por ejemplo, se verá que se trata de una propiedad rústica, que cumple con un conjunto específico de actividades económicas —agrícolas, pecuarias, mineras, manufactureras—; que contiene una serie de instalaciones y edificios permanentes; que cuenta con una administración y una contabilidad relativamente complejas; que muestra un cierto grado de autonomía frente al poder público, y que se funda en el peonaje por deudas para el desempeño de sus funciones. Este

último es, sin duda alguna, el rasgo crucial del sistema hacendario.

Bajo el signo hacendístico se encierra un universo de relaciones económicas, sociales, políticas, ideológicas y militares, que posibilita al propietario del fundo el ejercicio de un amplio dominio sobre los trabajadores a través de los mecanismos más disimulos: la tienda de raya, la escuela, la iglesia, los capataces, la gestión interna de la justicia, y, en fin, la tutela que los poseedores detentan sobre sus empleados, con la aquiescencia del poder público. De manera que esta institución confiere a sus dueños una gran influencia a nivel local, y, de acuerdo con el tipo de propietario en cuestión —quien puede ser a la vez minero, comerciante, industrial, o una orden religiosa—, dicho influjo puede extenderse a una escala regional y aún nacional.

3. PLANTEAMIENTO

El sistema hacendario se apuntala en el agro novohispano una vez que se han cumplido ciertas precondiciones históricas, como son: el control eficiente del territorio ocupado —lo que implica la capacidad, por parte de la Corona o de los conquistadores, para ejercer la violencia necesaria para el mantenimiento de dicha dominación—, y el control que el terrateniente puede ejercer sobre la mano de obra, sin interferencia de instituciones como la encomienda y el repartimiento, gracias a la decadencia de éstas por motivos varios y a la insuficiencia de las comunidades indígenas para abastecer de alimentos y de materias primas a los colonizadores.

El sistema hacendístico puede ser considerado como una unidad económica, dividida en dos sectores bien diferenciados, contradictorios, pero complementarios, *simbióticos*. De una parte están los pueblos

de indios, los arrendatarios, los aparceros y demás minifundistas, quienes por no tener tierras suficientes o simplemente por carecer de ellas, entablan diversas relaciones con el hacendado, a fin de tener acceso a la tierra y lograr su subsistencia. De otra parte se halla el hacendado, quien por medio del peonaje por deudas y del peonaje libre explota directamente sólo una porción de su propiedad —las mejores tierras, aquellas que son húmedas o que pueden ser irrigadas, que están mejor ubicadas y comunicadas o que cuentan con mejores suelos—; el resto lo deja en manos de minifundistas cuyas prácticas y tipos de contrato varían bastante. Pero ¿qué mueve al hacendado a no explotar toda su posesión? Este sólo opera allí donde el valor de la producción en el mercado es superior a lo que gasta en el mantenimiento de los peones que le adeudan o que emplea como asalariados. Como puede inferirse, es en esta complementareidad contradictoria donde se encuentra la clave de la dinámica interna del sistema hacendístico, de su flexibilidad y adaptabilidad.

Así, cuando el precio de la producción de la hacienda sube, el hacendado reduce la importancia del sector de minifundios y extiende la porción que se halla bajo su organización y administración directas; esto es, incorpora tierras y mano de obra. Por el contrario, cuando los precios de los productos agrícolas bajan, el hacendado reduce la importancia del sector que está bajo su control directo y fomenta la expansión del sector de minifundios, es decir, libera tierra y mano de obra.

En resumidas cuentas, en periodos de alza de los precios de la producción agrícola se presenta una expansión de las haciendas, en tanto que en las épocas de baja de los precios se registra una contracción de ellas. Asimismo, también es posible encontrar una estrecha vinculación en-

tre la ocurrencia de protestas y revueltas agrarias, de una parte, y la prosperidad agrícola y la expansión hacendaria, de otra. Y ello debido, como es claro, a la contracción del sector de minifundios.

Así, la razón por la cual el hacendado no explota directamente la integridad de su propiedad, se encuentra en las fluctuaciones de los precios de los productos agropecuarios en el mercado, y en la resistencia de los minifundistas a ser *liberados* de las tierras que usufructúan.

La matriz de la hacienda, relativamente elástica, le permite adaptarse a los cambios y permanecer como la unidad de producción básica en el campo a lo largo de casi cuatro siglos. Esto obliga a los estudiosos del tema a elaborar una periodización del sistema hacendístico, que permita dar cuenta de su historicidad concreta. A continuación y en forma todavía tentativa, presentamos algunas ideas que, creemos, pueden contribuir al establecimiento de dicha periodización. Seis son, en nuestra opinión, los estadios que marcan la historia del sistema hacendístico en México, a saber: a) 1570-1630, b) 1630-1750, c) 1750-1804, d) 1804-1856, e) 1856-1908, f) 1908-1940. Pero veamos cada uno de estos estadios en lo particular.

a) En los años que corren de 1570 a 1630 —bajo el embozo de la encomienda y del acaparamiento de tierras por parte de los funcionarios coloniales— surgen la gran propiedad territorial, el latifundio y la hacienda en Nueva España, sobre todo en el centro del país. En el norte se organizan en torno a los distritos mineros estancias ganaderas que, a la postre, se revelan como verdaderos embriones hacendísticos. A lo largo de este periodo —azotado por epidemias, crisis agrícolas, hambrunas y hecatombes demográficas— destaca la hacienda como elemento determinante en la colonización y en la

fijación de la nueva economía. Paulatinamente tiende la hacienda a reemplazar a las comunidades indígenas en su papel de proveedoras de alimentos y materias primas, para las villas y ciudades españolas. Así y todo, la hacienda no logra aún asentar sus estructuras más características, dado que todavía no av ecinda —por medio del peonaje endeudado— al núcleo de su mano de obra.

b) Entre 1630 y 1750, con el ocaso del sistema de encomiendas, primero, y la desaparición de la institución del repartimiento, después, se fortalece la práctica del peonaje por deudas y se consolida el sistema hacendístico como tal. En este lapso vive la hacienda los efectos de la contracción del comercio entre la Nueva España y la metrópoli. Ante esta depresión de la economía, reacciona la hacienda encerrándose en sí misma: destina la mayor parte de su producción hacia el autoconsumo y busca contener en su seno una serie de actividades que garanticen su autarquía, hasta donde ello es posible.

c) El periodo 1750-1804 se cataloga como el más próspero de la economía novohispana, debido al auge de la explotación minera, a la expansión comercial y al crecimiento demográfico y urbano. Aun así, se registran varias crisis agrícolas, causadas por las inclemencias del tiempo, con su ineludible cauda: escasez de granos, aumento de los precios de muchos de los productos del campo —principalmente del maíz—, expansión territorial de las haciendas, reducción del número de minifundios —dentro y fuera de las haciendas—, ruina de no pocos pequeños y medianos productores.

d) El estadio que cubre los años que van de 1804 a 1856 está marcado por un signo de inestabilidad del sistema hacendístico.

La expedición de la Real Cédula de Consolidación de Vales, en 1804 —que resuelve la enajenación y la venta de los bienes raíces de la Iglesia, así como la incautación de sus caudales, valores que serían depositados en la Real Caja de Amortización, bajo interés, como un préstamo de la Iglesia a la Corona—, ocasiona una profunda contracción económica que disminuye o paraliza las actividades de muchas haciendas, puesto que la Iglesia era la principal institución crediticia de la Nueva España. Posteriormente, la Guerra de Independencia provoca el temor de los terratenientes, quienes sienten amenazados sus bienes y reducen sus inversiones. Por último, las diversas guerras civiles e intervenciones militares extranjeras tienen el efecto de alimentar las protestas y las revueltas agrarias, lo que contribuye a la inestabilidad general del sistema hacendario.

e) Del vasto legado colonial, con el que inicia la República Mexicana su vida independiente, la hacienda es la única institución que sobrevive a la revolución liberal, la cual barre con todos los demás vestigios coloniales. Más aún, la hacienda no sólo persiste, sino que encuentra un marco institucional muy propicio para su expansión, desarrollo y transformación. Entre 1856 y 1908 la hacienda vive una auténtica *edad de oro*. Este florecimiento se ve bruscamente interrumpido en 1908, cuando el sistema bancario nacional, presionado por la crisis económica internacional de 1907-1908, se ve obligado a restringir sus créditos a los terratenientes y a hacer efectivas las deudas de los mismos.

f) Entre 1908 y 1940 observamos un periodo de contracción e inestabilidad de las haciendas, que culmina en la destrucción del sistema hacendístico. La irrup-

ción del capitalismo en el campo —por vía de las propias estructuras hacendísticas— provoca la violenta reacción de un campesinado que ha sufrido un brusco proceso de proletarización. Este estallido insurreccional pone en acción una fuerza desencadenada que, estructurada en ejércitos populares, destruye al Estado en el año de 1914. Pero la revolución agraria continúa —aunque en oleadas decrecientes y con formas organizativas novedosas— durante veinticinco años más, hasta que la hacienda desaparece de la faz del campo mexicano. En adelante, nuevas unidades de producción y relaciones sociales cualitativamente distintas dominan el panorama agrario de México: la organización ejidal y la empresa capitalista, de nuevo cuño.

Nuestro estudio se ubica, en lo esencial, en el periodo que hemos denominado *la edad de oro* de la hacienda, aunque también comprende años posteriores al mismo. Son muchos y muy variados los aspectos que inciden en el auge hacendario de esta época. La propia revolución liberal, que impone un nuevo marco histórico; el establecimiento de nuevos medios de comunicación y transportación; la ampliación de los mercados para los productos agropecuarios; la compra de antiguas haciendas por una emergente clase empresarial urbana; la extensión del crédito agrícola, bajo nuevas formas; la utilización de nueva tecnología y de novedosos métodos de cría y de cultivo en la explotación agropecuaria; la racionalización de la administración de las haciendas, con nuevos criterios, y la paulatina transformación de las relaciones sociales de producción de las mismas.

Todos estos hechos se ven impulsados, como es claro, con la construcción de los ferrocarriles: se altera la demanda de los productos agropecuarios; se reducen drás-

ticamente los costos de transportación —lo que ocasiona una mayor reutilización de los productos del campo—; se comunican mercados distantes —nacionales e internacionales—; aumenta el valor de la tierra cercana a las vías férreas, y se suscitan los consabidos despojos y las numerosas revueltas agrarias de aquellos años. De esta suerte, encuentra la producción de las haciendas situadas en la vecindad de las líneas ferroviarias un mercado mucho más amplio y atractivo, y los propietarios de los fundos se ven animados a especializar su producción, a emplear tecnología moderna y a emprender mejoras e inversiones en la infraestructura de sus propiedades. Con ello se experimenta un desplazamiento gradual del peonaje endeudado por el trabajo asalariado libre.

Se inicia, así, un complejo proceso de transición, *via junker*,³ que, partiendo de la hacienda, culmina en grandes unidades económicas de corte capitalista, aunque encubiertas aún bajo el cascarón hacendístico. Todo ello ocurre dentro de un *continuum*, en el que la matriz de la hacienda permanece, pero sufre ciertas alteraciones que presagian la transformación del sistema hacendístico. Dichos cambios pueden ser de tal magnitud que la hacienda adquiere ya las características económicas de una empresa típicamente capitalista, aunque conserve aún pautas sociales, políticas e ideológicas precedentes. Lo cierto es que la transición parte de una matriz básica que en su propio decurso va siendo transformada, destrui-

³ Lenin considera que el desarrollo del capitalismo en el campo por la *vía junker* es aquel en el que la agricultura vive una transformación capitalista en cuanto a las relaciones de producción y los métodos de cultivo, conservándose, sin embargo, la vieja propiedad terrateniente. Véase: *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, México, Ediciones de Cultura Popular, 1971, pág. 12.

da o bien sustituida por nuevos patrones.

Si hasta la revolución liberal el sistema hacendístico —sin ser estático— reproduce tras cada ciclo agrícola su matriz esencial, en adelante comienza a exhibir —si cabe la alegoría— *mutaciones genéticas*. Esto significa que a la vuelta de los años, pero sobre todo a partir de 1880, el sistema hacendístico empieza a experimentar cambios cualitativos en su estructuración y funcionamiento internos, que prefiguran, en última instancia, la cabal transformación de su matriz y del sistema mismo.

Por ejemplo, la complementareidad contradictoria existente entre el sector de minifundios y el sector directamente explotado por la administración de la hacienda es puesto en cuestión. Aquellas haciendas que están en condición de hacerlo, no sólo reducen al máximo al sector de minifundios, sino que aun lo destruyen y desbordan los lindes de su propiedad, con miras a incorporar más tierras a su explotación directa. Con ello tiene lugar una ruptura histórica de la simbiosis hacienda-minifundios. Por la misma causa, las constantes revueltas agrarias que lubricaban dicha complementareidad adquieren en el nuevo contexto un contenido necesariamente distinto. Asimismo, y a tono con la cambiante conducta de la hacienda, los minifundistas expulsados que encontraban trabajo en ella, son reclutados como peones libres o asalariados y no como residentes o endeudados. De esta forma, la matriz del sistema hacendario se altera inexorablemente: disminución relativa del peonaje por deudas, incremento correlativo del trabajo asalariado libre.

Como es claro, tales transformaciones no suceden en todas las haciendas mexicanas de manera simultánea y homogénea.

Hacia la vuelta del siglo encontramos

un mosaico extremadamente variado de haciendas mexicanas.

En aquellos lugares de agricultura pobre, que no se hallan vinculados a la red ferroviaria, existen *haciendas tradicionales*. Estas se dedican básicamente a una agricultura de autoconsumo, emplean técnicas rudimentarias, el núcleo de su mano de obra está constituido por peones endeudados, y sus propietarios, aunque localmente poderosos, apenas si llegan a tener influencia en los gobiernos de sus respectivas entidades federativas. Las *haciendas tradicionales* se localizan, fundamentalmente, en Oaxaca, Chiapas, Guerrero, Jalisco, Michoacán y Zacatecas.

Las *haciendas transicionales* se hallan dispersas por todo el país, pero tienden a ubicarse en el centro de México. Se trata de regiones en las que la apertura de nuevas vías de comunicación, con la consecuente ampliación de los mercados, da lugar a una lenta transformación de los métodos de cultivo y de las relaciones de trabajo, limitada en su evolución, no obstante, por el carácter relativamente modesto de los capitales de sus propietarios. En las *haciendas transicionales* puede observarse ya una pérdida de importancia del sector de minifundios y del trabajo endeudado, así como un incremento correlativo del sector bajo control directo de la hacienda y del trabajo asalariado libre, generalmente estacional.

Por último, las *haciendas modernas* o capitalistas se caracterizan por la especialización de su producción, por mantener una elevada comercialización de sus productos, por estar ligadas a vastos mercados nacionales o internacionales, por sus inversiones en obras de infraestructura, por la aplicación de técnicas modernas, por el procesamiento industrial —parcial o total— de su producción, por su utilización del crédito bancario, por operar conforme a una racionalidad nítida-

mente capitalista, por fundarse en el trabajo asalariado libre —aunque se conserven remanentes de relaciones anteriores—, porque sus propietarios son —las más de las veces— empresarios de la industria, el comercio y la banca, frecuentemente “científicos”. Estas haciendas cuentan con la técnica más avanzada y frecuentemente integran complejos agroindustriales. Tal es el caso de las haciendas ganaderas y cerealeras de Sonora, Chihuahua, Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas; de las algodoneras de Mexicali y La Laguna; de las azucareras de Morelos, Puebla y Veracruz; de las pulqueras y maiceras de Hidalgo, Puebla y Tlaxcala; de las cafetaleras de Veracruz y Chiapas —Soconusco—; de las tabacaleras de Veracruz y Oaxaca; de las lecheras del Valle de México y de las henequeneras de Yucatán y Campeche.

En base a la anterior tipología, nos hemos entregado a la tarea de estudiar tres haciendas distintas: una ganadera del norte del país, una pulquera del centro de México, y una henequenera de Yucatán. Actualmente trabajamos en la exploración de la hacienda de San Antonio Xala, México, durante los años que van de la revolución liberal a la reforma agraria cardenista.

4. ESTADO ACTUAL DE LA INVESTIGACION

a) *San Antonio Xala*

La hacienda se localiza en el Estado de México, en el municipio de Axapusco, en la vecindad del estado de Hidalgo. Fue fundada en el siglo XVI por Alvaro de Santa Cruz, quien recibió una encomienda que comprendía varios pueblos, desde Axapusco hasta Cempoala. Durante los siglos XVII y XVIII la hacienda fue propiedad de la orden franciscana, que la vendió, posteriormente, a don Francisco

Ignacio Gómez de Pedroza, conde de Xala, para que pasara a formar parte de su mayorazgo.⁴ Tiempo después estuvo la hacienda en manos de un coronel insurgente llamado Eugenio María Montañó, cuya viuda la vendió a la familia Pontones. Dos familias sucesoras de los Pontones, los Vidal Pontones y los Vidal Araoz, detentaron la propiedad del fundo desde fines del siglo XIX hasta la fecha de la mayor expropiación de sus tierras en 1936.

San Antonio Xala se destacó a través de los años por su producción pulquera, aunque tenía también otras actividades agrícolas y ganaderas. En cuanto a su extensión, tenemos la certeza de que, entre 1879 y 1925, no sufrió variaciones, abarcando 1928 hectáreas.⁵

b) *El archivo de la hacienda*

Con el propósito de localizar los archivos de alguna hacienda pulquera del centro de México, iniciamos varias exploraciones en bibliotecas y en archivos del país y del extranjero. Al cabo del tiempo descubrimos que los documentos de las haciendas que aún se conservan, se encuentran en los cascos de las mismas y bajo la custodia de sus propietarios. Ya que nuestro interés se centraba —como ya se ha dicho— en el estudio de alguna hacienda pulquera del tipo transicional, ubicada en las inmediaciones de algún ferrocarril, decidimos rastrear el territorio de los Llanos de Apam. Fue allí donde dimos con el archivo de San Antonio Xala.

La parte del archivo de la hacienda que se ha conservado —y que se encuentra en el casco de la misma— consta de varios

⁴ Guillermo S. Fernández de Recas, *Mayorazgos de la Nueva España*. México, Biblioteca Nacional de México, Instituto Bibliográfico Mexicano, UNAM, 1965, págs. 205-207.

⁵ *Sinopsis histórica de San Antonio Xala* (folleto editado por la actual administración de la hacienda).

cuadernos y algunos libros, correspondientes a los años comprendidos entre 1860 y 1926. De ellos hicimos una selección, en base a aquellos años que reunían un mayor acopio de datos. De esta suerte, realizamos siete cortes, representados por los años: 1862, 1869, 1878, 1902, 1905, 1921 y 1925.

Los documentos de primera mano que estamos manejando en el presente estudio corresponden a los siguientes rubros: a) Inventarios, de 1869, 1877 y 1895; b) Cuadernos de Cuentas de la Caja, de 1862-1865 y 1877-1878; Cuaderno de Cuentas del Tinacal, de 1923-1925; d) Cuadernos donde constan los gastos de productos agrícolas, de 1862-1864, 1867-1870; e) Cuadernos donde constan las existencias de ganado, de 1867, 1869, 1871, 1878, 1879 y 1888-1894; f) Cuadernos de Limosnas de Maíz, de 1868-1871; g) Cuadernos donde se anota la carne, el vestido y la raya ministrados a los trabajadores, de 1869-1870, 1878-1883, 1888-1889, y 1902-1903; h) Cuadernos de Préstamos a los trabajadores, de 1861-1863, y 1869-1871; i) Cuadernos de Raciones a los trabajadores, de 1869-1870, 1889-1890, y 1901-1903; j) Cuaderno de Distribución y Raya a los trabajadores, de 1924-1926; k) Cuadernos de Semaneros, de 1889-1890, y 1900-1903; l) Cuaderno de Raya, de 1861-1865, 1869-1870, 1878-1879, y 1902-1903; m) Libros, en los que se resume gran parte de la información que antes del año de 1900 aparecía en cuadernos sueltos. Los libros constan de tres partes. Una se refiere a la producción de la hacienda, otra, al estado de la caja, y, la última a la raya de los trabajadores. Estos rubros se registran semanalmente. Se cuenta con los libros de 1901-1905 y 1921-1925; n) Cartas, escritas, las más de ellas, por el administrador de la hacienda y dirigidas al propietario de la misma o a los administradores de otras haciendas aledañas. La

mayoría de las cartas fueron redactadas entre 1910 y 1912, aunque se conservan también las de otros años; ñ) Archivo de la Secretaría de la Reforma Agraria, donde se encuentran todos los documentos referentes a las afectaciones que ha sufrido la hacienda. Tales documentos se hallan en los legajos correspondientes al ejido de Jaltepec; o) En la Mapoteca "Orozco y Berra", se localizan dos mapas de la hacienda de San Antonio Xala; p) Contamos, también, con otros documentos, algunos de ellos proporcionados por el actual propietario de la hacienda, y otros más, localizados en la cabecera del municipio de Axapusco.

c) *La guía*

Antes de iniciar la exploración de una hacienda en lo particular, elaboramos una guía para el estudio de cualquier hacienda, que estableciera los criterios básicos para la selección y el ordenamiento de la información recabada y que facilitara el manejo de las fuentes. La guía contempla los siguientes aspectos: 1. Antecedentes. 2. Estructura, organización y funcionamiento económico. 3. Rebeliones y movimientos agrarios. 4. Aspectos institucionales. 5. Historia regional.⁶ Cada uno de estos aspectos se halla subdividido en puntos particulares.

d) *Procedimiento seguido*

Consideramos que la forma más conveniente de iniciar el estudio de una hacienda consiste en delinear el panorama histórico de la región en que ésta se ubica y en rastrear la historia de la propia hacienda. Sin embargo, en esta ocasión hu-

⁶ Esta guía puede consultarse en *Fuentes para el estudio de la hacienda en México: 1856-1940*, op. cit.

bimos de proceder de manera distinta, ya que al obtener el acceso al archivo de la hacienda nos vimos precisados a emprender el análisis de esta fuente, antes de cubrir los aspectos históricos mencionados; pues su consulta no la podíamos extender por un tiempo indefinido o excesivamente prolongado.

Así las cosas y en base a nuestro modelo teórico-interpretativo iniciamos la investigación del tipo y del número de los trabajadores que prestaban sus servicios en la hacienda en el plazo indicado, tratando de observar sus variaciones a lo largo de un periodo extenso.

De conformidad con los Cuadernos de Raya y los de Semaneros, había en San Antonio Xala peones, meseros y semaneros. Los peones eran aquellos trabajadores que vivían en la hacienda, que estaban vinculados a ella por medio del trabajo endeudado, y que se dedicaban fundamentalmente a las labores agrícolas. La categoría de *meseros* incluía a todos aquellos trabajadores que desempeñaban labores de confianza —como el administrador y el mayordomo—; a los empleados que se ocupaban de labores propias del casco de la hacienda —el mozo, el escribiente, el caballerango—, así como a muchos otros trabajadores que, siendo peones residentes, no cumplían con una tarea agrícola —como los albañiles y los pastores. Con frecuencia se consideraba como *meseros* a aquellos empleados que realizaban trabajos artesanos. Dentro de la categoría de *meseros* había un subgrupo claramente definido, denominado *dependientes*. Este estaba compuesto por los trabajadores de confianza: el administrador, el escribiente, el mayor de campo, el caporal, el receptor, el ama de llaves, el mayordomo del tinacal, el guardatandas, el capitán y el conductor. Los *semaneros* eran aquellos trabajadores que vivían en los pueblos aledaños a la hacienda y que

vendían su fuerza de trabajo a la misma, con el propósito de complementar su ingreso, dado que el producto de sus pequeñas parcelas les resultaba insuficiente para vivir. Los *semaneros* eran, pues, los peones libres de la hacienda. Además de estos trabajadores había otros. Se ha constatado que la hacienda arrendaba eventualmente tierras y cedía otras con el fin de que el receptor las preparara para incorporarlas después al cultivo de la hacienda. Estos hechos daban lugar a la existencia de otras categorías de trabajadores. No obstante, hasta ahora nos hemos limitado a confeccionar cuadros de concentración de datos con aquella información que ha resultado ser más completa, y que no incluye a estas últimas categorías de trabajadores.

Las series de cuadros elaborados comprenden, de una parte, al número de peones, meseros y semaneros de la hacienda en los años de 1862, 1869, 1878 y 1902, y, de otra parte, al número de trabajadores endeudados y libres en los años de 1905, 1921 y 1925. De manera que tenemos el número total de trabajadores —por categoría— para los años referidos. También se han diseñado cuadros y gráficas sobre los trabajadores que laboran y descansan al día en la hacienda, con el objeto de ponderar el grados de aprovechamiento de la mano de obra. Estos cuadros y gráficas se refieren a los años de 1862, 1869, 1878 y 1902.

De otra parte, con el afán de observar la importancia relativa de cada una de las actividades de la hacienda, en base al número de trabajadores que en ellas se ocupan, se elaboraron cuadros que registran el promedio de trabajadores que laboraban al día en los siguientes cultivos: maguey, cebada, maíz, trigo, arvejón, haba, frijol y nabo. Esto para los años 1862, 1869, 1878 y 1902. De manera similar, se construyeron cuadros que indican el pro-

medio de trabajadores que se ocupaban al día en el barbecho, el cuidado del ganado, las tareas de albañilería y diversas operaciones sueltas, para los mismos años.

En otro orden de ideas, hemos elaborado cuadros sobre el volumen de la producción agrícola y pecuaria en distintos años. Ello con varios propósitos: ver si la producción comercializada se mantiene estática o si varía al través de los años; observar cuál es el peso específico de los productos comerciales en relación al total de la producción, cual es el caso del pulque y la cebada; aproximar el ingreso que su venta representa; detectar los posibles cambios de las ventas tras la llegada del Ferrocarril Mexicano a la hacienda (1865). Los cuadros incluyen datos sobre el volumen de las siembras y cosechas de diversos cultivos en los años 1862, 1869, 1878, 1902, 1905, 1921 y 1925. Asimismo registran la existencia y las ventas de ganado.

Con la intención de determinar los ingresos que obtiene la hacienda por la venta de su producción, se ha extraído de los Libros de Caja los precios locales de varios productos, tanto agrícolas como ganaderos. Los correspondientes precios nacionales se han recogido de las *Estadísticas Económicas del Porfiriato*. Con estos datos se buscará observar la relación que existe entre el valor de la producción agrícola y ganadera y el valor de las ventas de dicha producción. Para ello, habrá de resolverse varios problemas previos, entre ellos: la obtención de los precios de ciertos productos y las equivalencias de los volúmenes en el sistema métrico decimal.

Finalmente, hemos confeccionado cuadros que incluyen los ingresos, los egresos y el producto neto de la hacienda —a nivel global—, por meses, para distintos años. En estos cuadros —que se refieren a las cuentas de la caja— el producto neto no es una ganancia, sino el simple re-

sultado de la suma de las diferencias que existen entre los ingresos y los egresos de la caja. Esta diferencia, que la administración calculaba semanalmente, se aunaba a los ingresos de la semana siguiente, de manera que no representaba beneficio alguno para el propietario. El provecho lo adquiría éste de las ventas del pulque, que, entre otras ventas, se efectuaba en una casa mercantil de la ciudad de México, en la que él se encontraba. Desde ahí remitía el dueño las sumas de reinversión que la hacienda requería. Los cuadros de ingresos y egresos comprenden los años de 1862, 1869, 1878, 1902, 1905, 1921 y 1925, y, como ya se ha aclarado, muestran el estado de cuentas de la administración interna de la hacienda.

5. CONCLUSIONES PRELIMINARES

A juzgar por lo que indican los datos que se incluyen en los cuadros referidos, los productos más importantes de San Antonio Xala —por su volumen de producción, grado de comercialización y cantidad de trabajadores que se emplean en su generación— son el pulque y la cebada. Le siguen en orden decreciente el maíz, el haba, el arvejón y el trigo. El nabo y el frijol se cultivan sólo esporádicamente.

El tipo de trabajador que predomina en la hacienda es el del peón endeudado y acasillado. Su peso relativo es predominante a lo largo del siglo pasado. A pesar de que disminuye un poco entre 1878 y 1902, aumenta de nuevo en los años posteriores al estallido revolucionario.

El número total de trabajadores de la hacienda se reduce drásticamente a partir de 1902. De esa fecha en adelante, la hacienda jamás vuelve a contar con el número de trabajadores que ocupó en el siglo diecinueve. Sin embargo, la producción de los cultivos comerciales del fundo

aumenta en 1902. Lo mismo ocurre —aunque ligeramente— con la producción ganadera. También se observa una tendencia al alza en los ingresos globales de la hacienda, aunque había que deflacionar éstos para tener una idea precisa. Asimismo, en 1902 y hasta 1905, aumenta el número relativo de *semaneros*, esto es, de los trabajadores asalariados libres. Así y todo, estas tendencias se invierten en los años subsiguientes a la revolución: en 1921 y 1925 decae la producción agrícola y ganadera, y se fortalece el peso específico del peonaje endeudado.

Las observaciones anteriores podrían encontrar su explicación en el hecho de que el ferrocarril cruzara las tierras de

la hacienda desde 1865. En efecto, es de presumirse que el ferrocarril precipitara una especialización de la producción de la hacienda en los renglones más redituables. Con ello, la hacienda eliminaría mano de obra en la producción de otros cultivos, para concentrarla en los más comerciales: el pulque y la cebada. Por lo demás, se sabe que el cultivo del maguey no requiere de una gran cantidad de mano de obra. De ahí el incremento relativo y gradual del trabajo asalariado libre, entre 1878 y 1905. A fin de cuentas, la transformación que sufre San Antonio Xala se ve truncada por la revolución de 1910, que vuelca la economía de la hacienda hacia su decadencia y destrucción última.

Enero de 1977

HACIENDA DE SAN ANTONIO XALA, MEXICO

I

Clase de terreno	Nombre de las tierras	Hectáreas
Solares	De la Hacienda	4.00
	Del Establo	.56
	De las Trojes	4.00
	De la Vereda del Guarda	.70
Jagüeyes con sus diques		7.00
Huerta	La Huerta	.64
Campos o tierras de labor con magueyes	Tierra del Jagüey Blanco	29.00
	Tierra de San Luis	61.00
	Tierra de Santa Ana	95.00
	Tierra de Tesoyo	102.00
	Tierra de las Tijeras	113.00
	Tierra de la Presa	12.00
	Tierra del Puente Quemado	9.00
	Tierra de la Loma Vieja	156.00
	Tierra de las Víboras	41.00
	Tierra de las Tórtolas	52.00
	Tierra de Tlachicapa	101.00
	Tierra del Totonaco	109.00
	Tierra de Sochia	33.00
	Tierra de las Calaveras	34.00
	Tierra de Tepilpa	96.00
	Tierra de los Ocotes	58.00
	Tierra de la Soledad	27.00
	Tierra del Calvario	58.00
	Tierra de las Peñitas	40.00
	Tierras de las Palmitas	30.00
Tierras de labor del llano sin magueyes	Tierra de la Huérfana	39.00
	Tierra del Jagüeycillo	152.00
	Tierra del Guarda	58.00
	Tierra de la Cruz Blanca	20.00
	El Llano Pastero con las lagunas,	126.00
	Eras y pasto en las orillas de las zanjas con caminos y barrancas y metepantles	120.00
	El cerro de Tlacoyo con La Nopalera	39.00

HACIENDA DE SAN ANTONIO XALA, MEXICO

II

Clase de terreno	Nombre de las tierras	Hectáreas
Pasto y magueyales	Loma de Santa Ana, de San Luis, Tesoyo, Calvario y el Tlatetele del Totonaco	17.00
Caminos		46.00
Barrancas		4.00
Zanjas del sendero, orillas de los caminos, regaderas y desagües		14.00
TOTAL		1 928.00

Sereni: vida de un comunista

Gian Carlo Pajetta

Emilio Sereni, y con él un grupo no grande de intelectuales llamados a dejar huella en la historia del movimiento obrero no sólo en el ámbito de Nápoles, se adhirió al Partido Comunista a fines de los años veinte en un momento extremadamente difícil para la vida de nuestro país. Era el momento en que se resumía la derrota, en que se sufría la profunda amargura de dolorosos acontecimientos, en que se desvanecían las ilusiones de la crisis que siguió al caso Matteoti y al Aventino. Desaparecían aquellas ilusiones que el fracaso del Aventino y la crítica comunista habían creado para resolver fácilmente y a plazo breve el problema del fascismo convertido en dictadura abierta. No es que otras ilusiones no hubieran acompañado los trabajos de la crítica y la autocrítica, y la búsqueda de nuevas vías sino que se cerraba un momento histórico que para los comunistas significaba la apertura de un nuevo periodo en el cual actuarían como protagonistas principales.

En Nápoles, Bordiga había rendido las armas y se alzaba de hombros ante la expulsión que le anunciaba un comité central en el extranjero, al que consideraba poco menos que como un fantasma. La organización comunista se deterioraba y los bordiguistas se apartaban o emigraban

para escribir en un periodiquillo dirigido a un público que estaba destinado a envejecer y disminuir.

Es en aquel periodo cuando justamente en Nápoles —quizá para demostrar que la historia no está hecha sólo de procesos objetivos, sino también por la voluntad y la inteligencia de los hombres—, los comunistas se presentan como un partido nuevo. Emilio Sereni es el animador de este partido, el Nápoles de la federación comunista de Bordiga, en la clandestinidad de una historia que sólo parece destinada a los expedientes de la policía y a los protocolos del tribunal especial. Con Sereni, Améndola está dispuesto a ofrecer la contribución de una experiencia democrática diferente y de una cultura capaz de superar en los debates, en los análisis y en la nueva experiencia, las dificultades de entonces.

El asunto político esencial que les mereció prioritaria atención fue el examen crítico del Aventino y su fracaso, análisis no "provincial" ni de personalizaciones fáciles. Para estos jóvenes el Partido Comunista representaba justamente eso, un elemento de segura certeza, incluso aquello que luego podría parecer anclado en la fe o sugerido por una simplificación todavía sectaria que aparece en las con-

frontaciones de la dispersión organizativa de toda oposición, así como en las contradicciones del historicismo fatalista de Croce cargado de las impotencias y amargas añoranzas de los viejos demócratas, o de traiciones sin rodeos.

Pero no hay en Sereni, que podía ser arrastrado por las sugerencias sionistas familiares, ninguna especie de ancestralismo o de neorromántico misticismo. Por el contrario, este Nápoles que recuerda como Croce había aplaudido a Mussolini y que sabe que Bordiga ha dejado los viejos esquemas teóricos por el papel de dibujo del ingeniero, Emilio Sereni estudia el ruso para poder leer a Lenin. Y lo lee de una manera nueva, que en ciertos aspectos, mas en otro ambiente, recuerda la *traducción al italiano* intentada por el grupo *Nuevo Orden*. La cuestión meridional, ajena a los comunistas del Mediodía hasta que la trató Gramsci; los problemas campesinos que lo conducen a Martina Franca para escribir un informe sobre aquella revuelta para *Estado Obrero*, la revista que Togliatti ha comenzado a publicar en París. También para la misma revista escribió un análisis del capitalismo italiano y sus transformaciones monopolistas, así como la cuestión agraria en el momento en que se consolida la dictadura y el bloque fascista.

Una de las preocupaciones más importantes en la vida de Sereni y de todos los comunistas napolitanos es la reflexión crítica con criterio marxista, ya sobre la crítica de Croce al positivismo, ya sobre el *realismo* liberador de Giustino Fortunato y de otros estudiosos y políticos demócratas. No se arroja al niño junto con el agua sucia, no se da marcha atrás, ni tampoco es suficiente decir que se quiere estar en la historia; se está en ella y se hace historia.

Este joven estudioso busca a los campesinos en su medio y sigue las determina-

ciones de los consejos de administración de cada monopolio; lee a Lenin en ruso, a Marx y a Engels en alemán, pero todo esto no le basta. También Marx y Engels estudiaban, pensaban y escribían para zapateros, sastres y carpinteros alemanes entre Colonia y París, entre Londres y Bruselas. Así Sereni se hace comunista, aprendiendo cuál es el vínculo indivisible para los revolucionarios de la teoría y de la praxis. El trabajo es organización. Este Nápoles de un partido nuevo será también el de los metalúrgicos como Cacciapuoti, como Rippla, como De Martino que, aquello que no han aprendido de Sereni en su momento lo completarán después en la cárcel y con provecho.

Conocí a Emilio Sereni en París y en Nápoles en 1931, cuando a pesar de estar en prisión representó para mí, a través del recuerdo de los compañeros, el testimonio de que el Partido estaba vivo. No nos contentamos con resistir: esto me dijo Sereni, un *viejo* que estaba por cumplir los veinte años y llevaba ya dos de cárcel. Veníamos al Partido nuevos compañeros, como este joven intelectual napolitano; del cual me revelaban su seudónimo de los primeros años del *Estado Obrero* y de quien me hablaban los comunistas napolitanos durante mi primer viaje clandestino para trabajar en aquello que Sereni y Améndola habían construido y luego tenido que abandonar. Lo conocí también en Roma, en el mismo viaje. Xenia, su mujer, me contó algunas cosas de él en una breve entrevista, en la cual no le resultó difícil transmitirme la admiración y el entusiasmo por este compañero, suyo y mío, que pedía libros de matemática superior y estudiaba el árabe, "porque, dice que si no se distrae un poco se cansa leyendo siempre las mismas cosas".

Lo encontré nuevamente en la cárcel después de 1933. No quiero decir que nos

hubiéramos visto. En Civitavecchia él estaba en *celdas separadas* con Terracini, Scoccimarro y Li Causi, donde estuve cuando él ya había salido. Pero puedo decir que lo *encontré* no sólo porque se estudiaban los libros que él había leído (“esto lo recomendaba Sereni”), sino porque de algún modo ya había entrado a formar parte de la leyenda del Partido

En realidad todo esto sucedía porque Sereni lo “sabía todo”. Alguien que había estado con él en Viterbo contaba que *Sereni había leído tres libros en un solo día*; otro aseguraba que, *luego que leía un libro lo podía repetir de memoria*. Pero también porque Sereni se había ligado efectivamente a los compañeros del *Nuevo Orden*, porque pensaba y enseñaba cosas nuevas, y por su gran interés por todo lo real que cada compañero llevaba con su propia experiencia a la cárcel. También, y sobre todo, porque no era de los que estudiaban sólo para sí (y a esos no los soportaba, por cierto), sino que enseñaba con paciencia e inteligentemente. Y cuando lo hacía, tal como había ocurrido con los obreros de Nápoles, daba la sensación de que era él quien aprendía de sus interlocutores.

Emilio Sereni ha hecho todo el *currículum* del revolucionario profesional, del funcionario del Partido. La breve pausa del *cursus honorum* del periodo gubernamental, siendo ministro dos veces, fue en realidad una época de doble trabajo. Pero antes, la clandestinidad, el exilio y el ingreso al Comité Central fueron etapas de un camino arduo, que al describirlas pueden parecer de exaltación exagerada. Sin embargo, basta recordarlas para comprender cuán duro fue subirlo. Fue al Centro del Partido en París, al *Estado Obrero* donde hizo sus primeras pruebas; algunos meses estuvo en Moscú. Conoció también la experiencia amarga de los tiempos de hierro, cuando se pagaba por

los propios errores y algunas veces también por los ajenos. Tiempos duros, no libres de injusticias despiadadas, que no debiéramos glorificar y que recordamos no para repetir las, sino para decir que aquellos que como Sereni los vivieron y los resistieron algún mérito han podido tener. ¿Por qué no hacer alusión al tormento que debió ser para Sereni y su compañera la separación de Xenia del Partido por disposición de la Comintern? Cuando ella era niña su padre fue mandado ahorcar por el Zar. El era social-revolucionario, y esto fue motivo de sospecha en cierto momento. Se sospechó de ella como de todos los adherentes a los partidos de la Tercera Internacional que habían tenido vínculos con miembros de partidos que se habían declarado antibolcheviques. En el exilio, Sereni fue periodista, aprendió el trabajo de masas como dirigente, trabajó de tornero en fábricas y organizó una hacienda agraria junto con Dozza y con Scotti.

Había leído muchos libros pero extraía muchas enseñanzas de la vida misma y de la experiencia. Ser ministro le significó más de una facultad y más de un curso de especialización.

Si hubo algún compañero para quien la retórica fue superflua es justamente él. En julio de 1943, cuando la guerra perdida se les presenta a los italianos como una aventura criminal contra Italia, Emilio Sereni estaba preso. Los días que precedieron al armisticio, los días del gobierno de Badoglio y de nuestra lucha para forjar la unidad nacional, dieron tiempo para que algunos agentes del servicio de contraespionaje y de la justicia militar pudieran torturarlo sólo porque era un patriota que había hablado a los soldados y también para condenarlo, aunque lo dejaron finalmente en manos de los republicanos.

Entonces comienzan para Sereni días

alucinantes y un nuevo viacrucis para su compañera. Para el Partido es uno de los casos a resolver entre las vicisitudes de la lucha guerrillera que debe comenzar a toda costa. Mientras tanto, salidos de la cárcel o venidos al Partido llamados por la lucha, nosotros sentimos la presencia de Sereni aunque no lo tuviéramos físicamente cerca. Sus estudios sobre los orígenes y desarrollo del capitalismo en Italia circulaban mimeografiados y del brazo de la muerte, pues él seguía custodiado por la SS que quería fusilarlo. Sereni nos enseñaba, así, las lecciones que había aprendido y enseñado en Nápoles cuando era casi un muchacho: ser revolucionario quiere decir trabajar, hacer la guerra, pensar y aprender. No había lugar para el neorromanticismo, para las improvisaciones y la superficialidad, ni siquiera entre 1943 y 1945.

Cuando conseguimos hacer huir a Sereni de la cárcel se le asigna un puesto en el Comité de Liberación Nacional de la Alta Italia —uno de los puestos más peligrosos ya que no todos son capaces de dedicarse al meticuloso cuidado de la conspiración en que nos metíamos los comunistas. Es difícil discutir y ponerse de acuerdo, defender la identidad del Partido y mantener la lucha sin ceder terreno. Es difícil sostener la unidad con representantes de fuerzas diferentes, con hombres que traen otras experiencias y, por qué no, hombres que representan otros intereses. Sereni es un político con capacidad para combinar el poder de seducción con la firmeza. Su condición de *saberlo todo*, que sus amigos le atribuían (quizá para disimular su propia ignorancia), abarcaba mucho y fue puesta a prueba. Sabía *de todo*, hasta de matemáticas superiores y de japonés, pero sabía seleccionar. Era un hombre político y trabajaba de acuerdo con Luigi Longo a quien no le interesaba el japonés y quizá, des-

pues de su paso por el politécnico, tampoco las matemáticas, pero en cambio estaba interesado por la lucha guerrillera y la unidad nacional.

Cuando en la víspera del 25 de abril, va a tratar sobre Mussolini con el cardenal Schuster, Sereni sabe lo importante que son los cardenales como para discutir con ellos, pero no olvida que es necesario decir no, con la simplicidad de quien sabe que errar es humano hasta para un ilustre eclesiástico, y que ha llegado el momento en que la historia, a través de un simple mortal, debe corregir ciertos errores del pasado. Sereni le dice no al cardenal Schuster.

No ha terminado seguramente, o tal vez no ha comenzado a profundizarse la discusión sobre los Comités de Liberación. Emilio Sereni fue con Longo uno de los constructores y sostenedores más convincentes de esos comités, a los que considera como *órgano de gobierno*, y siendo presidente del Comité de Lombardía, puso a prueba su resistencia como estructura democrática de una Italia liberada. No se resolvía un problema histórico —todavía abierto—, con el juicio de que las cosas siempre marchan como es posible que marchen. Pero hoy, recordando a Sereni como político y como dirigente comunista no podemos dejar de subrayar que hizo todo cuanto pudo para que aquella experiencia fuera útil al proceso democrático, sin contraponerla al realismo político de Togliatti, quien señalaba los límites del desarrollo de la lucha antifascista de la Liberación, tomando en cuenta la realidad de los partidos, la situación internacional y los puntos de arribo y de avanzada hacia un nuevo desarrollo marcado por el compromiso histórico de la Constitución republicana.

Por ello Sereni fue dos veces ministro: en la Asistencia posbélica y en Trabajos públicos, y lo fue como comunista. En

medio de la gente, para discutir y decidir, y no sólo para firmar papeles, para no olvidarse de que era humano y comunista. En las tertulias de las tardes romanas, con los intelectuales y los compañeros jóvenes, se ponía otra vez de manifiesto su *saberlo todo*. No había canción en cualquier dialecto o leyenda de cualquier región que, mientras iban integrándose al libro que Sereni preparaba sobre los cantos populares, no fuera instrumento de propaganda o de arma polémica. Sabía, aprendía, enseñaba para hacer política y la suya era la política del Partido, pese a los límites que esto podía imponer y a la aspereza que él sabía hacer suya con una pasión indomable. Con su ayuda se podía corregir el error, pero jamás de un hombre como él se podía esperar la rudeza de la prepotencia. No sé cuanto debemos todavía recorrer —y por cierto críticamente— por los periodos y los aspectos de nuestra política cultural. Sereni estuvo también en la dirección de este trabajo. Afrontó aquellos años de combate y tal vez su saberlo todo fue un punto débil de su acción y en consecuencia de la política del Partido. Reveló en esa limitación el peso de una historia cargada también de dogmatismos que lo atormentó en un trabajo nada fácil. El XX Congreso del PCUS fue para los revolucionarios, en verdad, no una fácil vuelta de página, sino el dolor de la comprensión y la fatigosa y dura búsqueda de un nuevo camino de esperanza.

Sereni no buscó las ilusiones fáciles ni se aferró a la nostalgia. Trabajó en los asuntos internacionales y en la propaganda con un ardor que jamás decayó en una empresa, cuyos resultados prácticos no van a olvidarse, pero cuyos límites seguramente él fue el primero en percibir. Un gran tema de la historia contemporánea (la lucha contra la bomba atómica) fue agitado por los partidarios de la paz,

transformándolo en un elemento esencial de la lucha de masas. El internacionalismo demostró entonces estar aún vivo y tener validez todavía, pero también que no sabía renovarse y mirar hacia adelante, a tantas partes donde la nueva realidad se estaba imponiendo. Ninguno de nosotros sabe, y quizá no lo encontremos tampoco en los escritos que él ha dejado, lo que fueron verdaderamente para él los años después del XX Congreso. En ese periodo, sin embargo, él vivió con el Partido, contribuyó a su política, afrontó con agudeza e interés los problemas de 1968. No se apartó y sintió desprecio por los nostálgicos que se detienen en aquello que para ellos es la última etapa de la historia, sólo porque no tienen ya fuerzas para seguir adelante.

Trabajo para él quiso decir todavía, hasta el último momento, estudio y acción de masas. Sereni no fue solamente el dirigente de la Alianza campesina, que contribuyó más que nadie al crecimiento de una organización autónoma de los campesinos, sino que también fue el hombre que amplió nuestra visión sobre la cuestión agraria y nuestra estrategia en las alianzas del medio rural, sacándola de la estrechez en que se encontraba. Cómo miraba las cosas en torno suyo y cómo conocía la historia, nos lo dice en su bellísima *Historia del paisaje agrario*, y cómo sondeaba en lo profundo del hombre, por lo cual no desdeñaba ninguna reunión, y hasta donde pudo no rechazó tampoco ningún mitin, como lo recuerda el ensayo acerca de la *Storia de Italia* de Einaudi.

Todo lo que aprendió de los libros, sus libros; todo lo que había seleccionado, clasificado, puesto en orden; sus "anotaciones", ha querido que todo forme parte del patrimonio común, eligiendo para ello el Instituto de estudios de historia agraria que lleva el nombre de Cervi. Ha

sido su último esfuerzo, ayudado por su compañera Silvana, a quien ha debido la serenidad y la posibilidad de trabajar en los momentos todavía difíciles de una vida terminada con un tormento escondido por un pudor viril, de comunista.

Aún estuvo presente en el último Comité Central, y dijo todavía entonces, casi desdeñoso, a quien le preguntaba por su estado: "estoy bien". Después nos ha de-

jado. Tal vez el compromiso más grande que tenemos es que él —que fue parte de la leyenda del Partido casi desde adolescente y luego en el sacrificio de la cárcel, como estudioso y como hombre de Estado—, tenga el lugar que merece y le espera en nuestra historia nacional. Que otros continúen su trabajo, que los compañeros sientan presente su ejemplo de estudio, de actividad y de valor.

Comunicaciones

Etnocidio

Margarita de Orellana

ETNOCIDIO, documental de Paul Leduc y Roger Bartra, es una descripción de la explotación y la paulatina desaparición de los campesinos otomíes que habitan la región del Mezquital. El proceso de industrialización capitalista del país los obliga a insertarse en ella como trabajadores explotados, perdiendo su entidad étnica y campesina. Esta película es la ilustración de una investigación que estudia un caso dentro de la problemática global del campo en México.¹

Esta investigación es determinante porque implica un estudio previo, una toma de posición y un estrecho acercamiento con la población descrita. Pocas veces se ha intentado elaborar películas mexicanas de análisis político conteniendo posiciones que no van de acuerdo con una producción cinematográfica nacional ligada a los intereses del grupo gobernante. *Etnocidio* se compone de una serie de fragmentos que tienen las letras del abecedario como división y que son los temas anteriormente analizados. Desde la letra A hasta la

¹ *Caciquismo y poder político en México. Siglo XXI.*

Roger Bartra, Eckart Boege, Pilar Calvo, Jorge Gutiérrez, Víctor Raúl Martínez Vázquez, Luisa Paré, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM.

Z se van tocando una multiplicidad de puntos relativos a la opresión de un pueblo que además de ser explotado por los poderes locales: los caciques, la burguesía y el cura, lo es también por el poder central. La letra D-democracia, es un ejemplo elocuente de esto último. Se prepara el Mezquital para la campaña del precandidato a la presidencia de la república. Generalmente son los caciques los que se encargan de todo. Grupos de campesinos son acarreados al mitin de apoyo, se reparten sombreros y se siente el entusiasmo ficticio bien acompañado por una canción tropical. El precandidato lee una lista con los nombres de los pueblos a los que se dirige ese día y a los que quizá nunca regresará.

Este fragmento es un testimonio que nos hace más palpable la realidad teatral de la política mexicana.

La movilidad de la película se debe en gran parte a las palabras de los campesinos. Es el discurso de los campesinos lo que desborda la investigación y el contenido mismo del film. Las tomas van de la expresión vocal a la imagen de sus cuerpos y sus gestos. Casi siempre están respondiendo a una pregunta pero desbordan ese límite cuando sus palabras se salen de lo preguntado. Así, la cámara está obli-

gada a permanecer frente al campesino (a), y oír todo aquello que va más allá de su interrogación. Aquí, el campesino ocupa esa imagen. Se posiona de ella. Es evidente que también hay una intimidación provocada por la cámara, que parece borrar, a medida que ellos relatan con detalle las arbitrariedades a las que son sometidos. Son sus palabras las que deberían dominar; sin embargo, muchas veces son paralizadas. En la letra C-clases, hay un desplazamiento del rostro de los campesinos, que imponen su propia imagen, a una toma general de la comunidad parada en el llano, que mira sin moverse a quien los observa. La cámara los recorre de derecha a izquierda, como cuando la mirada recorre una vitrina. Toda la movilidad de su discurso ha sido fijada, debilitada por quien los describe, ha habido un cambio en el dominio de la imagen. La cámara les ha arrebatado la palabra.

Es en la contraposición del discurso campesino y el discurso cinematográfico donde no sólo se establece una distancia, sino una ruptura. Si bien en algunos fragmentos se elaboran juegos de oposiciones (F-fábricas, el discurso del cura contra el de los campesinos); en otros, la unión de las imágenes está determinada por una estética que deforma el sentido político que sí se logra en F-fábricas. Muchas veces se presupone que en la estética no hay presunción política. En F-fábricas el montaje de los testimonios va explicitando la realidad de la explotación que ejerce el cura sobre los campesinos. Pero todo cambia cuando se cree, como en H-historia, que en las otras imágenes todo depende de las cosas que se pretende unir, de los objetos filmados... las máquinas U.S.A., el Museo de Antropología, los féretros, que nos están diciendo que la opresión hace de los otomíes objetos de museo conducidos a la muerte. Aunque no parezca esa la intención. El gran derroche

de técnica y la forma de montar las imágenes, desvía la atención y nos hace olvidar la opresión y la muerte. La historia aparece como un *collage* de imágenes unidas por un juego de abstracciones. La música cumple además la función de detonador. Es la utilización de ciertas técnicas narrativas, inmersas en una estética dominante (como la norteamericana), la que dispara la película desprovéyendola del sentido político implícito desde la investigación.

En A-antecedentes se observa brevemente el espacio de una familia campesina, su choza por fuera, sus rudimentarios instrumentos, mientras que en B-burguesía, vemos el espacio y la tecnología de un burgués. El contraste de las dos escenas se debilita en el primer fragmento al describir el lugar de los campesinos; la composición de la fotografía, el color y el desplazamiento de la cámara han embellecido esa pobreza, la han desprovisto de lo que tiene de real. Por lo general, la estética de la pobreza no aporta ningún elemento para la comprensión y la transformación de la realidad campesina; sirve casi siempre para *tocar los corazones* de aquellos espectadores que no comparten esa miseria. Ya lleva implícita la idea de que esta realidad es inmutable.

Es importante cuestionar a este nivel el lenguaje cinematográfico. Son indiscutibles las dificultades para integrar el lenguaje de una investigación con el lenguaje de las imágenes, porque también la investigación impone limitaciones al lenguaje cinematográfico. La movilidad disminuye por centrarse exclusivamente en sus objetivos. La cámara no penetra minuciosamente en el espacio cotidiano de los campesinos y obreros. No se adapta visualmente a éste, por lo cual la intimidación no es extraña pues no hay un trabajo de adaptación ni de los entrevistados

ni de los que están filmando. Muchas veces las preguntas parecen imponer un tono que no es propio del discurso campesino, provocando respuestas tímidas. En L-lectura, una mujer intimidada por la pregunta de si sabe leer, contesta pidiendo perdón: "no, perdone usted, no fui, perdone, no fui a la escuela..."

Por otra parte, la cámara se convierte en una intrusa que descubre los rincones oscuros del sindicalismo charro: el cabaret. Los obreros, borrachos, aplauden y gritan a las prostitutas llevadas por los líderes sindicales, dueños también del cabaret.

Cada fragmento del film no concluye, sino que impone una reflexión. Pero, en las partes del discurso campesino y obrero nos vemos obligados a pensar en sus problemas, mientras que en las que domina una estética contemplativa seguimos pensando sólo en función cinematográfica.

Etnocidio es también una fuerte crítica al caciquismo, hecha por los mismos campesinos. Luisa Paré, quien participó en la investigación, describe el caciquismo como un "sistema informal de poder, ejercido por individuos o grupos que ocupan posiciones estratégicas en la estructura económica y política. El control que los caciques ejercen sobre la comunidad se basa fundamentalmente en el control de los procesos básicos de la producción agropecuaria, minera o industrial, de la circulación de bienes y servicios y de las situaciones políticas. El caciquismo encuentra la base de su riqueza por lo general, en ciertos fenómenos de explotación directa e indirecta. El reforzamiento de posiciones hegemónicas de ciertos grupos en el campo se da por ciertos vínculos políticos con las autoridades estatales y nacionales. El caciquismo permanece como tal a través de ciertos mecanismos de control que van desde las formas más sutiles de captación de los disidentes,

hasta el encarcelamiento o el asesinato".²

Parecería paradójico que el Estado permitiera una película atacando uno de los pilares en los que él mismo se apoya. En este caso hasta financiando parcialmente el film a través de una de sus filiales. Pero no lo es: "El caciquismo a veces llega a perder posiciones sobre todo cuando sus planteamientos y métodos chocan con las políticas del régimen estatal y federal en turno. Pero difícilmente pierden todo su poder."³ Para no entorpecer el desarrollo del capitalismo en México, durante el sexenio de Echeverría había que industrializar el campo, modernizar las formas de producción y los métodos de control.

La modernización no sólo se da en el campo sino en diferentes sectores del país. La industria cinematográfica también pasó por un proceso de modernización a diferentes niveles. El cine venía sufriendo una fuerte crisis desde hacía muchos años. El Estado permitió la entrada a nuevos directores, cuando el sindicato de trabajadores del cine tenía más de treinta años de estar cerrado. Los viejos directores ya no producían mercancías que se adecuaban a un público acostumbrado a la publicidad y a la televisión norteamericanas. En realidad, la entrada de estos nuevos valores pretendía recuperar un mercado perdido, sobre todo en el sector medio. Por otra parte, el Estado invirtió capital y estatizó el cine, controlando así toda la producción. Las mercancías se ven renovadas con la introducción de un lenguaje cinematográfico *actualizado*. Las películas de este periodo mimetizan los modelos narrativos fabricados en los Estados Unidos. Estos modelos narrativos se presentan a los que realizan este tipo de cine

² Luisa Paré, "Diseño teórico para el estudio del caciquismo en México". *Revista Mexicana de Sociología*, vol. XXXIV, núm. 2 abril-junio, 1972.

³ Víctor Martínez Vázquez: *Caciquismo y Poder Político en México*. pág. 150.

como naturales, como neutros, creyendo que se trata de su propia habilidad y no de una técnica sutilmente impuesta desde el exterior. El Estado hizo, en el último sexenio, un esfuerzo costoso por *ponerse al día* con respecto al cine norteamericano.

Etnocidio logra escapar a algunas pautas dictadas por el Estado durante este periodo llamado de "apertura democrática". El hecho de haberse creado dentro de una filial gubernamental: la Secretaría de Educación Pública, en coproducción con la Office National du film de Canada, la eximió de ser filtrada por el rígido control cinematográfico impuesto a todas las películas producidas por el Banco Cinematográfico.

En lo que se refiere a los temas, ninguno corresponde a los promovidos por el Estado y que aparecen en la producción nacional: problemas de la clase media, la historia oficial a través de su propia retórica, populismo barato, melodramas progresistas...

Las tesis de *Etnocidio* van más allá de los intereses específicos del Estado. Hay una crítica global de la explotación, no sólo del caciquismo. Esto es importante porque una de las tácticas que ha utilizado el cine nacional es precisamente atomizar los problemas atacando sólo un aspecto, (casi siempre el menos peligroso), distorsionándolo y aislándolo de una problemática más amplia. Se ha hablado mucho de las críticas que hace *Canoa*, que en realidad no van más allá de cacique-cura, crítica que no se sale de los lí-

mites marcados por el Estado. *Canoa* convierte un hecho político (que no está aislado de la situación que imperaba en el país), en un Caso de Alarma. Pero mientras *Etnocidio* llama a la unión como alternativa positiva para resolver los problemas en la última parte de la película *Canoa* ofrece como alternativa la llegada de un cuerpo de granaderos que no se sabe a quien viene a salvar, si a los jóvenes, al pueblo, al cura o a Dios.

Sin embargo, al elaborar el film no se critican las implicaciones de la modernización capitalista en el cine. La contradicción de la película radica en que las partes donde se habla directamente de la explotación ejercida sobre este grupo indígena, ya sean como campesino (a), como obrero (a) e inclusive como prostituta, si bien escapan a las pautas marcadas por el Estado al conjunto de películas producidas en el mismo periodo, en cambio en las partes donde impera una estética dominante no existe un rompimiento con estos films.

Es innegable que *Etnocidio* aprovechó algunas contradicciones de la *apertura* y esto se refleja en el film, sobre todo a nivel estético. Es ahora el aparato cinematográfico estatal quien se preocupa por aprovechar la película.

No queda más que hacer unas últimas preguntas: ¿A quién ha beneficiado la película?, ¿Quiénes la han visto? ¿Llegará a un público con problemas similares a los de las personas que salen en la pantalla?

Filosofía y revolución

El II Coloquio Nacional de Filosofía

Abraham Nuncio

Los filósofos, milenarios profesionales del pensamiento, manifestaron su insistencia por abandonar el cielo de la especulación en que fue instalada la filosofía desde los griegos y dar terrenalidad a sus tareas.

Si algún epígrafe marcó al Segundo Coloquio Nacional de Filosofía celebrado en la Universidad Autónoma de Nuevo León ese fue sin duda la décimaprimer tesis de Marx sobre Feuerbach: "Los filósofos no han hecho más que *interpretar* de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de *transformarlo*."

El evento, organizado por la Asociación Mexicana de Filósofos, tuvo justamente como concepto axial el de la revolución. Revolución en la ciencia y revolución en la filosofía; revolución en la sociedad, revolución teórica y práctica. De esta manera, como imágenes tutelares estuvieron presentes Marx-Engels-Lenin (la teoría revolucionaria), Kuhn / Lakatos (la teoría de las revoluciones científicas), Kant/Bachelard/Althusser (el inicio de movimientos filosóficos con efectos innovadores), Sartre (la actitud hacia la revolución).

Cuarenta ponentes y doce delegaciones aportaron un vasto material de discusión (obviamente irreductible a las modestas dimensiones de un reportaje), seguida con

atención y a veces con cierta mística por un público de seiscientas a setecientas personas. Tal vastedad de materiales fue considerada, sin embargo, menor a la del Primer Coloquio celebrado hace dos años en Morelia. Con la experiencia de éste, aseguraron quienes asistieron a ambos, el Segundo Coloquio estuvo en condiciones de dar mayor homogeneidad a su temática, de ceñirse a márgenes de discusión más amplios y de elevar el nivel teórico de las intervenciones.

El Segundo Coloquio se caracterizó, al igual que el anterior, por una representación plural de las corrientes de pensamiento y por la composición interdisciplinaria del intercambio, ya que los participantes provenían no sólo del campo filosófico sino de otras disciplinas. No obstante, se advirtieron ausencias: algunos representantes de la filosofía analítica, de la filosofía latinoamericana y de la escuela de Althusser no participaron por diversas razones. Las ausencias apenas se notaron entre líneas en el discurso de clausura del presidente del comité organizador, doctor Adolfo Sánchez Vázquez, quien se refirió a dificultades surgidas durante la preparación del Coloquio, pero a las cuales restó importancia: "la mejor respuesta a ellas, dijo, es la celebra-

ción del Coloquio mismo, sobre todo su positiva realización. Por ello no vale dedicar una sola palabra a esto."

La corriente filosófica que predominó en la reunión fue el marxismo. La mayor parte de los trabajos e interpretaciones partían de sus principios y elaboraciones. Ello se debió a la propia temática del Coloquio, pero hay otras motivaciones en opinión de varios participantes preguntados al respecto. El doctor Luis Villoro explicó que tal corriente "parecía responder de manera más inmediata a los problemas que nuestra realidad plantea y aporta la posibilidad de su transformación".

Aunque predominante, el marxismo no es una corriente homogénea y mucho menos de bloque. En tanto que la ciencia une, la filosofía divide, diría Adolfo Sánchez Vázquez. Cierta para filosofías inscritas en contextos ideológicos opuestos, esto no lo es menos para un mismo cuerpo filosófico. El marxismo, según se vio en el Coloquio, no escapa a este hecho. Sus interpretaciones son diversas y múltiples —y a veces contradictorias sus enfoques. ¿Signo de anemia o signo de vigor? Para el mismo Sánchez Vázquez sería esto último: han quedado atrás los días del dogmatismo y su consabida esterilidad. No es la versión del *Diamat* soviético la única que se rifa; están ahora la praxiológica (de Gramsci a Zéleny), la epistemológica de Althusser y su escuela, y otras. Sin embargo, en cuanto a los filósofos marxistas mexicanos, parece haber una tendencia marcada, en opinión de Jaime Labastida, hacia su unificación en torno a lo que en términos generales se ha llamado la filosofía de la praxis.

El marxismo sirve de método de análisis aplicado a diversos tópicos (Carlos Pereyra criticará el individualismo metodológico de Popper; Jorge Martínez Contreras revisará a Sartre; María Rosa Pa-

lazón estudiará las relaciones entre la filosofía y la revolución en América Latina y Enrique Semo hará lo propio respecto de la historiografía mexicana) y de auto-reflexión sobre sus propios planteamientos (el círculo concreto-abstracto-concreto del método empleado por Marx será abordado por Jaime Labastida; Agustín Cueva afirmará la necesidad del materialismo dialéctico como punto de partida teórico del conocimiento de la realidad social; la significación de lo que Althusser ha llamado la revolución teórica de Marx en su nexo con la práctica será expuesta por Gabriel Vargas Lozano; la teoría del fetichismo por Bolívar Echeverría; la teoría de la revolución concreta, la que debe hacerse y con los instrumentos que, como el partido político, en ella han de intervenir es desarrollada en su ponencia por José Luis Balcárcel).

Si no en la misma proporción que el marxismo, la filosofía analítica se hizo presente como la otra corriente de mayor influencia. De hecho, a excepción de Estados Unidos donde —dice Patrick Suppes— el marxismo no ha penetrado en los cubículos de los profesores de filosofía ni en los intereses de los obreros de cuello blanco, las dos corrientes filosóficas que se muestran antagónicas y que detentan la hegemonía en sus respectivos campos son, precisamente, la marxista y la analítica. De ambas hubo en el coloquio prestigiados representantes: Etienne Balibar, Mihailo Marcovic, Adolfo Sánchez Vázquez (marxistas); Carl Hempel, el propio Suppes, Wonfilio Trejo, Thomas A. Brody (analíticos).

Uno de los objetivos del Coloquio, indicaron sus organizadores, fue precisar el grado de desarrollo que los estudios filosóficos han alcanzado en el país, y por extensión en América Latina. En la reunión de Monterrey se observó que por encima del asentimiento que en otros tiempos

ocultó cierto vasallaje y de la agresión xenófoba que era el reverso de esa misma medalla, la actitud hacia las personalidades culturales de las metrópolis fue en esta ocasión de un cuestionamiento crítico a posiciones que parecieron teóricamente endebles o poco consecuentes con el ámbito del Coloquio mexicano de filósofos, y aun, en ocasiones, teñidas de sutiles sobrevivencias colonialistas. Los cuatro ponentes que orientaron las discusiones plenarios (el quinto era el peruano Francisco Miró Quesada) recibieron incisivos comentarios a sus tesis. Mihailo Marcovic fue cuestionado por el socialismo utópico posmarxista que propuso; Carl Hempel por su normativismo operacionalista (la racionalidad científica se finca en la correspondencia entre las metas que se fija la investigación y las reglas que resulten útiles para alcanzarlas). La concepción silvestre de la historia en Suppes resultó de muy poca entidad para el nivel general de las discusiones. Etienne Balibar, "más althusseriano que Althusser" en la crítica de Sánchez Vázquez, expuso lo más común de las primeras tesis althusserianas, hoy mismo —ya traducidas al español— sujetas a revisión por el propio autor de *Para leer El Capital*.

Fuera de programa, los comentarios más reiterados fueron sobre Hempel y Balibar. De Hempel había consenso sobre su rigor aunado a una modestia ejemplar: al conocido Círculo de Viena, escuela a la que pertenece, simplemente no lo utiliza como halo para exportar su prestigio. De Balibar se mencionaba, además de su juventud y cautela, el brote en que lo ha puesto su libro *Sobre la dictadura del proletariado*, criticado por giles y negretes, sobre todo en Francia.

Entre los obstáculos más difíciles que se le presentan al reportero, además del que significa obtener una apresurada entrevista con los pobladores del *stardom*

filosófico ("los filósofos no se dejan entrevistar fácilmente porque conocen a Sócrates y están enterados de lo que le pasó por andar hablando", acota un filósofo barbirrubio), está el de intentar síntesis de lo que en el Coloquio se discute. Percibe algunos de los temas teóricos evidentes: la relación entre ciencia y filosofía, entre filosofía e ideología; el carácter autónomo o condicionado de la razón; el significado de la teoría y de la práctica. Entre los temas políticos registra el del cambio revolucionario en América Latina. ¿Qué problemas plantea a la teoría y, más en concreto, a la filosofía? ¿Puede la filosofía influir en la revolución? ¿Desde dónde? Algún ponente sugirió la interrogante de si la revolución necesaria pasa por la academia o por coloquios de filósofos que discuten sobre la revolución.

Con otros enfoques y bagaje estos temas han sido tratados en discusiones similares. Hay no obstante un tema, el tercero, en torno al cual se desarrolló el Coloquio, no discutido hasta ahora: es el de las revoluciones en la filosofía. Margarita Valdés, adoptando las categorías que Thomas S. Kuhn empleara en el análisis de las revoluciones científicas, expone un punto de vista un tanto escéptico en relación con las revoluciones filosóficas. Por su lado, Adolfo Sánchez Vázquez afirmó la existencia de revoluciones en la filosofía; ejemplos de ellas serían la revolución filosófica de Kant, de carácter limitado en la medida en que no pudo modificar su propia práctica, y la revolución filosófica de Marx, plenamente realizada desde el momento en que "transforma radicalmente la relación de la filosofía con la praxis".

La problematización de la filosofía debía reflejarse en su propia enseñanza. En una sección especial se abrió la discusión correspondiente y Graciela Hierro, de la UNAM propuso, sobre las bases de la pe-

dagogía de Paulo Freire, la instauración de una enseñanza filosófica fundada en el diálogo (dialógica), en la relación democrática y en el intercambio educativo entre educadores y educandos, por oposición a la enseñanza autoritaria y unilineal (bancaria) en la que existe un educador que todo lo sabe y emite a manera de depósitos y un educando que todo lo ignora y almacena. El interés por la enseñanza de la filosofía hizo que los organizadores locales pidieran a la Asociación Filosófica Mexicana la celebración de un simposio o coloquio especial sobre la enseñanza y la investigación de la filosofía con referencia particular a México.

Descentralizar eventos como el Segundo Coloquio Nacional de Filosofía —los participantes coinciden en ello— ha sido una inteligente decisión. Las escuelas y facultades de filosofía del interior se ven así estimuladas en sus tareas, que ya empiezan a rendir frutos relevantes. La revista *Cathedra* de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Nuevo León, y sobre todo la revista *Dialéctica* de la Escuela de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Puebla son indicios que pueden tomarse en cuenta para constatarlo. En Puebla será justa-

mente donde tendrá lugar el próximo Coloquio, en 1979.

Carlos Paris, conocido teórico de la democratización universitaria, opina que la atmósfera del Coloquio es similar a la de las Convivencias de filósofos jóvenes que se celebran bianualmente en España. Discusión pero también diversión; formalidad e informalidad; foro y ágape. Porque podría ser algo tan solemne y areopagítico como las semanas de filosofía españolas. La explicación de que esto sea así es obvia: una parte considerable de los participantes al Coloquio es de filósofos que no llegan a los cuarenta. Y está además la presencia de centenares de estudiantes de filosofía, locales y de otras universidades (Puebla, Valle de México, Veracruz, UNAM, etcétera) que lo han rodeado de desparpajo y licencia.

Acorde con el espíritu de realización social que asumió el Segundo Coloquio, una de las mesas de discusión decidió hacer un pronunciamiento en favor de la situación de los presos políticos en América Latina.

Los trabajos del Segundo Coloquio Nacional de Filosofía serán publicados de la misma manera que los del Primero. Alrededor de mil páginas que requerirán dilatada lectura.

Novedades bibliográficas

EL JOVEN TROTSKI

Brossat, Alain: *El pensamiento político del joven Trotski*, Siglo XXI editores, México, 1976, 280 págs.

El ensayo de Brossat es valioso desde dos puntos de vista: de un lado, porque condensa de modo particularmente brillante y agudo las investigaciones que hasta ahora se han realizado en torno al debate anterior a la Revolución de octubre; de otro, porque como él mismo apunta, no se trata de una obra académica, sino de una visión militante, comprometida con el pensamiento y la acción del revolucionario ruso; de ahí su carácter esencialmente polémico. Sobre esto último es preciso señalar que se trata de una interpretación estrictamente fiel a las concepciones de Trotski posteriores a 1917, y que dentro de este propósito era ineludible una revisión crítica del periodo *espontaneista* de Trotski, es decir, de los años anteriores a su adhesión al esquema organizativo de Lenin.

La obra gira alrededor de dos ejes fundamentales. En un caso trata de exponer, de modo por demás vivo y detallado, el proceso de maduración de la teoría de la revolución permanente, las condiciones

economicosociales en que surgió, y las consecuencias que tuvo en la actividad politicopráctica del joven Trotsky. En segundo lugar, propone un enjuiciamiento crítico de la concepción de Trotski sobre la naturaleza y el papel del Partido, la que según el autor, fue no sólo causa de diversos errores en el campo político, sino que se constituyó en un freno para la elaboración integral de la teoría de la revolución permanente, la cual antes de nutrirse del bolchevismo, nos dice Brossat, descansaba "sobre una visión demasiado lineal, esquemática, luxemburguista del curso de la revolución...". Aun así, la teoría de la revolución permanente habría puesto fin a la concepción "mecanicista y fatalista" de la relación entre lo económico y lo político; concepción *mecanicista* que habría existido en Plejanov y aun en Lenin, mientras que en el caso de Marx y Engels, determinaría "la ambigüedad de su posición como teóricos y prácticos de la revolución". En efecto, estos últimos, al no distinguir la especificidad de lo político (particularmente por su concepción de la determinación *férrea* de las fuerzas productivas), y al no situarse por otra parte en el "punto de vista de la totalidad de la historia mundial" (lo cual se reflejaría en una cierta tendencia a "ra-

zonar en términos de etapas”), habrían de verse colocados en el trágico papel de “estrategias de la revolución burguesa declinante de su época”; no por su gusto ciertamente, sino porque “globalmente la fase de dominación capitalista no había llegado al final de sus posibilidades”. Trotski, en cambio, en una fase más avanzada del desarrollo capitalista, y apoyado en su concepción del desarrollo desigual y combinado, habría vislumbrado la actualidad de la revolución proletaria por el entrecruzamiento de las tareas democráticas y los objetivos socialistas a nivel mundial: en esto radicaría según Brossat, el aporte original de Trotski a la teoría revolucionaria.

Tal progreso teórico sin embargo, se vería opacado por la peculiar concepción del joven Trotski sobre la cuestión del Partido; concepción según la cual el Partido debía circunscribirse a organizar y coordinar el movimiento autónomo de los trabajadores sin pretender sustituirlo; y para el joven Trotski el modelo de organización partidaria creado por Lenin, que ponía el acento en la disciplina y en el centralismo, contenía todo los rasgos del *sustituismo*. Según Brossat, tal actitud constituirá una desviación izquierdista susceptible de combatirse; de modo que buena parte de su obra se halla dedicada a la tarea de criticar el *espontaneísmo* de Trotski, y con éste, el de todas aquellas corrientes de la época que subestimaban el papel del Partido y enfatizaban el movimiento naturalmente revolucionario de las masas, incluyendo, desde luego, la corriente que encabezaba Rosa Luxemburgo, quien para ese momento tenía enormes afinidades con Trotski.

Pero el autor advierte justamente que tales elementos *espontaneístas* están presentes también en Marx, y por ello propone una nueva *lectura* del tema de la autoemancipación del proletariado (expresada

en la conocida fórmula: “la emancipación de la clase obrera no puede ser obra más que de los obreros mismos”). Así, Brossat sugiere que Marx habría establecido una distinción entre el proletariado como “sujeto teórico” y la clase obrera como “sujeto práctico, real”, de tal modo que la autoemancipación del proletariado sería válida “a escala histórica”, pero “no como precepto de estrategia política”. La estrategia por supuesto, según esta interpretación, estaría diseñada no por la propia clase obrera sino por el Partido que la representa. Con todo, Marx habría tenido la “limitación histórica” de no haber elaborado una teoría del Partido, lo que queda indicado en el hecho de que tanto él como Engels “fueron incapaces de construir de manera estable partidos nacionales duraderos o el partido mundial de la revolución proletaria”. Obviamente sería Lenin, y más adelante Trotski, quienes estarían llamados a cumplir esta tarea.

Que Marx y Engels hayan tenido o no una visión *permanentista* del curso de la revolución es un punto que no vamos a discutir aquí; tampoco habremos de insistir en la cuestión de si aquéllos fueron o no capaces de construir un partido según la concepción organizativa de Lenin; esta es una discusión que corresponde más bien a aquéllos que comparten el enfoque propuesto por Brossat; y ése, digámoslo ya, no es nuestro caso. La cuestión tiene a nuestro juicio implicaciones mucho más profundas: no se trata de que Marx y Engels hayan tenido tal o cual *error* o hayan omitido esta y otra cuestión; se trata más bien de que Brossat intenta conjugar en un mismo discurso dos *problemáticas esencialmente distintas*. Si Marx y Engels no crearon nunca un “partido nacional estable” ni el “partido mundial de la revolución proletaria”, y sí en cambio, concibieron y organizaron la In-

ternacional bajo el principio de una amplia participación de las más diversas y contrastantes corrientes obreras, fue precisamente porque *nunca* se lo propusieron; porque dentro de su concepción de la revolución, era la clase obrera y nadie más, el principal y único sujeto histórico; y si la pasividad (y la existencia de todo partido no es sino la constancia práctica de tal pasividad), prolongada pero al fin y al cabo transitoria de la clase obrera, generó dificultades que Marx y Engels no previeron, ello no invalida su idea de la revolución social: simplemente la aplaza. Parafraseando al mismo Brossat diríamos que Trotski y sus contemporáneos habrían de convertirse contra su voluntad, en los "estrategas de la revolución burocrática ascendente de su época". Esto desde luego, muy poco tiene que ver con Marx.

Ariel J. Contreras

INTERPRETACION DEL MESTIZAJE

MORNER, Magnus. *La mezcla de razas en la historia de América Latina*. Editorial Pardos, Buenos Aires, 1969.

"Ninguna parte del mundo —en opinión de Magnus Mörner— ha presenciado un cruzamiento de razas tan gigantesco como el que ha estado ocurriendo en América Latina y en el Caribe desde 1492". Tal fenómeno es el objeto de esta obra, no en las implicaciones biológicas de la miscigenación, pues el autor considera positivamente que en el estado alcanzado por las investigaciones en este campo "no existe ninguna prueba que justifique una división de razas entre *superiores* e *inferiores* desde el punto de vista intelectual". Su interés en el tema se concentra en la significación historicosocial del mestiza-

je: Mörner considera que la importancia de la miscigenación "radica en su íntima relación con dos procesos sociales: la *aculturación* —esto es, la adaptación de elementos culturales—, y la *asimilación*, o sea, la absorción de un individuo o un pueblo por otra cultura". Tenemos pues que los cimienos metodológicos del análisis de Mörner descansan sobre dos supuestos: aculturación y asimilación. Antes de entrar propiamente en la crítica histórica sería bueno hacer algunas observaciones sobre el uso de estos dos conceptos.

El término "acculturation" en su país de origen, Estados Unidos, estableció la comprensión de aquellos fenómenos que resulten cuando grupos de individuos de culturas diversas entran en contacto continuo y de primera mano, con cambios subsecuentes en los patrones culturales originales de uno o de ambos grupos. De la otra mano, la asimilación, concepto muy manejado por antropólogos norteamericanos en los problemas de su país, se refiere al contacto de individuos o de pequeños grupos humanos con una gran masa cultural. En esta obra se manipulan ambos conceptos simultáneamente.

Buena parte del libro está dedicada a los problemas demográficos. Proporciona un claro y sintético resumen de los cálculos más recientes de la población precolombina y del colapso demográfico que produjo la conquista española y portuguesa. Los resultados obtenidos por la escuela de Berkeley (Simpson-Borah-Cook) son expuestos, sin aceptarlos; pues justifica la enérgica crítica que Angel Rosenblat lanzó, en el Congreso Internacional de Americanistas de 1966 en Buenos Aires, contra los guarismos de Berkeley. Pero igualmente no acepta los cálculos de Rosenblat. Con igual cautela procede en cuanto a las migraciones ibéricas y afroesclavas.

La concurrencia de grupos humanos de

procedencia diferente produce el cruzamiento entre las razas. Desde los primeros contactos entre españoles, indios y africanos, se comienza a desarrollar la miscigenación. A juicio de Mörner, "la sociedad hispanoamericana fue relativamente abierta durante la época de la conquista"... pero, "en el periodo de la colonización se fue haciendo cada vez más cerrada y rígidamente estratificada, hasta convertirse en lo que se llama sociedad o régimen de castas..." A partir de la existencia de este fenómeno, Mörner, aborda con agudos comentarios el tejido social que le rodea: la legislación colonial, la actitud del clero, la nupcialidad interracial verdadera, las segregaciones, la ubicación laboral de mestizos, indios y esclavos, etcétera. En realidad no queda tema sin tratar, incluso, inserta un capítulo sobre la presencia de las razas en las guerras emancipadoras, otro sobre la esclavitud negra, y uno sobre "El cambio social en el campo".

Sin embargo, el autor se muestra excesivamente cauto en sus conclusiones, cautela que crece a medida que nos acercamos a los tiempos actuales. Pero no es solamente prudencia lo que conspira contra la homogeneidad de rigor en la obra. En la base metodológica está la aculturación y la asimilación, instrumentos no muy definidos en sus alcances, que Mörner intenta compensar con la aceptación de parciales enfoques marxistas. Este instrumental sociológico deja fuera, a mi entender, el carácter contradictorio, heterogéneo e incluso deformado, del resultado de un choque intercultural. Sobre todo en el caso latinoamericano, en que una cultura se colocó —y permanece— en franca superioridad con respecto a las otras. Esta relación desde su raíz es la de una cultura de conquista y como tal se esfuerza por mantener su *status* dominador, que apareja, lógicamente, el mantenimiento de

los desniveles que colaboran a la sujeción.

Por tanto, sus conclusiones quedan al margen del conjunto histórico colonial que ha caracterizado a la América Latina. Y la vinculación de los problemas con sus orígenes de implicaciones socioeconómicas va perdiendo la fuerza inicial. Veamos un ejemplo: En el epígrafe. "Las variadas relaciones raciales en América", Mörner concluye "que el criterio en Angloamérica es genealógico; se funda en lo que se sabe sobre la ascendencia de una persona y excluye rígidamente del *status* blanco a todo el que tenga algún antepasado africano, el criterio en la América indolatina es sociocultural y por lo tanto mucho más flexible y fluido. Tal vez para el *pasaje* no se necesite más que comprar ropa de tipo europeo y desplazarse a otro lugar" (pág. 132). En párrafos posteriores Mörner nos confiesa su confusión al perder el hilo que debía conducir a generalizaciones claras y firmes: "Pero el historiador que encara la comparación de las diversas relaciones raciales se encuentra perplejo cuando trata de ir más allá de las explicaciones tangibles de las diferencias entre las pautas predominantes en diversas áreas. El estudio de las actitudes étnicas pertenece con propiedad al dominio del psicólogo social" (pág. 133). El autor ha centrado su atención en los elementos no esenciales a medida que se aproxima a nuestros días. Se ha dejado seducir por lo exótico y raro. No ha continuado elevando su atención en la relación cotidiana, discriminatoria y segregacionista de una sociedad dividida en clases y sujeta a una dependencia imperialista. Mörner llega en las últimas páginas, a la infidelidad de su propósito expreso de interesarse en "la relación que existió —subrayo, existe (S.M.)— en la América hispana entre el *status* social (e incluso legal) y el color de la piel" (págs. 62-63). El carácter eminentemente social

de este fenómeno está demostrado en sus propios ejemplos. Por tanto, no veo razones para quedarse perplejo ante las oscuridades de una psiquis social engendradora de prejuicios.

Hay otros ejemplos de estas incongruencias. Claro está, el cambio social revolucionario y sus implicaciones para el fenómeno estudiado, no ha sido abordado. Es una lástima que el autor no haya tomado el ejemplo de Cuba. Nuestra polí-

tica de igualdad total, su significación para el resto de América Latina, sitúan el problema en una nueva dimensión.

La obra es sencilla y supone un útil y serio esfuerzo. Una abundante bibliografía cierra sus páginas, salpicadas de hermosas y atractivas ilustraciones sobre el tema tratado.

Salvador Morales (Cuba)

Registro bibliográfico*

Libros

1. ARGUETA, Manlio, *Caperucita en la Zona Roja*, Premio Casa de las Américas, 1977, Novela.—Casa de las Américas, La Habana, 1977.
2. BALAN, Jorge; BROWNING, Harley L.; JELIN, Elizabeth, *El hombre en una sociedad en desarrollo*.—Fondo de Cultura Económica, México, 1977.—Estudio sobre la migración y movilidad ocupacional en Monterrey, Nuevo León y sus efectos sociales.
3. BALIBAR, Etienne; BESSE, Guy; COTTEN, Jean-Pierre; JAEGLE, Pierre; LABICA, Georges; TEXIER, Jacques, *Sur la Dialectique*, Centre d'Etudes et de Recherches Marxistes.—Editions sociales, París, 1977.—Colección de conferencias en torno a los problemas actuales de la dialéctica materialista.
4. BANCO NACIONAL DE COMERCIO EXTERIOR, *Del Centralismo Proteccionista al Régimen Liberal (1837-1872)*, Colección de Documentos para la historia del comercio exterior de México, Segunda Serie, VII.—Banco Nacional de Comercio Exterior, S. A., Departamento de Publicaciones, México, 1976.
5. BANCO NACIONAL DE COMERCIO EXTERIOR, *México 1976 — Hechos/Cifras/Tendencias*.—Banco Nacional de Comercio Exterior, S. A., Departamento de Publicaciones, México, 1976, séptima edición.—Libro de consulta sobre la situación económica de México y principales tendencias en 1976.
6. BENITEZ, José A., *Las Antillas: colonización, azúcar e imperialismo*, Premio Casa de Las Américas, 1977, Ensayo.—Casa de las Américas, La Habana, 1977.—Estudio histórico de la importancia de la industria azucarera en el capitalismo de las Islas Antillanas.
7. CHESNEAUX, Jean, *¿Hacemos tabla rasa del pasado? A propósito de la historia y de los historiadores*.—Siglo XXI Editores, S. A., México, primera

* Libros y publicaciones periódicas recibidos, que son de interés en el campo de las ciencias sociales.

- edición, 1977.—Reflexiones sobre el papel del conocimiento histórico en la vida social.
8. CUMBERLAND, Charles C., *Madero y la Revolución Mexicana*, Colección América Nuestra.—Camino de Liberación.—Siglo XXI Editores, S. A., México, primera edición, 1977.—Ensayo biográfico sobre la personalidad política de Madero y examen de la situación que condujo al estallido de la Revolución Mexicana de 1910-1917.
 9. KAISER-LENOIR, Claudia, *El grotesco criollo: estilo teatral de una época*, Premio Casa de las Américas, 1977, Ensayo.—Casa de las Américas, La Habana, 1977.—Análisis social de lo grotesco en el teatro argentino.
 10. KUKLINSKI, Antoni R., *Polos y centros de crecimiento en la planificación regional*.—Fondo de Cultura Económica, México, 1977.—Colección de estudios teóricos y de casos sobre polos de desarrollo regional.
 11. LAMBERTON, D. M., Selección de *Economía de la información y del conocimiento*.—Fondo de Cultura Económica, México, 1977.—Selección de trabajos sobre informática y su importancia para la empresa y la administración pública capitalistas.
 12. LIMOEIRO Cardoso, Miriam, *La construcción de conocimientos. Cuestiones de teoría y método*, Colección El hombre y su tiempo.—Ediciones Era, S. A., México, 1977, primera edición.—Ensayo sobre metodología y conceptos de la investigación marxista.
 13. PORTANTIERO, Juan Carlos, *Los usos de Gramsci—Antonio Gramsci, Escritos Políticos (1917-1933)*, Cuadernos del Pasado y Presente, No. 54.—Siglo XXI Editores, S. A., México, primera edición, 1977.—Recopilación de los escritos políticos de Gramsci con un breve trabajo introductorio.
 14. QUIJADA Cerda, Aníbal, *Cerco de Púas*, Premio Casa de las Américas, 1977, Testimonio.—Casa de las Américas, La Habana, 1977.—Experiencias de los campos de concentración de los gorilas chilenos.
 15. SALAZAR Tamariz, Hugo, *Por así decirlo (Variaciones de un mismo texto)*, Colección Letras del Ecuador No. 49.—Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo de Guayas, Quito, 1977.—Colección de reflexiones del autor sobre la realidad ecuatoriana y de otras latitudes.
 16. SAMPERIO, Guillermo, *Miedo Ambiente*, Premio Casa de las Américas, Cuento.—Casa de las Américas, La Habana, 1977.
 17. SIRKIN, Gerald, *Introducción a la teoría macroeconómica*.—Fondo de Cultura Económica, México, 1977, segunda edición en español de la tercera en inglés.—Libro de enfoque tradicional keynesiano y neoclásico sobre la economía capitalista como conjunto.
 18. SITTON, Nahmad; MEDINA, Andrés; COLOMBRES, Adolfo; BAEZ-JORGE, Félix; ANTOCHIW, Michael; FERRE D'AMARE, Ricardo; MORENO, Arturo, *7 ensayos sobre indigenismo*, Serie Cuadernos de Trabajo No. 6.—Instituto Nacional Indigenista, México, 1977.—Ensayos de carácter etnológico, ideológico, cultural y político sobre el problema indígena en México.
 19. SMIRNOW, Gabriel, *La revolución desarmada (Chile 1970-1973)*, Serie popular Era.—Ediciones Era, S. A., México, 1977, primera edición.—Reseña e interpretación crítica del gobierno de la Unidad Popular de Chile.

20. URQUIDI, Víctor L. y TROELLER, Ruth R., Compiladores, *El petróleo, la OPEP y la perspectiva internacional*.—Fondo de Cultura Económica, México, 1977.—Ponencias críticas sobre el problema mundial del petróleo y el papel de la OPEP.

Revistas y publicaciones periódicas

1. AMERICA LATINA, Revista de la Academia de Ciencias de la URSS, Instituto de América Latina, Moscú.—No. 3, 1977.
2. ARTE SOCIEDAD IDEOLOGIA, Revista bimestral, México, D. F.—No. 1, junio-julio, 1977; No. 2, agosto-septiembre, 1977.
3. BOLETIN DE INFORMACION, Documentos de los Partidos Comunistas y Obreros.—Bimensual.—Praga.—Nos. 8, 9 y 10 de 1977, Año XV.
4. CLASE, Citas Latinoamericanas en Sociología y Economía, Centro de Información Científica y Humanística.— UNAM.—México.
5. COLECCION POPULAR, Depto. de Filosofía, Universidad Nacional, Heredia, Costa Rica.

No. 1. El pensamiento político latinoamericano de José Carlos Mariátegui, de Gerardo César Hurtado.
No. 2. Filosofía e Ideología, de Adolfo Sánchez Vázquez.
6. COMERCIO EXTERIOR, Revista mensual del Banco Nacional de Comercio Exterior, S. A., México.

No. 1, Vol. 27, enero de 1977
No. 2, Vol. 27, febrero de 1977
No. 3, Vol. 27, marzo de 1977
No. 4, Vol. 27, abril de 1977
No. 5, Vol. 27, mayo de 1977
No. 6, Vol. 27, junio de 1977
No. 7, Vol. 27, julio de 1977
No. 8, Vol. 27, agosto de 1977
7. CONTROVERSIA —Ensayo de análisis político y social.—Revista trimestral, Centro Regional de Investigaciones Socioeconómicas, A. C., Guadaluajara.—No. 4, agosto-octubre de 1977.
8. CUADERNOS POLITICOS, Ediciones Era.—Revista trimestral, México.—No. 13, julio-septiembre de 1977.
9. ECONOMIA Y DESARROLLO, Revista bimestral.—Facultad de Economía, Universidad de la Habana.—No. 41, mayo-junio, 1977.
10. ESTRATEGIA, Revista de análisis político, bimestral, México.—No. 17, septiembre-octubre, 1977.

11. IDEOLOGIA Y SOCIEDAD, Revista trimestral.—CISCOL, Bogotá, Colombia.
No. 12, enero-marzo, 1975
No. 13, abril-junio, 1975
No. 21, abril-junio, 1977
12. INVESTIGACION ECONOMICA, Facultad de Economía, UNAM, México.—
No. 2, Nueva época, abril-junio, 1977.
13. LATIN AMERICAN PERSPECTIVES, Riverside, California.—No. 15, Vol. IV (4), Otoño, 1977: Population and imperialism — Women in Revolution.
14. RINASCITA, semanario, Italia. Año 34: agosto 5 y 12 de 1977, Nos. 31 y 32, respectivamente.
15. SOCIALIST REVOLUTION, Revista trimestral, San Francisco, Calif., Nos. 36, noviembre-diciembre, 1977.
16. YUCATAN — HISTORIA Y ECONOMIA, Revista bimestral de análisis socioeconómico regional.—Depto. de Estudios Económicos y Sociales, Centro de Investigaciones Regionales, Universidad de Yucatán. No. 2, Año 1, julio-agosto de 1977.

Antecedentes de la política arancelaria de México

COLECCIÓN DE DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA
DEL COMERCIO EXTERIOR DE MÉXICO

SEGUNDA SERIE
VII

Del Centralismo Proteccionista al Régimen Liberal

(1837-1872)

*Nota preliminar, selección documental y comentarios
de*
LUIS CÓRDOVA

MEXICO, 1976

BANCO NACIONAL DE COMERCIO EXTERIOR, S. A.

\$ 60.00

Para el exterior **Dls. 5.00**

Envíe cheque o giro postal al

Banco Nacional de Comercio Exterior, S.A.

DEPARTAMENTO DE PUBLICACIONES
Av. Chapultepec 230, 2o. piso, México 7, D.F.

MARY ALICE WATERS: *La revolución socialista y la lucha por la liberación de la mujer* / CLARA GONZALEZ GUTIERREZ: *El concepto de trabajo improductivo en Marx* / CAMILO GONZALEZ POSSO: *El ascenso de la lucha de clases en Colombia* / ALFREDO MOLANO: *La política en la investigación social.*

SUSCRIPCIONES (cuatro números)

AMERICA LATINA: Correo marítimo U.S. 8.00 Dls. Correo aéreo U.S. 10.00 Dls.
E.U.A., Europa y otros: Correo marítimo U.S. 10.00 Dls. Correo aéreo. U.S. 12.00 Dls.

Remitir el valor de la suscripción en giro o cheque bancario en U.S. Dls. por correo aéreo certificado y a nombre de CISCOL, Apartado aéreo 51 181, BOGOTA D.E. COLOMBIA.

DISTRIBUYE EN MEXICO: Distribuidora Tomo. Saturnino Herrán, 76 A. México 19, D.F. Teléfono 593-24-47

DE VENTA EN: Librería Nuestra América, S.A. Avenida Universidad 1570 México D. F. Teléfono 554-67-86; y en las mejores librerías.

SEP RADIO EDUCACION**1060 KHZ AM****LE INVITA A ESCUCHAR:**

PANORAMA FOLKLORICO	Lunes a Sábado	6.30 hs.
NOTICIERO	Lunes a Viernes	8.00 14.30 y 20.00 hs.
	Sábado	9.00 hs.
EL KIOSKO DE RADIO EDUCACION		12.30 hs.

X E E P — 1060 KHZ AM



Historia y Sociedad

revista latinoamericana
de pensamiento
marxista

Pone a su disposición los siguientes números de su segunda época:

Colección HyS: Volumen que contiene los números 1 a 4, empastado en piel y keratol. (Cantidad limitada).

- No. 1: Subcapitalismo en México.
Modo de producción.
La hacienda latinoamericana.
Hegel y Spinoza en Marx.
La economía mexicana.
(Agotado)
- No. 2: Luchas obreras en Cuba.
Experiencia chilena.
Construcción de categorías.
- No. 3: Movimiento obrero y ciencia social.
Capitalismo en México.
Capitalismo actual y capitalismo de transición.
- No. 4: La crisis económica actual. Ensayos, con un texto inédito de Marx.
Un nuevo texto de Althusser.
Precio del tomo
para la república mexicana: \$350.00 M. N.

Los números 2, 3, 4, 6 y 8, por encontrarse agotados en librerías, los puede usted adquirir en nuestras oficinas a \$50.00 M.N. el ejemplar, para la república mexicana.

El contenido de los números 6 y 8 es el siguiente:

- No. 6: La opresión de la mujer en el sistema capitalista.
La crisis económica en México.
La revolución teórica comunista en las Tesis sobre Feuerbach.
- No. 8: La Nación
Revoluciones en México.
El comunismo italiano.
Sobre los campesinos.

Los números 7 y a partir del 9 se pueden adquirir en librerías, o en nuestras oficinas, a precio normal.

Favor de enviar sus pedidos acompañados de cheque o giro postal a nombre de HISTORIA Y SOCIEDAD al Apartado Postal 21-123, México 21, D. F.

EDICIONES ERA, S.A.



Avena 102, México 13, D. F. / ☒ Apartado postal 74-092, México 13, D. F. / ☎ 581-77-44

NOVEDADES

COLECCION EL HOMBRE Y SU TIEMPO

Vladimir I. Lenin
¿Qué hacer? Teoría y práctica del
bolchevismo
\$ 130.00

Jean-Marie Vincent
Fetichismo y sociedad
\$ 88.00

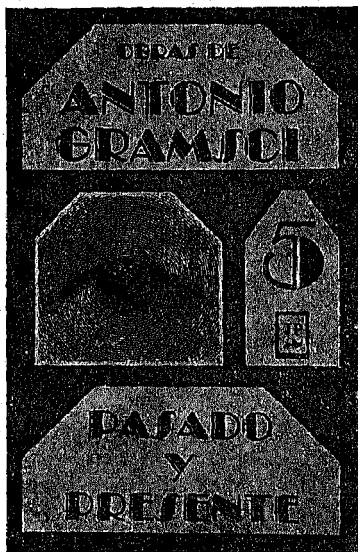
Miriam Limoeiro Cardoso
La construcción de conocimientos.
Cuestiones de teoría y método.
\$ 60.00

SERIE POPULAR ERA

Irene L. Gendzier
Frantz Fanon
\$ 50.00

Octavio Ianni
El Estado capitalista en la época
de Cárdenas
\$ 30.00

Wilfred Burchett / Derek Roebuck
Los mercenarios en Angola
\$ 40.00



Juan Pablos Editor, S. A.

Mexicali 39, Col. Condesa,
México 11, D. F.
Tel. 525-06-61.

**DE VENTA EN LAS MEJORES
LIBRERIAS**

CASA DE LAS AMERICAS

REVISTA DE CULTURA

18 años de labor consecutiva

Informes, suscripciones y pedidos:

**G Y TERCERA, VEDADO,
LA HABANA, CUBA**

Críticas de la Economía Política

Edición Latinoamericana

Publicación Trimestral

No. 4, julio-septiembre de 1977

EL ESTADO Y LA CRISIS

Jean-Marie Vincent: El Estado en crisis / *Ernest Mandel*: El Estado en la época del capitalismo tardío / *Javier Torres Parés*: ¿Fascismo o dictadura militar en América Latina? / *Richard B. Day*: La teoría del ciclo prolongado de Kondratiev, Trotsky y Mandel / *Salomón Kalmanovitz*: Auge y receso del capitalismo en Colombia.

Suscripción de cuatro números: México: \$ 180.00 M.N. \$ 200.00 (aéreo). América Latina y USA: \$ 10.00 US. Dls. Europa: \$ 12.00 US. Dls. Envío de cheque (giro postal) a favor de *Alejandro Gálvez Cancino*, Apartado Postal 70-176 México 20, D. F.

novedades



clases sociales y crisis política en américa latina

Instituto de Investigaciones Sociales

méxico 1940: industrialización y crisis política

Ariel J. Contreras

el desarrollo del capitalismo en américa latina

Agustín Cueva

[Premio Ensayo Siglo XXI]

anatomía de una corporación transnacional

John Deverell

américa latina: historia de medio siglo

Vol. 1. América del Sur

Instituto de Investigaciones Sociales

el socialismo olvidado de yucatán

Francisco Paoll y Enrique Montalvo

[Premio Ensayo Siglo XXI]

Solicite información sobre nuestra producción
editorial al Apdo. 20-626, México, D.F.

nexos

sociedad • ciencia • literatura



Número 1

- **Carlos Monsiváis:**
La cultura popular urbana
- **Jean Franco:**
Vanguardia y resistencia en la literatura latinoamericana
- **José Warman:**
La ciencia mexicana:
vuelo sin instrumentos
- **Julio Frenk:**
Sobre la enseñanza médica

Socialistas utópicos / Los campesinos de Morelos / Literatura infantil mexicana / El nuevo *Informe Carballo*

Número 2

- **Arturo Warman:**
Pensamiento indigenista
- **Joseph Sommers:**
Oficio de tinieblas
- **José Joaquín Blanco:**
Los contemporáneos: obra crítica

Sociobiología / La ciencia aplicada en México / Diego Rivera: ultraje y homenaje

Apartado Postal 5-799, México 5, D. F.
Precio \$ 20.00

de y para los universitarios...

nueva UNIVERSIDAD

Revista Trimestral del
CENTRO DE
INVESTIGACIONES
Y ESTUDIOS
UNIVERSITARIOS A.C.



Toda correspondencia dirigirse a *Nueva Universidad*, Nicolás San Juan N° 1442; México, 12, D.F.; Tel. 575-58-53.

Precio del ejemplar \$ 15.00
Número atrasado . \$ 30.00
Suscripción:
1 año \$ 55.00
2 años \$ 100.00
En el extranjero,
1 año 3.00 Dls.

Colección

tp **teoría y praxis**

Dirigida por

ADOLFO SÁNCHEZ VÁZQUEZ

• Últimos volúmenes aparecidos •

Alejandra Kollontay

**EL MARXISMO Y LA NUEVA
MORAL SEXUAL**

tp 33

Vittorio Vidali

DIARIO DEL XX CONGRESO

tp 34

Ciro F. S. Cardoso y H. Pérez Brignoli

**LOS METODOS
DE LA HISTORIA**

tp 35

Enrique González Rojo

**HACIA UNA TEORIA
MARXISTA DEL TRABAJO
INTELECTUAL Y EL
TRABAJO MANUAL**

tp 36

Lucio Colletti

**LA DIALECTICA DE LA
MATERIA EN HEGEL Y EL
MATERIALISMO DIALECTICO**

tp 37

grijalbo

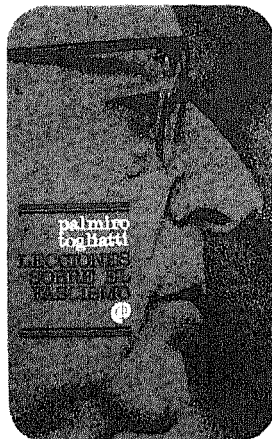
nuevos títulos



La crisis imperialista
y la política
norteamericana.
Como entender
a Jimmy Carter.

Theotonio dos Santos

En este libro se analizan las causas del surgimiento del fenómeno Carter, las fuerzas que lo apoyan, el verdadero significado de los cambios económicos y políticos que ha introducido. Estudia, también, las contradicciones internas de su gobierno y las perspectivas de las fuerzas populares en esta fase del imperialismo.



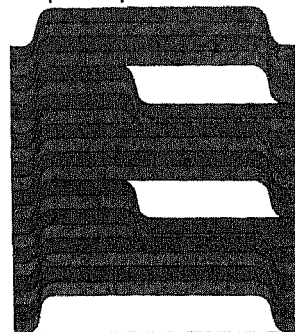
Lecciones sobre
el fascismo

Palmiro Togliatti

No es un libro especulativo
o simplemente teórico.

Cumple la función concreta
de percibir y analizar un
régimen político y, a la vez,
de proponer los mejores
medios para que la clase
obrero y los sectores
democráticos hagan frente a
la amenaza fascista.

② **EL CAPITAL 2**
teoría, estructura y método
selección y prólogo de
pedro lópez díaz



El capital

Teoría, estructura
y método, T. 2,

Selección y prólogo
de Pedro López Díaz

Entre los temas abordados
en este segundo tomo se
encuentran; el proceso de
acumulación de capital, las
condiciones del trabajo
asalariado en la actualidad,
el desarrollo de las fuerzas
productivas, la teoría del
valor - trabajo, etcétera, es
decir, estudios que atienden
a la estructura lógica de
El Capital.

